



Universidad Nacional
de General Sarmiento

DOCTORADO EN CIENCIAS SOCIALES 2011-2018

Acreditación de la CONEAU (230/11)

Tesis para Obtener el grado de
Doctor en Ciencias Sociales

La fumigada, las granjas y el molino.

**Pertenencias y construcción social del riesgo en un pequeño
pueblo entrerriano**

Luciana Andrea Moltoni
Directora: Laura Mombello

- Abril, 2018 -

FORMULARIO "E"
TESIS DE POSGRADO

Este formulario debe figurar con todos los datos completos a continuación de la portada del trabajo de Tesis. El ejemplar en papel que se entregue a la UByD debe estar firmado por las autoridades UNGS correspondientes.

Niveles de acceso al documento autorizados por el autor

El autor de la tesis puede elegir entre las siguientes posibilidades para autorizar a la UNGS a difundir el contenido de la tesis:

- a) Liberar el contenido de la tesis para acceso público.
- b) Liberar el contenido de la tesis solamente a la comunidad universitaria de la UNGS:
- c) Retener el contenido de la tesis por motivos de patentes, publicación y/o derechos de autor por un lapso de cinco años. **X**

a. Título completo del trabajo de Tesis:

La fumigada, las granjas y el molino.

Pertenencias y construcción social del riesgo en un pequeño pueblo entrerriano"

- b. Presentado por (Apellido/s y Nombres completos del autor): Luciana Andrea Moltoni
- c. E-mail del autor: Luciana_moltoni@yahoo.com.ar
- d. Estudiante del Posgrado (consignar el nombre completo del Posgrado): Doctorado en Ciencias Sociales
- e. Institución o Instituciones que dictaron el Posgrado (consignar los nombres desarrollados y completos): Universidad Nacional de General Sarmiento – Instituto de Desarrollo Económico y Social
- f. Para recibir el título de (consignar completo):
 - a) Grado académico que se obtiene: Doctor
 - b) Nombre del grado académico: Ciencias Sociales
- g. Fecha de la defensa: / /
 día mes año
- h. Director de la Tesis (Apellidos y Nombres): Mombello, Laura

- i. Tutor de la Tesis (Apellidos y Nombres): -
- j. Colaboradores con el trabajo de Tesis: -
- k. Descripción física del trabajo de Tesis: 263 páginas, 4 gráficos, 1 tabla, 28 fotos y 5 mapas/planos
- l. Alcance geográfico y/o temporal de la Tesis:

Esta tesis se plantea como un estudio de caso local como vehículo para abordar un problema sociocultural que responde en cierta forma al cambio en los patrones productivos en el sector agropecuario argentino ocurrido en los últimas dos décadas. Es decir, estas problemáticas que se reflejan en esta comunidad con ciertos rasgos particulares responden a una problemática general que deviene del cambio en el modelo productivo argentino.

- m. Temas tratados en la Tesis (palabras claves): riesgo, pertenencias, comunidad, agroquímicos, agrotóxico.
- n. Resumen en español:

Los cambios ocurridos en el modelo de producción agrícola en los últimos treinta años han provocado una gran controversia en torno al riesgo que implica para las poblaciones rurales el uso intensivo de agroquímicos. Desde la “ciencia” la respuesta es escasa y por lo general tiende a resguardarse en el hecho de que no existe la suficiente evidencia para concluir que los daños sobre la salud adjudicados a estos productos sean ciertos. Suelen atribuir el riesgo al hecho específico del “mal uso del producto”, más allá del producto en sí. Para estas posturas de tipo “productivistas” el foco del problema se encuentra objetivado en la propia práctica y el conflicto se podría salvar con el buen uso de estas tecnologías bajo los lineamientos de las buenas prácticas agrícolas. Por otro lado, desde los grupos sociales que manifiestan preocupación por estas temáticas, claramente la postura es la opuesta. La práctica en sí no parece ser lo más cuestionado aunque si lo es el objeto en sí mismo. Incluso desde lo discursivo –según la posición tomada al respecto- un mismo objeto puede ser enunciado de dos maneras diferentes: agroquímico o agrotóxico. En torno a esta lógica binaria también se agrupa la mayoría de los trabajos que abordan la temática. Se plantea la presencia de lógicas dicotómicas que dan forma al discurso y a las prácticas y que dan cuenta de una tensión no resuelta.

Mi tesis no tiene por objetivo saldar esta controversia, en todo caso me propongo comprender cómo juega en la construcción local de las nociones de riesgo y cómo tensiona los sentidos de pertenencia en Santa Anita, un pequeño pueblo entrerriano. Lo que se plantea es presentar a Santa Anita como un estudio de caso para abordar un problema sociocultural que responde en cierta forma al cambio en los patrones productivos en el sector agropecuario argentino. Es decir, estas problemáticas que se reflejan en esta comunidad con ciertos rasgos particulares responden a una problemática general que deviene del cambio en el modelo productivo.

Santa Anita es un pueblo entrerriano de menos de 2000 habitantes. El origen de sus habitantes corresponde a la inmigración ruso-alemana de principios de 1900 y responde a patrón de colonización diferente del resto de las localidades vecinas dado que fue fundada por un cura católico. Esta parece ser una comunidad en la cual el orden los guía, como también los hacen sus intereses comunes, amenazas y temores. Esta comunidad con un gran arraigo en sus orígenes y

tradiciones, con una fuerte necesidad de tener siempre presente su pasado, con las amenazas que perciben del “afuera” y de la misma comunidad, presenta también divisiones internas en sus temores. No todo en esta comunidad es unidad y pertenencia. Hay un riesgo que los divide y los fragmenta, y que funciona como un síntoma o un emergente de las tensiones constitutivas de las percepciones que tienen sobre sí mismos, de sus formas de interpretar su pasado, del modo de imaginar su lugar en el mundo y de proyectar su futuro. Se trata del riesgo que perciben en torno a la aplicación de productos fitosanitarios utilizados en la producción agrícola. Existe tensión entre productores, pobladores, prestadores de servicios de aplicación de agroquímicos y ambientalistas por aplicaciones periurbanas en las zonas agrícolas. Hay dos bandos conviven y de su convivencia depende la preservación de la comunidad. Esto hace que el tema de las pulverizaciones sea un “tema callado”, es allí donde la comunidad se silencia.

El propósito se centra en indagar cómo se construye socialmente esa noción de riesgo y cómo esa propia noción de riesgo construye “comunidad”. Este es el nudo problemático que esta investigación busca abordar. En este marco, cabe preguntarse cuáles son las articulaciones y las tensiones entre la construcción social del riesgo y la constitución de esta comunidad. En otras palabras: cómo esos riesgos construyen comunidad y, al mismo tiempo, ponen en entre dicho las representaciones sobre las que los actores locales afirman sus pertenencias.

Las tensiones dentro de Santa Anita nunca generan fracturas expuestas porque el conflicto no es un elemento constitutivo de esta comunidad, y el silencio es una herramienta central para la “supervivencia de la comunidad”. Y es en este sentido que la tensión en torno a los agroquímicos se manifiesta como un emergente de una cuestión mayor que se vincula con la presencia de elementos externos –de afuera- que pone en cuestión a la comunidad y en “riesgo” a algunos elementos que hacen que los santanitenses sean ellos en tanto diferente a otros; pone en riesgo sus sentidos de pertenencia. El riesgo mayor que percibe esta comunidad, y que intenta evitar permanentemente, es su propia desaparición.

o. Resumen en portugués:

As mudanças ocorridas no modelo de produção agrícola nos últimos trinta anos motivaram uma grande controvérsia em torno do risco que o uso intensivo de agroquímicos implica para a população rural. Da "ciência" a resposta é limitada e geralmente tende a ser salvaguardada pelo fato de que não há evidências suficientes para concluir que os danos à saúde atribuídos a esses produtos são verdadeiros. Eles geralmente atribuem o risco ao fato específico do "uso indevido do produto", além do próprio produto. Para esses tipos de posições "produtivistas", o foco do problema é a própria prática e o conflito pode ser resolvido pelo uso adequado dessas tecnologias sob as diretrizes de boas práticas agrícolas. Por outro lado, de grupos sociais que expressam preocupação com essas questões, a posição é claramente oposta. A prática em si não parece ser a mais questionada, embora seja o próprio objeto. Mesmo do discursivo - de acordo com a posição tomada a esse respeito - o mesmo objeto pode ser chamado de diferentes maneiras: agroquímico ou agotóxico. Em torno desta lógica binária também é agrupado a maioria dos trabalhos que abordam o assunto. A presença de lógicas dicotômicas que dão forma ao discurso e às práticas, mostra claramente a tensão não resolvida em torno deste assunto.

Minha tese não pretende resolver essa controvérsia. Pretendo entender como se dá na construção local das noções de risco e como isso reforça o sentimento de pertença em Santa Anita, uma pequena cidade em Entre Ríos. O que se propõe é apresentar o Santa Anita como caso de estudo para abordar um problema sociocultural que responda de certa forma à mudança nos padrões de produção no setor agrícola argentino. Ou seja, esses problemas que se refletem nessa comunidade

com certas características particulares respondem a um problema geral que resulta da mudança no modelo produtivo.

Santa Anita é uma cidade rural com menos de 2000 habitantes. A origem dos seus habitantes corresponde à imigração russa-alemã dos princípios de 1900 e responde ao padrão de colonização diferente do resto das localidades vizinhas desde que foi fundado por um padre católico. Santa Anita parece ser uma comunidade na qual a ordem os guia, assim como seus interesses, ameaças e medos comuns.

Esta comunidade profundamente enraizada nas suas origens e tradições, com uma forte necessidade de manter sempre no presente o seu passado, com as ameaças que eles percebem do "exterior" e da própria comunidade, apresenta também divisões internas nos seus medos. Nem tudo nessa comunidade é unidade e pertencimento. Existe um risco que os divide e fragmenta. Esse risco funciona como um sintoma das tensões constitutivas das percepções que elas têm sobre si mesmas, sobre suas formas de interpretar seu passado, sobre o modo de imaginar seu lugar no mundo e projetar seu futuro. É o risco que eles percebem em torno da aplicação de produtos fitossanitários utilizados na produção agrícola. Há tensão entre produtores, residentes, prestadores de serviços de aplicação de agroquímicos e ambientalistas para pulverizações periurbanas em áreas agrícolas. Há dois lados coexistindo e a preservação da comunidade depende de sua coexistência. Isso faz com que o tópico de pulverização seja uma "questão silenciosa", que é onde a comunidade permanece silenciada.

O objetivo é investigar como essa noção de risco é socialmente construída e como essa noção de risco constrói "comunidade". Este é o nó problemático que esta pesquisa procura abordar. Nesse contexto, cabe perguntar sobre as articulações e tensões entre a construção social do risco e a constituição dessa comunidade. Em outras palavras: como esses riscos constroem a comunidade e, ao mesmo tempo, colocam em jogo as representações sobre quais atores locais afirmam seus pertences.

As tensões dentro de Santa Anita nunca geram fraturas expostas porque o conflito não é um elemento constituinte desta comunidade, e o silêncio é uma ferramenta central para a "sobrevivência da comunidade". E é nesse sentido que a tensão em torno dos agroquímicos se manifesta como uma questão emergente que está ligada à presença de elementos externos - de fora - que coloca a comunidade em questão e em "risco" para alguns de seus elementos. Esses assuntos os tornam tão diferentes dos outros; coloca seu senso de pertencer em risco. O maior risco que esta comunidade percebe, e que tenta evitar permanentemente, é o seu próprio desaparecimento.

p. Resumen en inglés:

Changes which have taken place in agricultural production model in the last thirty years have motivated a great controversy around the risk that the intensive use of agrochemicals imply for rural population. From "science" the response is limited and usually tends to be safeguarded by the fact that there is not enough evidence to conclude that the health damages attributed to these products are true. They usually attribute the risk to the specific fact of "misuse of the product", beyond the product itself. For these "productivist" type of positions, the focus of the problem is the practice itself and the conflict can be solved by the proper use of these technologies under the guidelines of good agricultural practices. On the other hand, from social groups who express concern about these issues, clearly the position is the opposite. The practice itself does not seem to be the most questioned, although it is the object itself. Even from discursive -according to the position taken in this respect- the same object can be called in different ways: agrochemical or agro-toxic. Around this binary logic is also grouped most of the works that address the subject. The

presence of dichotomous logics that give shape to discourse and practices, clearly shows the unresolved tension around this matter.

My thesis is not intended to settle this controversy. I intend to understand how it plays in the local construction of the notions of risk and how it stresses the sense of belonging in Santa Anita, a small town in Entre Ríos. What is proposed is to present Santa Anita as a study case to address a sociocultural problem that responds in a certain way to the change in production patterns in the Argentine agricultural sector. That is, these problems that are reflected in this community with certain particular features respond to a general problem that results from the change in the productive model.

Santa Anita is a rural town of less than 2000 inhabitants. The origin of its inhabitants corresponds to the Russian-German immigration of principles of 1900 and responds to different colonization pattern from the rest of the neighboring localities since it was founded by a catholic priest. Santa Anita seems to be a community in which order guides them, as do their common interests, threats and fears.

This community with a deep rooted in its origins and traditions, with a strong need to always keep in the present its past, with the threats that they perceive from the "outside" and from the community itself, also presents internal divisions in their fears. Not everything in this community is unity and belonging. There is a risk that divides and fragments them. This risk operates as a symptom of the constitutive tensions of perceptions they have about themselves, of their ways of interpreting their past, of the way of imagining their place in the world and to project their future. It is the risk that they perceive around the application of phytosanitary products used in agricultural production. There is tension between producers, residents, agrochemical application service providers and environmentalists for peri-urban sprayings in agricultural areas. There are two sides coexisting and the preservation of the community depends on their coexistence. This makes the topic of spraying a "silent issue", that is where the community remains silenced.

The purpose is to investigate how this notion of risk is socially constructed and how that notion of risk builds "community". This is the problematic knot that this research seeks to address. In this context, it is worth asking about the articulations and tensions between the social construction of risk and the constitution of this community. In other words: how those risks build community and, at the same time, put into play the representations on which local actors affirm their belongings.

The tensions within Santa Anita never generate exposed fractures because conflict is not a constituent element of this community, and silence is a central tool for the "survival of the community". And it is in this sense that the tension around agrochemicals is manifested as an emerging issue that is linked to the presence of external elements - from outside - that puts the community in question and in "risk" to some of its elements. These matters make them as different from others; puts their sense of belonging at risk. The biggest risk which this community perceives, and that it tries to avoid permanently, is its own disappearance.

q. Aprobado por (Apellidos y Nombres del Jurado):

Firma y aclaración de la firma del Presidente del Jurado:

Firma del autor de la tesis:

Agradecimientos

El camino que elegí para transitar en esta tesis claramente no fue el más simple, sí el más “riesgoso”. Nunca consideré mi formación doctoral como una etapa más en mi vida profesional. Sí como una instancia académica de aprendizaje que debía recorrer. Es por esto que por un tiempo me olvidé de “ser economista” y comencé a ver las cosas con otro lente y usando distintos focos.

Solo una persona era capaz de tomar ese “riesgo” conmigo. Por eso no tengo más que palabras de agradecimiento hacia Laura Mombello, quien incondicionalmente estuvo a mi lado cuestionándome, enseñándome, sumándose a mi vertiginoso camino final y guiándome como ninguna otra persona podría haberlo hecho. Ella hace de la antropología una disciplina fascinante y una herramienta potente para dar respuesta a mis interrogantes.

Claro que sin los santanitenses todo esto no tendría sentido. Quiero agradecer a Claudia Curró por acercarme a este pueblo fantástico. A la comunidad por abrirme sus puertas y sus vidas. Especialmente a Mariel por su curiosidad infinita y por ser mi excelente guía. Y a Ángela, una madre incansable, quien sin saberlo dejó muchas enseñanzas en mi vida.

A mis amigos, quienes sin saber bien como ayudarme, lo hicieron estando siempre presentes. A Nico y Tati por ser una gran contención y hacerme reír justo en el momento que más me hacía falta.

A Andy, por esa complicidad fraternal imposible de expresar en palabras.

A mi papá, por exigirme siempre un poco más teniendo la plena certeza que puedo alcanzar el objetivo. Por “hacerme” un poquito mejor cada día.

A mi mamá, por estar a mi lado y brindarme su dulzura y comprensión con la cual todo parece más simple.

A Gerard, por “sufrir” la tesis a mi lado y acompañarme en este difícil y largo camino. Por ser parte de mis inquietudes y un enmarañado pero desafiante “objeto” de estudio. Por su infinita paciencia diaria y por confiar en mí más de lo que yo misma confío.

INDICE

Introducción	1
Santa Anita	1
Presentaciones de las modificaciones estructurales en el modelo productivo agrícola	6
La llegada al campo: interpelaciones iniciales	8
Capítulo 1. Agroquímicos versus agrotóxicos: un enfoque desde la construcción social del concepto de “riesgo”	13
Primera aproximación al concepto de riesgo	13
Los estudios sobre la percepción del riesgo: aristas, debilidades y aportes	15
El camino de la sociedad de clases a la sociedad del riesgo	17
Luhmann y la sociología del riesgo	20
Mary Douglas y la construcción social del riesgo	24
Discusiones, controversias y puntos opuestos: el dilema agroquímico-agrotóxico en la construcción social del riesgo	27
Primeras aproximaciones al caso de Santa Anita y líneas de trabajo a desarrollar	32
Capítulo 2. El uso de productos químicos en el agro: surgimiento, evolución global e implicancias en nuestro país.	35
El objetivo inicial: las plagas	35
El vehículo de la aplicación: <i>el mosquito</i>	44
El control químico de plagas en Argentina: el uso masivo de <i>la fumigada</i> .	45
Capítulo 3. <i>La fumigada</i>: conflicto y silencio	55
Un pueblo que calla	55
El juicio como manifestación del conflicto en el silencio	67
La ordenanza municipal y la difícil tarea de controlar	69
Los productores y los agroquímicos	75

Capítulo 4. <i>La fumigada</i> y el molino: tensiones y riesgos	84
<i>La fumigada</i> y (parte de) los santanitenses	84
El molino socialmente aceptado	88
Primeras huellas de las particularidades de la construcción del riesgo en Santa Anita	90
<i>La fumigada</i> : los <i>dos bandos</i> y el silencio	92
La comunidad deseada y el riesgo	97
Capítulo 5. Reconociendo el espacio: el origen, los límites y el orden	100
Localización, accesos y principales datos socioeconómicos	100
Primera aproximación a la cuestión de los límites del espacio: el mapa	111
Los orígenes de Santa Anita y la figura de <i>el fundador</i>	117
Las marcas de origen y la espacialidad	122
Capítulo 6. Un pueblo en marcha: los Alemanes del Volga y los gringos	125
Los Alemanes del Volga: el proceso migratorio y el origen de las marchas	127
Las primeras partidas y <i>el desalojo</i>	131
La conformación de las familias, la herencia y la tenencia de la tierra	137
Procesos de “comunalización”: el aislamiento y la autosuficiencia	141
¿ <i>Gaül</i> o <i>Pferd</i> ? El dialecto como condición simbólica de aislamiento	148
“Acá cuando te ponés de novio tenés que tener cuidado”	153
Capítulo 7. El tapera tour: recreando la vida en el campo	157
Un domingo en Santa Anita	157
La primera parada	162
“Santa Anita era todo trigo”	173
Capítulo 8. Rituales de “comunalización” y tradiciones inventadas: <i>La Trilla</i>	181
Capítulo 9. Los límites materiales y simbólicos de la comunidad	205
Muchas partidas y algunos regresos	205
La amenaza de la gente <i>de afuera</i> : “últimamente hay muchas caras raras en el	210

pueblo”	
<i>Los Rosarinos</i>	217
“Está en la sangre. La sangre primero...”	220
Capítulo 10. La avicultura: riesgo subjetivo y riesgo objetivo	224
En Santa Anita había industria: la historia de ALBAVIT y la avicultura	224
Los inicios de la actividad avícola	226
La avicultura industrial: tensiones resueltas en torno al ingreso de una actividad <i>de afuera</i>	229
<i>Las granjas</i> como estrategia de supervivencia de la comunidad	233
A modo de conclusión. ¿Cómo se tramita el conflicto en Santa Anita?	239
Bibliografía	252

Introducción

Santa Anita

Si un visitante proveniente de la Ciudad de Buenos Aires que al ingresar a Santa Anita por primera vez, y habiéndola recorrido apenas treinta minutos, es entrevistado para que brinde su primera impresión, sería casi inevitable que este turista imaginario describa a Santa Anita como un “pueblo ordenado”. Esta fue mi primera sensación; hasta me atrevería a decir que el adjetivo que mejor le sienta es que se trata de un pueblo simétrico.

Santa Anita se ubica en el centro norte del departamento Uruguay, Entre Ríos; se encuentra a 100 kilómetros de la ciudad cabecera del departamento, Concepción del Uruguay. La planta urbana es cuadrada. Se trata de una cuadrícula casi perfecta, e inmediatamente circundante se ubican lotes agrícolas. En el centro se encuentra ubicada la Iglesia, construida por sus propios habitantes hace más de un siglo. Allí es también donde se localizan las principales instituciones: el colegio primario y secundario de formación católica, el hospital público, la residencia de ancianos, el centro de jubilados y las dependencias del Municipio. Todas estas instituciones se encuentran envueltas por la “Plaza del Inmigrante”, que les da un marco y contención física.

La localidad tiene 2000 habitantes, aunque en el pueblo habitan aproximadamente 1500 personas. Si bien muestra un crecimiento poblacional en las últimas décadas, también presenta una población envejecida en comparación con la media provincial; sus propios habitantes se reconocen como “un pueblo de viejos”¹. Aunque a su vez reconocen que esto muestra una tendencia opuesta en los últimos años.

En la zona, coincidentemente con lo ocurrido en el Departamento Uruguay, predominó históricamente la producción agrícola y la ganadería bovina -por parte de productores grandes y medianos- y avicultura en los predios más pequeños. Lo cierto es que el crecimiento agrícola generó el surgimiento de nuevos actores, entre ellos la transformación de algunos productores en prestadores de servicios para el agro y la aparición de grandes empresas o pooles de siembra. La producción actualmente está basada fundamentalmente

¹ Se destacan con comillas a los testimonios recogidos en el trabajo de campo.

en el cultivo de soja en rotación con sorgo o maíz y trigo, o praderas en invierno. Se ha retraído fuertemente un cultivo tradicional en la zona, el arroz.

Más allá de estas transformaciones de las últimas décadas, la fuente principal de empleo sigue siendo el sector agropecuario pero ya no de forma directa sino indirectamente por medio de la prestación de servicios, comercio, entre otros. También existe una alta concentración de empleo público principalmente en el área de educación, salud y las tareas desempeñadas dentro del municipio (comparte casi la misma proporción de empleo que el sector agropecuario). Un emblema de la actividad productiva es también el molino arrocero que se encuentra localizado justo en el ingreso del pueblo, dentro de la planta urbana.

Ahora bien, hasta aquí he comentado algunas cuestiones generales que pueden ilustrar cualquier localidad rural, ya sea de área pampeana o del litoral de la Argentina. Entonces, ¿qué impronta particular muestra Santa Anita? La realidad es que la localidad tiene un origen significativamente diferente del resto de las poblaciones vecinas. Santa Anita fue fundada en 1900 a partir de una corriente inmigratoria rusa-alemana de la zona del Volga -etnia que se remonta a mediados de 1700- por lo que sus habitantes son descendientes de esos pobladores inmigrantes originales. El pueblo fue fundado por un cura católico, el Padre Becher –alemán y perteneciente a la Congregación del Verbo Divino-, quien reservó 100 hectáreas para el emplazamiento de la planta urbana. Ese predio se convirtió en el centro del pueblo, destinando a su vez dos hectáreas para asentar la sede religiosa y educativa. Esas dos hectáreas son hoy el eje que estructura el pueblo, el centro de la cuadrícula tal cual lo mencioné anteriormente. Santa Anita está estructurada principalmente en torno a la religión católica, la recreación permanente de sus orígenes de “alemanes del Volga”, su lengua y su pasado y presente migrante.

La arquitectura de Santa Anita es simple. Las casas son en su mayoría de una sola planta y se destacan por sus líneas sencillas y austeras. El pueblo tiene su actividad más fuerte por la mañana y se marca claramente un descanso luego del almuerzo, cuando los comercios cierran sus puertas. Es en ese lapso temporal en el cual es muy difícil encontrar a alguno de sus habitantes por las calles. La actividad se reanuda luego de las 5 de la tarde, momento en el cual los comercios reabren sus puertas y el pueblo se pone en marcha nuevamente. El evento social diario está dado por la misa de las 7 de la tarde, hecho imposible de ignorar dadas las fuertes campanadas de la Iglesia que la preanuncian. Y es justamente la Iglesia el

edificio que se distingue dentro del pueblo, tanto por su estilo gótico romano como por su envergadura.

Volviendo nuevamente la atención a ese turista imaginario citado en un inicio, es aquí donde el pueblo manifiesta su orden y su armonía; tanto en la distribución del espacio, la prolijidad de sus casas y jardines, los horarios de sus actividades. Sin embargo, tanto el orden como su armonía inquietarían incluso a este visitante si permaneciera allí por más tiempo.

El esfuerzo incansable de esta comunidad en la búsqueda permanente por recrear su pasado en el presente es otro rasgo que se destaca. Esto se manifiesta en la realización de fiestas populares con periodicidad mensual. Esas fiestas son el encuentro y esparcimiento de los adultos y los adultos mayores, no así de los más jóvenes. No solo cada uno de estos eventos son un punto de encuentro, sino que las comisiones que se forman para su organización resultan fundamentalmente un gran canal de socialización. La fiesta popular central es la Fiesta Nacional de la Trilla Tradicional. Ésta evoca la tradición agrícola de los orígenes de la población y se realiza con máquinas de principios del siglo pasado recuperadas por vecinos de la comunidad y aun en funcionamiento. Si bien la participación en las fiestas es amplia, mayoritariamente se trata de pobladores que emigraron del pueblo pero regresan para estos festejos. Este itinerario da cuenta de la principal característica de sus habitantes: un fuerte sentido de pertenencia asociado a sus orígenes católicos, germánicos y agricultores.

Los lugareños expresan percibir amenazas internas y externas, a las que advierten como “riesgos”. En primer lugar, manifiestan temor a la pérdida del recuerdo de sus orígenes y tradiciones. Las fiestas populares tienen un papel central en esa búsqueda por recrear sus orígenes y conjurar este temor. Por otro lado, se sienten amenazados por las personas que se radican en Santa Anita pero que no pertenecen a la comunidad. Desde sus percepciones, esas incipientes corrientes migratorias podrían hacer que “se pierda la esencia”, aunque destacan que “aun (*el pueblo*) sigue tranquilo”. Por supuesto que están de acuerdo con que vuelvan aquellos que se fueron, entendidos como sujetos que integran la comunidad aunque en algún momento la hayan abandonado, pero tienden a rechazar las “caras extrañas”.

Otro temor común es la migración de los jóvenes. Como mencioné anteriormente, se ven como “un pueblo de viejos”. La comunidad no ofrece muchas alternativas a los jóvenes que concluyen sus estudios secundarios, ya sea por la inexistencia de oferta académica como por la falta de trabajos calificados. Así el desarraigo de los jóvenes es una de sus principales preocupaciones. Ellos expresan que “los que se van no volverán seguramente” y anhelan que sus hijos “puedan volver por la calidad de vida” que hay en Santa Anita. Sin embargo, muchos reconocen que en Santa Anita no hay muchas posibilidades de “progreso”. Ahora bien, los jóvenes discrepan claramente con la visión de sus padres: “es un deseo de los padres que vuelvan, no de los chicos”.

Por último, perciben el riesgo que corre la reproducción económica de la comunidad. Tradicionalmente se trató de una comunidad agrícola-ganadera, siendo los pobladores de Santa Anita los empleados de esta actividad y los propietarios de la tierra en producción pero “ahora está la sojización y la agriculturización, en una zona ganadera (...) no hay diversificación, lo que reduce la mano de obra e incrementa la concentración”. Destacan que “el campo no emplea gente. Ahora una persona trilla, maneja el tractor, cura la semilla, siembra... nada que ver con antes”. El modelo productivo cambió, el auto sustento y, por tanto, las posibilidades la reproducción de la comunidad también son percibidos como un riesgo.

Así, Santa Anita parece ser una comunidad en la cual el orden los guía, como también los hacen sus intereses comunes, amenazas y temores. Sin embargo, ellos mismos se definen como “ordenados para afuera”. Esta comunidad con un gran arraigo en sus orígenes y tradiciones, con una fuerte necesidad de tener siempre presente su pasado, con las amenazas que perciben del “afuera” y de la misma comunidad, presenta también divisiones internas en sus temores. No todo en esta comunidad es unidad y pertenencia.

Hay un riesgo que los divide y los fragmenta, y que, sostendré en este trabajo, funciona como un síntoma o un emergente de las tensiones constitutivas de las percepciones que tienen sobre sí mismos, de sus formas de interpretar su pasado, del modo de imaginar su lugar en el mundo y de proyectar su futuro. Se trata del riesgo que perciben en torno a la aplicación de productos fitosanitarios utilizados en la producción agrícola. Existe tensión entre productores, pobladores, prestadores de servicios de aplicación de fitosanitarios y ambientalistas por aplicaciones periurbanas en las zonas agrícolas. Algunos de ellos dicen

que “se ha generado una psicosis de boca en boca que ha provocado vandalismos”, mientras otros cuentan que “hay casos de esterilidad y cáncer alarmantes”. Como mencioné en un inicio, la planta urbana de la localidad es cuadrada e inmediatamente circundante a ella se ubican lotes agrícolas lo que conlleva a situaciones conflictivas. Este pareciera ser el único punto en el cual emergen sus diferencias y donde sus percepciones comienzan a separarse, aunque difícilmente esto se manifieste en el ámbito público.

Sin embargo, existirían dos factores potencialmente contaminantes que no parecieran manifestarse como un “riesgo” para la población local con la misma magnitud. Se trata, en primer lugar, del molino arrocero instalado en la planta urbana el cual causaría un importante impacto en la salud de los vecinos debido a la polución que genera. En segundo lugar, se destaca la expansión muy temprana de la producción avícola en la comunidad y la ubicación de las “granjas de pollos” dentro de la planta urbana hasta hace solo algunos años atrás. De esta forma, algunos riesgos y amenazas son compartidos por toda la comunidad, otros los dividen y otros pareciera que son minimizados o directamente no son considerados. El orden y la armonía identificados por aquel visitante imaginario comienzan a presentar fisuras manifestadas justamente en los modos en que en esta comunidad se perciben o no ciertas circunstancias sociales y productivas como riesgos.

En este marco, cabe preguntarse cuáles son las articulaciones y las tensiones entre la construcción social del riesgo y la constitución de esta comunidad. En otras palabras: cómo esos riesgos construyen comunidad y, al mismo tiempo, ponen en entre dicho las representaciones sobre las que los actores locales afirman sus pertenencias. Y en función de este problema central es posible derivar las siguientes preguntas de investigación:

¿Cuáles son los emergentes que esta comunidad percibe como riesgos? ¿Cuáles son comunes a sus habitantes y cuáles los dividen?

¿En qué momentos comienzan a percibir estos emergentes como riesgos y por qué?

¿Qué tensiones se expresan entre los grupos sociales a través del uso de productos químicos para el agro?

¿Cómo esas tensiones alrededor del uso de productos fitosanitarios atraviesan el modo en que los habitantes de Santa Anita se proyectan como comunidad?

Ahora bien, lo que se plantea es presentar a Santa Anita como un estudio de caso para abordar un problema sociocultural que responde en cierta forma al cambio en los patrones productivos en el sector agropecuario argentino. Es decir, estas problemáticas que se reflejan en esta comunidad con ciertos rasgos particulares responden a una problemática general que deviene del cambio en el modelo productivo.

Presentación de las modificaciones estructurales en el modelo productivo agrícola

Los cambios en la agricultura ocurridos a partir de la década del 90 han modificado tanto hábitos y conducta de los pobladores rurales así como también han generado diversas tensiones y conflictos.

Para comprender lo ocurrido durante estas décadas es necesario visualizar los cambios en el proceso productivo agrícola encuadrados en la adopción de diversas innovaciones. Se trata de transformaciones que comenzaron a gestarse desde la década del 80 y que dieron como resultado dos hitos asociados a innovaciones tecnológicas radicales: la incorporación de la biotecnología a nivel mundial (más específicamente los eventos transgénicos asociados a la soja resistente al glifosato) y la siembra directa a nivel nacional.

Estos cambios acontecidos en los últimos veinte años implican que en nuestro país se ha incrementado la superficie bajo agricultura por incorporación de áreas antes consideradas marginales, con incidencia directa del monocultivo de soja en siembra directa, y se ha incrementado el uso de productos químicos para el control de plagas como eje central del planteo productivo. Así, el actual paradigma del sistema agroproductivo nacional incluye dentro de sus pilares el uso de productos fitosanitarios. Su empleo se ha visto incrementado a lo largo de las últimas décadas 8,4 veces y, específicamente, el rol de los herbicidas como el glifosato se ha destacado por sobre el resto de los productos (CASAFE, 2018).

A medida que se fueron modificando las prácticas productivas y la aplicación de productos químicos en el agro se convirtió en una cuestión habitual, se iniciaron las controversias en torno a su uso. Así comenzó a cuestionarse la masividad de esta práctica y los efectos provocados en el medio ambiente y las poblaciones. Más específicamente, las áreas donde la problemática se ha hecho más evidente es en zonas lindantes a poblaciones rurales cuya

percepción de amenaza es claramente mayor que en zonas urbanas. Esto se vincula con la proximidad y el contacto cotidiano con estos productos químicos.

El punto de quiebre en torno a estas controversias, y que contribuyó a la visibilización y masificación de la problemática, estuvo dado por dos hechos que, aunque dispares, aportaron a la temática desde dos ámbitos diferentes. En primer lugar, hay que mencionar el trabajo realizado por Andrés Carrasco y su equipo vinculados con diversas malformaciones que presentaron anfibios y pollos al nacer por exposición a glifosato. El trabajo realizado en el ámbito científico y posteriormente publicado y difundido en diversos medios de comunicación masiva hizo que la temática llegue a ámbitos incluso por fuera de lo rural y se ponga en debate la problemática². En segundo lugar, y como caso emblemático, hay que destacar el trabajo del movimiento de las “Madres de Ituzaingó” conformado justamente en el barrio de Ituzaingó (Provincia de Córdoba), donde se ha llevado adelante una fuerte lucha por la salud de los vecinos contra las prácticas agrícolas vinculadas con las pulverizaciones de los campos próximos al pueblo. En este sentido, tanto desde la movilización de un pueblo como desde la producción científica, a partir del año 2009 el conflicto se instaló en la agenda pública nacional y en torno a esto comenzó su problematización. En los últimos años la preocupación y el nivel de conflictividad social es cada vez más alto y las posiciones con respecto a este conflicto se reflejan como antagónicas.

Desde la “ciencia” la respuesta es escasa y por lo general tiende a resguardarse en el hecho de que no existe la suficiente evidencia para concluir que los daños sobre la salud adjudicados a estos productos sean ciertos. Suelen atribuir el riesgo al hecho específico del “mal uso del producto”, más allá del producto en sí. Para estas posturas de tipo “productivistas” el foco del problema se encuentra objetivado en la propia práctica y el conflicto se podría salvar con el buen uso de estas tecnologías bajo los lineamientos de las buenas prácticas agrícolas.

Por otro lado, desde los grupos sociales que manifiestan preocupación por estas temáticas, claramente la postura es la opuesta. La práctica en sí no parece ser lo más cuestionado aunque si lo es el objeto en sí mismo. Incluso desde lo discursivo –según la posición tomada

² Me refiero específicamente al debate que se dio en el ámbito de los medios gráficos en torno a las publicaciones de Andrés Carrasco. Dos notas emblemáticas son Aranda (2009a) y (2009b).

al respecto- un mismo objeto puede ser enunciado de dos maneras diferentes: agroquímico o agrotóxico. En torno a esta lógica binaria también se agrupa la mayoría de los trabajos que abordan la temática. Se plantea la presencia de lógicas dicotómicas que dan forma al discurso y a las prácticas y que dan cuenta de una tensión no resuelta.

Mi tesis no tiene por objetivo saldar esta controversia, en todo caso me propongo comprender cómo juega en la construcción local de las nociones de riesgo y cómo tensiona sus sentidos de pertenencia. Hasta el momento no hay trabajos que indaguen sobre cómo se construye socialmente esa noción de riesgo y cómo esa propia noción de riesgo construye “comunidad”. Este es el nudo problemático que esta investigación busca abordar.

La llegada al campo: interpelaciones iniciales

Empecé a trabajar en Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) en el año 2005, como becaria. Si bien el tema de mi beca era más general³, específicamente comencé a trabajar con más fuerza e integración con el grupo de trabajo que se vinculaba con la tecnología de aplicación de agroquímicos. Si bien era parte de un Instituto de Investigación, el grupo siempre alternó sus actividades entre investigación y extensión y, por fortuna, siempre puede ser parte de ambas actividades.

En cuanto a mi inserción dentro del grupo de Tecnología de Aplicación de Agroquímicos en tanto trabajos de investigación quiero destacar dos cuestiones que a mi criterio son centrales para esta tesis. En primer lugar me voy a referir específicamente a los ensayos realizados por el equipo en los cuales se trabajó manipulando productos químicos. Y en segundo lugar, quiero destacar las investigaciones realizadas en conjunto con el grupo, subrayando una en particular que fue la que más interrogantes trajo y que, en cierta forma, me posiciona en este lugar actualmente.

En relación al primer punto, el grupo de investigación realiza ensayos de productos químicos pre-comerciales o incluso aquellos que ya están en el mercado. Los ensayos se suelen hacer tanto de bancos de prueba como a campo. En los inicios de mi actividad

³ La temática fue modificándose hasta finalmente derivar en un estudio sobre procesos territoriales de desarrollo local (Moltoni, 2009).

dentro del instituto solía ayudar en los ensayos a campo y asistir en algunos casos en los ensayos en bancos de prueba. Participar de estas actividades en las cuales era habitual estar en contacto con estos productos y ver como mis compañeros los manipulaban, me llevó a no percibirlos como peligrosos. Estos productos siempre eran manipulados con cuidado pero esto, claramente, no evitaba el contacto con ellos. Y esta actividad, que se hacía frecuentemente y continúa haciéndose en la actualidad, no era considerada como riesgosa por los integrantes del grupo de trabajo. Simplemente era preciso tener precaución y nada fuera de los parámetros pre-establecidos podía suceder.

Paralelamente, en el marco de los trabajos de extensión, participé en la mayoría de las megamuestras del campo argentino⁴. En una de ellas se realizaba el “Campeonato Nacional de Aplicadores”⁵. Esta actividad era una competencia dirigida fundamentalmente a contratistas dedicados a la aplicación de agroquímicos -o pulverizaciones/fumigaciones⁶- y también a productores agropecuarios. Los participantes mostraban un gran interés por generar una aplicación efectiva e ir mejorando año a año. Y dentro de esa efectividad se encontraba una premisa básica: intentar llegar al objetivo (las plagas situadas en la planta) con la menor cantidad de producto posible⁷. En cierta forma, era posible detectar un profesionalismo en la realización de una tarea que debía realizarse responsablemente. Esta

⁴ Los principales avances tecnológicos vinculados con el equipamiento agrícola, mejoramiento genético de semillas, los insumos agropecuarios, entre otros, son presentados por las empresas del sector en distintas exposiciones y megamuestras. Existen tres ámbitos centrales en los cuales la participación del sector privado es vital, no solo para presentar avances sino como ronda de negocios y venta de sus productos. Se trata de ExpoAgro, AgroActiva y la muestra de la Sociedad Rural Argentina realizada en el predio de Palermo, Ciudad de Buenos Aires. Las otras dos muestras suelen ser itinerantes y se realizan en un predio o “campo” en alguna ciudad de la provincia de Buenos Aires, Córdoba o Santa Fe.

⁵ En la megamuestra ExpoAgro se llevó adelante por diez años consecutivos este campeonato. Durante el certamen se evaluaba la calidad de las pulverizaciones realizadas por parte de los distintos participantes, simulando una aplicación para control de enfermedades de fin de ciclo en soja. Las aplicaciones, dónde sólo se asperjaba agua, se efectuaban sobre un lote con el cultivo con muy alto índice de área foliar, por lo que el canopeo se presentaba absolutamente cerrado. La dificultad consistía en que, a pesar de las condiciones del cultivo, se debía lograr una buena llegada de gotas a los estratos inferiores, ya que es allí donde comenzaban a manifestarse los síntomas de estas enfermedades. Los competidores podían elegir libremente las condiciones de trabajo (tipo y caudal de las pastillas, presión, velocidad de avance de la máquina, litros por hectárea a pulverizar).

⁶ La actividad vinculada a la aplicación de agroquímicos suele ser denominada de manera indistinta como pulverización o fumigación. El primer término, pulverización, es más empleado en el ámbito académico, mientras que el término fumigación es más utilizado en el ámbito productivo. Esto mismo ocurre con las máquinas utilizadas en esta práctica; se emplea indistintamente la palabra pulverizadora y fumigadora, y coloquialmente se la suele denominar “mosquito”.

⁷ En el capítulo 2 se trabajará en profundidad el tema de las técnicas de aplicación y sus principales problemas o puntos críticos

actividad me ayudó a acercarme al productor o a aquellas personas que estaban en contacto diario con la actividad y que eran los principales responsables de las aplicaciones de agroquímicos o pulverizaciones/fumigaciones en el campo argentino.

Abordando ahora el segundo punto vinculado con mi trabajo conjunto en investigación con el grupo de Tecnología de Aplicación de Agroquímicos, hubo particularmente un trabajo realizado que dejó abierto muchos interrogantes. A partir de una propuesta del coordinador del grupo, realicé un estudio sobre la rentabilidad de la empresa contratista considerando distintas labores agropecuarias⁸. Él llegó a mi oficina con una hipótesis clara: la actividad menos rentable dentro de las diferentes labores culturales (cosecha, siembra y pulverización) era la pulverización; y el agravante de esto era que de las tres labores, la pulverización era la más riesgosa. En ese trabajo realizado pude corroborar su hipótesis y en las conclusiones quedó esto reflejado: “el rendimiento de los servicios de maquinaria agrícola fue diferente dependiendo de la labor agrícola, pero en la mayoría de los casos estas actividades fueron altamente rentables. De todas las labores la pulverización fue la menos lucrativa y también mostró resultados negativos de tasa interna de retorno y valor actual neto para uno de los casos estudiados. Esto es aún peor si se considera la probabilidad de contaminación por plaguicidas de los trabajadores que realizan la tarea. Si este costo se internalizara, la actividad sería aún menos rentable” (Moltoni et al., 2008:4). En este trabajo quedó claramente establecido que la actividad de pulverización o aplicación de agroquímicos era peligrosa debido a la manipulación cotidiana que ejercían los operarios de estos productos. De hecho, esta tarea está incluida dentro de las ocupaciones que generan problemas toxicológicos crónicos; y, conjuntamente con los trabajadores de la industria química, es considerada la más peligrosa en términos de contaminación con pesticidas (SRT, 2004a; STR, 2004b; IPCS, 2005). Este trabajo hizo en parte entrar en contradicción a mis propios sentidos.

Tres puntos claves aparecen acá: los aplicadores o encargados de manipular y aplicar agroquímicos en los campos eran personas conscientes y responsables que intentaban hacer su labor de manera eficiente y sustentable y el uso de estos productos químicos y su manipulación era algo que cotidianamente mis compañeros realizaban sin riesgos de

⁸ La figura de contratista de maquinaria agrícola refiere a aquellos actores que brindan servicios a terceros de las distintas labores tales como la preparación del suelo, la siembra, pulverización, fertilización y cosecha), recibiendo como pago por su prestación dinero y/o especies.

contaminación o enfermedad. Sin embargo, aparece aquí un contrapunto: los trabajadores vinculados a esta actividad estaban expuestos a riesgos toxicológicos crónicos comprobados. Este fue mi punto de partida.

En el año 2015, desde la Agencia de Extensión Rural de INTA de Concepción del Uruguay (Entre Ríos) comenzó un proceso de formulación de un proyecto de desarrollo local en la localidad de Santa Anita. En las primeras visitas y entrevistas con los pobladores surgió la problemática sobre las aplicaciones de agroquímicos. Específicamente algunos pobladores en el ámbito privado relataban: “nos estamos muriendo de cáncer”. Dado mi contacto cercano con los extensionistas que participaron en estos primeros encuentros producto de trabajos realizados en conjunto previamente, y conociendo mi preocupación sobre la temática, se pusieron en contacto para que colabore en la formulación del proyecto y pueda indagar sobre la temática en esta población específica.

A partir de entonces trabajé en la formulación de estos proyectos y acompañé la implementación de una serie de talleres y actividades realizadas en Santa Anita, llevando a cabo un conjunto de registros y sistematizaciones de la experiencia, así como la realización de las primeras entrevistas a distintos pobladores y actores locales claves. Algunas de las instancias desarrolladas y registradas en Santa Anita, resultaron particularmente relevantes como material de base para el desarrollo de mi tesis. Entre ellas cabe destacar los siguientes talleres:

- Taller de construcción de línea de vida. Permitieron indagar la historia local, creando y recreando lazos afectivos entre los concurrentes facilitando las actividades posteriores.
- Talleres de prospectiva socioeconómica y “Taller para jóvenes Santa Anita 2030”. Se trabajaron en escenarios futuros posibles y deseados, uno con adultos y el otro con una mirada puesta en el futuro deseado desde los jóvenes. Este último taller se realizó con los alumnos del último año de la escuela secundaria de la comunidad.
- Taller inventario de recursos. Posibilitó identificar la dotación de recursos económicos, técnico, medioambientales, sociales y servicios del territorio.
- Taller de indagación sobre las actividades económicas de los pobladores: “¿de qué vive la gente?” Este ejercicio facilitó la identificación de las principales actividades económicas, con el objetivo de conocer el entramado económico real que opera en

el territorio, el potencial de competitividad y posibilidad de generar ingresos futuros.

- Taller de mapeo de actores. Facilitaron la identificación de distintos actores públicos y privados que están involucrados en el proceso.
- Taller mapeo de oportunidades. Se trabajó en base a las actividades que quieren promoverse en Santa Anita, fruto de los talleres anteriores.

En cuanto a las primeras entrevistas realizadas en este contexto, resultaron reveladoras en tanto era en esta instancia más bien íntima donde comenzaron a manifestarse las tensiones en torno a estas prácticas agrícolas y se comenzaron a expresar visiones y percepciones dispares en relación al riesgo que éstas ocasionan. Es importante destacar que el problema surgió exclusivamente en las entrevistas personales pero no se manifestó de manera directa en los talleres participativos, aun cuando se intentó estimular a los participantes para que esto ocurra.

Nuevamente la controversia estaba presente, pero en este caso se sumaban dos elementos nuevos a mis interrogantes. En primer lugar, las diferencias en las manifestaciones de estas percepciones de riesgo: solo surgían en el ámbito privado, y en ámbitos de discusión públicos y más concurridos esta percepción de riesgo se tendía a invisibilizar. Y en segundo lugar, junto con la controversia y en los modos en que se expresaban (o no) los riesgos aparecían explícitamente elementos que referían recurrentemente a un origen compartido y un fuerte sentido de pertenecía a la comunidad.

Mi regreso a Santa Anita fue luego de un año, en 2016, donde llevé a cabo hasta el 2017 una segunda instancia de trabajo de campo, ya desligada de los trabajos realizados para el INTA y directamente vinculado con el desarrollo de esta investigación. En ese marco realicé entrevistas en profundidad, observación participante de los principales eventos de pueblo y registro fotográfico. Al mismo tiempo, relevé una serie de fuentes documentales. Es importante destacar que a pesar de aclarar ante los distintos interlocutores de la población local, en diferentes oportunidades, que las tareas de investigación desarrolladas en la localidad en esta última etapa no tenían relación con mi trabajo en el INTA, los pobladores locales continuaron identificándose con la institución. Este lugar en el que me ubican de algún modo ha permeado los diálogos e intercambios realizados.

Capítulo 1

Agroquímicos *versus* agrotóxicos: un enfoque desde la construcción social del concepto de “riesgo”

Primera aproximación al concepto de riesgo

A partir de la década del 70 resurgen con fuerza los estudios vinculados a la percepción del riesgo. Estos estudios son abordados desde diversas disciplinas y enfoques, y los objetivos que les dan origen también son dispares. Sin embargo, tal como destaca Spivak L’Hoste (2004:10), “si bien se trata de una categoría que atraviesa en un sentido amplio diversas etapas en la historia de la humanidad, es factible establecer una serie de particularidades que hacen a su conceptualización y relevancias en nuestros días”. Específicamente, el resurgimiento de la temática en la agenda de investigación está motivado principalmente por las controversias en torno a la energía nuclear y sus consecuencias sobre la salud humana y el medio ambiente.

Los esfuerzos desde las ciencias sociales por el abordaje de la temática tanto de riesgo como de aquellos estudios vinculados a los desastres y las catástrofes deben ser contextualizados en un marco más general. Se trata de ciertos acontecimientos tecnológicos ocurridos durante la década del 70 y el 80⁹ que tuvieron serias consecuencias ambientales, entre ellos se destaca el evento nuclear acontecido en Chernovyl (1986) (Ríos y Natenzon, 2015). Así, durante la década de 80 la preocupación en torno a las nuevas tecnologías y su cuestionamiento en cuanto a sus impactos y consecuencias en sentido amplio hace que desde diversas disciplinas se intente conceptualizar esta temática buscando dar respuesta a estos interrogantes.

En este punto resulta interesante la tipología que rescata García Acosta (2005) realizada por Thyes (1987). Este último autor propuso una historización de la percepción del riesgo, cuya evolución se divide en tres etapas¹⁰. Actualmente se estaría transitando esa tercera etapa a

⁹ Los acontecimientos que más se destacan en este sentido son Seveso (1976), Three Miles Island (1979), Bopal (1984) y Chrenobyl (1986). Específicamente éste último, el cual afectó a más de cinco millones de personas.

¹⁰ Thyes denomina a la primera etapa como “la etapa del miedo”, donde la percepción del riesgo está asociada a la providencia y la ubica entre mediados del siglo XIV y 1750. Esta etapa está relacionada con

la cual el autor define como de “riesgo insoportable”, en la que se “incluye básicamente a los desastres asociados con riesgos accidentales, entre los cuales los nucleares son considerados como su clímax. (...) En esta etapa aparece como central el tema de la seguridad, con un desarrollo desigual en el que la sensación de inseguridad sobrepasa la realidad de las amenazas, y se presenta como un asunto relacionado con el riesgo, que se distingue claramente entre aceptable y no aceptable (Thyes, 1987)” (García Acosta, 2005:14).

Es en este contexto en el que se realiza un gran esfuerzo para darle contenido al concepto de riesgo. Como primera aproximación, Douglas (1996) menciona que las Naciones Unidas recomiendan dos definiciones divergentes para evaluar la toxicidad de productos químicos. Por un lado una definición centrada en propiedades de pura probabilidad en la cual el riesgo es un concepto estadístico y se define como frecuencia esperada de efectos indeseados que nacen de la exposición a un contaminante, sin definir el grado de daño. En este mismo sentido, Beck (2000) afirma que el concepto de riesgo entendido científicamente se define como el resultado del producto de accidente por probabilidad, lo cual lo reduce simplemente al cálculo de probabilidades. Y por otro lado, Douglas destaca una segunda definición, aquella centrada en propiedades de utilidad en la cual el riesgo se define como el producto de la probabilidad por el daño, dejando de lado la cuestión de exposición al contaminante y poniendo en centro de escena el daño que ocasiona (Campbell, 1980, en Douglas, 1996). Más allá de las diferencias o matices de estas definiciones, es claro que el punto en común se encuentra en el esfuerzo por una cuantificación de las consecuencias que estas nuevas situaciones vinculadas a las tecnologías implican.

Por su parte, Luhmann (2006), comienza su recorrido teórico intentando buscar el origen histórico de la palabra “riesgo” por medio de sus primeras apariciones y usos en la antigüedad. Marca que si bien siempre existió incertidumbre, no existía la necesidad de acuñar una palabra para lo que en la actualidad entendemos como riesgo. La adivinación cubría cualquier cuestión vinculada a las decisiones que tomaba el hombre y así se cubría ante “el enojo de los dioses”. Solo el desobedecer generaba incertidumbre. Luhmann

epidemias y pestes. La segunda etapa está asociada con la industrialización. En ésta, según el autor, el miedo es sustituido por la angustia y la sitúa temporalmente entre mediados del siglo XVIII y mediados del XIX.

(2006) señala que “no será sino hasta el largo período de transición que va desde la Edad Media hasta los inicios de la modernidad cuando se empezará a hablar de riesgo” (cap 1, s/p). Así, el origen del uso de la palabra riesgo, e incluso la conciencia del riesgo, pareciera surgir con la navegación marítima y los contextos comerciales marítimos asociado a los seguros y los cálculos de los posibles daños.

Quedan aquí introducidos los tres autores centrales que discuten la cuestión del riesgo desde distintos enfoques. Se ve aquí simplemente la primera aproximación que ellos hacen, con la cual cada uno desde sus enfoques discute y cuestiona. Los tres autores parten de sitios diferentes para conceptualizar la cuestión; si bien en algunos aspectos se distancian en sus conclusiones, algunas nociones trabajadas pueden ser complementarias y echar luz a los interrogantes centrales del presente estudio. En apartados siguientes se trabajarán los desarrollos teóricos de estos tres autores, señalando aquellos ejes que resultan relevantes para el desarrollo de la investigación.

Los estudios sobre la percepción del riesgo: aristas, debilidades y aportes

Volviendo el foco hacia los abordajes teóricos sobre la percepción del riesgo, es preciso destacar que ésta muestra múltiples aristas. Es posible ver al menos tres enfoques, los cuales si bien presentan aportes interesantes, según Douglas (1996) no dejan de ser insuficientes.

En primer lugar se encuentra la aproximación técnica, que va del análisis del riesgo al análisis de la percepción; “asume que el público se compone de individuos aislados independientes que se comportan de forma natural como ingenieros. Ellos quieren conocer los hechos, y estos hechos, una vez presentados con claridad, les convencerán de la inocuidad o riesgo de una propuesta (...) la comprensión acabará con el miedo” (Douglas, 1996:47). Desde esta aproximación hay una sobrevaloración del conocimiento en tanto elemento externo y objetivo, capaz de mediar en la clarificación de la percepción. La percepción del riesgo o no sobre algún hecho u objeto es solo una cuestión de falta de información y conocimiento. Se verá más adelante que, en términos de Beck (2000) y sus ideas en torno a las incertidumbres manufacturadas y la trampa del riesgo, este punto presenta una complejidad mayor.

En segundo lugar, la aproximación ecológica, que da inicio con White (1952), pone el énfasis en intentar distinguir entre riesgo y peligro. El peligro es entendido como una variable independiente y la respuesta de la gente a él como una variable dependiente. La crítica fundamental a este enfoque es que presta escasa atención a los seres humanos. Las categorías ligadas a la dimensión cultural no entran en el diseño del estudio, las unidades de análisis resultan ser meras colecciones de individuos en vez de muestras de sociedades¹¹.

Tanto Beck como Luhmann discuten en torno a estas dos categorías. Luhmann estructura la mayor parte de su análisis en torno a la distinción riesgo-peligro, así como también se dedica a la distinción riesgo-seguridad. Por ser central en su análisis, le dedicaremos unos párrafos más adelante al momento de destacar las principales ideas trabajadas por este autor.

Beck (1998, 2000), por su parte, parece ir más allá de esta aproximación ecológica mencionada por Douglas, o al menos tomar un camino diferente. Él advierte que en la actual sociedad existe una pérdida en la distinción entre naturaleza y cultura, y afirma que “si hoy día hablamos de naturaleza, hablamos de cultura, y si hablamos de cultura, hablamos de naturaleza. Nuestra concepción de naturaleza y cultura como dos mundos aparte, que está íntimamente ligada al pensamiento moderno, no puede reconocer que estamos construyendo, actuando y viviendo en un mundo artificialmente construido por la civilización cuyas características están más allá de estas distinciones, que todavía dominan nuestra manera de pensar” (Beck, 2000: 18). Se acerca así a la teoría de Latour sobre la necesidad de reconocer que vivimos en un mundo híbrido. Aquí la discusión sobre la distinción entre riesgo y peligro se encuentra diluida en la no distinción entre naturaleza y cultura.

Por último, Douglas (1996) señala la aproximación de la ciencia cognitiva, que sienta sus bases en la teoría del comportamiento racional. Fundamentalmente se sustenta en los desarrollos provenientes de la economía basados en el individuo racional y la racionalidad ilimitada, y se vincula en cierta forma a las definiciones iniciales presentadas para la noción de riesgo. Mary Douglas destaca justamente que como concepto el riesgo surgió en la

¹¹ Ríos y Natenzon (2015) trabajan en detalle las implicancias de estos enfoques, sus críticas y algunos enfoques superadores.

teoría de las probabilidades, un sistema axiomático derivado de la teoría de juegos que nació en Francia en el siglo XVII.

Douglas (1996) destaca que estas tres posturas son “sofisticadas teóricamente, pero ingenuas en el pensamiento social, cada disciplina transfirió solo una pequeña parte de sus métodos tradicionales al nuevo campo” (47). Claramente su marco interpretativo se aleja de estas tres aproximaciones.

Ahora bien, a continuación se trabajarán los principales aportes realizados por los tres autores centrales vinculados con el concepto de riesgo: Ulrich Beck, Niklas Luhmann y Mary Douglas.

El camino de la sociedad de clases a la sociedad del riesgo

Un autor clave que ha teorizado en torno a la noción de riesgo y sus implicancias en la sociedad moderna ha sido el sociólogo Alemán Ulrich Beck. Su obra central ha sido “La sociedad del Riesgo” publicada en 1986. Plantea justamente que el riesgo es propio de la sociedad moderna y constitutivo de ella. Su tesis principal se basa en la existencia de una sociedad de riesgo como impronta específica de la modernidad. Para Beck, la crisis ambiental vinculada a los principales hechos de desastres tecnológicos mencionados anteriormente marcaron un quiebre entre la sociedad y el ambiente (Ríos y Natenzon, 2015). Su obra se inscribe dentro de los estudios de la modernidad y la globalización. La sociedad del riesgo desplaza a la noción de sociedad de clases como marco interpretativo, y afirma en este sentido que: “queda claro que la tierra se ha convertido en una catapulta que no respeta las diferencias entre ricos y pobres, blancos o negros, sur y norte, este y oeste” (Beck, 1998:44).

Si bien el autor reconoce que hay riesgos específicos de clase, postula que es el riesgo el factor que iguala. En este sentido afirma que “la miseria es jerárquica, el smog es democrático. Con la extensión de los riesgos de modernización se relativizan las diferencias y los límites sociales (...) sin embargo, los riesgos despliegan dentro de su radio de acción y entre los afectados por ellos un efecto igualador. Ahí reside precisamente su novedosa fuerza política. En este sentido las sociedades del riesgo no son sociedades de clase; sus situaciones de peligro no se pueden pensar como situaciones de clase, ni sus conflictos

como conflictos de clase” (Beck, 1998: 42). Así al ser el riesgo el factor que estructura a la sociedad moderna, la cuestión de clase ya no tiene tanta vigencia para poder explicar al mundo actual¹². En este sentido él introduce la noción de sociedad del riesgo como concepto que estructura, explica y jerarquiza a la sociedad moderna. Y afirma que “la sociedad del riesgo dispone de nuevas fuentes del conflicto y el consenso. En lugar de la supresión de la carencia aparece la supresión del riesgo” (Beck, 1998:53). En este sentido, Foa Torres (2016) se cuestiona sobre las formas en las cuales los riesgos globales, en términos de Beck, conducen a una democratización de las sociedades. Su respuesta es simple: “toda lucha política y todo conflicto social se desenvuelven, para Beck, en el marco de la omnipresencia del riesgo y se muestran como disputas por imponer tal o cual definición sobre lo riesgoso” (Foa Torres, 2016: 11)

Un concepto central del autor es que justamente las propias características de la sociedad del riesgo hacen que se pase de una idea de comunidad de la miseria a la comunidad del miedo, en la cual la solidaridad surge por el miedo. Sin embargo remarca que esto existe sin saber a ciencia cierta cómo opera; es decir, ¿cómo el miedo aglutina o junta a esta comunidad? En este marco, el autor se pregunta: “¿qué motivaciones y energías de actuación las ponen en movimiento? ¿Cómo se comporta esta nueva comunidad solidaria de los miedosos? (...) ¿Impulsa el miedo al irracionalismo, al extremismo, al fanatismo?” (Beck, 1998, p. 56). Estas preguntas complejizan el análisis sobre la población de Santa Anita, dividida entre beneficiarios y afectados, y cruzada por múltiples contradicciones, ¿cómo se configura en este caso la “comunidad solidaria de los miedosos”? ¿Cuáles son sus efectos? ¿Cuáles son los temores constitutivos? ¿Cómo se expresan? Volveré más adelante sobre este punto.

Ahora bien, hasta aquí se planteó la necesidad que encuentra el autor por la indagación de un marco interpretativo diferente para la sociedad moderna y el riesgo como estructurarte de este enfoque. Sin embargo, ¿cómo define el autor al riesgo? En un texto publicado diez años después del libro titulado “La sociedad del riesgo”, Beck (2000) pretende recoger los aportes y debates en torno al concepto sociológico de riesgo y sociedad del riesgo. El autor señala que no solo aún siguen vigentes sino que se refuerza su carácter global. En este

¹² Más allá de estas afirmaciones es preciso aclarar que Beck es completamente consciente que cuestiones tales como la escases y la distribución de los bienes siguen estando presentes en la sociedad del riesgo global (Scott, 2000)

sentido es que habla de una sociedad del riesgo global. Desarrolla su texto en ocho puntos que él considera claves en la discusión y que han aportado a su trabajo de manera crítica, y es por medio de estos puntos que define a la noción de riesgo y a la sociedad del riesgo. A continuación se sistematizarán estos ocho puntos y luego retomaré aquellos que echan luz sobre la investigación.

En primer lugar, señala que los riesgos no aluden a daños acontecidos y los define como una virtualidad real que se ubica entre la destrucción y la confianza/seguridad; no equivalen a destrucciones, sin embargo amenazan con la destrucción. El tema central es entonces cómo se perciben esos riesgos, cómo ante una situación una sociedad clasifica ese estado entre seguridad y destrucción. Y para esto el autor afirma que “es la percepción cultural y la definición lo que constituye el riesgo. El ‘riesgo’ y la ‘definición pública del riesgo’ son uno mismo” (10). En segundo lugar, el concepto de riesgo invierte la relación entre pasado, presente y futuro. Se debate en torno a algo que no sucede pero que podría ocurrir si seguimos caminando en la misma dirección. En este sentido, ya no es el pasado lo que estructura el presente sino las potenciales o esa virtualidad real de lo que puede ocurrir. Luego destaca que los riesgos no son ni juicios de valor ni juicios basados en hechos, sino ambas cosas al mismo tiempo. En cuarto lugar destaca que los riesgos son una consecuencia no deseada de la sociedad moderna, que la cuestionan y la ponen bajo amenaza. En este sentido afirma que “en el momento en el que la naturaleza se vuelve industrializada y las tradiciones se vuelven opcionales, afloran nuevas formas de incertidumbres” (14), las cuales el denomina como incertidumbres manufacturadas¹³. El quinto punto que el autor destaca para definir el concepto de riesgo contemporáneo es que justamente la existencia de incertidumbres manufacturadas hace caer a la sociedad moderna en la “trampa del riesgo”. Beck afirma que hay dos formas de actuar ante las incertidumbres manufacturadas. Por un lado, entender que solo el conocimiento certero

¹³ Siguiendo a Ríos y Natenzon (2015:7-8) “en la sociedad del riesgo la ciencia y la técnica ya no otorgan seguridad y certezas, sino falibilidad e incertidumbres también “manufacturadas”. En esta nueva etapa de la modernidad, la reflexividad adquiere un lugar trascendente. El proceso de autorreflexión que realizan las sociedades contemporáneas es el que termina cuestionando el conocimiento “infalible” de las ciencias modernas y el que posibilita una relación crítica entre sociedad y conocimiento científico-técnico (Beck, 1998, 2000; Giddens, 1993; Luhmann, 1996) en la sociedad del riesgo, la autorreflexión y la interpretación sobre el conocimiento científico técnico ha tornado las fronteras entre expertos y legos, ciencia y política se vuelvan cada vez más borrosas”. Introducen también un término interesante, el de noción de ciencia post normal, afirmando que “según quienes adscriben a la ciencia posnormal, los enfoques científicos heredados de la modernidad industrial han producido una ciencia que no puede brindarnos certidumbres sobre los problemas que enfrenta la sociedad global actual”.

deber forzarnos a actuar. En este sentido, la negación de los riesgos hace que estos crezcan sin medida ni control. Por otro lado si se elige la estrategia opuesta y presupone que la falta de conocimiento es la base de la acción contra los riesgos, entonces se abren las compuertas del miedo y todo se vuelve arriesgado. Así siempre se va a estar en una situación donde el riesgo se apodera de la situación, de aquí la noción de trampa del riesgo. En sexto lugar asegura que los riesgos son al mismo tiempo locales y globales, lo cual lo lleva a pensar que existe una sociedad del riesgo global. Seguidamente, afirma que el riesgo hace referencia tanto a lo real como a lo percibido y construido socialmente; entiende a los riesgos desde esta doble dimensión y afirma que “la realidad de los riesgos brota de los impactos que están arraigados en la actual producción industrial y científica y en los hábitos de los investigadores”, mientras que “el conocimiento sobre los riesgos, por el contrario, está ligado a la historia y a los símbolos de la cultura propia” (17). Por último vincula el concepto de riesgo con “un mundo híbrido hecho-por-el-hombre que ha perdido el dualismo entre naturaleza y cultura”.

El trabajo de Beck ha sido centro de muchos elogios, así como también de varias críticas. Solo quiero en este apartado centrarme en una de ellas, aquella que considero que pone al trabajo de Mary Douglas en la vereda opuesta. Más allá de la gran crítica que hace Beck al objetivismo del análisis científico de riesgo, el autor no consigue alejarse de la idea de la existencia material del riesgo¹⁴. En este sentido es que Scott (2000) define a la estructura de la sociedad del riesgo de Beck como sociológicamente convencional. Según este enfoque, la conciencia de riesgo refleja el riesgo real, al igual que la conciencia de clase refleja la inequidad real de clase. Muy diferente va a ser la aproximación de Douglas.

Luhmann y la sociología del riesgo¹⁵

Niklas Luhmann dedicó parte de sus estudios a intentar generar aportes desde las ciencias sociales, y más específicamente desde la sociología, a la conceptualización del riesgo desde un espíritu crítico. En este sentido él hace un recorrido sobre los ámbitos en los cuales el riesgo es abordado en las diferentes disciplinas, aunque reconociendo que esta cuestión

¹⁴ Soctt menciona que Beck no puede deshacerse de la idea de que “el riesgo ‘está allá afuera’”(Soctt, 2000:38)

¹⁵ Todo este apartado se estructura en torno a Luhmann (2006).

aparece en casi todas las disciplinas científicas de formas muy variadas. Sin embargo, su rol principal pareciera estar en las ciencias económicas en donde el cálculo del riesgo comienza a ser central. Se acerca en este punto a la aproximación de la ciencia cognitiva trabajada por Douglas. De hecho, destaca que forma parte de una de las justificaciones de la ganancia empresarial: entendido en términos de riesgo e incertidumbre, se justifica la ganancia del empresario ya que “pone en riesgo” su capital en una situación que contiene alta “incertidumbre” su retorno.

En contraposición a esto, la psicología -y más precisamente la psicología social- argumenta que el individuo en lo más mínimo calcula los riesgos de las situaciones que enfrenta tal cual lo predicen las ciencias económicas.

Según el enfoque que se adopta es posible afirmar que “el ser humano comete errores, dirían algunos, mientras que otros afirmarían que actúa de manera conveniente en el contexto de lo cotidiano” (cap. 1, s/n). Ahora bien, más allá de si se opta por una u otra forma en relación a la cita anterior, el autor marca que lo cierto es que hay un distanciamiento entre disciplinas: para algunas es trascendental el cálculo y para otras no.

A estos abordajes desde los diversos campos de la ciencia se le suman las ciencias sociales. Marca claramente que esta ciencia comienza a abordar el tema del riesgo por la incapacidad que muestran las otras disciplinas para dar respuesta a la cuestión y agrega: “tanto los antropólogos culturales como los antropólogos sociales, así como los politólogos, han señalado –indudablemente con razón- que la evaluación del riesgo y la disposición a aceptarlo no es solo un problema psíquico sino, sobre todo, un problema social. Uno se comporta según lo esperan los grupos de referencia relevantes, o tal como uno ha sido socializado (sea de acuerdo a la opinión comúnmente aceptada o contra ella)” (cap 1, s/n).

El autor plantea que si bien esta discusión estaría más ligada a una controversia teórica, abre el debate para cuestionar “quién o cuál es la instancia que decide si un riesgo ha de tenerse en cuenta o no (y en que horizonte objetivo y temporal)”. Luhmann afirma que a las discusiones normales sobre el cálculo, percepción, evaluación y aceptación de riesgos resulta imprescindible añadirle el problema de la selección de riesgos; es decir, aquellos eventos que son o no considerados, destacando que existen determinados factores sociales que guían el proceso de selección.

Presenta también una crítica certera; enfatiza que más allá de complejizar el enfoque, todos siguen teniendo un punto de partida individualista. Cuestiona el sentido de basarse en las decisiones individuales: “a medida que el conocimiento aumenta, se llega finalmente al punto en el que se debe plantear la cuestión de si todavía puede sostenerse, de alguna manera, la inclusión de una decisión individual (ya sea racional, intuitiva, dictada por la costumbre, etc.) o si más bien debiera intentarse un enfoque estrictamente sociológico que diera cuenta del fenómeno del riesgo exclusivamente por el sentido de la comunicación, incluida por supuesto, la comunicación de decisiones individuales” (cap 1, s/n).

En esta cuestión y disputas de sentido comienza a entrar la sociología en tanto disciplina “haciéndose cargo también del problema del riesgo”. Él afirma que “lo que debiera aportar es una teoría de la selectividad de todas las operaciones sociales, incluida la observación de estas operaciones, teniendo en cuenta, en especial, las estructuras que determinan estas operaciones. Así, la sociología ubicaría el tema del riesgo en una moderna teoría de la sociedad caracterizada por su aparato conceptual” (cap 1, s/n). Y es en este sentido que enfoca todos sus esfuerzos. Es claro que desde su perspectiva ningún elemento en sí mismo es riesgo, “sino que se hacen tales cuando los observamos desde la óptica del riesgo” (Galindo, 2015:152). En palabras de Luhmann: “El mundo exterior como tal no reconoce riesgos, puesto que no conoce diferenciación, expectativas, evaluaciones ni probabilidades, excepto como un resultado propio de sistemas observantes en el universo de otros sistemas” (cap 1, s/n)

Para iniciar su recorrido se propone caracterizar y distinguir al riesgo en tanto concepto. Luhmann afirma que se trata de un fenómeno de “contingencia múltiple” y por lo tanto va a ofrecer distintas perspectivas a distintos observadores; esto implica que no existe simplemente un solo concepto o concepto único. En una primera instancia propone que lo importante para abordarlo es comprender que el posible daño siempre va a ser contingente y, por lo tanto, algo evitable. Sin embargo se pregunta en que marco de distinción se posiciona un observador de segundo orden cuando habla de la observación de un riesgo. Es desde este cuestionamiento que intenta dar forma al concepto de riesgo en tanto distintivo pero no entendido como único. Para esto se vale de dos binomios: riesgo-seguridad y riesgo-peligro.

En relación al concepto de riesgo en oposición a seguridad afirma que en toda decisión que es tomada se opta por el riesgo o por la seguridad, entendiendo a esta última desde una doble dimensión. En primer lugar, considerando que de la decisión tomada no surja ningún daño; y en segundo lugar, que ésta no genere la pérdida de ninguna oportunidad que podría haberse obtenido por medio de la variante riesgo. Sin embargo, considera que la oportunidad perdida no era en sí misma segura, a la par que al dejar pasar una oportunidad no se sabe a ciencia cierta si se está perdiendo algo. Así él argumenta que todas las variantes que forman posibles decisiones se vuelven riesgosas y, por lo tanto, no existe certidumbre alguna. Entiende entonces que esta distinción en tanto conceptualización no es del todo útil. Es en este sentido que al considerar el riesgo es indispensable también considerar el futuro y “hablar de futuro remite inevitablemente a una situación siempre contingente” (Galindo, 2015:153).

Dadas estas limitaciones, analiza el binomio riesgo-peligro. Retomando lo concluido en el análisis anterior, esta relación supone como eje central que existe siempre una incertidumbre en los daños futuros y, por tanto no existe seguridad alguna. Presenta dos posibilidades. En primer lugar que el posible daño sea una consecuencia de la decisión; en este caso se está frente a un riesgo. Y en segundo lugar que ese potencial daño sea provocado externamente –usualmente atribuido al medio ambiente- y de ser así se considera como peligro. Así, Luhmann trabaja en este binomio también sobre las responsabilidades. Sin embargo, su punto central es que el riesgo es producto de una decisión, en donde la atribución de esa decisión debe satisfacer condiciones específicas: en especial que las distintas alternativas de decisión se distingan en relación a sus posibles daños. Ahora bien, esa atribución va a depender del observador, y en sus propios términos, va a depender del observador de segundo orden. Y es de esta forma que la distinción riesgo-peligro posibilita “ver la forma en que el mismo evento puede presentar un riesgo para unos y un peligro para otros” (Galindo, 2015:154).

Tanto en la distinción riesgo-seguridad como en riesgo-peligro es válido afirmar que no existe ninguna conducta libre de riesgo. Mientras que para la distinción riesgo-seguridad esto implica que no existe seguridad absoluta, para el binomio riesgo-peligro implica que los riesgos son inevitables cuando se toman decisiones. Dos dimensiones claras atraviesan a ambas distinciones: el riesgo en tanto futuro y, más específicamente, como futuro contingente.

Al no existir decisiones sin riesgo Luhmann afirma que “debe abandonarse la esperanza (...) de que con más investigación y con más conocimiento podríamos pasar del riesgo a la seguridad. La experiencia práctica nos enseña que ocurre más bien lo contrario: mientras más se sabe, más se constituye una conciencia de riesgo” (cap 1, s/n). Es en este sentido que la sociedad moderna parece estar signada por representar su futuro en términos de riesgo (Galindo, 2015).

Mary Douglas y la construcción social del riesgo

La antropóloga británica Mary Douglas se convirtió en un referente importante en los estudios de riesgo y su conceptualización. Con fuerte influencia de los marcos analíticos de Durkheim y Mauss, esta autora produjo una serie de trabajos claves en donde se destaca una idea central: resulta imposible generar una definición única de riesgo dado que “al ser el riesgo un producto conjunto de conocimiento y aceptación, depende de la percepción que de él se tenga. La percepción del riesgo es entonces un proceso social y en sí misma una construcción cultural” (García Acosta, 2005:15-16).

Una de las obras fundantes de la autora en la temática fue la escrita conjuntamente con el politólogo Wildavsky en 1983, titulada “*Risk and Culture: an essay on the selection of technological environmental dangers*”¹⁶. La autora destaca que en esta obra, usando la teoría de la cultura para hablar de política sin reducir la objetividad, demostraron que la percepción del riesgo depende de la cultura compartida, no de la psicología individual (Douglas, 2007). Posteriormente Douglas publicó el libro titulado “La aceptabilidad del riesgo según las ciencias sociales” en 1983, obra en la que profundizó los conceptos de riesgo dentro de su tradición culturalista.

Desde el enfoque de Douglas, las nociones de riesgo no están basadas en razones prácticas o en juicios empíricos. Son nociones construidas culturalmente que enfatizan algunos aspectos del peligro e ignoran otros. La percepción del riesgo es una construcción social que varía incluso según al grupo social en el cual se encuentren los actores en una comunidad determinada, dado que ellos van a tener un sistema de clasificación de esos

¹⁶ Si bien esta obra fue trascendental para la conceptualización del riesgo en tanto constructo social, su gran originalidad y transgresión hizo que sea objeto de fuertes críticas. En Elliot (1983) se puede encontrar una de ellas.

riesgos (hechos) particular. Tal como destaca García Acosta (2005:15) “Douglas eligió analizar las formas cómo el hombre distingue entre lo que es y lo que no es riesgoso e, incluso, lo que acepta o no como riesgoso, de ahí el título que dio a este libro”. Este es el punto de partida de mi análisis, que entrará en diálogo con algunos de los aportes que han hecho Beck y Luhmann.

Entrando más en detalle en la conceptualización de Douglas, es posible afirmar que ella critica fuertemente la teoría económica del agente racional dado que ese agente está desculturizado y “la cultura parecería ser el principio codificador por el que se reconocen los peligros. Las pautas culturales que constituyen riesgos apropiados e inapropiados emergen como parte de la asignación de responsabilidades y son fundamentales para la vida social (...) Cuando se le pregunta por los riesgos que afronta, un individuo tiene que responder partiendo de alguna norma culturalmente establecida de cautela debida (...) Una comunidad utiliza su acumulada experiencia compartida para determinar qué pérdidas previsibles son las más probables, qué probables pérdidas serán más perjudiciales y qué daños se pueden prevenir. Una comunidad implanta también el modelo de actores del mundo y su escala de valores por la que diferentes consecuencias son consideradas graves o triviales” (Douglas, 1996:109-110).

En este punto, Douglas se acerca a la par que se aleja de Beck. Según el enfoque de Beck, los riesgos se construyen desde una percepción de una posible realidad que varía entre la seguridad y la catástrofe. Reforzando esta idea Beck (2000) afirma que “solo si pensamos en el riesgo en términos de una realidad, mejor dicho, un haciéndose-real (una virtualidad), puede ser entendida la materialización real. Solo si entendemos al riesgo en términos de una construcción, podremos entender su indefinible esencia. Los riesgos no pueden ser comprendidos fuera de sus materializaciones en mediaciones particulares, sean estas científicas, políticas, económicas o populares” (10). Pero la materialización social se encuentra en esa percepción que va pendulando entre estas dos categorías: seguridad y destrucción. Si se toma posición en cualquiera de éstas, el riesgo desaparece como noción. Y toda esa construcción radica en la percepción. Comprender cuáles son esas mediaciones en el caso de Santa Anita es fundamental. En este sentido me pregunto qué es lo que media para que el riesgo de los fitosanitarios comience a hacerse real en el marco de esa virtualidad. Y en términos más generales, ¿qué es lo que hace a una comunidad se perciba más cerca de la catástrofe que de la seguridad?

La clave para dar respuesta a este interrogante según Douglas (2007) es el sistema de clasificaciones que tiene esa comunidad. No es posible entender o comprender esa posición si no conocemos ese sistema de clasificaciones. Beck habla de virtualidad real y se pregunta en este contexto qué significarían en principio objetividad y subjetividad de los riesgos, qué es racional y qué irracional si justamente se trata de algo que aún no ocurrió. Sin embargo, a diferencia de Beck, Douglas hace énfasis en la construcción social dejando de lado el "realismo" que podría existir por detrás de esos riesgos visualizado a través de sus impactos. Desde la perspectiva de Douglas, y volviendo a las críticas a Beck realizadas por Scott (2000), la conciencia de riesgo refleja la propia percepción del riesgo; el concepto de "riesgo" es en sí mismo hipotético o metafórico: no es una cosa, es una forma de pensar.

Douglas pone en el centro de su análisis a la comunidad. El riesgo es una construcción social pero ya no del individuo sino de una comunidad, "de ahí que constituya, como tal, una construcción social del riesgo que surge de acuerdo con el tipo de sociedad de la que emana, de sus creencias y visiones dominantes" (García Acosta, 2005:16). Este enfoque es de gran utilidad en este análisis. Al entender a la percepción del riesgo como una construcción social, se abandona la mirada individualista de las ciencias cognitivas y de la economía (Foa Torres, 2016), para estructurar el análisis en torno a la comunidad en tanto construcción colectiva.

El concepto de inmunidad subjetiva propuesto por Douglas puede resultar particularmente potente para el abordaje que se propone del caso de Santa Anita. La autora afirma que los individuos tienden a minimizar las probabilidades de resultados malos en actividades familiares; esto implica que subestiman en parte aquellos riesgos que se consideran controlados. A su vez, se subestiman también los riesgos de aquellos acontecimientos que se dan rara vez. Y en este contexto se pregunta en relación a la percepción del riesgo: "por qué tantísimas personas, en su rol de profanos, opinan que los peligros cotidianos son inocuos y se consideran a sí mismas capaces de arreglárselas cuando los hecho demuestran que no poseen tal capacidad" (Douglas, 1996, p. 57).

Discusiones, controversias y puntos opuestos: el dilema agroquímico-agrotóxico en la construcción social del riesgo

Intrigada sobre la controversia que presenta la discusión vinculada con la toxicidad de los productos utilizados para optimizar el rendimiento de los cultivos consulté a varios de mis compañeros de trabajo (ingenieros agrónomos) sobre este punto. Mi pregunta siempre solía ser la misma: ¿el glifosato provoca enfermedades como cáncer? Y la curiosa respuesta que siempre llamó mi atención fue:

“Mirá, según la Agencia Internacional de Investigación sobre el Cáncer, de una gran cantidad sustancias analizadas, solo una fue considerada probablemente no carcinogénica. El glifosato se encuentra dentro de las probablemente carcinogénicas para humanos, en la misma categoría que el consumo de carne de vaca o la bebida de infusiones calientes como el mate”

Esta respuesta, sin embargo, no terminaba de acallar la cantidad de argumentos contrarios esgrimidos por una multiplicidad de voces.

Dentro de las distintas voces que definen estos productos como “agrotóxicos” no solo se encuentran las de ambientalistas o pobladores cercanos a las zonas afectadas, sino también se multiplican las de los expertos y científicos. Incluso el mismo paradigma rector de las políticas del INTA en este aspecto fue modificándose con el tiempo.

En 2006 el INTA trabajó en la formulación de proyectos financiados por la institución. En ese contexto, dentro de la ejecución de un proyecto más amplio vinculado a la mecanización agrícola, el grupo de trabajo del cual formo parte coordinó un proyecto de investigación titulado “Alternativas tecnológicas innovativas para la aplicación de fitosanitarios”¹⁷. Ese proyecto tenía como objetivos centrales trabajar sobre la eficientización de la técnica de aplicación de agroquímicos tanto en lo vinculado con aquellas aplicaciones terrestres como aéreas. Por incrementar la eficiencia se entendía reducir las dosis aplicadas de modo tal de disminuir su impacto en el ambiente.

¹⁷ El proyecto tuvo como objetivo general “Contribuir al desarrollo de las técnicas utilizadas en la distribución terrestre y aérea de fitosanitarios sobre los principales cultivos extensivos” y estuvo vigente entre 2007 y 2012.

El proyecto generó múltiples publicaciones vinculadas con la temática y los objetivos propuestos. Sin embargo, con el correr del tiempo los intereses o las demandas de información se fueron modificando. Más allá de la técnica, la preocupación específica comenzaba a concentrarse en las aplicaciones que se realizaban en cercanía a los poblados, a las viviendas y a las escuelas rurales. El debate se instaló en la mayoría de las actividades de capacitación que el grupo llevaba adelante. Era habitual que se genere alguna discusión en torno a la toxicidad de los productos que se aplicaban y del riesgo que esto podía causar en la salud humana y en el ambiente. Generalmente la cuestión giraba en torno a los riesgos sobre la salud humana.

En función de estos debates, el propio grupo de trabajo fue modificando su ámbito de acción y sus temáticas abordadas. Un hecho marca claramente como impactaron estas cuestiones sobre la propia agenda de investigación en INTA. En 2012 se reformularon los proyectos con financiamiento propio de la institución. En esa instancia, el proyecto de investigación que antiguamente se titulaba “Alternativas tecnológicas innovativas para la aplicación de fitosanitarios” pasó a llamarse “Tecnologías para el uso responsable de agroquímicos en los agroecosistemas rurales y periurbanos”. Claramente el foco había cambiado y la investigación dentro de la institución, en parte, acompañó ese cambio.

Lo cierto es que el uso de este tipo de productos actualmente se encuentra atravesado por una serie de elementos que ponen en cuestión su utilización. Se ha puesto en consideración la peligrosidad de su uso y los riesgos que estos pueden ocasionar en la salud humana y el ambiente. Si bien el debate gira en torno a todos los productos, es fácilmente destacable que el cuestionamiento mayor se encuentra en el herbicida glifosato, principio activo considerado por una amplia mayoría de voces como indispensable para la producción de la soja transgénica¹⁸. Algunos hechos han sido claves para la ocurrencia de estos cambios y la inserción de esta problemática en la agenda pública.

En primer lugar, hay que destacar el trabajo del movimiento de las “Madres de Ituzaingó” conformado justamente en el barrio de Ituzaingó (Provincia de Córdoba) donde se ha llevado adelante una fuerte lucha por la salud de los vecinos del pueblo, el cual se encuentra rodeado de soja y presenta una alta tasa de casos de enfermedad dentro de su

¹⁸ En el capítulo 2 se profundizará en cuestiones técnicas asociada a estos productos y sus principales implicancias.

población¹⁹. Este movimiento puso en cuestión los límites de la producción agrícola y el vínculo que esta producción tiene actualmente con las comunidades rurales. A partir del trabajo de este grupo se sientan los primeros precedentes sobre los límites territoriales de las aplicaciones de agroquímicos. Específicamente se marcan zonas de exclusión o amortiguamiento o también llamadas zonas *buffer*. Éstas son áreas en las cuales está prohibida la utilización de agroquímicos como método de control de plagas. Generalmente se fijan en función a una distancia determinada entre las producciones agrícolas y el éjido urbano. Estas nuevas legislaciones dieron lugar a una serie de estudios ligados al derecho²⁰.

Como segundo hecho destacado debo mencionar el trabajo realizado por Andrés Carrasco y su equipo de investigación, vinculado con diversas malformaciones que presentaron anfibios y pollos al nacer por exposición a glifosato. El trabajo fue publicado y difundido en primera instancia en un medio gráfico masivo, para luego ser publicado en el ámbito académico: “en abril de 2009 el diario de Buenos Aires Página/12 publicó el resultado de un estudio científico hecho en el Laboratorio de Embriología Molecular de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires el que hizo evidente que el glifosato –principal herbicida utilizado para proteger la siembra de semilla transgénicas- produce malformaciones en embriones (...) Andrés Carrasco, denunciaba que “la ciencia está urgida por grandes intereses económicos, y no por la verdad y el bienestar de los pueblos (Aranda, 2009a)”” (Arancibia, 2013:309). Estas declaraciones en un medio de difusión masivo hicieron que la temática llegue a ámbitos incluso por fuera de lo rural y se ponga en debate la problemática dentro de la agenda pública²¹.

El trabajo encabezado por Carrasco tuvo varias implicancias que dieron lugar a una serie de estudios basados en diferentes ejes. En primer lugar, y destacado por cierto, el trabajo del grupo de investigación puso en cuestión a la propia ciencia y a la independencia de la producción científica²². El cuestionamiento era claro, y apuntaba directamente a la

¹⁹ Para ampliar sobre los orígenes del grupo Madres de Ituzaingó y sus implicancias en términos de lucha contra los agroquímicos ver Skill, 2010; Skill y Grinberg, 2013; Arancibia, 2013.

²⁰ Dos trabajos vinculados con estas cuestiones son los de Berros (2011) y Acuña (2013).

²¹ Se refiere específicamente al debate que se dio en el ámbito de los medios gráficos en torno a las publicaciones de Andrés Carrasco. Dos notas emblemáticas son Aranda (2009a) y (2009b).

²² Dos trabajos centrales en este sentido son los de Varsavsky (1969) y Vessuri (1993). Por su parte, el estudio de Arancibia (2013) resulta de interés para profundizar en estos aspectos dado que analiza las controversias sobre cómo se construye agenda científica en los países periféricos y cómo esto se vincula con las regulaciones de las innovaciones tecnológicas. Se enmarca en un plano más general: la

independencia de los estudios toxicológicos de los agroquímicos, dado que se enfatizaba que los datos sobre los herbicidas basados en glifosato utilizados por los organismos reguladores para clasificar su grado de toxicidad eran proporcionados por el sector industrial (Arancibia, 2013). En este sentido el trabajo de Carrasco marca un “punto de inflexión” dado que cuestiona la forma hegemónica de hacer ciencia y las implicancias que esto tiene.

En segundo lugar, este trabajo puso en el centro de la escena el papel de los medios en la construcción de sentido en torno a la disputa del glifosato y la soja. Para profundizar en esta cuestión el trabajo de Motta y Alasino (2013) es sumamente interesante ya que pone en relieve la dicotomía en la que se encuentra embebida la discusión. Según las autoras esta dicotomía (inocuo versus peligroso) se refleja también en los medios, ya que son estos los que construyen sentido, no solo lo legitiman.

En tercer lugar, la publicación en el diario Página/12 visibilizó otras formas de hacer ciencia o de analizar los efectos que tienen los agroquímicos sobre la salud y el ambiente. Específicamente surgen diversos estudios de la mano de movimientos ambientales, destacándose con mucha fuerza el movimiento “Paren de Fumigar”²³, que ofrece una forma contra-hegemónica de analizar la situación vinculada a la epidemiología popular (Rulli, 2009; Arancibia, 2013; Skill y Grinberg, 2013).

Como respuesta a estos debates se generaron diversas investigaciones tanto desde el ámbito de lo técnico como desde lo social. Estas respuestas acrecentaron la dicotomía, y con ella profundizaron aún más mis interrogantes sobre la temática. Lo cierto es que desde lo técnico –incluyendo dentro de este grupo al INTA- la solución a esta problemática se encuentra en generar ámbitos de discusión y capacitación. Esta aproximación se emparenta con la dimensión técnica trabajada por Douglas (1996), en la cual el conocimiento entendido como elemento objetivo y externo se supone capaz de mediar en la clarificación de la precepción. En este sentido, desde estas posturas se asume principalmente que es la

implementación de la biotecnología en nuestro país; para bajar el análisis a un marco más específico, que es el que a ella le interesa: la regulación de productos agroquímicos para uso en el campo argentino. Un trabajo más general y clave para el análisis de la producción científica y el modelo hegemónico se encuentra en Vara (2004)

23 El libro paradigmático realizado por el grupo “Paren de Fumigar” fue el publicado en 2009, titulado *Pueblos fumigados* (Rulli, 2009), en el cual se presentaron una recopilación de evidencia empíricas provenientes de testimonios de personas afectadas, encuestas a pacientes de hospitales, estudios de agua y suelo.

ausencia de información lo que genera estos conflictos y suelen atribuir el riesgo al hecho específico del “mal uso del producto”, más allá del producto en sí. El foco del problema se encuentra objetivado en la propia práctica y el conflicto se podría salvar con el buen uso de estas tecnologías bajo los lineamientos de las buenas prácticas agrícolas (Lantieri et al., 2009; MINAGRI, 2013; Skill y Grinberg, 2013). Estas posturas suelen ser pensadas como “productivistas” desde los grupos ambientalistas y la crítica principal más fuerte que se le hace es que no existe un cuestionamiento sobre la peligrosidad de los productos empleados.

Por otro lado, hay una serie de estudios con enfoques desde las ciencias sociales. Algunos de estos estudios están dedicados a estudiar a los movimientos sociales ambientales que dan lugar a las críticas vinculadas con el uso de estos productos (Skill, 2010). A su vez existe otro grupo de estudios vinculados con el análisis de la sustentabilidad del sistema productivo bajo las actuales condiciones de producción, cuestionando desde los efectos de los productos químicos en la salud hasta en el medio ambiente (Muscio, 2017; Souza Casadinho, 2009, Souza Casadinho et al., 2010). Y por último hay una serie de trabajos abocados al análisis de la independencia de la producción científica en países periféricos y su vínculo con la legitimación en el uso de estos productos en Argentina (Vara, 2004). En la mayoría de estos estudios, la práctica en sí no parece ser lo más cuestionado aunque si lo es el objeto en sí mismo. Incluso desde lo discursivo –según la posición tomada al respecto– una mismo objeto (el producto en sí) es mencionado de dos maneras diferentes: agroquímico o agrotóxico.

Finalmente, quienes manipulan estos productos, profesionales y productores agrícolas, también pueden referirse a ellos de distintas maneras. Dentro del grupo de trabajo de “Tecnología de Aplicación de Agroquímicos” del Instituto de Ingeniería Rural de INTA, la palabra agroquímico es la empleada. El trabajo con estos productos es habitual, el riesgo está presente, pero desde la óptica de estos profesionales es un riesgo controlado. Por su parte los productores que participaban de los Campeonatos de Aplicadores y cotidianamente trabajaban con estos productos, manifestaban ser conscientes de su toxicidad, pero tomaban precauciones para que este trabajo no generase un impacto en su salud; y los mencionan como agroquímicos o “producto”. En este marco cobra sentido la idea de “selección de riesgos” trabajada por Luhmann (2006); habría ciertos factores sociales que de una u otra forma operan para “descartar” estas situaciones como riesgosas.

Es evidente que la denominación “agrotóxico” o simplemente “veneno” es dominante entre las sectores de la población circundante a las zonas rurales tratadas con estos productos, pero también a sectores urbanos alejados de las zonas de producción que asumen que estos productos son la causa de casos de enfermedades como el cáncer y otras menores.

En esta controversia, el foco ha estado en los productos, en las prácticas y sus efectos y no en los sujetos, o más específicamente en las comunidades. Son las diferencias en el ámbito académico, pero sobre todo entre los sujetos que igualmente expuestos a los productos (porque los manipulan en tanto productores o profesionales, o porque son vecinos que se localizan próximos a los cultivos), que la pregunta sobre cómo las comunidades seleccionan los riesgos cobra relevancia. ¿Por qué lo que para algunos es riesgoso para otros no lo es? ¿Cómo se construye esa noción de riesgo? ¿Por qué hay cuestiones que suelen ser resaltadas como riesgosas mientras que otras son invisibilizadas o simplemente ignoradas?

Primeras aproximaciones al caso de Santa Anita y líneas de trabajo a desarrollar

Efectivamente, Santa Anita es una localidad que, como se explicó, tiene su casco urbano muy próximo a campos agrícolas, con el consecuente tratamiento fitosanitario. Al mismo tiempo, una parte importante de los pobladores se encuentra, de una u otra manera, vinculados con este tipo de explotación. Algunos son productores y otros son prestadores de servicios de fumigación. Hubo también un proceso judicial iniciado por la realización de fumigaciones cercanas a una escuela rural (más adelante se desarrollará este punto). En este contexto los distintos sectores de la sociedad expresan diferentes grados de preocupación y nociones de riesgo, o en términos de Luhmann (2006) seleccionan algunas situaciones como riesgosas. Para algunos se trata de un alto riesgo, otros lo admiten solo en contextos no públicos y para algunos no representa tal riesgo. Paralelamente, como se adelantó, el molino no configura un riesgo de contaminación para la población local.

Ante esta diversidad de perspectivas y para comenzar a encontrar respuestas a los interrogantes planteados es necesario volver nuevamente la atención al sistema de clasificación de esos riesgos y cómo operan en la dimensión de su percepción, y es la cultura precisamente este esquema de clasificación que da significado. Para comprender la percepción del riesgo de una comunidad hay que comprender las bases de su codificación;

es decir, cual es el sistema de clasificación de esa comunidad o de los distintos grupos sociales. La comunidad tiene un sistema que es el que limita (incluye/excluye) a los grupos sociales. En Santa Anita pareciera en principio haber una escisión en este sistema de clasificación que estaría mostrando la delimitación de distintos grupos, aunque estos a su vez comparten intereses comunes. En este sentido, es interesante tener en cuenta que en Santa Anita los términos utilizados para referirse a los productos son “agroquímicos”, “veneno” o “remedio”. En ningún caso se refieren a ellos en términos de “agrotóxicos”.

Según Douglas (1996) “cada organización social está dispuesta a aceptar o evitar determinados riesgos (...) los individuos están dispuestos a aceptar riesgos a partir de su adhesión a una determinada forma de sociedad” (15). La cuestión central es que en Santa Anita algunos grupos sociales están dispuestos a aceptar algunos riesgos mientras que otros no. Por lo tanto, ¿es válido hacerse preguntas sobre estas distintas disidencias?

Así, la percepción de un riesgo como tal no parecería ser el eje central, sino que el foco está en intentar comprender cómo a través de la percepción de un riesgo entendido como un emergente, una sociedad se proyecta hacia el futuro y adhiere a determinada forma de sociedad; es decir, como se piensa en términos de sociedad deseada. Douglas afirma que “en vez de preguntar qué riesgo considera aceptable, la pregunta general debería ser que tipo de sociedad deseas” y nos señala que “la manera errónea de pensar sobre los factores sociales que influyen en la percepción del riesgo es tratarlos como tiznajos que velan la lente de un telescopio y distorsionan la verdadera imagen. Esta metáfora justifica un planteamiento negativo. Pero el punto de vista social así desechado incluye juicios morales sobre el tipo de sociedad en el que deseamos vivir ¿Por qué habría que pasarlos por alto de manera sumaria? Un mejor tipo de análisis puede tratar tales transformaciones de la imagen no como distorsiones sino como mejoras: el resultado de un foco más agudo que evalúa la sociedad junto con las evaluaciones que esta efectúa de los riesgos” (Douglas, 1996: 42). Así, no es el foco de análisis el riesgo en sí y su percepción dentro de una comunidad, sino el análisis de la sociedad o la comunidad que da como resultado esa percepción del riesgo. Qué riesgo es aceptable y cuál no, qué es riesgoso y qué no, puede abordarse reconstruyendo cuál es la idea de comunidad deseada en Santa Anita; es decir, como sus habitantes se proyectan, como ellos se ven y se piensan. En términos de Douglas (1996): “La cuestión de los niveles aceptables de riesgo forma parte de la cuestión de los niveles aceptables de vida y de los niveles aceptables de moralidad y decencia, y no se

puede hablar con seriedad del aspecto de riesgo mientras se evita la tarea de analizar el sistema cultural en el que se ha formado los otros niveles” (Douglas, 1996:127).

Sin embargo, hay dos nociones trabajadas por Beck (2000) que distinguen a la sociedad moderna y que no se debe dejar de lado. En primer lugar, la idea de incertidumbres manufacturadas, vinculada con la existencia de un mundo híbrido “hecho-por-el-hombre” en el cual el mayor conocimiento puede estar asociado a la creación de mayores riesgos, a la par que los riesgos pueden estar relacionados con la falta de conocimiento. De este concepto se deriva el de “trampa del riesgo”, también central para este análisis ya que dará indicios sobre esta escisión de la construcción de los riesgos en Santa Anita y ayudará a explicar en parte la conducta de tipo pendular que se observa en sus habitantes en particular, a la par que permitirá reflexionar sobre una controversia más general que atraviesa actualmente al uso de tecnología en el campo argentino. Salir de allí y comprender cómo opera esta trampa es justamente uno de las tareas para dilucidar cómo la comunidad de Santa Anita se entiende en términos de comunidad deseada. Reforzando esta idea no hay que olvidar las afirmaciones que hace Luhmann (2006) al respecto, dejando claro que la sociedad moderna no tiene otra forma de representarse que no sea a través de los riesgos dado que el futuro es contingente y, por tanto, incierto.

Volviendo la atención al problema planteado, desde este enfoque conceptual que sienta sus bases en la teoría de Douglas, se plantea comprender cuáles son las articulaciones y las tensiones entre la forma como se percibe el riesgo en Santa Anita y cómo esta comunidad se constituye, se piensa y se proyecta. El análisis del caso puede colaborar con la comprensión de un problema más general vinculado a los conflictos sociales y las controversias generadas en torno al uso de los productos fitosanitarios.

Capítulo 2:

El uso de productos químicos en el agro: surgimiento, evolución global e implicancias en nuestro país

El objetivo inicial: las plagas

Es evidente que al realizar un cultivo de una sola especie en un ambiente determinado se está afectando el nivel de diversidad y se genera -o al menos se induce- a un cambio en la composición de los ecosistemas naturales, alterando el flujo de materia y energía propia de los mismos. Esto provoca el incremento de algunas especies más generalistas, que se denomina plagas, y que se adaptan y proliferan por la presencia de un recurso trófico abundante al que se llama cultivo (Abia, 2008).

Si se analiza más detenidamente la aparición del fenómeno plaga existen variables que regulan sus poblaciones, entre las cuales se pueden citar el potencial biótico (capacidad reproductiva de una especie) y la resistencia del medio (factores abióticos que disminuyen la capacidad reproductiva) (Selfa y Aneto, 1997). La relación entre ellas indicará la abundancia poblacional de una especie dada. Cuando la resistencia del medio disminuye, se incrementa el potencial biótico y con él la abundancia de los individuos no deseados²⁴, apareciendo la plaga (Barrientos, 1997).

A pesar que una plaga puede ser cualquier especie animal o vegetal, el concepto se asocia casi exclusivamente a los insectos ya que es uno de los grupos zoológicos más diversos y mejor representados de nuestro planeta. Si bien dicha mayoría es relevante, desde el punto de vista agronómico los insectos son tan perjudiciales como las malezas, moluscos, vertebrados, hongos, bacterias y virus, ya que pueden ser encuadrados dentro del siguiente concepto de plagas: “conjunto de organismos que reducen la disponibilidad, calidad o valor de un recurso humano” (Flint y Van Der Bosch, 1981).

²⁴ Al tratarse de un agrosistema modificado por el hombre para obtener excedentes de producción, la diversidad de las especies es seleccionada artificialmente hacia aquellos individuos de valor agroalimentario. Al resto de individuos se los considera como competencia por lugar, nutrientes, agua, luz, entre otros, por lo tanto su presencia es indeseable.

Lo claro para la ciencia agronómica es que estas plagas generan una pérdida económica ya que afectan a los rendimientos de la producción. En este sentido, la FAO estima que las pérdidas en la producción agrícola mundial causadas por diferentes plagas fluctúan entre 20% y 40%, y que por lo menos 10% de las cosechas es destruido por roedores e insectos en sus lugares de almacenamiento. Su magnitud varía de región a región, de año en año, y según el tipo de cultivo y el tipo de plaga como factor causal. Así, por ejemplo, en el arroz las pérdidas se calculan en 46%. De este porcentaje, el 58% se debe a insectos y el resto a enfermedades y malezas. En trigo las pérdidas alcanzan 23.9%, siendo 41% imputable a malezas y 20% a insectos. En el caso de la soja, cuyas pérdidas alcanzan 29.1%, 46% se debe a malezas y 15% a insectos. En cambio, en los cultivos de papa, en los que las pérdidas ascienden a 32.3%, éstas se imputan en 67% a enfermedades y en 33% a malezas e insectos (FAO, 1996).

Ahora bien, la diversidad dentro de la explotación agropecuaria puede ser necesaria para reducir los riesgos ocasionados por la plagas. En tal sentido, la rotación de cultivos ayuda a disminuir el efecto nocivo de plagas, enfermedades y malezas²⁵.

Más allá de las ventajas que presenta la diversificación, el riesgo biológico ligado a las plagas es siempre potencial. Así, el manejo integrado de plagas (MIP)²⁶ juega un rol preponderante, siendo la forma desde las ciencias agronómicas de asegurar la cantidad y calidad económicamente aceptable de la producción. Si bien dentro del MIP coexisten diferentes prácticas para mantener a las “adversidades biológicas” por debajo del umbral de daño económico²⁷, la de mayor empleo hasta el momento se basa en el control químico

²⁵ Las rotaciones tienen dos grandes ejes, por un lado, disminuir la especificidad y por otro lograr una alternancia de requerimientos. Para ello se organizan en etapas de agresión/extracción, comúnmente denominada ciclo agrícola, y de recuperación llamada ciclo ganadero. Dentro de la primera se intercambian diferentes cultivos anuales de forma de balancear la extracción de diferentes nutrientes, consumo de agua e intervenir en la dinámica de poblaciones de los individuos no deseables (plagas) tendientes a mantenerlas en niveles económicamente aceptables. En los ciclos ganaderos se busca la implantación de pasturas perennes con bajos índices de extracción, de modo de favorecer la recuperación del medio edáfico

²⁶ Se define al manejo integrado de plagas (MIP) como una estrategia económicamente viable en la que se combinan varios métodos de control para reducir las poblaciones de las plagas a niveles tolerables, minimizando los efectos adversos a la salud de las personas y al ambiente

²⁷ El umbral de daño económico (UDE) es un nivel de población de una plaga en la cual las medidas de control se justifican plenamente, para que éste no alcance el nivel de daño económico (NDE). Cuando la plaga alcanza este umbral deberán iniciarse los controles. El nivel de daño económico (NDE) es un nivel de población de una plaga que cuando es alcanzado, causa al cultivo y por ende a la producción, un daño económicamente significativo.

por medio de productos fitosanitarios²⁸ (Molinari, 2005). Según la Cámara Argentina de Sanidad Agropecuaria y Fertilizantes (CASAFE): “Los productos fitosanitarios, también llamados productos para la protección de cultivos o agroquímicos, son sustancias que protegen la sanidad de las plantas, y con ello nuestros alimentos. Pueden ser de origen biológico o de síntesis química. Permiten minimizar o impedir el daño que las plagas pueden causar a los cultivos, y por lo tanto, afectar el rendimiento y la calidad de la producción de los alimentos. Según la plaga que controlen pueden ser acaricidas, fungicidas, insecticidas y herbicidas, según controlen ácaros, hongos, insectos o malezas, respectivamente” (CASAFE, 2018)

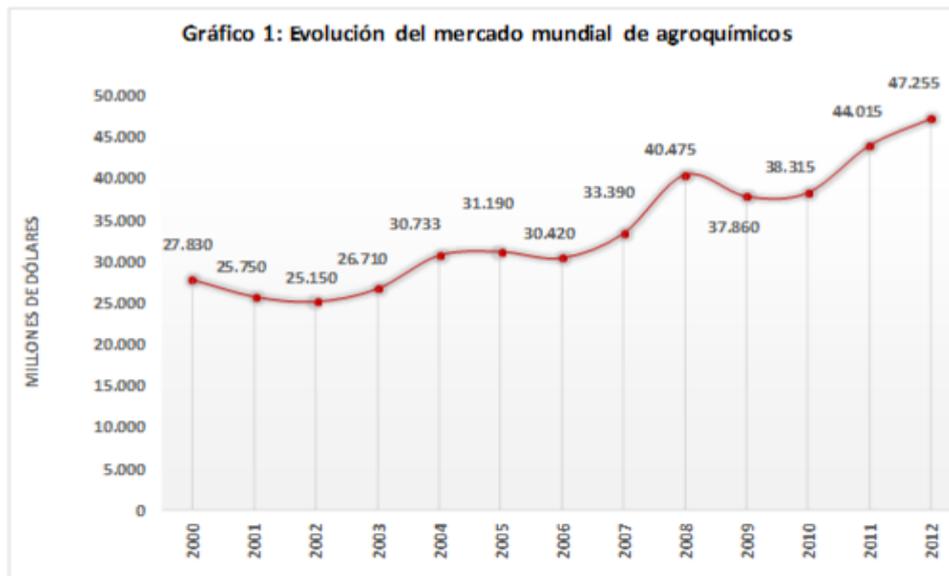
El mercado mundial de productos químicos ha mostrado un gran dinamismo en la última década. Si bien es oscilante, existe una fuerte tendencia creciente. Entre el 2000 y el 2012 ha mostrado un incremento sostenido del 70% (Gráfico 1)²⁹. Resulta de importancia destacar que se trata de un mercado altamente concentrado, en el cual nueve empresas centralizan el 80% de las ventas mundiales. El 41% del total de productos comercializados a nivel mundial está compuesto por herbicidas, reguladores e inhibidores de crecimiento; mientras que los insecticidas y los fungicidas concentran el 27,1% y 21,5% respectivamente.

Si bien en la actualidad el uso de estos productos es masivo y casi inseparable de la actividad agrícola, es importante señalar que el empleo de algunas sustancias químicas como método de control de plagas data de la antigüedad³⁰. Sin embargo, la utilización más abarcativa de pesticidas se inició recién en el siglo XVIII con base en extractos de piretrum, sustancias obtenidas de los pétalos del crisantemo, compuestos de cobre y arsénico, o compuestos de arsénico y plomo. A comienzos de este siglo el azufre, el cobre y determinados venenos como la nicotina y el arsénico eran de uso habitual en los cultivos de alto valor comercial.

²⁸ Se utilizarán aquí de manera indistinta los términos fitosanitario y agroquímico

²⁹ Se trabaja con datos al 2012 dado que en la actualidad no existen datos disponibles más recientes. Lo mismo ocurre con los datos de mercado de productos químicos en Argentina. Si bien anteriormente se publicaban de forma anual, desde el 2012 en adelante no están disponibles.

³⁰ en el 2500 a.C., los sumerios usaban compuestos de azufre para controlar insectos, los chinos usaban el mercurio, y tanto Aristóteles en la antigua Grecia como Catón en Roma describen formas de pulverización a base de azufre. Los papiros de origen Egipcio, aproximadamente 3000 a. C., documentan la utilización de diversas soluciones de cobre para el control de hongos en cebada y el uso de soluciones acuosas de compuestos arsenicales para el control de la langosta (Rindos, 1987).



Fuente: elaboración propia en base a datos de Croplife (2013)

A partir de la década del 30, se da inicio a la era moderna de plaguicidas orgánicos obtenidos sintéticamente. La segunda generación se la puede ubicar cercana al año 1939, en donde se descubren las propiedades insecticidas del DDT (Dicloro Difenil Tricloroetano) y comienza la síntesis de los denominados insecticidas clorados. El gran salto en el uso de compuestos químicos ocurrió con la segunda guerra mundial; tanto es así que en la inmediata postguerra se usaban en forma masiva compuestos como el DDT.

Me detendré unos párrafos en este punto dado que el descubrimiento de las propiedades de DDT merece especial atención. El DDT es un insecticida cuya principal característica es que su vida media en el ambiente es de 30 años y por su capacidad de quedar retenido en la grasa corporal se biomagnifica en la cadena trófica, lo que implica que se mantiene en dosis letales entre los diferentes consumidores tanto sean primarios, secundarios o terciarios. En otras palabras, sus características le permiten una alta persistencia en el ambiente y facilitan su entrada a la cadena alimenticia (Torres-Sánchez y López-Carrillo, 2007).

Si bien el DDT había sido estudiado por primera vez en 1874 en la tesis doctoral del austríaco Zeidler, pasaron 65 años hasta que Paul Müller descubrió las propiedades

insecticidas de este químico³¹. Sin embargo, fue en la Segunda Guerra Mundial donde su uso se masificó. Este insecticida era utilizado para proteger a las tropas militares de insectos que provocaban fuertes enfermedades e incluso la muerte a los soldados. El DDT era aplicado en ese momento directamente sobre el cuerpo de los soldados (Gamboa Fuentes, 2014). Su uso se hizo masivo para el control de enfermedades como la malaria, así como también logró controlar el bote de epidemia de tifo que se extendía en Italia. Incluso actualmente es un insecticida ampliamente utilizado en los países de América Latina como parte de las campañas contra el control de malaria (Torres-Sánchez y López-Carrillo, 2007; Hernández, et al, 1986)

Ya en escritos de la época, diez años después de su descubrimiento, sorprendía su poder letal sobre los insectos:

“La solución de una parte de DDT en 20.000.000 partes de agua dio 100% de mortalidad larval. Fue en el curso de estos experimentos iniciales realizados por el Departamento de Agricultura que llamaron la atención las propiedades residuales del DDT. Introducidos insectos en jaulas previamente tratadas con el insecticida todos murieron casi instantáneamente. A los laboratoristas se les dificultaba mantener vivas sus colonias de insectos para experimentación, debido a la contaminación de las manos” (Owens, 1950:32, en el marco de una conferencia brindada en El Salvador).

Los primeros escritos de Rachel Carson, quien posteriormente escribiría la famosa obra “Primavera Silenciosa”, fueron justamente en esta época, cuestionando el uso de estos nuevos químicos³².

Sin embargo, en la misma conferencia citada anteriormente, el Ingeniero Owens miembro perteneciente a la Oficina Sanitaria Panamericana en Centro América destacó que:

³¹ Años después, en 1948, Paul Müller recibió el Premio Nobel de Fisiología o Medicina por su descubrimiento del DDT como un insecticida usado en el control de la malaria, fiebre amarilla, y muchas otras infecciones causadas por insectos vectores

³² En 1945 Carson especuló sobre el poder de aniquilamiento que ese producto tenía no solo sobre las plagas, sino sobre la vida en general. En una carta a los editores de la revista *Reader's Digest*, propuso escribir para ellos un artículo sobre los primeros estudios que el centro de investigación Patuxent había realizado sobre los efectos del DDT en la vida silvestre. La propuesta le fue rechazada (Garza Almanza, 2012)

“El DDT en forma de polvo puede ser absorbido por la región intestinal o por los alveolos pulmonares; diluido, puede ser absorbido a través de la piel. Su efecto químico es en el sistema nervioso central y la exposición crónica puede resultar en severos daños al hígado o a los riñones. Durante 1949 hubo alguna agitación en los Estados Unidos, causada por informes sensacionalistas sobre envenenamiento crónico con DDT, diagnosticado primariamente por medio de un examen a la ligera de la literatura y al cual se le dio considerable publicidad en la prensa (...) El DDT es un veneno cuya dosis fatal para el hombre no es conocida aún. Una dosis oral de 20 gramos de DDT puro ha demostrado ser peligrosa. Para nuestro programa de control de malaria esto equivale a la cantidad contenida en 10 metros cuadrados de superficie de pared o sea en 400 centímetros cúbicos de DDT en suspensión al 57%. De modo que resulta extremadamente improbable que alguien sea dañado por dicho veneno en la forma en que es aplicado actualmente (...) Creo que podemos descansar a salvo sobre la base de experiencia práctica al contestar preguntas acerca de la toxicidad del DDT (...) Según la evidencia acumulada en todas partes del mundo, no ofrece riesgo alguno para el hombre, siempre que se hayan tomado las precauciones necesarias al usar el DDT, y propongo esta pregunta: ¿Cuál hubiera sido el destino del control de malaria en este tiempo, si las necesidades militares no hubieran justificado un cierto elemento de riesgo en el uso inicial del DDT?” (Owens, 1950).

Lo cierto es que desde principios de la década de los 70's el uso del DDT se encuentra prohibido en Estados Unidos y la presencia del DDT ha sido documentada en varios tipos de muestras biológicas humanas, principalmente: sangre, tejido adiposo y leche materna. También se demostró que aunque este producto puede producir intoxicaciones agudas, en realidad el aspecto más importante para la comunidad en general es la toxicidad crónica, es decir los efectos que se pueden presentar a largo plazo por la absorción constante de pequeñas cantidades que se encuentran como contaminantes de los alimentos y del medio ambiente (Torres-Sánchez y López-Carrillo, 2007)³³.

Continuando con la cronología sobre el descubrimiento de nuevos productos químicos, en la década del 40 Alemania comenzó la síntesis de insecticidas organofosforados, mientras

³³ El trabajo realizado por Torres-Sánchez y López-Carrillo (2007) cuenta con una revisión sobre los trabajos realizados en esta materia. Para profundizar en el tema, remitirse a este artículo.

que Inglaterra produjo los primeros herbicidas fenoxiacéticos (2, 4 D; 2, 4, 5 T). Durante el transcurso de los años posteriores, en los '50 y '60, se obtuvo el insecticida "Malation" utilizado masivamente en el sistema agropecuario y varios funguicidas. La adopción masiva de los principios activos para controlar plagas se vio reflejada en el consumo de los productores norteamericanos, habiéndose multiplicado por un factor de 32 entre 1950 y 1970 y contando con más de 32.000 productos con mil ingredientes activos registrados. En 1970 el Doctor John Franz, investigador del laboratorio Monsanto, descubrió que un componente químico tenía la propiedad de detener el crecimiento de las plantas, el que más tarde se conocería como Glifosato (Monsanto, 2007).

Todo parecía indicar que con las moléculas descubiertas se contaba con la solución definitiva para las plagas que diezaban los cultivos. Sin embargo, el libro escrito por Rachel Carson (Primavera Silenciosa) publicado en 1962 comenzó a advertir sobre los efectos perjudiciales de los pesticidas para la salud humana y el ambiente. A partir de este momento se generó una preocupación por los indeseables efectos toxicológicos de los principios activos forzando en cierto modo a las compañías químicas a orientar sus investigaciones hacia productos de menor agresividad. Es entonces que tuvo lugar la tercera generación de plaguicidas, donde los primeros insecticidas no neurotóxicos³⁴ jugaron un rol primario a través de los reguladores de crecimiento conocidos como IGR's (Masiá, 2008).

Este proceso tiene su correlato con el inicio de la llamada Revolución Verde. Siguiendo a Gras y Hernández (2016: 3), "la Revolución Verde impulsó un giro fundamental a partir de la mecanización de prácticas agrícolas y de la industrialización de la producción de semillas, abonos, herbicidas, etc. Los encadenamientos "hacia atrás" de la agricultura - esto es, hacia el laboratorio - dieron lugar a nuevas formas de organización de la producción primaria y centralmente determinaron la emergencia de un único y dominante espectro de soluciones a los problemas de la producción agrícola, controlado por un número cada vez más reducido de empresas". La mecanización ya era un hecho, el uso de fertilizantes y abonos se había masificado y el vínculo entre el desarrollo de semillas y el uso de productos

³⁴ Los insecticidas neurotóxicos actúan sobre la sinapsis nerviosa tanto en insectos como en mamíferos superiores, entre los que está incluido el hombre. Aquellas moléculas que no interfieren en el sistema nervioso y lo hacen sobre funciones específicas de los insectos son llamados no neurotóxicos, otorgando mayor nivel de selectividad/seguridad.

químicos asociados a estos desarrollos empezaba a emerger. Este fue el momento en el cual se masificó el uso de productos fitosanitarios en el agro a nivel global.

Siguiendo esta cronología en el desarrollo de agroquímicos se puede afirmar que más recientemente los principios activos basados en la modificación del comportamiento de los insectos, las endotoxinas proteicas de origen microbiano, la copia de productos naturales y el empleo de ciertos aceites esenciales, entre otros, conforman la cuarta generación de productos destinados al control de plagas, en donde la alta selectividad³⁵ y la rápida degradación ambiental constituyen sus principales ventajas comparativas en relación a aquellos productos desarrollados anteriormente.

Los productos de primera y segunda generación (clorados y fosforados) están prohibidos actualmente para uso agropecuario. Solo se usan algunos de ellos en África en casos específicos. Los de tercera generación se encuentran prohibidos en Estados Unidos y Europa. En Argentina se siguen utilizando algunos de ellos. Lo cierto es que la prohibición de los productos de tercera generación tanto en Estados Unidos como en Europa tuvo lugar en el momento en el cual las compañías químicas sacaran del mercado los productos dado que habían conseguido sustituirlos por aquellos de cuarta generación. La prohibición de los principios activos rara vez ocurrió antes de que este proceso tenga lugar.

Aquí se genera un contrapunto interesante; si bien la evolución de estos productos químicos se inclinó hacia el desarrollo de moléculas con menor toxicidad, a partir de la revolución verde se genera un uso masivo de los nuevos productos. Esto se intensifica aún más con el avance de la biotecnología moderna y los nuevos eventos desarrollados: la semilla siempre suele vincularse a algún insumo químico provisto por la misma compañía que desarrolla el evento biotecnológico. La biotecnología moderna constituye “una profundización de la lógica de la Revolución Verde: es decir, del proceso de subordinación del agro al capital agroindustrial conducido por grandes empresas transnacionales a escala global” (Gras y Hernández, 2016:3) y con esto el uso de agroquímicos es una práctica que se intensifica a medida que esta ciencia sigue avanzando.

³⁵ Se entiende por selectividad a la selectividad toxicológica en donde el modo de acción del producto químico actúa sobre procesos fisiológicos específicos del organismo plaga, los cuales no se encuentran presentes en mamíferos superiores.

Siendo estos productos sustancias que fueron generadas para matar a seres vivos, siempre tienen un nivel de toxicidad. Cuando estos seres vivos comparten o tienen procesos biológicos similares a los de los seres humanos, el riesgo es mayor. Así, como una pauta general, los insecticidas y acaricidas son sensiblemente más tóxicos que los fungicidas y herbicidas ya que atacan a especies del reino animal. Los productos químicos de uso agrícola, en función de su toxicidad, son clasificados por la Organización Mundial de la Salud en cuatro grupos: desde los de mayor toxicidad a los que solamente se recomienda tener “cuidado”. Los productos son identificados en su envase con un color según ese nivel de toxicidad, donde el más nocivo lleva una “banda roja”, los de toxicidad media “banda amarilla”, “banda azul” para los levemente tóxicos y aquellos con los que recomienda tener cuidado, la “banda verde”.

La clasificación se basa en la DL 50 aguda (Dosis Letal del 50%) que es la dosis que mata a la mitad de una población de animales de prueba en laboratorio. Comparando los valores de DL 50 de productos de “banda roja” con los de “banda verde” se entiende que los primeros pueden ser desde 100 hasta 400 veces más tóxicos. Las principales críticas que se hacen a esta clasificación son dos. Por un lado, que la DL 50 solamente tiene en cuenta los efectos agudos y no los efectos a largo plazo o crónicos. Como mencioné anteriormente, esto es clave en los estudios toxicológicos del DDT. Por otra parte, se desconoce en qué medida los valores de toxicidad obtenidos son extrapolables a los seres humanos, habiendo además diferentes niveles de afectación según sexo, edad, estado de salud, etc. Sin embargo, este criterio de clasificación, es el oficialmente aceptado en el mundo.

Color de la banda	Clasificación de la OMS según los riesgos	Clasificación del peligro (*)
Rojo (PMS 199 C)	Ia - Producto Sumamente Peligroso	MUY TOXICO
Rojo (PMS 199 C)	Ib - Producto Muy Peligroso	TOXICO
Amarillo (P MS Amarillo C)	II - Producto Moderadamente Peligroso	NOCIVO
Azul (PMS 293C)	III - Producto Moderadamente Peligroso	CUIDADO
Verde (PMS 347C)	IV - Productos que Normalmente no Ofrecen Peligro	CUIDADO

Tabla de clasificación toxicológica aguda

En Argentina todos los productos fitosanitarios están sujetos a regulación y deben ser aprobados para su uso con sus correspondientes recomendaciones y precauciones. Es así que todos los productos, tanto nacionales como importados, comercializados en Argentina debe ser inscriptos en el SENASA y aprobados para su comercialización (Arancibia, 2013).

El vehículo de la aplicación: *el mosquito*³⁶

Hasta aquí se ha desarrollado sintéticamente qué es una plaga, por qué desde las ciencias agronómicas es preciso eliminarla, qué medios se han utilizado para hacerlo, cuáles son los que se destacan y cómo es que han evolucionado a lo largo del tiempo. Sin embargo, en la práctica de control se identifican claramente tres aspectos fundamentales: el objetivo a controlar – la plaga-, el producto químico utilizado y los elementos o medios con que se distribuye el plaguicida. La adecuada combinación de ambos -conocimientos y herramientas- permite lograr “el éxito del tratamiento” (Masiá, 2008). Estos componentes son imprescindibles y necesarios; un error o limitación solamente en alguno de ellos traerá aparejado consecuencias negativas.

Junto con la revolución verde se comenzaron a desarrollar diversas innovaciones en el ámbito de la mecanización agrícola vinculadas con equipos para aplicar los productos químicos que comenzaban a usarse masivamente. Estas máquinas pulverizadoras o fumigadoras son comúnmente denominadas “mosquitos”.

Las pulverizadoras tienen la misión de asperjar o esparcir el líquido que contiene estos productos químicos en gotas, alcanzando a la plaga. El objetivo del proceso de distribución de agroquímicos radica en depositar, con la mayor eficiencia posible, el plaguicida sobre las áreas "objetivo" ocupadas por las plagas. Las gotas producidas durante la aspersión constituyen el medio utilizado para depositarlos en dicho objetivo.

El cuestionamiento central que atraviesa a esta práctica es, justamente, que no todas esas gotas alcanzan siempre el objetivo, es decir, a la plaga. Así, la atomización es una etapa

³⁶ Se utiliza la cursiva para destacar categorías nativas

crítica en la aplicación de los agroquímicos (Giles, 1988) y constituye un fenómeno físico complejo que aún no ha sido completamente dilucidado (Masiá, 2008)³⁷.

Dos problemas se plantean en relación a esto, ambos se encuadran dentro de lo que se denomina “deriva”: la endoderiva y la exoderiva. Si bien existen diversas definiciones formales³⁸, se debe entender a la deriva como la forma de medir la eficiencia en el proceso de distribución del agroquímico desde las ciencias agronómicas.

La endoderiva está vinculada por lo general al escurrimiento del producto empleado hacia el suelo. La consecuencia principal que esto genera es que el producto químico no queda en la planta y por lo tanto no alcanza al objetivo plaga, cayendo al suelo e incrementando la posibilidad de contaminación de napas y acuíferos. El segundo efecto “no deseado” está dado por la exoderiva, entendida como el arrastre por efecto del viento de las gotas que contienen el producto a grandes distancias. Esto provoca dos hechos centrales. En primer lugar, nuevamente el producto químico no alcanza al objetivo plaga y, en segundo lugar, afecta seriamente a las poblaciones aledañas al área en el cual se está aplicando este tratamiento. El proceso de exoderiva es el que vulgarmente se entiende como deriva y es uno de los elementos que constituye el nudo problemático de la tesis.

Lo complejo aquí es que aquellas técnicas empeladas para mitigar la endoderiva suelen generar exoderiva y viceversa, relacionado esto al tamaño de la gota que la pulverizadora o el “mosquito” consigue generar. Gotas gruesas se escurren hacia el suelo y las gotas más finas son arrastradas por el viento³⁹.

El control químico de plagas en Argentina: el uso masivo de *la fumigada*

En los últimos años en nuestro país el control químico de plagas ocupa también un rol de vital importancia en el modelo agroproductivo. En promedio se considera que los cultivos

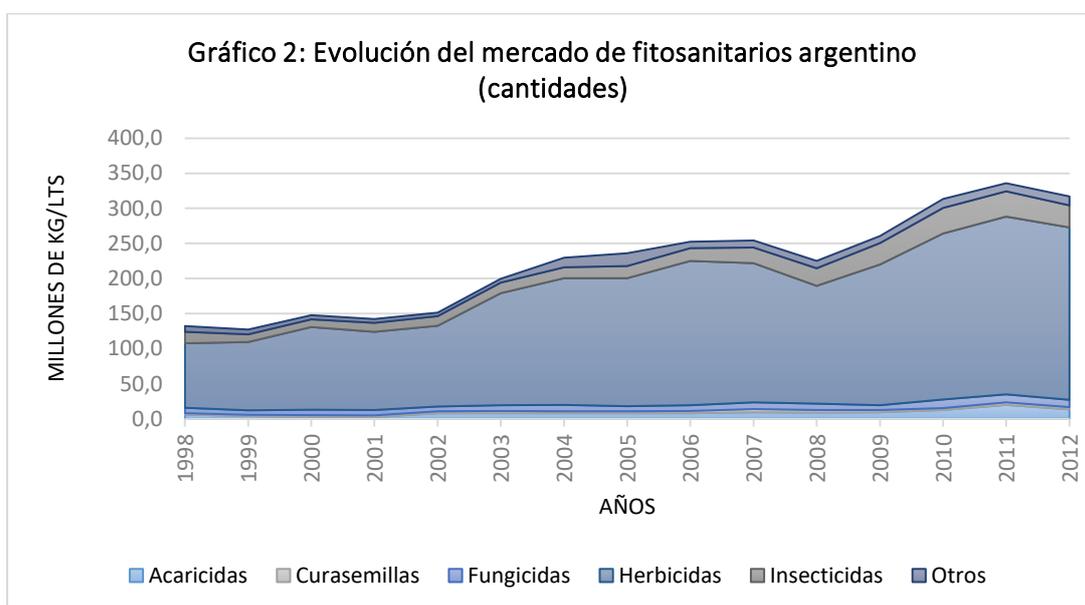
³⁷ Entre los principales factores que afectan a la pulverización se pueden citar el tipo de equipo pulverizador y los parámetros de aplicación seleccionados, las propiedades físicas del producto y su formulación y las condiciones meteorológicas. Esto es trabajado en detalle en Masiá (2008).

³⁸ En términos generales se la puede definir como el movimiento o traslado del pesticida, durante o después de la aplicación, a un sitio diferente del elegido como blanco u objetivo (Ozkan y Derksen, 1998).

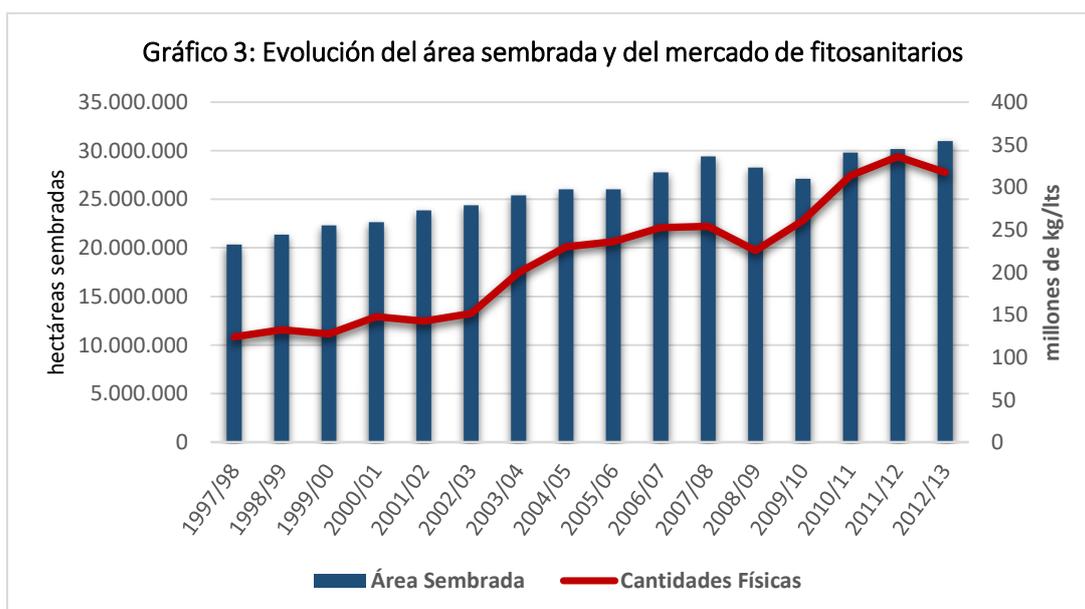
³⁹ Para una explicación detallada del proceso agronómico vinculado con estas cuestiones ver Masiá (2008).

extensivos de la Pampa Húmeda reciben 3 tratamientos fitosanitarios (1 o 2 con herbicidas o insecticidas), y los extra pampeanos, como algodón y arroz, más del doble (Masiá, 2008).

Dentro del mercado de estos productos en Argentina los herbicidas lideran el volumen de venta. Mientras que los insecticidas y los fungicidas representan un 16% y 12% respectivamente, los valores comercializados de herbicidas en el mercado superan el 64% del total del mercado de agroquímicos. Ahora bien, si se evalúa esta misma situación pero considerando las cantidades en volúmenes físicos comercializadas, los herbicidas ocupan más del 77% total del mercado total de agroquímicos en el año 2012 (Gráfico 2).



Fuente: elaboración propia en base a datos de CASAFE (2017).



Fuente: elaboración propia en base a datos de CASAFE y SIIA (2013)

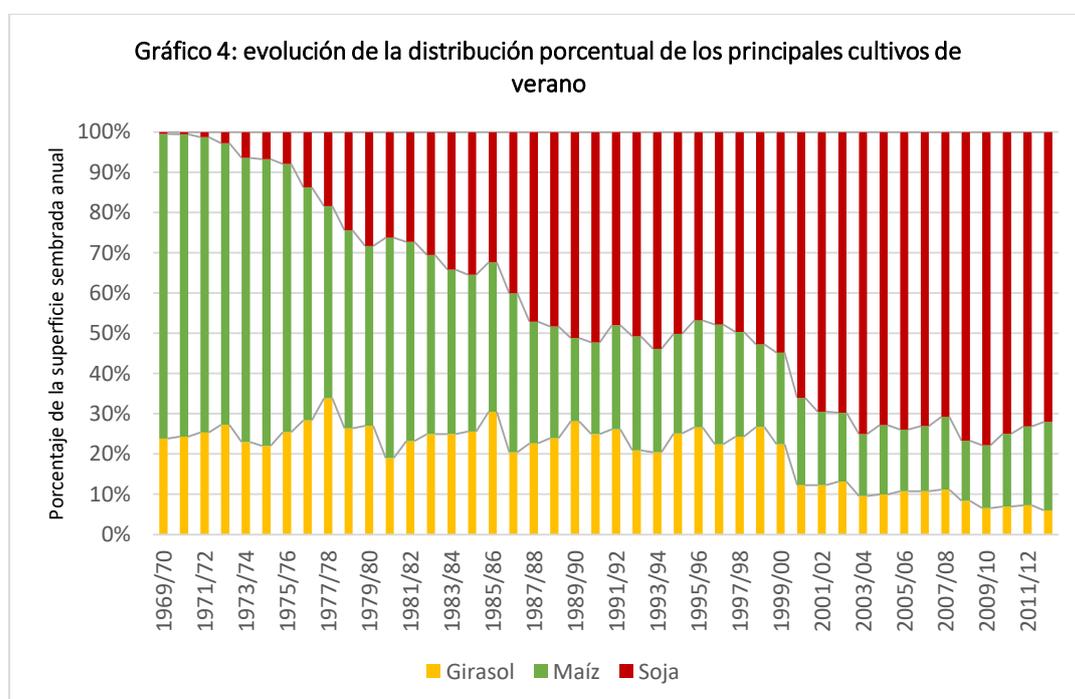
Lo primero que se destaca al mirar la serie temporal presentada en el gráfico 2 es claramente la existencia de una fuerte expansión en el uso de estos productos, medida en volúmenes físicos. Para encontrar una explicación a este crecimiento exponencial existen dos posibles hipótesis. En primera instancia se puede inferir que este incremento en el uso de productos químicos está vinculado con el aumento del área sembrada. A mayor área sembrada, mayor cantidad de litros empleados. Siguiendo la serie de la evolución historia del área sembrada y su relación con la evolución volumen comercializado de productos fitosanitarios en el país, es posible determinar que el incremento de estos últimos es superior al del área sembrada. En efecto, los volúmenes comercializados y, consecuentemente empleados, en el sector agropecuario nacional aumenta entre 1997 y 2012 en un 155%, mientras que el incremento en el área sembrada es del 55% (Gráfico 3). Esto indica claramente que durante el período analizado en esta serie lo que se produce es una intensificación del uso de estos productos. Llevando esta afirmación a cifras, la cantidad de litros/kg por hectárea pasa de 6,09 en 1997 a 10,23 en 2012.

Resta afirmar que este incremento en los volúmenes comercializados se ha dado por la intensificación en el uso de estos productos. Para comprender lo ocurrido durante estas décadas es necesario visualizar los cambios en el proceso productivo agrícola encuadrados en la adopción de diversas innovaciones. Se trata de transformaciones que comenzaron a gestarse desde la década del 80 y que dieron como resultado dos hitos asociados a innovaciones tecnológicas radicales: la incorporación de la biotecnología a nivel mundial y la siembra directa a nivel nacional. Y sumado a estas dos innovaciones incorporadas al agro –y en parte como consecuencia de ellas- un tercer factor para explicar el incremento en el uso de agroquímicos radica en la aparición de resistencia en plagas, más específicamente las malezas resistentes.

Desde la década de 1970 el sector oleaginoso experimentó un crecimiento notable: la superficie sembrada se incrementó un 340%, la producción de granos oleaginosos se multiplicó por 15 y los rendimientos se triplicaron. Por un lado, las técnicas de producción se modificaron a la par de la acelerada expansión de la soja; por el otro, su difusión fue impulsada por los cambios ocurridos en el mercado mundial de granos, estrechamente vinculados con el desarrollo de la ganadería intensiva en Europa a partir de la incorporación de los pellets y expellers de semillas oleaginosas a la alimentación animal. Con el proceso de “agriculturización”, los cultivos propios de la región pampeana central, se expandieron

hacia las zonas perimetrales de esa región y también a regiones extrapampeanas, como el NEA y el NOA. Desde la década del 90, a este fenómeno se denomina “sojización” y expresa el liderazgo del cultivo de soja acompañado por su expansión hacia zonas extrapampeanas.

A partir de la campaña 1996/97 se produce un cambio abrupto con la incorporación del primer evento biotecnológico de uso masivo: el ingreso al país de la soja transgénica resistente al glifosato (Soja RR). Al implementarse las primeras variedades de soja RR, se produjo la notable expansión del área bajo cultivo con esta oleaginosa. Según Azcuy Ameghino y León (2005), entre 1994 y 1998 la soja incorporó casi 2 millones de ha de cultivo, mientras que los vacunos descendieron aproximadamente 5 millones de cabezas. En el período 1998–2002 la soja incrementó su superficie en 3 millones de hectáreas, simultáneamente a la pérdida de una superficie similar por parte de otros cultivos. El plateo productivo de rotación agricultura-ganadería o de producción mixta se veía claramente modificado (Gras y Hernández, 2016) y posteriormente, con la soja convertida en “monocultivo”, la propia diversificación se pone también en riesgo. Esto queda reflejado en el gráfico 4, donde se muestra cómo se incrementó la superficie destinada a la soja en detrimento de los otros dos cultivos que compiten temporalmente: el girasol y el maíz.



Fuente: elaboración propia en base a datos de SIIA (2013)

La soja tuvo en Argentina una aparición temprana pero una adopción tardía. Los primeros ensayos se realizaron en 1909 en la Estación Experimental Agropecuaria del INTA Manfredi, Córdoba. Sin embargo, la soja comenzó a cultivarse con fuerza en los años 70, período en el que se acelera, llegando finalmente al boom de los años 90 y a la denominada sojización (Martínez Dougnac, 2013). Sumada a la gran demanda externa por este cultivo, la simplificación de manejo que implicó la incorporación de la soja RR también fue un factor decisivo para la expansión del área sembrada. Así, la soja pasó de ser “especie exótica” (Martínez Dougnac, 2013) a constituirse en la actividad central de la agricultura argentina a partir de la década del 90 (Gárgano y Souza, 2013).

Si bien en la década del 80 existía un entramado de empresas locales y grandes transnacionales que conformaban el mercado de agroinsumos, esta situación cambió a partir de la década del 90. Es en esta década cuando grandes conglomerados transnacionales se consolidaron gracias a mecanismos de fusión, adquisición y asociaciones puntuales. Gras y Hernández (2016) señalan que hacia 1996 el 80% de los cultivos transgénicos aprobados en Argentina eran propiedad de unas pocas empresas transnacionales. Sumado a esto, la propia característica del negocio semillero empezó a modificarse: basándose en los nuevos conocimientos biotecnológicos comenzó a articular un “rasgo genético novedoso de la semilla con un insumo agroquímico, ambos vendidos por la misma firma”. Esto tiene al menos dos consecuencias. En primer lugar, limita la autonomía del productor, quien queda en cierta forma atado a una tecnología o a un “paquete tecnológico”. Y en segundo lugar, al asociar los desarrollos biotecnológicos con la posibilidad del uso de algún agroquímico estimula su uso y con esto el mercado de estos productos. Estos productos químicos vinculados a algún desarrollo biotecnológico específico responden a aquellos que se destacaron en apartados anteriores como los de cuarta generación.

El uso de agroquímicos en Argentina empezó a incrementarse fuertemente en conjunto con la incorporación de estas semillas, específicamente porque al ser tolerantes al principio activo glifosato, este se comenzó a utilizar masivamente para el control químico de malezas en todos los estadios del cultivo. Si bien se simplifica el manejo de malezas, claramente requiere la aplicación de mayores volúmenes de herbicida que la soja convencional. Cuando se aprobó la introducción de la soja RR en Argentina, el principio activo glifosato ya estaba registrado en SENASA ya que había sido aprobado en el año 1977 para otros fines y luego,

en 1999 fue revalidado como un producto de “baja toxicidad, que normalmente no implica ningún riesgo” por el SENASA (Arancibia, 2013), es decir fue clasificado como “banda verde”.

Ahora bien, más allá de los cambios tecnológicos que involucró la incorporación de la soja RR y su vínculo con la intensificación en el uso de productos fitosanitarios, y en particular del herbicida glifosato, lo sucedido tuvo implicancias en tanto procesos sociales dentro del sector. Si bien existe vasta literatura que revisa esta temática desde diferentes aristas, incluso exaltando las virtudes de la incorporación de estos cambios o marcando sus efectos negativos⁴⁰, solo quiero detenerme en algunos puntos que serán de relevancia para el caso que estoy analizando.

En primer lugar la irrupción de este “paquete tecnológico” implicó la necesidad de un incremento en la escala productiva; si bien estas nuevas tecnologías generaron una reducción en los costos de producción, también potenciaron las economías de escalas vigentes ya en la producción agropecuaria (Arceo, 2011). Este incremento en las economías de escala tiene su correlato en tres cuestiones centrales: el proceso de concentración de la tierra, la aparición de nuevos actores como son los *pooles* de siembra y el rol central que juegan los contratistas de labores agropecuarias en el actual planteo productivo.

En relación al primer punto citado -la concentración de la tierra- voy a retomar el análisis hecho por Muscio (2017) en el cual citando a Teubal (2005) destaca que entre el período intercensal 1988 y 2002 se profundizó la desaparición de unidades productivas, concentrándose en aquellas más pequeñas. Por el contrario, en aquellas unidades grandes (mayores a 1000 hectáreas) se evidenció un crecimiento⁴¹. Se observa así un doble proceso: la desaparición de las explotaciones chicas que generalmente tienen carácter familiar y un incremento en las explotaciones grandes. Ambos factores reflejan una acentuación de la concentración de la tierra.

⁴⁰ Para una visión crítica sobre las consecuencias del modelo productivo agrícola ver, entre otros, Manzanal (2017), Gras y Hernández (2013), Arceo (2011), Teubal y Arceo (2002). En cuanto a visiones positivas en cuanto al cambio tecnológico se destacan los trabajos de Obtschatko (2003, 2006).

⁴¹ En este período se registran 80.932 explotaciones agropecuarias menos: las pequeñas (hasta 200 hectáreas) se reducen en un 26,7 % en relación a los registros anteriores y las medianas (de 201 a 1000 hectáreas) en un 10,5%. En cambio, las grandes explotaciones (mayores a 1000 hectáreas) registran un crecimiento de 5,8%. (Teubal, et al; 2005, en Muscio, 2017).

Otro elemento que marcó la necesidad por el incremento de escala productiva fue la expansión desde mediados de los 90 de los Fondos Comunes de Inversión Agrícola (FCIA) o pooles de siembra⁴². Se trata por lo general de fondos extra sectoriales vinculados al capital financiero que explotan extensas superficies de tierras para poder obtener las ganancias derivadas de las económicas de escala o tal como destaca Arceo (2011: 39) “imitan a los grandes productores para apropiarse de la tasa y la masa de ganancias asociada con la explotación de grandes extensiones de tierra”. Conforman una estrategia mediante la cual el capital no se inmoviliza en inversiones fijas ni es empleado en forma directa en el círculo productivo, sino que se hace a través de esta nueva inversión especulativa. A su vez se logra diversificar el riesgo dado que generalmente estos fondos suelen realizar las siembras en diferentes puntos geográficos (Posada y Martínez Ibarreta, 1998).

Dos cuestiones centrales surgen de esto: la tierra se arrienda y la maquinaria es contratada. Los pooles de siembra arriendan tierra. No sólo son los grandes los que arriendan parte de su tierra para plantar soja, también están los pequeños que se transforman en rentistas, contribuyendo de este modo a que el agro argentino se transforme en una “agricultura sin agricultores” (Teubal, 2006). A su vez, contratan a contratistas de maquinaria agrícola para llevar a cabo el proceso productivo. Es fundamental el rol que desempeñan estos contratistas de servicios, desde la siembra y cuidados culturales hasta la cosecha. Son los encargados de realizar el 100% de las tareas, ya que rara vez estas asociaciones para efectuar siembras realizan inversión en capital.

Así, estos cambios en la estructura agrícola argentina generaron también el surgimiento de otros actores sociales: los contratistas de labores agropecuarias. María Isabel Tort, cuyo trabajo fue pionero en la temática, define al contratista de maquinaria agrícola como aquel propietario de maquinaria que realiza, por orden del productor responsable, alguna o todas

⁴² Un pool de siembra es cualquiera de las combinaciones posibles por las que el cultivo se lleva adelante. Una forma frecuente es la combinación del dueño de la tierra, un contratista y un ingeniero agrónomo, que convienen una producción aportando cada uno sus recursos (tierra, labores e insumos respectivamente) y se reparten utilidades de acuerdo a su participación. (Delgado, 2004.) En algunos casos los pooles se iniciaron como meros acuerdos verbales entre vecinos, familiares y amigos. Las variantes fueron muchas, con aportes diversos por parte de los actores intervinientes (tierra, insumos, labores o dinero en efectivo). El pool puede tomar tierra bajo contrato y/o integrar al dueño de la tierra como parte del pool. En el primer caso el dueño de la tierra recibe una retribución por su uso independientemente del resultado del ciclo agrícola. En el segundo caso, su aporte constituye un porcentaje de participación y al finalizar el ciclo productivo, participa de igual manera en el resultado. Los demás intervinientes aportan dinero o especies que también se traducen en un porcentaje de participación y reciben al finalizar un porcentaje de las ganancias. (Bertolasi, 2004).

las tareas que demanda la producción agropecuaria. A cambio, recibe un pago por cada una de las tareas realizadas, por lo que este puede, a su vez, contratar (o no) mano de obra (Tort, 1983). Si bien el origen de los proveedores de servicios de maquinaria agrícola o contratistas de maquinaria agrícola se remonta a períodos anteriores, a partir de la década del noventa comienza a consolidarse su actividad. Ya entre las décadas el 40 y el 60, un conjunto de leyes buscaron defender y proteger a los arrendatarios por sobre los propietarios de tierra (Lódola y Fossati, 2003), dando lugar al nacimiento del gran agricultor capitalista sin tierras, propietario del capital y de las máquinas e inductor de la inmensa mayoría de las innovaciones tecnológicas (Pucciarelli, 1997). Luego, a partir de la década del 70 -en el período denominado de “modernización agrícola” en Argentina- estos actores ocuparon un rol central. Distintas políticas crediticias basadas en bajas tasas de interés permitieron que el productor pequeño y mediano adquiriera maquinarias agrícolas por encima de sus necesidades. A causa de esto comenzaron a vender servicios de maquinaria a terceros cobrando una tarifa por hectárea trabajada (Baumesister, 1980). Este proceso amplió las posibilidades de producción e impulsó innovaciones vinculadas con la mecanización y las distintas labores agrícolas (Piñeiro y Villareal, 2005). Los cambios tecnológicos, a su vez, comenzaron a demandar la presencia de un actor experto, informado y con capacidad financiera. En este sentido, la aparición de los pools de siembra reforzó la necesidad de un contratista de maquinaria agrícola especializado capaz de afrontar los nuevos desafíos.

En la actualidad, del total de empresas agropecuarias existentes en el país el 33% emplea maquinaria contratada. Estos porcentajes son mayores si se tiene en cuenta solo la región pampeana⁴³, donde el mismo asciende a 47% (CNA, 2002). Entre 2002 y 2005 la superficie trabajada por estos actores en la provincia de Buenos Aires se incrementó un 38% (Muzlera, 2014). La labor de pulverización o fumigación es una de las que mayoritariamente se contratan a terceros; esta labor se puede realizar mediante una máquina pulverizadora o “mosquito”, así como también se puede hacer con un avión pulverizador.

Retomando los factores que generaron un incremento en el uso de agroquímicos en Argentina, asociado a la soja RR y también al resto de los cultivos, otro elemento a considerar es la adopción de la siembra directa como práctica cultural central entre los

⁴³ Se incluye aquí las provincias de Buenos Aires, Córdoba, Entre Ríos, La pampa y Santa fe, siendo esta última la que mayor cantidad de empresas agropecuarias ocupan maquinaria contratada (63%).

productores argentinos. En 1990 la superficie en siembra directa era de solo 92 mil hectáreas. Según los últimos datos disponibles para la campaña 2014/2015 la superficie trabajada bajo siembra directa ascendía a 31.027.918 hectáreas, lo que representaba el 90% del total de la superficie agrícola (AAPRESID, 2017).

Esta práctica propone la no remoción del suelo con el propósito de lograr disminuir los daños ocasionados por la erosión. O en términos más técnicos “la siembra directa es parte de un sistema integral de producción de granos que evolucionó hacia la implantación del cultivo sin remoción de suelo y con una cobertura permanente del suelo con residuos de cosecha” (INTA, 2011).

Desde la Asociación Argentina de Productores en Siembra Directa (AAPRESID) se define a esta técnica como:

“La práctica de cultivar la tierra sin ararla previamente. Sin embargo, el concepto sistémico de Siembra Directa comporta otra complejidad. Siembra directa es el sistema productivo basado en la ausencia de labranzas y la presencia de una cobertura permanente del suelo, vía cultivos y rastrojos de cultivos anteriores. Basado en un conjunto de Buenas Prácticas Agrícolas, el esquema permite producir sin degradar el suelo, mejorando en muchos casos sus condiciones físicas, químicas y biológicas. Además logra hacer un uso más eficiente del agua, recurso que en cultivos de secano es generalmente el factor limitante en la producción. Así, la Siembra Directa logra niveles productivos altos con estabilidad temporal y en armonía con el ambiente” (AAPRESID, 2017).

La utilización de herbicidas se ve incrementada ya que estos son aplicados para el control de malezas tanto en la instancia de barbecho como durante el ciclo del cultivo⁴⁴. En 2012 la cantidad de herbicidas involucrados en la instancia del barbecho representó el 22% sobre el total de los herbicidas empleados en el país. Ciertos implementos agrícolas dedicados a la labranza del suelo fueron reemplazados por el uso intensivo de las pulverizadoras o “el mosquito”, sustituyendo casi por completo el control mecánico de las malezas por el control químico.

⁴⁴ Según AAPRESID (2017) el período de barbecho es el que transcurre entre la cosecha de un cultivo y la siembra del cultivo siguiente. Es una etapa importante ya que durante la misma se almacenan recursos necesarios para el desarrollo del cultivo posterior.

No obstante, desde el sector científico-tecnológico se han esbozado una importante cantidad de argumentos opuestos a esta práctica. Fundamentalmente se centran en la sobre dependencia al uso de agroquímicos en el planteo productivo. A su vez, la predominancia de glifosato causa una mayor presión de selección sobre la comunidad de malezas.

Se arriba entonces a un tercer punto: la aparición de resistencias al uso del principio activo glifosato. La incorporación de la soja RR y la expansión o amplio uso de la siembra directa como práctica cultura —y el uso masivo del glifosato que estas implican— aceleraron el proceso de generación de resistencias. Esto es así dado que el productor erróneamente incrementa la dosis de un producto en lugar de sustituir el principio activo. La resistencia se genera como consecuencia de la eliminación de los biotipos susceptible de la especie por el uso reiterado o frecuente de un mismo herbicida, o bien de distintos pero con el mismo modo de acción. Esto determina el aumento en la frecuencia de los biotipos resistentes preexistentes en la población en muy baja proporción (Faya de Falcón y Papa, 2001). Se han localizado alrededor de 254 especies de malezas resistentes a herbicidas distribuidas en aproximadamente 70 países (ISHRW, 2018). En Argentina el caso paradigmático es el de la “rama negra”, maleza que es resistente al glifosato y que se ha convertido en plaga muy difícil de eliminar.

En resumidas palabras, estos cambios acontecidos en los últimos veinte años indican que se ha incrementado la superficie bajo agricultura por incorporación de áreas antes consideradas marginales, con incidencia directa del monocultivo de soja en siembra directa, el arrendamiento de campos y la contratación de servicios de maquinaria agrícola. Como consecuencia de este proceso se ha incrementado el uso de productos químicos para el control de plagas, transformándose en eje central del planteo productivo. Así, el actual paradigma del sistema agroproductivo nacional incluye dentro de sus pilares el uso de productos fitosanitarios y el rol de los herbicidas como el glifosato se ha destacado por sobre el resto de los productos. Estos cambios han modificado tanto hábitos como conductas de los pobladores rurales y producto de esto se han generado diversas tensiones y conflictos.

Capítulo 3

La fumigada: conflicto y silencio

Un pueblo que calla

Llegué a Santa Anita un 3 de octubre de 2017 dando continuidad al trabajo de campo y esperando encontrar un pueblo convulsionado. El día anterior, 2 de octubre, se había conocido el fallo del juicio sobre la fumigación de una escuela rural en Santa Anita. Éste fue considerado como “histórico” por los principales medios gráficos provinciales, ya que por el hecho fueron condenados tanto el dueño del campo, como el piloto del avión que había realizado la fumigación y la empresa contratista de pulverización⁴⁵. No obstante, Santa Anita mantenía su apariencia de pueblo tranquilo y el acontecimiento no era mencionado por las personas con las que mantuve conversaciones y entrevistas, a menos que les preguntara directamente sobre el tema. Aún en esos casos, las repuestas resultaban escuetas, poco comprometidas o evasivas, como si tratara de un acontecimiento que les resultara ajeno.

El incidente que dio lugar al juicio ocurrió el 4 de diciembre del 2014. No fue sencillo acceder a la información vinculada con este hecho y mucho menos a las precisiones del caso. Si bien parte de los santanitenses tomaban a la fumigación de la escuela como el inicio de las tensiones y las primeras manifestaciones más explícitas del conflicto en torno a las fumigaciones y los agroquímicos, mi primer acercamiento a la temática fue por medio de la lectura de algunos medios gráficos de la provincia de Entre Ríos. De las lecturas de mis notas de campo, y previamente al acceso de la información por medio de los diarios locales, encontré algunos indicios sobre lo sucedido pero simplemente con menciones vagas sobre la fumigación cerca de una escuela rural, sin más precisiones. Esto no había sido un hecho

⁴⁵ “El fallo es histórico porque representa la segunda condena en el país por la aplicación de sustancias químicas en campos cultivados y sus presuntos efectos nocivos en la salud de la población. El precedente anterior data del año 2012, en un caso ocurrido en Córdoba. En aquella ocasión, el tribunal dio por probado que la aplicación descontrolada de agrotóxicos multiplicó los casos de cáncer en un barrio cercano a la capital” (El Diario, 2017)

destacado por mis entrevistados, aunque si se había mencionado en varias oportunidades como el inicio de los conflictos vinculados a las pulverizaciones dentro del pueblo⁴⁶.

Al presentarse tan ambiguo todo lo relacionado con este hecho fue preciso ampliar los datos por medio del relevamiento de los diarios provinciales. Allí la información estaba disponible aunque con algunas particularidades, que luego detallaré. La primera información a la que accedí fue que la fumigación se había efectuado en un campo cercano a la Escuela Rural Nro 44 perteneciente al municipio de Santa Anita. Se había realizado una pulverización aérea en un campo de arroz en las cercanías de la escuela en el momento en el que se estaban dictando clases en el establecimiento. El agravante del hecho fue que se aplicaron productos químicos arriba del colegio, sin respetar las distancias de guarda que prevé la Ley Provincial. El avión no detuvo la aspersion en el momento que sobrevoló la escuela.

La directora, y única docente de la escuela, dio aviso a la policía, quien acudió al lugar del hecho. Intentaron en varias oportunidades, por medio de señas, detener la fumigación sin poder lograrlo. La directora y los cinco chicos que asistían a clase ese día fueron trasladados al hospital local Padre Becher presentando síntomas de intoxicación.

La directora de la escuela fue quien realizó la denuncia. Luego, la Asociación Gremial del Magisterio de Entre Ríos (Agmer) en el marco de la campaña “Paren de Fumigar las Escuelas”, tomó el caso y elevó una denuncia contra el dueño del campo y productor, el presidente de la empresa de aviación y el piloto para establecer responsabilidades en el hecho. Las tres personas fueron imputadas y procesadas por “lesiones culposas leves” y “contaminación ambiental”. La causa es inédita por ser la primera denuncia en la provincia de Entre Ríos por la fumigación de una escuela (Diario El Miércoles Digital, 2017b).

En las primeras noticias relevadas era muy simple encontrar el nombre de la docente denunciante pero no era para nada sencillo hallar el nombre de los imputados. De hecho en ninguna de ellas constaba el nombre del dueño del campo que había sido imputado. En las primeras noticias encontré frases tales como “los imputados en esta causa son el

⁴⁶ En el contexto de los intercambios con los santanitenses mantenido durante el trabajo de campo, se destaca la fumigación cerca de una escuela rural como un disparador del conflicto y las diferencias internas. Pero no hay indicios de la judicialización del caso.

productor, el dueño de la empresa de fumigación y el piloto que fumigó”⁴⁷. Este hermetismo tampoco pudo ser quebrado en mis primeras entrevistas sobre el tema en Santa Anita. Lo que sí sabía era que se trataba de un santanitense, era “un productor de toda la vida” o, en otros términos los lugareños se referían a él como “una persona de acá”. Pero inicialmente no conseguí acceder al apellido.

Durante todo mi trabajo de campo realizado en 2017 la causa fue siguiendo su curso hasta el punto tal en el que fue dictada la sentencia el 2 de octubre de 2017. Y fue luego de la elevación a juicio oral y posteriormente ya con la sentencia cuando comenzaron a aparecer los nombres de los imputados, y a continuación condenados, en las noticias. Fueron declarados culpables y condenados a un año y medio de prisión en suspenso el presidente de la empresa fumigadora de Villaguay Aero Litoral SA, Erminio Bernardo Rodríguez, el dueño del campo que contrató el servicio, José Mario Honecker y el piloto César Martín Visconti. José Honecker actualmente vive en Santa Anita y pertenece a una de las primeras familias de alemanes del Volga migrantes del pueblo.

Como mencioné anteriormente, uno de los hechos centrales de la denuncia fue que la pulverización aérea se había realizado no solo sin respetar las áreas de exclusión cercanas al establecimiento sino que, como agravante, el avión había pulverizado sobre la propia escuela⁴⁸. Sumado a esto, no hubo aviso previo a la institución educativa sobre la realización del trabajo. La Ley Provincial estipula que se debe informar 48 horas antes de la fumigación de modo tal que las autoridades y docentes estén al tanto de lo que va a suceder y puedan tomar los recaudos necesarios. A su vez, la fumigación se realizó durante el horario de asistencia de los chicos a clases. Esto implicaba que tampoco se había llevado adelante la pulverización a contra turno, tal cual exige también la Ley. Sumado a esto, la empresa de aeroaplicaciones contratada no estaba habilitada para hacerlo, ya que tenía vencidos los permisos desde hacía más de un año. El avión que realizó el trabajo carecía de controles y tampoco se había confeccionado la receta agronómica por parte del profesional

⁴⁷ Esto queda reflejado en La Calle (2017), El Miércoles Digital (2017a), entre otros mismo se repite en otros medios.

⁴⁸ Luego del juicio se constató que había signos de que la pulverización se había realizado a cuatro metros de la escuela.

responsable del trabajo. Las contravenciones eran múltiples y no solo se circunscribían al hecho de haber “fumigado la escuela”, tal como ellos se referían al hecho ocurrido⁴⁹.

En relación con mis indagaciones en el pueblo, es posible sistematizar maneras diferentes de tratar la temática. En algunos casos las respuestas obtenidas eran directamente evasivas; se evitaba hablar del tema e incluso era posible notar cierta incomodidad en la conversación. Las frases más recurrentes se vinculaban al desconocimiento (“no sé muy bien lo que pasó, por eso no opino”). En otros casos mencionaban cuestiones específicas pero sin dar datos precisos sobre lo que había ocurrido. Esto fue recurrente, por ejemplo, ante la pregunta por cuál había sido la escuela afectada, les resultaba muy difícil identificar en qué establecimiento había ocurrido el hecho. En algunos casos había afirmaciones fuertes donde se mencionaba que la fumigación había ocurrido en otra escuela y no en la 44, tal como aparecía en las noticias. Esto me llevó a dudar incluso sobre lo que había relevado en los medios gráficos. Fuera de los pocos casos en que referían los hechos como ocurridos en otra institución, las repuestas más generalizadas y recurrentes solían hacer referencia al desconocimiento del hecho o a su conocimiento parcial. Esta actitud parecía más un modo de evitar hablar libremente del tema que un indicio concreto de falta de conocimiento sobre la cuestión. También resultaba llamativo que en ningún caso usaran la primera persona a la hora de hablar del tema; lo mencionaban como si le hubiera afectado a otra gente, o hubiera ocurrido en otro lado, mostrando un alto grado de distancia y/o ajenidad. El desconocimiento al que aludían los habilitaba a no profundizar sobre *la fumigada* (tal como lo denominan los santanitenses), evitando así discutir en torno a lo ocurrido y posicionarse dentro del conflicto. Por último, quizás los más curiosos, hacían referencia al hecho en función de lo que se habían “enterado por las noticias”. La información con la que ellos contaban la habían obtenido de algún medio de comunicación, ya sea gráfico o radial. Era habitual escuchar cuestiones como “yo me enteré lo de la maestra solo porque lo leí” o “leí que va a juicio el tema de la fumigación de la escuela”. En este caso también la fuente de información secundaria actuaba como una barrera que los separaba de lo ocurrido, como una forma de tomar distancia del hecho y hablar sobre la

⁴⁹ Más allá de las contravenciones descritas en párrafos anteriores, las cuestiones que solían ser destacadas sobre el hecho se objetivaban en *la fumigada* en sí misma y el riesgo que involucraba el uso de los productos químicos. En el caso judicial, aquello que se destaca es la contravención a la Ley Provincial y no al uso del agroquímicos en el campo. Retomaré esas cuestiones en apartados siguientes.

fumigada remitiéndose siempre a afirmaciones que no eran construcciones propias, sino que eran ajenas a ellos ya que pertenecían a “las noticias”.

Más allá de las diferentes aristas que adquieren las representaciones en torno a la fumigada de la escuela, comparten un elemento común, la resistencia a hablar abiertamente del hecho. Este “silencio” puede ser interpretado como una reacción ante una cuestión percibida como “externa” que podía poner en “riesgo” algo particularmente valioso para los santanitenses; este silencio parece en primera instancia una estrategia de protección de la comunidad (Pollak, 2006). Retomaré con más fuerza estos conceptos en apartados siguientes, sin embargo aquí cabe hacerse las siguientes preguntas: ¿Cómo podía interpretarse este “desconocimiento”, esta incomodidad para hablar sobre el juicio y sobre *la fumigada* en general? ¿Se trataba de un acto de “protección”? ¿Se estaban “defendiendo”? Y si así fuera ¿De qué o de quiénes se estaban defendiendo? ¿A quiénes o qué protegían? ¿No querían conversar conmigo sobre esta cuestión? ¿O se trataba de una cuestión lo suficientemente controvertida como para que el tema tampoco se hablara abiertamente entre ellos? Con estas cuestiones como telón de fondo, busqué indagar sobre el lugar del “silencio” en el modo de tramitar el conflicto en el pueblo de Santa Anita.

En principio, parecía ser que la información no circulaba al interior de la comunidad, sino que todos los datos con los que ellos contaban eran externos. Y el diálogo en torno a la fumigación de la escuela no solo parecía estar vedado en el ámbito público, sino que incluso en el ámbito privado resultaba un tema difícil de abordar. Algún entrevistado lo llegó a calificar como “un tema tabú”.

El Hospital Provincial Padre Enrique Becher, ubicado en el pueblo, tuvo un papel preponderante porque fue allí donde trasladaron a algunos niños y a la directora de la escuela luego de la pulverización. Sin embargo, también hubo un gran hermetismo en torno al hecho y no conseguí información precisa sobre lo ocurrido aquel día. No logré obtener muchos datos sobre los profesionales que estuvieron atendiendo en el hospital el día del hecho, como tampoco sobre los síntomas o sobre la atención que recibieron los chicos y la docente. Los datos eran nuevamente brindados solo parcialmente, sin exactitudes y de forma muy vaga⁵⁰.

⁵⁰ Esto también se repitió cuando traté de indagar sobre la directora y docente de la escuela. Quise saber en un principio si habitaba en el pueblo y no tuve precisiones. En una de mis conversaciones me dijeron

Sumado a esto, es preciso resaltar que la fumigación en la Escuela 44 que dio origen al juicio fue anterior a mi primer ingreso a Santa Anita en 2015, cuando conjuntamente con el equipo de INTA se realizaron los talleres participativos con el fin de formular un proyecto de desarrollo local en la localidad. Si en 2017 fue difícil que el tema de la escuela fuese materia de diálogo y discusión, mucho menos hubo referencia sobre el incidente en 2015. Ciertamente era algo de lo que no se hablaba en Santa Anita. El silencio estaba operando en estas tres esferas, ya sea simplemente evitando hablar, distanciándose del hecho haciendo referencia a información secundaria, o brindando datos de los cuales no podían dar cuenta de su origen y su certeza.

Sin embargo, unos meses después de la sentencia se comenzó a hablar un poco más y de manera más explícita sobre el juicio. Para comprender esta segunda etapa es necesario tener en cuenta algunas cuestiones relacionadas con la relación entre la comunidad, el INTA y yo misma, ligada para ellos al INTA desde el 2015 en adelante.

En primer lugar, es relevante destacar las percepciones de algunos de los integrantes de los talleres participativos realizados por el INTA en 2015 y sus implicancias en términos del trabajo realizado los años siguientes.

Luego de varias charlas y entrevistas realizadas con algunos pobladores con los cuales fue posible generar un ámbito de confianza mayor y un vínculo de empatía que permitió un espacio más abierto de diálogo, me revelaron sus dudas y cuestionamientos sobre las actividades realizadas por el equipo del INTA (del cual formé parte) en aquel momento. Nuestro primer ingreso fue interpretado como una forma de acallar el problema. Pareciera que la percepción de algunos de los participantes del taller fue, en sus propios términos, que el INTA “venía a callar todo”. Considerando que nuestros trabajos comenzaron unos meses después de lo ocurrido en la escuela 44 tenía mucho sentido pensar que el proyecto a realizar tendría alguna relación con el incidente de la fumigación. Algunos meses previos a nuestro trabajo se habían organizado desde el municipio charlas con médicos y otros profesionales en las cuales, por lo que cuentan ellos desde su experiencia, se habían generado discusiones muy intensas entre los habitantes. Por lo que cuentan, antes de

que creían que vivía en Villa San Marcial pero no tenían certezas si seguía allí o se había relocalizado en otro lugar. La directora ya no se encuentra más en el cargo y no logré dar con ella.

nuestra llegada el pueblo “se animaba a denunciar, a hacer preguntas. Iban a la comisaria, al municipio. Y después se paró todo”.

Luego de eso llegó el equipo de INTA del cual yo formaba parte con la propuesta para formular un proyecto de desarrollo local que, desde sus interpretaciones, poco tenía que ver con el conflicto de las fumigaciones. En este sentido ellos entendieron nuestra propuesta de trabajo como una forma de desviar su atención y no continuar indagando en el tema.

Desde nuestra perspectiva, veíamos cómo la cuestión de las fumigaciones solía estar presente en el ámbito privado -desconociendo el incidente de la fumigación en la escuela- pero no así en el ámbito de los talleres en los cuales se proponía realizar justamente un proyecto de desarrollo en sentido amplio. Esto complicó en parte nuestro trabajo, dado que la problemática estaba presente como un tema a trabajar pero al no surgir en los talleres, y habiendo propuesto una metodología de construcción participativa del proyecto, era difícil incluirlo dentro de las temáticas⁵¹. En algunas charlas incluso llegaron a afirmar que “hubiese sido mejor si el INTA no venía a Santa Anita”, algunos comentaron que quizás habrían continuado hablando de la temática de no haber llegado nosotros con nuestro trabajo.

Aquí se destacan dos cuestiones. En primer lugar cabe reflexionar sobre mi llegada al campo y sus implicancias. Si bien ningún ingreso al campo es neutral sino que está permanentemente en configuración y reconfiguración, lo más predecible en términos de un proceso de intervención en terreno por parte de un técnico de INTA es que la población espere que este técnico, asociado inevitablemente a la figura del profesional ingeniero agrónomo y extensionista, venga a aportar soluciones a problemas productivos. Esto es lo que Arach (2008) denomina “marca institucional”, entendida como la posición en la cual usualmente coloca la población al trabajo en terreno de los técnicos de INTA. Esta

⁵¹ Finalmente se terminó trabajando el tema desde el ordenamiento territorial pero desde un sentido más amplio, no simplemente desde la perspectiva de los espacios agrícolas. Incluso lo más relevante en este punto fue la proyección conjunta en diversos talleres de la planta urbana. Si se proyectó en este punto la necesidad de una cortina verde en torno al pueblo como forma de generar una zona de amortiguamiento de las fumigaciones (para una descripción más profunda del trabajo realizado ver Falivene et al. (2016)). Otro tema trabajado fue sobre la propia ordenanza (punto que se trabajará en el siguiente apartado), en la realización de diferentes capacitaciones y en el asesoramiento para la adquisición de una central meteorológica de monitoreo de variables relevantes para la aplicación de agroquímicos y los efectos de la deriva.

experiencia mostró que los sujetos no siempre construyen sus expectativas en la necesidad de obtener respuestas de los técnicos de INTA, a la par que marcó la necesidad de un ejercicio de reflexividad incluso cuando el trabajo mismo a desarrollar se circunscriba a un proceso de intervención. Tal como señala Guber (2001:59), “para detectar los sentidos de la reciprocidad de la relación es necesario que el investigador analice cuidadosamente los términos de la interacción con los informantes y el sentido que estos le dan al encuentro. Estos sentidos, al principio ignorados, se irán aclarando con el transcurso del trabajo de campo”. Esa impronta no advertida en un inicio, seguramente condicionó mi trabajo de campo durante los años siguientes. Fue recién en mi ingreso en 2017 que estos sentidos se fueron aclarando siendo trascendentes para dar un marco interpretativo al trabajo de campo realizado.

El segundo punto interesante aquí fue justamente el sentido que le dio parte de estos santanitenses a aquellas actividades de 2015. Era difícil comprender cómo nuestro trabajo iba a inhabilitar sus denuncias. Sí se podía comprender que podía ser entendido como una forma de distraer el conflicto pero difícilmente esa distracción debía derivar en el silencio que surgió posteriormente. El conflicto había tomado una magnitud impensada y desde su perspectiva era alguien *de afuera* (el INTA) quien vino a acallarlo, quedando el conflicto en tensión latente, sin estar resuelto.

Volviendo la atención nuevamente al juicio y a las sentencias, el productor y dueño del campo fue considerado culpable por “lesiones leves culposas y contaminación ambiental culposa por la fumigación que roció de agrotóxicos a la Escuela Nro. 44 República Argentina”. El productor condenado por la fumigación en la escuela era descendiente de una de las familias originarias de la fundación del pueblo; es decir, de los primeros pobladores migrantes del Volga. Él no era una persona *de afuera*, era uno de los pocos que aún conservan la propiedad de la tierra y seguía trabajándola, en este caso con cultivo de arroz⁵².

⁵² Las tierras de la localidad en su mayoría ya no son de propiedad de pobladores locales. Varios procesos resultaron en la transferencia de la tierra a personas externas a la comunidad de origen y sus descendientes. Si bien se destaca la venta en la década del 90 mayoritariamente a pooles de siembra, vinculado al proceso de agriculturización y sojización, hubieron otros factores que aceleraron esta transferencia. Se volverá sobre esta cuestión más adelante.

Si bien todos coincidieron en que si se habían “hecho las cosas mal” debía haber algún tipo de sanción, y que esta sanción era un precedente que iba a servir para que “se empiecen a cuidar un poco más”, también señalaban que habían “agarrado al más bueno”.

En Santa Anita el orden es un valor importante y, en algún sentido, una categoría fundante de la comunidad, más adelante se mostrará cómo esto se expresa tanto en el espacio y cómo en otro tipo de prácticas locales. Por lo tanto, existe cierto acuerdo tácito de que todo aquello que ponga en cuestión el orden debe ser sancionado o debe quedar por fuera de los límites de la comunidad. Este podría ser uno de los motivos por los cuales no se cuestionó el fallo del juicio, sin embargo, sí se destacó la diferencia entre las prácticas llevadas adelante por miembros de la comunidad y aquellos *de afuera*.

Conversando en relación al juicio y tratando de profundizar sobre lo que había ocurrido me comentaron que en realidad:

“Él (*el propietario del campo*) hace su trabajo, es del pueblo. En vez los que vienen *de afuera* ¿qué le importa el vecino? ¡Si no lo ven! Ese es el problema, no José. Él si hubiese estado ahí paraba lo que estaba pasando, ¡seguro! pero cayó él... el perejil”.

Si bien él estaba produciendo en sus campos arroz y no soja, se trataba de un tipo de producción asociada a aquello *nuevo y de afuera*⁵³. Pero este productor no era una *cara extraña*, era un santanitense que había vivido en el campo y en el pueblo durante toda su vida. Él “estaba haciendo su trabajo” y era de los pocos que aún tenía relación con la tierra y la agricultura en la localidad⁵⁴.

En mi último viaje pude llegar a la Escuela Nro 44 acompañada por algunos santanitenses que oficiaron de guías. Hasta ese momento, e incluso después, no pude saber a ciencia cierta si la escuela estaba en funcionamiento. La información al respecto también era muy

⁵³ La construcción de ambas categorías se desarrollarán en los capítulos siguientes.

⁵⁴ En contraste con esto, al mencionar a la maestra que realizó la denuncia era común que se mencione un hecho que difícilmente se pueda corroborar y tampoco tendría sentido hacerlo. En tono confidencial, y en reiteradas oportunidades, comentaron que los padres de la propia maestra tenían campos de soja que arrendaban y donde también fumigaban. Esto en cierta forma operaba deslegitimando la denuncia realizada por la docente y, a su vez, la igualaba en términos de culpabilidad, con el propio productor. En una oportunidad incluso me llegaron a comentar que el campo de la familia de la maestra también estaba al lado de una escuela. La maestra no es santanitense, nuevamente entraba en la categoría *de afuera*. Estas acusaciones también podían estar operando como modo de atenuar la responsabilidad del poblador local, miembro de una de las familias fundadoras, en lo acontecido.

vaga⁵⁵. Desde la ruta principal de ingreso y egreso a Santa Anita -la ruta asfaltada- tomamos una salida de tierra para ir camino a la escuela. Luego de un par de kilómetros y algunas vueltas –aunque pocas- llegamos al establecimiento. El último tramo de acceso en aquel momento estaba realmente muy desmejorado. Con una lluvia, aunque no muy intensa, en ese momento el acceso en forma vehicular hubiese sido imposible.

La escuela estaba cercada y ocupaba un espacio reducido conformado por dos construcciones. Frente mío estaba lo que entendí era el edificio central. Y a mí derecha había otra construcción más pequeña que parecía en desuso. Estas dos edificaciones completaban una forma de “L” aunque no estaban unidas entre sí. El edificio central, bajo y con techo de chapa roja que continuaba de modo tal que formaba una galería, no tenía más de seis metros de frente. El otro edificio tenía dimensiones similares, quizás era más pequeño y claramente más antiguo. Muchos de los entrevistados que habían pasado parte de su infancia viviendo en el campo habían asistido a esa escuela, eso justificaba la existencia de dos edificios dada la gran concurrencia que tenía en décadas anteriores. Entre medio de estos dos edificios, en el hueco que formaba la “L”, había un patio de cemento y el mástil. A la izquierda, en el predio justo lindero al edificio que estaba en desuso, había un campo preparado para ser sembrado. Solo los separaba un alambrado. Sin embargo, el campo que había desatado el conflicto no era justamente ese que estaba contiguo, sino el que se encontraba justo frente a la escuela, del otro lado de la calle de acceso. El campo no estaba cultivado en ese momento.

Lo que se destaca claramente por sobre el resto es la escuela en sí misma, es decir la construcción más nueva. Lejos de encontrarme con una edificación de paredes blancas, que es lo que generalmente se esperarí de una escuela, en toda la pared del frente había pintado un mural. Lo primero que noté fue un color naranja muy fuerte y brillante. Mirando más en detalle, estos colores estaban rodeando un punto central que representaba el sol. Entiendo que la imagen intentaba mostrar un atardecer, pero a su vez se acercaba mucho a un color intenso como el fuego. Ese sol y sus rayos naranjas y amarillos dividían la escena en dos. En el extremo derecho había un avión desde el cual parecía desprenderse una lluvia que simulaba una aplicación de agroquímicos. Debajo de ese avión había lápices, y bien en

⁵⁵ La información a la cual logré acceder en diferentes charlas fue que había solo un alumno asistiendo al establecimiento, que era el hijo de la nueva directora, pero no tenían certezas si se estaban dictando clases o no.

al extremo derecho, casi en la esquina por debajo del avión, ciertos rostros algo deteriorados que podían ser interpretados como la destrucción o la propia muerte. Estos rostros eran realmente sutiles en la pintura y no era lo que más se destacaba; sin embargo, su presencia podía entenderse fácilmente como el daño ocasionado por el avión y la fumigación.



Escuela Nro. 44 antes del mural (Fuente: Diario La Calle)



Escuela Nro. 44 (fuente propia)

Dividiendo la imagen, en el extremo izquierdo, del otro lado de los rayos del sol que ocupaban el centro del mural, la imagen cobraba vida con colores brillantes, intentando representar un ambiente libre de agroquímicos en el cual preponderaba el color verde simbolizando la vida. Allí no había rostros con gestos de sufrimiento sino solo lápices de colores. En el mural no había matices, solo dos realidades posibles representadas. La primera, atravesada por el peligro y la muerte. Y la segunda en la cual solo había lugar para la vida. Esta “realidad” atravesada por esta dicotomía, en la cual parecieran existir puntos de encuentro, se asocia a lo trabajado en el capítulo primero, en el cual se dio cuenta de la forma cómo la temática en sus diferentes aristas ha sido abordada. Este mural se acerca claramente a los estudios en los cuales estos productos utilizados en las prácticas agrícolas dominantes se configuran como agrotóxicos.

No pude determinar cuándo se había pintado el mural, ni quienes lo habían pintado porque incluso quienes me acompañaron desconocían su existencia. Sin embargo la escuela quedó físicamente marcada por este hecho.



Mural de la Escuela Nro. 44 (fuente propia)

Luego de esta visita, y más allá de este hecho destacado, una cuestión quedó sin respuesta: ¿cómo podía ser posible que el problema de la fumigación haya ocurrido en un campo que no se encontraba lindero al colegio y que el campo contiguo no fuese un problema manifiesto?

La propiedad del otro campo, el que en cierta forma envolvía a la escuela, también era de un santanitense. Este productor tenía otro vínculo con la escuela y la maestra, y con el propio municipio. Siempre declaró la fumigación con anticipación, siempre trabajó su campo a contra turno, tal cual lo establece la Ley Provincial, y mantuvo charlas frecuentes con la gente de la escuela. Su actitud es otra, un funcionario del municipio lo explica así:

“Él está más cerca que el otro y jamás tuvo problema ¿por qué? El tipo va con la camioneta, se baja, habla con la maestra y le dice: ‘mirá, voy a hacer esto’... hablando yo creo que la gente se entiende. Él ya sabe a qué hora se van los chicos, a qué hora van a volver. La maestra sabe que no se va a quedar un rato más porque sabe que esa tarde va a venir *el mosquito*. Entonces... vos estas generando la confianza”.

Luego de comentarme sobre esta práctica, esto se repitió en todas las charlas que tuve con los productores y contratistas de Santa Anita. Ellos intentaron, o al menos es lo que mencionaban, hablar con la gente y así tratar de “no tener problemas”. El diálogo o la manifestación más explícita de la labor que iban a realizar pareciera operar, al menos para ellos, como una estrategia para eliminar o disminuir el posible conflicto. Una vez informado lo que iban a realizar no había lugar para las quejas, o de haberlas, estarían infundadas desde su propia construcción. No ocurría lo mismo con *los rosarinos*⁵⁶, ya que el dialogo nunca habría formado parte de las prácticas y las estrategia de estos actores.

El juicio como manifestación del conflicto

Retomando el incidente de la escuela que derivó en el juicio, pareciera ser que operó como una forma de poner de manifiesto el problema y de profundizar, en términos de los santanitenses, la presencia de *dos bandos*. Más allá de la opinión específica sobre la condena de uno de sus pobladores y el atenuante que esto implicaba, el punto de conflicto y la controversia en relación al riesgo involucrado en el uso de agroquímicos se profundizó.

⁵⁶ Esta categoría se desarrollará en detalle en capítulos siguientes. En este punto señalaré simplemente que hace referencia a aquellos que compraron gran parte de los campos santanitenses en la década del 90 con la expansión de la soja y la aparición de los nuevos modelos de gestión de la empresa agrícola, como los *pooles de siembra*.

El conflicto llegó a un punto en el cual los mismos pobladores comenzaron a reconocer la existencia de *dos bandos*, los cuales según su mirada se habían distanciado cada vez más con el correr del tiempo sin que existiera la posibilidad de diálogo y acercamiento. Sin embargo, el lugar que cada uno de los entrevistados ocupaba dentro de estos *bandos* no se manifestaba de manera explícita. Estos *bandos* se presentaban como algo externo a ellos y si bien en sus relatos era posible identificar en cuál de ellos podían ser ubicados, no era habitual que lo dejaran de manifiesto.

A pesar de esta dificultad para posicionarse y de la externalización del conflicto, estos *bandos* parecían atravesar de alguna manera no explícita a los pobladores. En estos *bandos* se reflejaba en cierta forma una selección y una jerarquización de los riesgos diferencial en torno al uso de agroquímicos, en términos de Luhmann (2006). Claramente hay distintos factores sociales que operan para que se genere este desdoblamiento.

Más allá de esto, no se percibían alteraciones en el desarrollo de la vida cotidiana. Esta escisión tácita de la comunidad no parecía interferir en el desarrollo de sus interrelaciones necesarias para abordar la vida diaria del pueblo. Ese tema, no solo el juicio sino todas las opiniones que rodean el uso de agroquímicos en el agro y sus consecuencias sobre la salud y el ambiente, simplemente no se hablaban, o al menos no en el ámbito público. Ellos mismos reconocían la inexistencia de punto de encuentro ni de diálogo al respecto, pero sin embargo todo seguía como si el conflicto no existiera.

Santa Anita continuó con sus rutinas sin que se generen fracturas fuertes ni que se resquebraje significativamente el sentido de comunidad. Por ejemplo, la organización de “La Fiesta Nacional de la Trilla Tradicional”, (una celebración muy importante para los lugareños), continuó organizándose del mismo modo en que se hizo durante los últimos 19 años. Esto es, con el trabajo en colaboración entre un sector mayoritario de la comunidad local de manera armónica. Todas las comisiones continuaron trabajando juntas para que la celebración se siga realizando sin modificaciones. El silencio o lo “no-dicho” puede ser entendido, en términos de Pollak (2006), como una forma de salvaguardar a la comunidad y junto con esto fortalecer los sentidos de pertenencia y reafirmar sus fronteras sociales y sus límites. En Santa Anita, estos “silencios” sobre el conflicto, pero también sobre *los dos bandos*, parecen tener un sentido central: proteger y cuidar la proyección de la comunidad en el tiempo. Se profundizará sobre este punto a lo largo del trabajo.

El ámbito privado era el adecuado –o el único- para hablar sobre estos conflictos porque en ese espacio ningún miembro de esa comunidad podía ser dañado y la supervivencia de la propia comunidad no se ponía en cuestión. La escasa circulación de la palabra en relación con este tema, aún en el ámbito privado, da cuenta de la necesidad de evitar hacer daño a los pocos miembros de la comunidad directamente implicados en las nuevas prácticas agrícolas. Preservar a los descendientes de los migrantes originarios es el modo de conservar la representación de sí mismos como comunidad, en sus propios términos: “la supervivencia de la comunidad”. Efectivamente, esa “supervivencia de la comunidad” es una preocupación explícita y recurrente de los santanitenses y que se vincula con la existencia de ciertos riesgos “subjetivos” percibidos por los pobladores. Esto se expresa en este conflicto, pero se expresó también en otros momentos anteriores y frente a otras circunstancias; se dará cuenta posteriormente de algunas de ellas directamente ligadas a los procesos agrícolas. Por el momento, es importante destacar que si bien la subjetividad de las personas tiene un rol importante en la capacidad de ejercer la palabra, los entornos también impactan o influyen (Jelin, 2017). Aquello dicho en el ámbito público era entendido como un factor que podía agudizar la tensión y, junto con esto, se avivaba el temor por la cuestión de la “supervivencia de la comunidad”.

La ordenanza municipal y la difícil tarea de controlar

Luego de lo ocurrido en la Escuela 44, y de las diferentes tensiones manifiestas que se dieron inmediatamente después de ese hecho, el municipio comenzó a trabajar en una ordenanza con el fin de incrementar las regulaciones de las aplicaciones de agroquímicos, más allá de la Ley Provincial. En una comunidad en la cual el orden y el control representan dos elementos constitutivos, acrecentar los controles parecía ser la propuesta más acertada. Específicamente se trabajó en dos ámbitos de acción. En primer lugar se establecieron zonas de exclusión en los límites del radio urbano y en segundo lugar, se trabajó en una serie de medidas y precauciones a tener en cuenta para las fumigaciones cercanas a las tres escuelas rurales. Si bien solo la escuela 44 pertenece a la localidad de Santa Anita, hay otras dos escuelas que se encuentran justo en el límite de la localidad por lo que cualquier actividad dentro de la jurisdicción las puede afectar.

Antes de profundizar en la ordenanza es preciso introducir algunos lineamientos de la Ley Provincial. Ésta establece que todos aquellos que realicen actividades vinculadas a la fumigación deben cumplir una serie de normativas provinciales. Todos los maquinistas que vayan a realizar fumigaciones tienen que poseer un carnet habilitante que extiende la provincia, el cual tiene un período de validez de dos años. Para obtener esta acreditación deben realizar un curso de capacitación, el cual consta de dos ejes centrales: higiene y seguridad vinculada a la manipulación y uso de los productos –el cual en ocasiones es brindado por un profesional de INTA- y un módulo dedicado a la legislación vigente en la provincia.

En los últimos años también se hizo obligatorio el curso para los ingenieros agrónomos que están a cargo de las aplicaciones y “firman la receta”⁵⁷. En la receta agronómica debe constar el producto que se va a aplicar, el día en el cual se va a hacer el trabajo y el lugar donde se va a realizar la fumigación. Esa receta debe ser firmada por un profesional quien certifica el trabajo que se está llevando a cabo y se responsabiliza en cierta forma por su seguridad. Las máquinas que realizan esta actividad deben estar inscriptas en la provincia y al momento de realizar ese trámite es requisito asociarla con una empresa, un operario o maquinista y un ingeniero agrónomo que será el responsable de las aplicaciones.

Sumado a esta serie de requisitos impuestos a las empresas de fumigaciones y a sus empleados, la Ley Provincial establece ciertos límites para las aplicaciones de agroquímicos tanto para poblaciones como para establecimientos educativos. En el caso de establecimientos educativos, se debe guardar una distancia de 50 metros en aplicaciones terrestres. Estas mismas distancias rigen para la planta urbana, sin embargo el uso en este caso está limitado y no prohibido⁵⁸. A su vez, se debe dar aviso 48 horas antes y, en el caso de las fumigaciones en perímetros cercanos a las escuelas, los trabajos se deben realizar a contra turno evitando así la presencia de alumnos y docentes en el establecimiento educativo.

⁵⁷ Anteriormente el ingeniero solo debía estar matriculado, luego se incluyó como requisito haber realizado el curso que dicta la provincia.

⁵⁸ La Resolución Nº 47 de la Secretaria de Agricultura y Recursos Naturales de la Provincia de Entre Ríos, en su artículo 2 establece “Limitar el uso de agroquímicos en lugares próximos a caseríos lindantes a lotes de uso productivo, a una distancia de 50 metros. Los tratamientos que se efectúen en estos lugares deberán notificarse al Municipio, a los pobladores y la aplicación se realizará con la presencia del técnico del productor o de la empresa aplicadora.” El uso en las áreas de exclusión está limitado no prohibido y simplemente debe estar debidamente informado a las autoridades locales para poder ser llevada adelante cualquier pulverización en esta área.

La ordenanza municipal se sumó a la Ley Provincial y ajustó los controles en aquellas zonas más sensibles, vulnerables y cercanas a la población. Para su confección se trabajó en forma conjunta con los concejales municipales y se buscó llegar a un consenso sobre zonas de exclusión y control. Sin embargo no hubo participación directa de la población. La ordenanza municipal extiende las zonas de exclusión para la aplicación de agroquímicos a 200 metros de la planta urbana, en donde se prohibió por completo su uso, y sumó áreas de control en todos aquellos campos que estén localizados dentro de los 1000 metros del límite de la planta. Aquellos que trabajan esos campos están obligados a tener tanto a sus máquinas como a sus maquinistas inscriptos y habilitados no solo en la provincia sino también dentro del municipio. Con esto las autoridades locales se garantizaron que las máquinas, sus maquinistas y los profesionales responsables estén cumpliendo con la Ley Provincial. A su vez, deben dar aviso al municipio sobre la realización de cualquier pulverización en esa área o, en sus propios términos, deben realizar la *denuncia de fumigación*, al menos 48 horas antes. El trabajo debe llevarse a cabo entre las 24 y 48 horas de haber presentado la documentación en el municipio. La documentación queda archivada en un expediente en las oficinas municipales. Esta ordenanza también se aplica a las escuelas rurales. Más allá de la zona de exclusión estipulada por la Ley Provincial, todas las pulverizaciones que se realizan en campos ubicados en un radio de 1000 metros del límite de la escuela deben ser *denunciadas* de modo tal que el municipio pueda controlar el trabajo realizado. La ordenanza municipal, considerando controles en áreas sensibles y extensión de áreas de exclusión, profundiza ampliamente lo tratado en la Ley Provincial.

El municipio, a su vez, adquirió hace unos años una estación meteorológica para poder constatar las condiciones climáticas en las cuales las fumigaciones se realizan y poder trabajar en conjunto evitando pulverizaciones que estén expuestas a condiciones meteorológicas que generen riesgos para la población, como por ejemplo la presencia de vientos fuertes en dirección hacia el ejido urbano. La incorporación de esta tecnología puede ser interpretada como una herramienta de control que facilita en cierta forma la mensura de la calidad de las aplicaciones.

En el caso específico de los campos cercanos a la planta urbana esta ordenanza parece haber provocado en cierta forma un cambio productivo. En las visitas durante el 2017,

alrededor del pueblo ya no había casi lotes dedicados a la agricultura⁵⁹. Se incrementó considerablemente la actividad ganadera en estos campos como actividad sustituta o, en algunos casos, quedaron sin ser producidos. Los pobladores registran estas modificaciones: “Acá ya no hay campos. Los campos que están cerca del pueblo ya no se siembran más, entonces no hay problema”. De esta manera, una forma de evitar el conflicto o “el problema” fue reemplazar la actividad que requería fumigación y que ponía en tensión a la comunidad.

A su vez, los productores locales se preocupan por presentar la documentación requerida por el municipio, incluso cuando trabajan en campos completamente alejados de las escuelas o del pueblo. Esto, según la perspectiva de los funcionarios del municipio, es así porque “en los últimos tiempos algunos se están empezando a cuidar un poco más y hacer un poco más las denuncias de aplicación”. Y para los productores o contratistas también es entendido como una forma de quedarse “tranquilos” o simplemente lo entienden como una manera de “cubrirse” ante un eventual problema. Si bien para este grupo el uso de productos químicos en el agro no representa un riesgo y no lo incluyen dentro de su selección de actividades o hechos riesgosos, perciben que para otro grupo sí lo son. Sin intentar dar cuenta de cómo está compuesto este riesgo para el otro grupo, simplemente despliegan estrategias para evitar el conflicto.

Sin embargo, un punto que aún no se había logrado resolver en el municipio y que generaba una importante controversia se vinculaba con la existencia de galpones destinados a guardar las máquinas pulverizadoras dentro de la planta urbana. No se había conseguido evitar el ingreso de las máquinas al pueblo. Si bien estaba dentro de uno de los proyectos del municipio abrir un camino en la zona rural para “esquivar” el pueblo aún no pudo ser concretado y “*los mosquitos* entran al pueblo”⁶⁰. El proyecto seguía aún pendiente pero presente dentro de la agenda del municipio. Por medio de ese proyecto se buscaba que las máquinas “no ingresen directamente en la planta urbana, incluso estando limpias”. Según contaban muchas de éstas ya no se guardaban dentro del pueblo pero aún quedan

⁵⁹ En el año 2015 -cuando llegué a Santa Anita con el equipo del INTA- existían campos sembrados con soja casi linderos con el casco urbano. En 2017 pude constatar que resultaba difícil encontrar campos agrícolas (ya sea cultivados con soja u otros cultivos), incluso más allá del área de control de la ordenanza.

⁶⁰ Se denomina “mosquito” de manera coloquial a las máquinas destinadas a la aplicación de agroquímicos en el campo. Estas máquinas en el ámbito técnico o productivo son denominadas máquinas pulverizadoras o fumigadoras.

algunas que sí: “quedan dos o tres que cuando están limpias entran y que se yo... tienen el deposito adentro”. Sin embargo esto representaba de todas formas un gran problema porque parte del pueblo descreía sobre la limpieza de las máquinas y a su vez el municipio no tenía forma de garantizar esa condición.

Desde el municipio se visualizaba esto como un problema; *el mosquito* era justamente un elemento en el cual el riesgo se objetivaba:

“Es complicado para nosotros. Hemos pensado miles de cosas para no perjudicar al productor pero lo cierto es que por encima del productor está la gente... me parece a mí, que está el conjunto de la sociedad que está pidiendo que no estén más, esa es la realidad. Así que eso lo queremos encarar (...) actualmente viene por la avenida principal, doblan por el tránsito pesado –que es la última calle del pueblo- y doblan por el cementerio. Hacen ese camino... tratar de que no ingresen⁶¹...”

Para evitar que esto fuese percibido como una situación que pone en riesgo a la comunidad, una de las únicas soluciones era impedir que las máquinas ingresaran al pueblo. Incluso en una de las charlas entendí cómo esto afectaba a la población. En una de las calles que bordeaba el pueblo vivía una familia en la cual un familiar había sufrido cáncer. El hecho de ver pasar la máquina por el frente de su casa, más allá de la discusión sobre si estaba libre de residuos que pudieran generar o no un perjuicio para la salud, e incluso de no tener certeza de la relación entre las prácticas agrícolas de fumigación y la enfermedad padecida por esa persona, era entendido como un hecho agravante tal como lo expresó: “es como si se le estuviesen riendo en la cara a esa familia”. El *mosquito* es visualizado como el vehículo del *veneno*, y es justamente sobre esta máquina donde se objetiva en parte la noción de riesgo en Santa Anita.

El control también se transformó en un problema y en una tarea difícil y por ese motivo la ordenanza se limitaba solo a los 1000 metros que rodeaban tanto la planta urbana como las escuelas. La función de la estación meteorológica es justamente llevar un registro de las condiciones meteorológicas y, en el caso de existir algún problema se pueda acudir a ese registro para chequear la velocidad, la dirección del viento y otras variables relevantes. Los campos que estaban más allá de los límites establecidos por la ordenanza no podían ser

⁶¹ Entrevista a funcionario de la Municipalidad de Santa Anita, 2017.

controlados. En una entrevista con un funcionario del municipio, hablando sobre la ordenanza y los límites del control, me comentó justamente como operaba y que implicaba una mala aplicación, aun por fuera de esta área:

“Si yo tengo un campo acá (*por fuera del área de la ordenanza*) y no tengo una escuela alrededor y soy dueño de un campo mucho más grande y... entonces yo no me entero lo que pasa ahí adentro. Y está en su justo derecho, si hace las cosas bien y nadie se queja... y tiene la inscripción de las máquinas a nivel provincial, ya es un tema de él”.

En esta misma conversación consulté si era posible que una pulverización realizada en un campo algo alejado del éjido urbano genere un problema en el pueblo. Y la respuesta a mi pregunta fue clara: “y si vos tenés viento de 40 km por hora y el viento va en este sentido, sí puede afectar”. Así dejó en evidencia que resultaba casi indudable que el efecto de la deriva podía afectar a la planta urbana más allá de la vigencia de la normativa.

La cantidad de hectáreas productivas de Santa Anita hacen que el control absoluto, en términos de la ordenanza establecida, desde el propio municipio sea casi inabarcable porque resulta imposible controlar cualquier actividad que tuviese lugar adentro de los campos, “lo que hacen los privados”, en palabras de los funcionarios municipales. Sin embargo, la mayor parte de los productores y contratistas santanitenses dejaban constancia de sus labores en el municipio, aun cuando estaban excluidos de la aplicación de la ordenanza. Y ellos mismos opinaban que era un tema de concientización y de intentar siempre “hacer las cosas bien”. Ese control se remitía a un control ya no por medio de una ordenanza sino más bien a un control de tipo social. Esto quizás era lo que hacía que la mayoría de los productores locales hicieran la *denuncia de fumigación* más allá de que sus campos no requerían que así lo hicieran ya que no eran alcanzados por la ordenanza municipal.

Ahora bien, cabe en este punto la siguiente pregunta: ¿la ordenanza municipal fue suficiente para eliminar la tensión latente entre los pobladores? En los diferentes intercambios con los pobladores quedó en evidencia que la mayoría de los santanitenses que no tenía ya un vínculo directo con la actividad agrícola desconocía el contenido de la ordenanza, dudaba de su aplicación o pensaba que no era la solución porque en Santa Anita seguía habiendo “olor a veneno”. Para algunos la ordenanza no resulta una medida eficaz o

suficiente para mitigar el riesgo percibido por el uso de productos fitosanitarios. En este caso, y siguiendo a Douglas, se puede observar que la ajenidad con la nueva actividad agrícola parece operar como unos de los elementos a partir del cual se establece *la fumigada* como riesgosa.

Lo productores y los agroquímicos

Como mencioné en apartados anteriores, el punto álgido que pareciera poner en cuestión la unidad de la comunidad, el generador de lo que ellos identifican como *los dos bandos*, ese punto en el cual el “nosotros” recuperado con tanta fuerza y de manera tan recurrente por los pobladores locales se tensiona claramente, es el uso de productos químicos en el agro, y la construcción social de la noción de riesgo alrededor de esta práctica.

Antes de abordar este punto es necesario recordar que si bien la propia conceptualización de comunidad comprende diferencias entre los actores que la integran, en ella predomina un lazo de pertenencia que los une (Cohen, 1986). Ese lazo de pertenencia en Santa Anita podría interpretarse como la representación de una “comunidad imaginada” (Anderson, 1993), en tanto sus miembros “no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión” (23). Esa imagen de comunión es lo que se encuentra en tensión y estaría proyectando futuros dispares, es decir diferentes comunidades deseadas.

Partiendo desde esta forma de entender la noción de comunidad, en tanto comunidad imaginada, núcleo de construcción de lealtades y pertenencias, resulta interesante desarmar los elementos presentes en las tensiones que recorren a los pobladores de Santa Anita. En principio desde la mirada de aquellos que trabajaban cotidianamente en la actividad agrícola, tanto productores, contratistas, como trabajadores rurales.

En Santa Anita quedan pocos propietarios locales de la tierra. La actividad que anteriormente dio origen a la colonia y la justificó como tal en cierta forma – tanto durante los cien años que sus antepasados pasaron en Rusia como gran parte de los años transcurridos en Argentina - ya no es tal, al menos no de forma directa. La propiedad de la tierra ya no se encuentra bajo su control, sino que ahora la tienen *los rosarinos*. Algunos de los santanitenses, en ese contexto, consiguieron mantenerse en la actividad –aquellos que

lograron capitalizarse y ampliar sus campos o que quizás el efecto de la subdivisión de la tierra por la herencia no fue tan marcado- y otros ingresaron como contratistas o arrendando tierras a mediados de los 90. Estos dos grupos de productores/arrendatarios santanitenses no superan los 6 o 7 pobladores. Más allá de estos seis o siete actores principales y directamente vinculados a la actividad, el campo continúa siendo la principal fuente de trabajo de Santa Anita, más aún si se incluye dentro de este segmento a la avicultura y la ganadería. Es un grupo reducido en términos de tenencia de la tierra y capital, pero ampliado en términos de empleo y actividades subsidiarias.

Para aquellos que están vinculados con la agricultura, los productos químicos de uso agrícola no están presentes dentro de sus configuraciones de riesgo, dentro de su selección (Luhmann, 2006). Si bien es un elemento con el cual entienden que hay que tener ciertas precauciones, no lo consideran riesgoso y mucho menos un problema. En este caso, el factor social productivo estaría operando para que esta actividad no se configure como riesgosa. Las charlas siempre contenían elementos similares. En este sentido quiero destacar dos casos que fueron claros para ejemplificar esta afirmación. El primer relato pertenece a un santanitense empleado en la actividad por muchos años y luego comenzó a arrendar tierras para producir.

“Yo estuve toda la vida entre los productos. Bah, toda la vida... estuve 6, 7 años y yo sé que son perjudiciales pero si estas metido de cabeza ahí adentro, no cuando estas fumigando. Eeh... tampoco te vas a poner a aspirar... pienso que hay que poner todo en su balanza. Vos viste lo que le paso en la escuela (*en relación al hecho sucedido en la Escuela 44*)... lo que pasa es que fumigaron en un día de viento cuando funcionaba la escuela, y teóricamente los chicos se sintieron mal”.

Él sabía que podían ser perjudiciales pero negaba la posibilidad de que existiera riesgo mientras se “trabaja bien y a conciencia”. Sin embargo, si bien reconocía que la pulverización en la Escuela 44 se había realizado en condiciones inadecuadas, ponía en cierta forma en duda los síntomas presentados por los alumnos ya que para él solo “teóricamente los chicos se sintieron mal”. Las condiciones inadecuadas en un trabajo de pulverización según su perspectiva se miden en función de la técnica. Este arrendatario y contratista trabajó mucho tiempo en contacto con productos, no en fumigaciones de campos pero sí en otra actividad vinculada, y entre su selección y jerarquización, no

encuentra elementos que configuren algún riesgo dentro de su trabajo diario. Una vez más la “distancia” con la actividad agrícola parece ser determinante en la construcción del riesgo. En este caso, la extrema cercanía del arrendatario, su familiaridad con la actividad, diluye la percepción de la peligrosidad de los productos.

Una segunda apreciación sobre este punto ofreció la conversación con un ingeniero agrónomo de Santa Anita que trabajó por mucho tiempo en la actividad de pulverizaciones:

“Hay una psicosis muy grande con ese tema. Yo me hice análisis después de veinte años de trabajar todo el tiempo con agroquímicos y no tengo nada, me salió todo perfecto”

Si bien ellos consideran la existencia de un riesgo potencial provocado por un mal uso en términos de la técnica de aplicación de agroquímicos, en ambos casos parece estar operando el principio de inmunidad subjetiva trabajado por Douglas (1996). Según la autora, “los individuos tienen un sentido fuerte, pero injustificado, de inmunidad subjetiva. En actividades familiares existe la tendencia a minimizar la probabilidad de malos resultados. En apariencia se subestiman aquellos riesgos que se consideran controlados. Uno cree que puede arreglárselas en situaciones familiares. Y se subestiman también los riesgos que conllevan los acontecimientos que se dan rara vez” (57)⁶².

Los propios productores, contratistas y trabajadores entendían que el tema generaba tensiones e incluso intentaban cambiar algunas de sus prácticas desplegando diversas estrategias con el fin de tratar que lo que interpretan como “psicosis” y no como riesgo objetivo se atenúe al menos en parte. En algunos casos tomaban las precauciones exigidas por las normativas provincial y municipal para “no perjudicar a Santa Anita”, y en otros buscaban “cubrirse” de algo que para ellos no es riesgoso, pero tienen presente que hay una parte de la comunidad que sí lo considera un factor de riesgo.

Una de las prácticas que solían llevar adelante, y tal cual mencioné en el apartado anterior, se vinculaba con realizar previamente la *denuncia de aplicación*, incluso en áreas donde la ordenanza no lo requería. Uno de los productores explica:

⁶² Esto ocurre no solo con los agricultores de Santa Anita, por el contrario, esta misma “inmunidad subjetiva” se encuentra muy extendida entre algunos de mis compañeros de trabajo del INTA quienes manipulan sin guantes ni máscaras los productos cuando están realizando ensayos.

“Yo cuando fumigué, en todos los lugares que fumigué, vengo y traigo la orden, los productos y hago *la denuncia*. (...) De paso le aviso a los vecinos, que tengo uno solo que siempre se le muere un conejo, una gallina aunque el viento no vaya. El otro día le avisé y me dice la mujer: “si hay el viento de acá, te lo saco cagando al *mosquito*” yo le dije: “vos hace lo que quieras pero el viento no está de ahí. Pero yo necesito fumigar porque los bichos me van a comer la soja””

Paradójicamente, la *denuncia* se interpreta como una protección desde lo normativo para los productores (más que para los supuestamente afectados por los productos) y es un medio más para constatar que la técnica aplicada durante el trabajo ha sido la adecuada, busca no dejar lugar a dudas sobre que, durante la fumigación, no se habían “hecho las cosas mal”. Los productores entienden que de este modo quedan “cubiertos” de futuras demandas. Basan en cierta forma su accionar en la aproximación técnica, tal cual señala Douglas (1996). En sus configuraciones, la información (en este caso el registro del trabajo realizado con *el mosquito*) opera como un elemento externo y objetivo que no debe ser cuestionado. Sin embargo, una vez más, no parecía ser suficiente.

Si bien el diálogo en algunos casos no era una estrategia efectiva, tal como queda reflejado en el testimonio anterior, también era una práctica empleada por los productores. El productor utilizaba el dialogo como advertencia y, desde su perspectiva, como una estrategia más para “cubrirse”. En el caso de la escuela 44, por ejemplo, sí fue de utilidad el diálogo que siempre mantuvo el dueño del campo contiguo al establecimiento con las autoridades de la escuela. Ese contacto fluido parecía haberle evitado al menos tantos problemas manifiestos. El vínculo directo mediante el diálogo con los vecinos de las zonas a fumigar es uno de los elementos que los mismos productores utilizan para diferenciarse de aquel que fue condenado en juicio. En palabras de otro de los contratistas santanitenses:

“Uno trata de llevarse muy bien con los vecinos que están. Ir, charlar con ellos... y bueno, no tengo ningún problema. Y en lo posible hago lo mío; si lo tengo que hacer a las 2 de la mañana, lo hago a las 2 de la mañana, para no perjudicar a nadie.”

Como se dijo, otra de las estrategias para evitar las tensiones y los conflictos fue modificar el tipo de producción de algunos campos cercanos al pueblo. Esto ocurrió impulsado en parte por la ordenanza, pero también porque para los productores trabajar estos campos se convirtió en “un problema”. Por este motivo, según ellos, ya no quedan casi campos

próximos al pueblo dedicados a la producción agrícola, situación que se puede constatar recorriendo la zona. Sin embargo, un caso realmente se destacaba sobre el resto. Se trataba de un productor que no tiene propiedad de la tierra pero que arrienda campos. En una oportunidad alquiló tierras en la entrada del pueblo y solo sembró soja en “la parte de atrás” del campo y dejó para las hectáreas más cercanas a la entrada de la planta urbana la producción de una pastura “para no perjudicar al pueblo”.

Otra estrategia que también mencionaron como manera de evitar el conflicto dentro de la comunidad es el uso de soja INTACTA⁶³. Esas semillas son resistentes a algunos insectos de modo tal que el productor evita fumigar con insecticidas. Es una semilla mucho más costosa y debe pagar royalties en puerto al momento de la exportación. Más allá de ese costo adicional, algunos productores la prefieren porque “no se fumiga contra los bichos” y en cierta forma se sacan “un problema de la cabeza”. Este fue solo en uno de los casos y su uso se restringía a los campos que estaban más cercanos al pueblo. De todas formas, esto no evita usar glifosato, eje central de las disputas y uno de los productos en el cual más se objetiva el riesgo por parte de la comunidad.

Muchos productores que complementaban su actividad dentro del campo con la prestación de servicios también habían dejado en parte la actividad de pulverización o intentaban restringirla a sus campos, y solo prestar servicios en campos alejados del pueblo y de las escuelas. Veían claramente como la tensión en los últimos años había ido incrementándose. Habitualmente durante mis estadías en Santa Anita pasaba un buen rato en la oficina que tiene INTA en el pueblo. Generalmente ingresaba mucha gente consultando por las semillas hortícolas que en aquel momento estaba entregando la institución en el marco del programa Pro Huerta. Pero en una ocasión entró un ingeniero agrónomo que estaba encargado de hacer las recetas de las aplicaciones de agroquímicos. Le pregunté sobre su opinión sobre la situación de la actividad y que complicaciones percibía y -mostrándome una receta agronómica completamente escrita en casi todas sus líneas- me dijo enérgicamente “¡más no puedo escribir en la receta! Y debería escribir más, te diría”. Esto implica detallar muy específicamente, no solo el producto que se va a aplicar sino el resto de las condiciones mínimas y necesarias para no generar un problema de deriva y afectar a la población. En todo caso, de ocurrir un problema deslindar su responsabilidad hacia quien

⁶³ La soja INTACTA es una variedad modificada genéticamente para otorgarle resistencia al ataque de determinados insectos.

efectúa la tarea de fumigación. La receta es el documento que permite deslindar la responsabilidad del profesional (ingeniero agrónomo) respecto de quien realiza la aplicación.

Quienes trabajan directamente en contacto con los productos logran visualizar la tensión, sin embargo no consiguen comprender sus causas y su contenido. Tratan de modificar algunas prácticas productivas siempre que no comprometan significativamente su rentabilidad, como estrategia para amortiguar las tensiones dentro de la comunidad; es decir para evitar el conflicto con aquella parte de la comunidad que selecciona y jerarquiza el uso de productos químicos en el agro como una actividad que implica un riesgo (Luhmann, 2006). A su vez, entienden que tienen que estar constantemente atentos a lo que ocurre de modo tal de evitar la profundización de los problemas, tal como señala este productor santanicense:

“Es un tema que hay que seguirlo continuamente. Es un tema de concientización, no queda otra. No hay que abandonarlo nunca porque vos lo abandonas y vuelve. Todo lo que hiciste vuelve en 10 minutos para atrás. No es fácil”.

Los motivos por los cuales se producen quejas o parte de la comunidad selecciona y jerarquiza a la actividad como riesgosa no es comprendida por estos actores. Y por este motivo tampoco tienen claro que es lo que deben hacer para evitar esas tensiones. Sus estrategias se despliegan como ensayos, los cuales en el caso de ser eficaces luego se transformaban en recurrentes, formando parte de sus prácticas habituales. En sus intentos por comprender cómo ese riesgo está conformado, el primer elemento que identifican es la falta de información: “la gente no entiende, no sabe”. En cierta forma reconocen que hay que “tener cuidado” y que hay que tener un conocimiento para la manipulación de estos productos, por lo tanto la gente “habla porque no sabe”. Este primer elemento se relaciona con la falta de información y el desconocimiento. Siguiendo esta lógica, la cual más adelante se verá que se repite para los que cuestionan el uso de productos químicos, la tensión podría resolverse brindando la información adecuada y la educación necesaria. En este sentido Douglas (1996) destaca la ineficacia de los intentos educativos dirigidos a reducir la “laguna de percepción”: “la fe en la educación es el siguiente paso lógico que deriva de la aceptación inicial de la percepción del riesgo como un problema de percepción incorrecta del público profano” (61).

Siguiendo esta línea, aquellos vinculados con la actividad agrícola suponen que es simplemente por desconocimiento que las fumigaciones son percibidas como riesgosas y que incluso en casos en los que no se está realizando ninguna aplicación de agroquímicos, ocurre que algunas personas presentan síntomas como si estuviese ocurriendo. El factor que marca su selección y jerarquización de riesgos en este caso es el productivo y su vínculo con la actividad agrícola moderna. La frase más utilizada era que “cuando ven un avión, ya están tosiendo”, y continuando esta lógica destacan que cuando la misma persona tiene que matar una mosca en la casa usa algún insecticida, de esta manera apelan tanto a minimizar el daño supuesto, como a banalizar la percepción de quienes se sienten afectados. Sobre mis consultas acerca de los motivos por los cuales ellos creían que no había un punto de diálogo al respecto, en una ocasión respondieron:

“Yo lo veo... siempre lo vi raro a eso (...) yo llegué a hablar con gente que vive en el campo, que el dueño de casa me dice: “mi hija es super alérgica, no puede sentir nada de olor de la fumigación” y dice que es impresionante que la tiene que llevar al médico enseguida. Y bueno, hablando me dice que se sentía mal cuando pasaba un autopropulsado (*refiriéndose a la máquina pulverizadora*) a 200 metros de la casa. Y seguí hablando y hasta que llegué a preguntarle con qué mataban el mosquito y la mosca en la casa... ¡y dice que le echaban fly! entonces cuando te dicen eso vos no tenés términos medios ahí. No hay... no, no podes ni seguir hablando.”

Reflexiones o explicaciones de este tenor son recurrentes entre los productores; en ellas se minimiza la problemática y hasta se la colocaba en una situación de absurdo. Esto mismo surgía con el tema de los envases de agroquímicos. Encontraban que la gente se quejaba por los envases, su acopio y disposición final, pero observan que en ocasiones usan esos mismos bidones como masetas en sus hogares⁶⁴. Y así entremezclando diferentes cuestiones una controversia entre los distintos sectores de la comunidad marcados por el factor social productivo queda reducida al absurdo y sin posibilidad de encontrar salidas satisfactorias. No hay en las diversas estrategias desplegadas un intento por buscar un marco interpretativo para dar contenido a esa selección de riesgos.

⁶⁴ La cuestión de la disposición final de los envases no surgió como un tema clave en donde el riesgo se objetivaba, solo la mención fue por parte de los productores, contratistas o arrendatarios, como forma de cuestionar el reclamo de la comunidad.

Otro elemento clave identificado por este grupo era que el mayor problema estaba en el cultivo de soja y en la aplicación de glifosato:

“La gente no se... tiene entre ceja y ceja a la soja. Vos al maíz le aplicas cinco veces más y no tenés ningún problema. Entonces, hay cosas que no las entendés. El insecticida es mucho más fuerte, y no ¡Es soja y glifosato!”

En este mismo sentido, un asesor agrícola local mencionó algo similar. El conflicto se objetivaba específicamente en el cultivo de soja, cuando según su perspectiva en términos de uso y clasificación de peligrosidad de productos químicos, lo más perjudicial era la cebada y el trigo, vinculados con el uso extensivo de insecticidas que se emplean masivamente para atacar al pulgón. Generalmente se trata de productos catalogados con banda azul o amarilla según su nivel de toxicidad⁶⁵. Sin embargo, la tensión según ellos no se manifestaba allí; si en la soja y en el glifosato.

Ahora bien, ¿por qué para los productores los que “se quejan” no entienden? Específicamente lo que marcaban era la lejanía que tenía ese grupo con la actividad agrícola. Mencionaban que el problema principal era que, si bien se trataba de gente que había vivido en el campo, lo había hecho en “el campo de antes”, cuando “araban con caballo, la trilla era simple... no existía la siembra directa. Entonces ellos creen que todo lo que no es así está mal”. Ellos identificaban que este grupo tenía la necesidad de regresar permanente a las prácticas agrícolas que dieron origen a la colonia y que formaron parte de su vida en el campo, pero que ya eran inexistentes. A medida que fueron ocurriendo los diferentes éxodos en Santa Anita –cuestión que se trabajará en detalle más adelante- y finalmente con el ingreso de *los rosarinos*, gran parte de los pobladores dejaron de tener un vínculo más directo con la actividad. Lo que antes era habitual, ya no lo era. Y el recupero permanente de ese recuerdo hacía que en cierta forma, *lo nuevo* tensiona a la comunidad y la pusiera en cuestión. Y con el agravante que aquello *nuevo* era también *de afuera*. Se mezclaría aquí la existencia de un riesgo “subjetivo” mayor -que amenaza con la pérdida dentro de la comunidad- y un riesgo “objetivo” vinculado con los efectos que genera el uso

⁶⁵ Tal como se mencionó en el capítulo 2, la clasificación de los agroquímicos por la Organización Mundial de la Salud en función de su toxicidad se encuentra reflejada en los envases por medio de colores. Aquellos que contienen una banda de color verde aquellos productos que probablemente no representan un riesgo agudo en uso normal y los identificados con el color azul son aquellos ligeramente riesgosos.

de estos productos químicos dentro del nuevo patrón productivo. Se retomará con más fuerza estas ideas en capítulos siguientes.

Opera aquí el concepto de inmunidad subjetiva pero a la inversa. Esta distancia entre “ellos” y “nosotros” hace que el diálogo se dificulte y quede obstruido; y en la mayoría de los casos se perciba como algo imposible. Así, no pareciera haber punto de encuentro entre estas dos partes, las que claramente hacen una selección de riesgos opuesta. Sin embargo este riesgo “objetivo” vinculado con los agroquímicos/agrotóxicos genera tensión pero no una fractura dentro de la comunidad.

Si bien en todos los intercambios hubo varios relatos en los cuales esa tensión estaba presente, siempre resaltaban que el problema era solo “dos o tres que hacen lío”. Minimizaban la situación e incluso intentaban explicarme que en Santa Anita la problemática resultante de la fumigación era menos significativa o relevante que en otros pueblos vecinos.

No era el conflicto la característica que deseaban resaltar como propia y por la cual se querían diferenciar de otros. Sin embargo, estos dos o tres “que hacen lío” o “que se quejan” hacían referencia a aquellos que manifestaban la preocupación públicamente. En este sentido, un vecino expresaba:

“Yo creo que... mi opinión personal: no es como te lo pintan. El tema de *la fumigada*... yo soy anti *fumigada*, pero no son más de 4 o 5 personas en el pueblo. El resto de la sociedad nunca hizo un problema por una fumigación. Son familias que dicen haber estado afectadas o no... no sé si es tan físico o mental. Es una contaminación visual porque ven un avión de pasajeros y ¡no respiran! Fueron 3 o 4 personas, no más. Pero esas mismas personas también tienen conflicto de otras cosas. Son personas... buena gente, ¡pero hacen drama de todo!”

Esas dos o tres personas que se quejan por todo parecían ser la excepción dentro de la comunidad. Volviendo al inicio de este capítulo, el conflicto operaba desde el silencio en el ámbito público. Y ese silencio expresaba muchas cosas. Los discursos se manifestaban de manera muy distinta en la esfera pública y en las conversaciones individuales, en el ámbito privado e íntimo.

Capítulo 4

La fumigada y el molino: tensiones y riesgos

La fumigada y (parte de) los santanitenses

Las conversaciones en torno a los agroquímicos en el ámbito privado demoraron en aparecer en mi trabajo de campo. Esto entiendo que estuvo motivado por tres cuestiones centrales. La primera y más habitual, estuvo vinculada con la construcción de ámbitos de interacción que generen confianza y empatía. El tema a trabajar era realmente sensible dentro de la población y, con el tiempo también comprendí que incluso no siempre iba a surgir en el ámbito privado. En este sentido, tenía que analizar también esos silencios ya que le daban sentido a la problemática. En segundo lugar, y tal cual mencioné en un inicio, mi primer acceso al campo estuvo permeado por un hecho que en aquel momento no logré advertir. La cercanía temporal de mi ingreso con el incidente en la Escuela 44 hizo que existiera una asociación casi directa entre el trabajo a realizar y aquel hecho. Y por último, fue difícil en cierta forma que ellos mismos me separen de mi rol técnico asociado siempre a la agronomía –yo siempre fui “la ingeniera”- y de la postura con un sesgo de tipo “productivista” que caracteriza a la institución. En cierta forma, estas cuestiones mencionadas podrían haber facilitado un silencio evasivo tal cual lo define Pollak (2006).

En el caso de conseguir generar un espacio de diálogo en el ámbito privado, las limitaciones y los cuidados que había incluso para hablar de la temática también eran muy marcados. Los silencios y las pausas eran frecuentes en los diálogos. El pedido de cierta “reserva” sobre lo charlado también era recurrente. La mención sobre la restricción de la discusión de estos temas al ámbito privado en casos también era explícita. Frecuentemente me remarcaban que no tenían inconvenientes en hablar conmigo, pero que en el ámbito público difícilmente repetirían todo aquello conversado. Según sus propias palabras, resaltaban que “somos pocos y nos conocemos mucho”. Las relaciones y vínculos al interior de la comunidad son muy fuertes y, a su vez, tienen ciertas características que los hacen circulares. Las relaciones se presentan entrelazadas de modo tal que aquello que afecta a un miembro de esa comunidad probablemente impacta en muchos miembros más, o sino en todos. Es difícil que no exista alguna relación entre ellos y la mayoría incluso tiene alguna

relación de parentesco. Existe una percepción generalizada de que la manifestación más aguda de cualquier conflicto pone en riesgo a esa comunidad imaginada –en términos de Andreson (1993)-, construida en torno a un fuerte sentido de pertenencia que permanentemente marca sus límites con lo *de afuera*. Retomaré estos puntos en capítulos siguientes.

Sin embargo, una vez transcurrido un tiempo en Santa Anita y habiendo comprendido estas cuestiones que estaban en juego dentro del mismo campo, fue posible comenzar en principio a identificar aquellos elementos en los cuales se exteriorizaba o se objetivaba ese riesgo en torno al uso de productos químicos en el agro para una parte de la población de Santa Anita que justamente seleccionaba y jerarquizaba estas situaciones como riesgosas.

En primer lugar las manifestaciones más recurrentes se vinculaban con los efectos que tenía el uso de estos productos sobre la salud. Principalmente destacaban que en el pueblo se habían presentado muchos casos de cáncer y, como consecuencia de esto, había un elevado índice de mortandad⁶⁶. No fue posible detectar una especificidad de algún tipo de enfermedad, sino que al referirse lo hacían en forma genérica⁶⁷. Sumado a esta enfermedad mencionaban otras patologías menores asociadas a las vías respiratorias tales como bronquitis, pulmonía, neumonía y alergias. Destacaban la presencia de muchos chicos enfermos y jóvenes con problemas de salud⁶⁸. Era habitual para ellos percibir “olor a veneno” y eso es lo que ellos estaban “respirando”, por lo que concluían que “si es veneno, te hace mal”.

El segundo elemento en el cual se objetivaba el efecto de uso de agroquímicos era en la naturaleza. Este elemento estaba presente en la mayoría de los discursos, incluso en los más matizados. En los relatos mencionaban específicamente el efecto sobre la fauna. Era frecuente hacer referencia a la extinción de algunos animales dentro del pueblo o al

⁶⁶ Dentro de una de las líneas de intervención abordadas por el proyecto de desarrollo local de INTA se trabajó en conjunto con el Centro de Estudios “Desarrollo, Ambiente y Salud” dependiente de la Facultad de Ciencias de la Salud de la Universidad Nacional de Entre Ríos, en un estudio epidemiológico. Debido a la falta de una fuente de datos exhaustiva y clara (se utilizó el registro de actas de defunciones de la parroquia) no se pudo arribar a una conclusión al respecto.

⁶⁷ En este sentido solían ser habituales los comentarios en los cuales se remarcaba la cantidad excesiva de casos de cáncer. En una de las conversaciones un entrevistado me comentó: “Yo lo único que te puedo decir es que, yo no sé si es cierto o no (*en referencia a los efectos en la salud inherente al uso de los productos*) pero en Santa Anita hay muchos casos de cáncer, de todo tipo”.

⁶⁸ Si bien en mi primer ingreso a campo se hizo mención sobre casos de esterilidad y abortos, en el segundo ingreso no hubo ninguna mención al respecto.

reacomodamiento de otros. En una charla me comentaron que ya no se veían más liebres. Y la causa de esto para mi entrevistado era clara: habían fumigado todo y “ya no quedaba nada. Mataron los pastos que tenían ellas para comer y los bichitos que comían los otros animales, entonces ya no hay más”. Siguiendo en ese mismo relato y charlando sobre la huerta agroecológica del pueblo –la cual se localizaba a 500 metros de la salida de la planta urbana- me comentó que las liebres “les comen todo”. Ahora bien, ¿qué diferencia podía haber en los efectos de *la fumigada* dentro de la planta urbana o a 500 metros de ella? ¿Por qué en el pueblo ya no se veían más liebres pero en la huerta si?

Siguiendo con los efectos objetivados en la naturaleza, en otra entrevista me comentaron que cada vez se veían más pájaros en el pueblo:

“Vos fijate, por ejemplo, cómo te aparecen un cardenal, un tero... que antes no venían. Y es porque se fueron de los campos. Hay perdices en el centro del pueblo. Escapan de la fumigación. Ahora que el pueblo este contaminado porque se fumiga... ¡pero no! ¡Por el amor de dios!”

La naturaleza se modificaba en este caso, pero eso no necesariamente implicaba un impacto en la salud de la comunidad.

Junto con estas objetivaciones o manifestaciones externas del riesgo en la salud y la naturaleza, existía también una fuerte necesidad por la búsqueda de la “verdad”. Si bien partían en la mayoría de los casos del supuesto de que el uso de estos productos generaba impactos en la salud había un cuestionamiento permanente por conocer cuál era su verdadero efecto y cuál debía ser su uso adecuado, sin descartar la posibilidad de prohibir por completo su empleo en la actividad agrícola. Destacaban la necesidad de “buscar si la fumigación tiene o no consecuencias”, y de ser así encontrar la forma de trabajar “más conscientemente”. Lo necesario para que esto ocurriera, según ellos, era la existencia y divulgación de información más precisa. Era la única forma de lograr “aplicar las técnicas que corresponden y erradicar los miedos”. Existía la necesidad de contar con información “objetiva” y que ésta les brinde una respuesta o solución a sus tensiones internas⁶⁹. Nuevamente, y también para este grupo social que selecciona a la actividad como riesgosa,

⁶⁹ En reiteradas oportunidades intentaron consultarme sobre los “verdaderos” efectos de los agroquímicos. En mí –la ingeniera del INTA desde su mirada- también encontraban esa posibilidad de obtener información que aclare la situación. Aunque en muchos casos buscaban corroborar sus presunciones.

se invoca a la información como un elemento “externo y objetivo”, para actuar como elemento mediador y con potencial para descomprimir la tensión.

Me detengo aquí un instante para mencionar que existe una asociación entre este planteo y las conceptualizaciones vinculadas con “la trampa del riesgo” trabajadas por Beck (2000). El autor plantea que hay dos formas de actuar ante, lo que él denomina, las incertidumbres manufacturadas⁷⁰. Por un lado, entender que solo el conocimiento certero debe forzarnos a actuar. En este sentido, la negación de los riesgos hace que estos crezcan sin medida ni control. Esta suele ser la postura más de tipo productivista y la que adoptan los grupos sociales ligados productivamente a la actividad. Afirman que hasta el momento no hay evidencia científica que pruebe los efectos de estos productos sobre la salud. Por otro lado, si se elige la estrategia opuesta y presupone que la falta de conocimiento es la base de la acción contra los riesgos, entonces se abren las compuertas del miedo y todo se vuelve arriesgado. Es aquí donde se sitúan parte de los santanitenses, de ahí el reclamo permanente por la información y por conocer “la verdad”. Es en este sentido que siempre se va a estar en un escenario donde el riesgo se apodera de la situación, de aquí la noción de trampa del riesgo. En esta línea, esta misma situación en términos de Luhmann (2006) sería inevitable, ya que según este autor mientras más se sabe, más se construye una conciencia de riesgo.

La implementación de la ordenanza municipal y la incorporación de la estación meteorológica para el control de las variables claves para las fumigaciones pueden entenderse como una herramienta para estar más cerca de esa verdad. La central meteorológica es capaz de brindar datos “objetivos” sobre la calidad de las aplicaciones. Sin embargo, este trabajo parecía no ser suficiente. El olor a *veneno* seguía estando y muchos sostenían que se debería seguir trabajando con esas distancias establecidas por el municipio, las cuales en algunos casos eran desconocidas.

Otro elemento interesante es que no solían asociar estos problemas o enfermedades a otros riesgos presentes en el pueblo. Hay dos cuestiones centrales que se destacan: un acopio y molino arrocerero ubicado dentro de la planta urbana; y una trayectoria de una gran cantidad de años de trabajo vinculados a la actividad avícola.

⁷⁰ Según el autor, y siguiendo a Giddens, en el marco de la nueva modernidad, este tipo de incertidumbres aparecen en el momento en el que la naturaleza se vuelve industrializada y las tradiciones se vuelven opcionales.

El molino socialmente aceptado

En relación al molino arrocero, cuando inicialmente comencé a tomar contacto con la temática avancé sobre el supuesto de que la percepción del riesgo se minimizaba por el simple hecho de ser una actividad afincada en el pueblo desde hacía mucho tiempo atrás. Sin embargo, el molino arrocero estaba en el pueblo desde mediados de los años noventa, momento temporal en la cual también comenzaba el ingreso de soja a la colonia. El polvillo que genera esta actividad está asociado a serios problemas de enfermedades respiratorias. Principalmente, el grano viene acompañado de una gran cantidad de partículas asociados tanto a residuos orgánicos como inorgánicos (restos de planta, esporas de hongos, bacterias, entre otros) (Fernández García, 2000). Varios trabajos de investigación abordan la temática vinculada con las patologías laborales asociadas con el trabajo en los molinos, silos y acopios (Lázzaro, 2010; Amador y Barceló, 2011). Estas patologías son recurrentes debido principalmente al pequeño tamaño que tienen las partículas o residuos de la actividad⁷¹. Algunos estudios han avanzado en la temática y cuestionado el efecto que pueden tener este tipo de instalaciones de encontrarse ubicadas en un ámbito urbano, así como también los conflictos territoriales que esta problemática reviste (Lerda et al., 2001; Santarelli et al., 2005; Velázquez Pañuela, 2011). Sumado a esto, y casi en concordancia con lo ocurrido con las controversias vinculadas con el uso del glifosato, también se han iniciado una gran cantidad de reclamos desde la sociedad y el tema ha alcanzado a los medios gráficos⁷².

Más allá de esto, no solía haber una asociación entre las enfermedades respiratorias que ellos percibían dentro del pueblo y esta actividad. Sin embargo, al momento de mencionar el molino y los posibles efectos sobre la salud, existía una reflexión en torno a esto y sumaban este elemento dentro de las posibles causas de las enfermedades, pero siempre quedaba como un elemento de segundo orden. Esto era así porque desde su percepción el molino “afecta solo al barrio que tiene a su alrededor” y “cuando se instaló el molino ahí no había mucha gente viviendo”. El factor social que estaría operando aquí para seleccionar al molino como un riesgo, en términos de Luhmann (2006), sería la proximidad espacial de la

⁷¹ Según lo señalado por Lázzaro (2010), se pueden encontrar partículas con tamaños desde los 5 micrones que son altamente perjudiciales, y de entre 10 y 50 micrones que no son retenidas en la nariz y la garganta. Aquellas de mayor tamaño no pueden ser inhaladas.

⁷² Varios conflictos y controversias han ocurrido principalmente en la provincia de Córdoba, aunque el conflicto no es exclusivo de esta provincia. Se destacan dos notas periodísticas del diario La Voz del Interior como ejemplo del conflicto: La Voz de Interior (2010, 2014).

vivienda a sus instalaciones, y pareciera limitarse solo a las casas linderas que forman “el barrio del molino”. Incluso llegaron a comentarme que ese sector no pertenecía años atrás a la planta urbana, hecho que no es así. El molino siempre estuvo localizado en el mismo espacio, el cual corresponde a la planta urbana. De cierta forma esto también refleja, tal como remarca Douglas (1996), cómo la distinción entre lo que es riesgoso y aquello que no lo es, no se basa en hechos fácticos sino que es construido socialmente. Incluso estando el molino dentro del pueblo, desde su perspectiva pareciera que esto no es así.

Me quiero detener aquí por un momento. En primer lugar el pueblo de Santa Anita está compuesto por una cuadrícula de mil metros por mil metros, con una disposición completamente simétrica, tal cual mencioné en capítulos anteriores. Esta conformación de la planta fue resultado de los orígenes de la fundación del pueblo y responde al trazado inicial realizado por el Padre Becher en el 1901. Esta planta no sufrió alteraciones salvo la incorporación de dos parcelas en dos laterales, ampliando el éjido urbano cien metros más. Esta modificación no alteró su forma y se realizó hace unos pocos años.

El poco registro de los efectos del molino arrocero resulta difícil de comprender. Incluso pareciera que el factor que aquí está operando para seleccionar al molino como un riesgo es la proximidad espacial de las viviendas con el molino, cuestión que se resume solamente a las casas linderas.

Si se tiene en cuenta la imagen de la planta urbana pueblo y la proximidad existente entre todo aquello que se encuentra dentro de su cuadrícula, sería imposible sostener que el polvillo no estaría afectando a toda la planta urbana. A pesar de esta “evidencia”, la actividad del molino no es registrada por ellos como una de las posibles causas de los problemas que ellos perciben. ¿A qué se debe esta construcción diferencial del riesgo en Santa Anita? Los motivos pueden ser varios, entre ellos que el tema de los riesgos relativos al cultivo de soja y la fumigación con glifosato han tenido una amplia difusión pública, mientras que no ocurre lo mismo con los posibles riesgos derivados de la actividad de los molinos. Otro elemento relevante, considerando la importancia de la pertenencia comunitaria para la población local, es que el dueño del molino es santanitense y en Santa Anita antiguamente abundaron los silos y acopios dentro de la planta urbana. La actividad de acopio y de molienda estaba dentro de aquellas actividades que ellos desarrollaron desde los orígenes de la fundación del pueblo, e incluso era una práctica realizada en Rusia.

Por lo que su aparición, aunque reciente, no se configuró como algo *nuevo*, y mucho menos algo *de afuera*.

Primeras huellas de las particularidades de la construcción del riesgo en Santa Anita

Hay una segunda cuestión que no se asocia de manera directa e inmediata a los problemas de salud que ellos perciben: la actividad avícola. Si bien este punto se tratará con mayor detalle más adelante, resulta relevante anticipar algunos aspectos de la actividad avícola que permiten seguir en parte estas huellas. Hasta no hacía mucho tiempo los galpones de pollo dedicados a la cría de pollos parrilleros estaban localizados dentro del pueblo. De hecho era una práctica que abundaba. La avicultura ingresó dentro de sus actividades incluso antes que se despliegue masivamente en la provincia. A partir del año 2010 desde el municipio se comenzó a relocalizar los galpones que se encontraban dentro de la planta urbana, los cuales fueron paulatinamente ubicados en áreas rurales. Solo en ocasiones, y en reflexiones incluso entre ellos, surgía el tema. Un comentario fue clave en este sentido para considerar que la actividad contenía cierta potencialidad de riesgo, pero éste era de cierta forma aceptado, en una ocasión comentaron: “vivimos toda la vida respirando amoníaco en el pueblo”. Más allá de este comentario, lo cierto es que los productos químicos empleados en la actividad eran insecticidas de alta toxicidad, los cuales en muchos casos están prohibidos en la actualidad⁷³:

“Yo era muy chico pero el pueblo estaba lleno, pero lleno de galpones de pollo. Había 40 galpones de pollo. Me decían que antes, la famosa viste... que entre campaña y campaña hacen esa fumigación para... y cierran todo. Me decían los productores que hoy lo hacen con todas máscaras, re profesionalizados. Antes lo hacían con un trapo y a veces te cansabas del trapo y te lo sacabas. Y eran productos... me decían que por ahí le echaban a una rata y caía la rata retorcida. Y vos estás echándole eso. Y eso lo cerraban todo al galpón pero había gente viviendo al lado ¡había un vecino al lado! Ahora quedan pocos, muy pocos”.

⁷³ En la actualidad dentro de la actividad se utilizan insecticidas que también son de uso agrícola. Se profundizará en este tema en otros capítulos.

Esta actividad los acompañó una gran parte de su historia, fue apropiada por ellos y llevada adelante por ellos. Si bien fue algo *nuevo*, con el tiempo fue también propio de la comunidad. Y fue la actividad que en cierta forma evitó que Santa Anita “desaparezca”. La avicultura se presentó como una alternativa para permanecer en la localidad en el momento en el que se produjo *el desalojo*, el mayor éxodo de población santanitense que residía en el campo. A su vez, esta actividad fue una alternativa productiva para continuar en el campo en el momento que Santa Anita sufrió la venta masiva de sus tierras producto del ingreso del cultivo de soja. En capítulos siguientes se trabajarán estos elementos en profundidad.

Estos otros casos no registrados como riesgosos por la población local llaman la atención sobre cómo *la fumigada* expresa algo más que un registro por parte de los lugareños de posibles efectos nocivos sobre la salud y el ambiente. Algo más profundo y relacionado con la propia concepción sobre sí mismos. *La fumigada* debería ser entendida un riesgo “objetivo” que estaría manifestando un riesgo mayor, aunque no se manifieste de forma explícita. De esta manera, *la fumigada* puede interpretarse como un emergente de procesos más complejos. Se retomarán estas cuestiones centrales para esta investigación en capítulos siguientes.

De hecho, en los discursos más críticos, si bien había afirmaciones fuertes sobre los posibles impactos que tenía *la fumigada*, también el relato se entremezclaba con cierta idea de desconocimiento asumida por ellos. Percibían que su voz no era una voz autorizada en la materia para discutir sobre esta temática. Esto podría tener una doble lectura. En primer lugar se vinculaba con la necesidad de información “objetiva” que demandaban. Esta información precisa venía en cierta forma a diluir este desconocimiento y a habilitar la posibilidad de diálogo y discusión; en cierta forma y en términos de Douglas (1996) reduciría la “laguna de percepción”.

También, y en la misma dirección, presentaban dudas sobre el conocimiento que poseían aquellos trabajadores de campo que manipulan los productos. Según ellos, esa falencia podía generar una consecuencia aún mayor sobre la salud de la comunidad y el impacto en el medio ambiente. Por otro lado, el hecho de posicionarse en el desconocimiento facilitaba la labor de auto desacreditar sus propias suposiciones. Por ejemplo, si bien solían remarcar que tenían la presunción de que en los últimos años se había agudizado la aparición de

nuevas enfermedades, el hecho de poner en duda su propia afirmación por no ser una voz autorizada en la materia hacía en cierta forma que la tensión no conlleve a una fractura en la comunidad. Esa manera de asumir el desconocimiento aparecía como un complemento del recurso del silencio; aunque no de forma tan omnipresente fue muy utilizado en varios de los relatos.

El diálogo parecía estar quebrado entre estas dos posiciones, quienes conciben a *la fumigada* como nociva y peligrosa, y los productores que consideran que bien manejada no representa mayor peligro. Estas posiciones más contrapuestas no suponen que no haya voces más matizadas. Sin embargo estas voces tampoco daban cuenta de su opinión, más allá de en medio de un intercambio privado, casi íntimo conmigo.

Dada esta situación, parecía no haber punto de encuentro. El juicio en este sentido agudizó las diferencias y, en cierta forma, tuvo otra utilidad central: lograr que “se cuiden un poco más” a la hora de desarrollar las actividades agrícolas. Fue también una nueva herramienta de control sobre la práctica, incluso para ellos mucho más poderosa que la ordenanza municipal, en la medida que hubo una sanción directa. A su vez, para algunos representó una prueba “objetiva” de que las fumigaciones generan un impacto en la salud, más allá que no haya sido ese punto el que estaba bajo cuestión durante el juicio, sino las contravenciones que cometieron tanto el dueño del campo, como la empresa de fumigaciones y el piloto del avión; es decir, la trasgresión a la Ley Provincial. Independientemente de esto es considerado un elemento externo más que aporta a las sospechas del impacto y las consecuencias que trae aparejada esta actividad (incluso, es utilizado por algunos para reafirmar sus argumentos en contra de la actividad).

La fumigada: los dos bandos y el silencio

El juicio en cierta forma agudizó la existencia de *dos bandos* que operaban de manera tácita, dado que el conflicto siempre estuvo latente pero no se agudizó de modo tal de generar una fractura dentro del pueblo. Esta división, que ellos mismos lograban detectar, tenía dos extremos muy marcados y luego algunos matices, entre los cuales se podía identificar aquellos que tenían una postura más suavizada y otros que sí estaban más próximos a percibir a los agroquímicos como un riesgo para Santa Anita.

En uno de los extremos, y siendo una de las pocas manifestaciones públicas sobre la problemática, se encontraba un pequeño grupo que estaba integrado por un santanitense, quien hacía ya varios años había dejado el pueblo. La manifestación pública se vehiculizaba a través de un grupo de Facebook. Allí se lanzaban duras críticas al modelo productivo actual y, específicamente, a las prácticas productivas llevadas adelante en Santa Anita. El grupo también tenía un fuerte contenido político. Esta página generó grandes controversias y, si bien una gran parte criticaba esa postura tan radical, a la que juzgaban como “fundamentalista”, casi todos estaban unidos al grupo y pendientes de lo que allí se publica. De hecho en la mayoría de las entrevistas me mencionaban su existencia. En una de ellas y, justamente haciendo referencia al silencio, me una vecina me comentó:

“Hay uno que siempre habla de eso, tiene un grupo de Facebook. Pero habla él solo. Yo me metí para chusmear de que se hablaba. Por lo que vi pone solo cosas él”.

Ese grupo de Facebook es la manifestación pública más explícita del conflicto. Aunque la postura es realmente extrema, algunos rescataban detalles que se publicaban ahí pero nadie opinaba en ese ámbito.

Sumado a esto, algunos se manifestaban en la radio local, hacían “escraches” después de alguna fumigación. Estos eran calificados por el resto como “los mismos dos o tres de siempre que se quejan de todo”. En este sentido, pero sin que existiera manifestación pública ni una construcción tan extrema, se agrupa un sector importante que percibe como riesgo el uso de agroquímicos en el agro, tal cual se trabajó en el apartado anterior.

En el otro extremo estaban los productores, contratistas, arrendatarios, consultores y trabajadores locales, quienes intentaban permanentemente diferenciarse de aquellos que no eran santanitenses y que ellos denominaban *los rosarinos*. Como mencioné anteriormente, entendían que debían tener cierta precaución en el uso de estos productos, pero para ellos aplicando la técnica y “haciendo las cosas bien” la probabilidad de riesgo era casi nula. El factor social productivo hacía en cierta forma que estas prácticas no estén dentro de su construcción de riesgos. Desde su perspectiva, ellos siempre hacían las cosas bien, no así *los rosarinos*.

También había opiniones matizadas que manifestaban preocupación por estas prácticas, las cuales solían rescatar algunos elementos de aquellas posturas críticas, pero rechazar desde

todo punto de vista la manifestación pública del problema evidenciada en el grupo de Facebook. La existencia de este grupo podría leerse como lo que Beck (2000) denomina comunidad del miedo. Entre ellos, aunque de manera tácita había ciertos lazos de solidaridad que han surgido como respuesta a aquellas situaciones que este grupo considera como riesgosas. Retomaré más adelante estas ideas.

Estos *bandos* convivían y de su convivencia dependía la preservación de la comunidad. Esto hacía que el tema de las pulverizaciones fuese un “tema callado”, es allí donde la comunidad se silenciaba. En algunas charlas llegaron a igualar la temática de las pulverizaciones con los temas vinculados al sexo en los años 70. En este sentido era un tema prohibido, un tema “que no se toca”, era un tema en el cual ellos sabían que “hay gente a favor y gente en contra” y “nadie hace nada”.

Ahora bien, ¿por qué había silencio? ¿Y qué implicaba aquello no-dicho? Rescatando lo trabajado en el capítulo anterior en relación al análisis de Pollak (2006), este silencio podría ser interpretado como una estrategia para proteger a la comunidad. En términos del caso, la primera aproximación para dar respuesta a esta pregunta tenía estrecha relación con el vínculo de la población con la actividad agrícola. Por lo general, cuando yo intentaba indagar directamente sobre *la fumigada* y les mencionaba específicamente que la gente lo evitaba me comentaban que era difícil hablar sobre ese tema. En una entrevista un lugareño lo expresó así: “nadie habla, yo prefiero no hablar”, riéndose incómodamente. También me comentaban que la gente no iba a hablar mal de “eso” porque vivían del campo. Y por más que “las cosas se hagan mal” consideraban que se trataba de la actividad que les da trabajo.

En un inicio me resultó complejo comprender este punto ya que cuando trabajamos en 2015 en los talleres participativos los temas vinculados al empleo, se solía destacar que “ya el campo no empleaba tanta gente”. Sí lo hacía el municipio y otras dependencias locales como el colegio secundario y la escuela primaria. Con mi segundo trabajo de campo realizado, y con el paso del tiempo, comprendí que esa era la construcción de todos aquellos que vivían en el pueblo y no tenían mucho vínculo ya con la actividad agrícola. En general este era el perfil de los participantes de esos talleres del 2015. La mayoría estaba vinculado al municipio, a comercios, a la escuela primaria o al colegio secundario. Su actividad estaba en el pueblo y lejos del campo, aunque en su mayoría sí habían pasado

parte de su vida en el campo, hasta alguno de los diferentes éxodos del campo a la ciudad que se explicarán más adelante.

En 2017, cuando abandoné la actividad de taller y comencé con las entrevistas y las observaciones comprendí que esto era diferente. En Santa Anita existe una huerta agroecológica, por iniciativa de la municipalidad con el fin de ofrecer una salida laboral para mujeres sin recursos. En entrevistas con este grupo de mujeres aparecieron otras percepciones. Una de ellas, que no era nacida en el lugar, se había radicado en el pueblo cuando su padre consiguió trabajo en el campo y Santa Anita era el lugar más próximo para que ella y sus hermanos pudieran continuar con su educación. Si bien su padre ya había dejado de trabajar porque estaba jubilado, sus hermanos y cuñados sí lo hacían. Por más que existían pocos propietarios de tierras, y que ya no eran “dueños”, la gente trabajaba en el campo: eran tractoristas, trabajaban en la siembra, supervisaban lotes, cuidaban las arroceras, entre otras labores. En esa misma oportunidad ella me comentó que los chicos de veinte años que no se iban a estudiar a otras localidades, trabajan como tractoristas en el campo. Esto era así porque, desde su perspectiva, “la gente de Santa Anita vive del trabajo del campo”.

Sin embargo, la mayoría de los santanitenses si bien trabajan durante el día en el campo, ya no viven allí como lo hicieron sus antepasados. Y aun así “el campo” es para ellos una referencia fuerte, no solo laboral, sino también como uno de los parámetros de identificación. Las expresiones más usadas fueron que “en Santa Anita todo pasa por el campo” o, en otros términos “el hombre acá depende del campo”. Santa Anita seguía siendo un pueblo de agricultores para muchos, pero ya no todos tenían el mismo vínculo con la actividad.

Entonces, esta diversidad de percepción sobre los riesgos asociados a las formas actuales de desarrollar la agricultura entre los sectores cuya subsistencia se encuentra más directamente relacionada con el campo, y aquellos otros que desarrollaban sus actividad económica en el casco urbano, parecía un parte aguas a la hora de identificar a los *dos bandos* en que se veían separados. El factor productivo en principio, y tal cual se mencionó, operaba como un factor de selección de riesgos (Luhamnn, 2006). Según un santanitense:

“Como que hay dos partes. Como que la parte que se queja cree que no vive indirectamente de la agricultura o... y los que hacen agricultura dicen que es la forma de vivir y le da plata al pueblo”

Sin embargo, no eran solo los que “viven del campo” los que habían decidido no hablar del tema de *la fumigada*, también callaba el resto de la comunidad.

El cura párroco⁷⁴ del pueblo, en una conversación vinculada con las dificultades para hablar que se detectaron que tenía la población en los talleres de 2015, explicó brevemente porque consideraba él que existían esas dificultades:

“Y a la gente le cuesta mucho hablar, porque lo que dice puede ofender a otro o incomodar, entonces no sabe qué decir, es difícil... este es un pueblo chico y todo se sabe. Se conocen todas las mañas de todos, entonces es difícil.”

Más allá de que parte del pueblo “viva del campo”, de manera directa o indirecta la mayoría de los habitantes tienen vínculos con gran parte de la comunidad, están en cierta forma todos vinculados entre sí. Una metáfora utilizada por uno de los entrevistados resulta elocuente en este sentido: “Santa Anita es como un abanico, y todos los extremos del abanico terminan conectados en un mismo vértice”. Ellos mismos en ocasiones afirmaban que era preferible no decir nada porque “hablar hace más daño que callar. La gente vive de esto y quizás si vos decís algo estas perjudicando a algún vecino que trabaja de eso. Es muy difícil. Uno está muy condicionado en el pueblo”.

Desde su propio relato, ese silencio evasivo (Pollak, 2006) obedecía a que muchos santanitenses estaban vinculados a la actividad agrícola o “vivían del campo”. Existía entonces la idea latente de que todos indirectamente estaban vinculados a la actividad agrícola y si hablaban o intentaban manifestar su posición contraria sobre el uso de agroquímicos terminarían perjudicando a todo aquel que trabajaba y vivía de la actividad. Sin embargo, más allá de este vínculo lo que se destacaba era la complejidad y el entrelazamiento social existente en Santa Anita. La actividad agrícola era solo un emergente, un espacio en el cual se manifestaba ese complejo entrelazamiento. El campo era nuevamente un emergente de la dinámica de la propia comunidad. Las relaciones iban más allá; los fuertes vínculos y entrelazamientos al interior de la comunidad dificultaban la

⁷⁴ El cura del pueblo también participó activamente en los talleres que se realizaron en 2015

fractura y la escisión permanente. Era como un entramado que se cruzaba, enmarañado pero que tenía un eje central que unía esos lazos.

La figura del abanico muestra como desde la perspectiva santanitense, todo terminaba en un vértice común. La pregunta relevante entonces pasó a ser qué era eso que identifican como lo común. Para desentrañar este asunto resulta relevante recordar que los lazos de parentesco son muy importantes en Santa Anita y, de una u otra manera, todos se encuentran emparentados. Dentro de la dinámica comunitaria, los santanitenses tienden a elegir parejas entre los miembros de su propia comunidad y grupos de parentesco por lo que comienza a cobrar sentido la relevancia que para ellos tiene “la sangre”. Entienden que si se perjudica a un integrante de la comunidad es muy probable que todos sufran las consecuencias. Además el perjuicio ocasionado a uno de los suyos representa al mismo tiempo una afrenta contra “la sangre”, y en sus palabras: “la sangre está primero”.

La comunidad deseada y el riesgo

Reconstruiré algunos intercambios puntuales para abordar dos cuestiones centrales que hacen a la construcción de su comunidad deseada y el lugar que tienen en ésta las prácticas vinculadas con el uso de agroquímicos o *veneno*, o simplemente el lugar de *la fumigada*.

Debatiendo en torno al tema de las fumigaciones y como se había intensificado el uso de insumos agropecuarios en las última décadas, una santanitense de casi treinta años, que había migrado a Buenos Aires para estudiar y recientemente estaba intentando volver a radicarse en el pueblo, me preguntó si existía la posibilidad de que “los campos en diez años se agoten y no se pueda producir más”. No esperaba ese tipo de pregunta y la primera respuesta que se me ocurrió fue que tal cosa no era posible porque los campos en Argentina eran muy productivos. Su respuesta siguió en la misma línea de su pregunta, y me dijo: “ah, es una pena porque si no me venía a vivir acá en 10 años”.

Ella parecía esperar que el tiempo y el mal uso del recurso pudiesen, por sus propios medios, eliminar o erradicar el problema que tensionaba a la comunidad. Ese tiempo quizás podía eliminar al cultivo de soja y el uso de glifosato por el simple hecho del agotamiento o la contaminación del suelo. En ella, pero también en el resto de los entrevistados, el conflicto aparecía como irresoluble o como una situación que debía

extinguirse *per se*. Como si el conflicto (el de *la fumigada* en este caso) les resultara algo ajeno, “importado”, o en todo caso, nada que los distinguiera de otras comunidades; no parece formar parte de la configuración de sus sentidos de pertenencia⁷⁵. Es interesante observar que tanto el grupo que percibía como riesgoso el uso de productos químicos en el agro como el que no, resaltaban que el problema de *la fumigada* que padecían no era exclusivo de ellos, unos y otros afirmaban que “no es solo acá que pasa”. Permanentemente hacían referencia a las manifestaciones del conflicto en pueblos vecinos, destacando su carácter “global”. Según Cohen (1986) esta distinción entre lo global y lo local es uno de los pasos para reconocer las fronteras dentro de una comunidad, de distinguir entre comportamientos y valores que los separan o no de otros. Así, nuevamente no era desde el conflicto y el enfrentamiento desde donde se querían diferenciar. En ese lugar se igualan a “lo global”, siendo características que comparten con la mayoría de los pueblos de Argentina. Esta consideración encuentra en común acuerdo a los *dos bandos*.

No considerado el conflicto como propio, y con dificultades para tramitar las diferencias internas, los integrantes de la comunidad difícilmente podían encontrar la forma de salir de la encrucijada, sin correr el riesgo de seguir caminos separados y reconstruir a la comunidad imaginada y proyectar la deseada en diferentes planos, algo a lo que no parecían estar dispuestos.

Retomando en este punto a Douglas (1996), lo central no es cuestionar qué riesgo es aceptable y cuál no, qué es riesgoso y qué no, sino comprender qué tipo de comunidad se desea y cuál es el sistema de clasificaciones que está por detrás de ésta. Aquí cabe entonces la siguiente pregunta: ¿qué elementos tiene esa comunidad deseada?

Generalmente en todas mis entrevistas solía preguntar a aquellos santanitenses que habían nacido allí si se imaginaban viviendo en otro lugar. La respuesta siempre era muy similar. Ellos no sentían la necesidad de irse y, no solo eso, sentían que no podrían haber vivido en otro lugar. Incluso aquellos que en algún momento de su vida habían tenido que migrar y lograron regresar, remarcaban que siempre pensaron en volver. Regresar era casi la única posibilidad considerada. Sin embargo, una de las pocas respuestas que fue diferente, fue a la par reveladora. Cuando le hice la pregunta, Mari -quien estaba en la mitad de sus

⁷⁵ En apartados siguientes se trabajará esta idea siguiendo los aportes de Brow (1990), retomando la noción de “comunalización”, y se trabajará sobre los elementos constitutivos de Santa Anita en tanto comunidad.

cuarenta años y siempre había vivido en Santa Anita- respondió que en ocasiones cuando veía la problemática vinculada a las fumigaciones y la poca conciencia que había en torno a su uso pensaba en que quizás sería mejor vivir en otro lado. Reforzando esta idea afirmó que le gustaría vivir en un lugar “más limpio”, “más controlado”. Si bien en la propia conversación veníamos tratando el tema de las pulverizaciones y el uso de agroquímicos en el campo, lo que hizo que esta respuesta siguiera en cierta forma el tono de la conversación, Mari resaltó dos cualidades que el conjunto de los lugareños, sin excepción, reconocen como propias, a las que refieren como las que “siempre tuvo Santa Anita” y que consideran que “se están perdiendo”, es decir, están en riesgo: la limpieza y el control. Ambas engloban a su vez al orden como principio que estructura a la comunidad.

Dentro de la construcción de su comunidad deseada, para algunos de ellos, las prácticas vinculadas con el uso de agroquímicos, y más específicamente la soja y el glifosato, vino a quebrar el orden y la limpieza que tenía el pueblo. Aquello *nuevo* y *de afuera* puso en riesgo esos elementos que consideran constitutivos de su comunidad.

Capítulo 5

Reconociendo el espacio: el origen, los límites y el orden

Localización, accesos y principales datos socioeconómicos

En la actualidad llegar a Santa Anita en auto desde Concepción de Uruguay –ciudad cabecera de distrito- no es nada difícil. El pueblo se encuentra ubicado en el centro norte del departamento Uruguay, Entre Ríos, y a solo 100 kilómetros de esa ciudad. Se accede por la Ruta Provincial 39 hasta la ciudad de Basavilbaso, antiguamente una colonia judía agrícola (y una de las de mayor importancia en el país), de gran relevancia por la presencia del ferrocarril. Basavilbaso actualmente es una ciudad de más de 9000 habitantes, la segunda en importancia del departamento.

Continuando el camino hacia Santa Anita, y dejando atrás la ciudad de Basavilbaso, es preciso desviarse por la Ruta Provincial 20 (RP20) hasta el pueblo Villa San Marcial, también conocido como Estación Urquiza por ser hasta la década del 90 una estación activa del ferrocarril. Éste es notoriamente más pequeño que Basavilbaso ya que tiene aproximadamente 600 habitantes. La planta urbana es muy irregular, generando incluso cierto caos espacial que hace difícil comprender su traza. La propia marcha se ve en cierta forma interrumpida porque para seguir camino es preciso atravesar el propio pueblo, pasando por la antigua estación del ferrocarril. De allí solo restan 15 kilómetros para llegar a Santa Anita.

Continuando la marcha, el paisaje sigue siendo mayoritariamente agrícola con algunos campos ganaderos. El clima en la zona es templado húmedo de llanura, con abundante cantidad de cursos de agua dulce de bajo caudal, afluentes en su mayoría al Río Uruguay, siendo la más importante la cuenca del río Gualaguaychú. La disponibilidad de agua superficial (lluvias) es suficiente, salvo en condiciones de secas pronunciadas. La zona presenta muy buenas aptitudes agrícolas y ganaderas; y es en este sentido que, coincidentemente con lo ocurrido en el Departamento Uruguay, predominó históricamente la producción agrícola y la ganadería bovina.

También en el recorrido es posible divisar algunos silos y lugares de acopio de granos de importancia. Sumado a esto hay algunas construcciones que sirven de soporte a la actividad agrícola y ganadera, tales como galpones de acopio de insumos, tinglados para resguardar la maquinarias, entre otros. Ya más cerca del pueblo se comienzan a ver galpones dedicados a la actividad avícola o, *las granjas*. Esta actividad, a medida que el camino se aproxima al pueblo, se presenta en el territorio con mayor frecuencia y densidad.

Santa Anita: Localización y principales accesos



Fuente: Municipio de Santa Anita (2017).

Aproximadamente un kilómetro antes del pueblo es posible ver sobre el lado derecho de la ruta una figura de un Cristo, el cual es un punto de referencia espacial para los habitantes de Santa Anita. Luego, justo antes de ingresar al pueblo, está *el arco*. Este es el portal de acceso al pueblo. En cada una de las columnas que lo conforman está escrita palabra “bienvenidos” en castellano y “Willkommen”, en alemán. Cada una de estas leyendas está acompañada por las banderas de Argentina y Alemania. El acceso desde Basabilbaso y la Ruta Provincial 20 recién fueron asfaltados en el año 2012. Antes de eso el acceso era de ripio lo cual dejaba aislado al pueblo casi por completo en caso de precipitaciones fuertes o severas.

vértices de la cuadrícula de la planta urbana, la cual tiene unos mil doscientos metros de lado y una traza inquietantemente simétrica. En este primer ingreso seguimos unas cuadras en línea recta bordeando la planta urbana. Lo que distinguía a esa calle, y a otras tres más del pueblo, era que tenía un boulevard central de césped en el cual habían dispuestos cuidadosamente bancos, canteros con plantas, flores, arbustos. Era imposible ignorar el orden y la prolijidad que rodeaba es ambiente incluso en las primeras cuadras transitadas dentro del pueblo. Esto tenía un contraste aun mayor dado que antes de llegar a Santa Anita, la imagen inmediatamente anterior era la de Villa San Marcial, pueblo que se presentaba como completamente opuesto en cuanto a orden y limpieza. El contraste era muy grande y la comparación era casi inevitable.

Las calles en Santa Anita son mayoritariamente de ripio consolidado y solo algunas están pavimentadas. Se trata de las calles que rodean la manzana central de la planta urbana, en donde se concentraban las principales instituciones civiles, educativas y gubernamentales, como la Iglesia, el colegio secundario, el municipio, el hospital, el hogar de ancianos, el centro de jubilados y la plaza de los Inmigrantes.

En estas primeras cuadras recorridas por Santa Anita no fue posible encontrar construcciones precarias, ningún rastro de residuos, pastos altos, parques desprolijos, ni nada que perturbe a la vista. Sino todo lo contrario. Las casas y sus jardines, las calles, la ubicación de cada árbol y cada planta, todo parecía estar minuciosamente planificado y calculado de modo tal que ningún elemento se desvíe de un su lugar, dando la impresión de un perfecto equilibrio.

Luego de transitar unas cuadras en auto le comenté a mi compañera mi asombro sobre el orden y la prolijidad de Santa Anita, entendiéndolo como una característica distintiva que se escapaba en parte de lo usual. Ante mi asombro mi compañera me respondió –como anticipando mi comentario anterior- : “¡Viste! No sé qué proyecto de desarrollo local se puede llevar adelante en un pueblo como este... ¡tienen todo!”. Ahora bien, ¿qué implica que Santa Anita tenga “todo”?



Imágenes de *el arco* y la planta urbana de Santa Anita (fuente propia)

Actualmente el municipio cuenta con una población cercana a los 2000 habitantes. Según datos del Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda de 2010 (CNP, 2010), la

localidad presenta un comportamiento demográfico creciente, especialmente en último período intercensal con una variación del 18%, valor que duplica la media provincial para el mismo lapso (9,2%), indicando que la localidad ha crecido en mayor proporción que las localidades vecinas. Sin embargo, los datos dan cuenta de la existencia de una población demográficamente envejecida que duplica la media provincial.

La situación habitacional de la población de Santa Anita muestra, según datos del CNP 2010, un 95% de hogares en casa tipo A⁷⁶ (edificios con destino de vivienda familiar y terminada), un 4% en casas tipo B⁷⁷ (casas con algún déficit edilicio o sanitario) y sólo un 1,2 con viviendas precarias o no habilitadas como viviendas familiares. En la localidad casi no existe déficit de viviendas. Durante los tres años de trabajo de campo el municipio, por medio de la conformación de una cooperativa de vivienda, realizó 60 casas dejando saldado el problema vinculado al déficit habitacional. Todas estas viviendas se realizaron dentro de la planta urbana y sin alterar la cuadrícula original. Se adquirieron terrenos dentro del pueblo y fue allí donde se localizaron las nuevas viviendas. Con la construcción de estas viviendas se generaron puestos de trabajos que no lograron ser cubiertos en su totalidad por población local, teniendo que emplear gente de otras localidades cercanas.

Respecto a la condición de actividad, la evolución intercensal (2000-2010) muestra un incremento del 60% en la población ocupada total y una reducción de la desocupación del 86%. Los inactivos apenas se reducen un 1,2%. Dentro del gran incremento de los ocupados, resulta muy interesante desagregar la evolución por sexo. Mientras que para los varones el incremento es del 40%, para las mujeres alcanza el 123%, lo que indica una notable incorporación de las mujeres al ámbito laboral. Sin embargo, sigue siendo insuficiente. Respecto del nivel de pobreza, sólo el 2,5% de los hogares presenta alguna necesidad básica insatisfecha.

Más allá de este incremento en la incorporación de las mujeres en el ámbito laboral, ellas manifiestan que su inserción laboral continúa siendo un gran obstáculo. Esto es producto,

⁷⁶ Según la categoría censal se refiere más específicamente a vivienda con salida directa al exterior (sus habitantes no pasan por pasillos o corredores de uso común) construida originalmente para que habiten personas. Generalmente tiene paredes de ladrillo, piedra, bloque u hormigón. No tiene condiciones deficitarias.

⁷⁷ Se refiere a casas que presentan al menos una de las siguientes condiciones deficitarias: tiene piso de tierra o ladrillo suelto u otro material (no tiene piso de cerámica, baldosa, mosaico, mármol, madera, alfombra, cemento o ladrillo fijo); o no tiene provisión de agua por cañería dentro de la vivienda, o no dispone de inodoro con descarga de agua.

no solo de la baja oferta laboral femenina sino también de la ausencia en el pueblo de guarderías y grados iniciales en el jardín de infantes, lo cual limita a las mujeres en los primeros años de maternidad. Como intento de encontrar empleo para las mujeres, el municipio comenzó en el año 2012 un proyecto de huerta comunitaria. La experiencia está orientada a promover la inclusión social de las personas involucradas. Entre los años 2012 y 2013 el municipio puso en marcha el emprendimiento sumando a mujeres para que gestionen la producción de la huerta. La huerta tiene una característica particular: su producción se rige por los principios de la agroecología, lo que implica que no se utilizan productos químicos en ninguna etapa del proceso productivo. En el predio, de 2 ha, se producen, a campo y bajo cubierta, verduras de hoja, hortalizas y huevos.

Existe una industria metalúrgica y un molino arrocero, mencionado anteriormente, ubicados dentro de la planta urbana, así como también numerosos comercios. El suministro de agua potable y el servicio eléctrico es provisto por una cooperativa de servicios públicos. El sistema de cloacas cubre a la totalidad de la localidad, existiendo piletas de decantación y venteo. La recolección de residuos domiciliarios se realiza tres veces a la semana y a la tarde esos días se juntan ramas y restos de poda.

Está prevista la instalación de una planta de tratamiento de residuos y la separación domiciliaria. El municipio ya adquirió las tierras y ha comenzado su construcción. Dadas las características de la propia comunidad y los antecedentes en materia de reutilización de materiales en desuso el municipio estima que será rápidamente adoptado un sistema de separación en origen⁷⁸.

El pueblo cuenta con la provisión de servicios de televisión por cable e internet, cuentan con una estafeta postal y tienen acceso a un cajero automático bancario y una oficina bancaria que atiende al público dos días a la semana, recibiendo trámites simples. Para trámites bancarios más complejos o trámites en oficinas públicas los vecinos concurren en primera instancia a la localidad de Basabilbaso (30 km) o a la cabecera del departamento (100 km). En la localidad funciona una oficina de registro civil. Se destaca que al menos existen más de tres páginas/grupos de FACEBOOK con información local que son

⁷⁸ Por iniciativa de los docentes en años anteriores se recolectaron en la comunidad más de 1.000 botellas plásticas para realizar ladillos Y construir un muro de botellas plásticas en la escuela local. Sin embargo aún no disponen de fondos para la construcción de la base del muro.

compartidas por la comunidad y ex residentes. El municipio tiene una página Web oficial que se mantiene actualizada. También funciona una radio FM local.

En Santa Anita hay un hospital público provincial fundado en 1950, el Hospital Padre Becher. Fue allí donde algunos alumnos y la directora de la Escuela 44 fueron trasladados cuando ocurrió el incidente de la fumigación en la escuela. Dado el nivel de complejidad que posee, el Gobierno Provincial les provee tres médicos generalistas de consultorio. Sin embargo, actualmente tiene cuatro especialidades que son subsidiadas por el municipio local (pediatría, cardiología, psicología y ginecología). Los profesionales que cubren estas especialidades concurren desde Basavilbaso y Concepción del Uruguay; ninguno es santanitense. En el hospital se admiten internaciones, en especial aquellas vinculadas con la recuperación de intervenciones realizadas en otras localidades. También cuenta con equipamiento y personal para realizar radiografías. Sumado a esto hay consultorios privados, odontología, laboratorio de análisis clínico, óptica y farmacia. El pueblo cuenta con un asilo de ancianos de moderna concepción con excelente infraestructura y con muy buena atención, creado en el 2010 por iniciativa del municipio (aunque es de gestión privada).

En la localidad existe enseñanza en los niveles inicial, primario y secundario públicos, aunque de gestión privada por parte de la iglesia católica. Esto implica que la educación en estos establecimientos no es laica. Además, cuenta con una escuela para adultos y una escuela primaria rural -la Escuela 44 (donde ocurrió el incidente de las fumigaciones)- y otras dos más que si bien no dependen del municipio están en el límite de su jurisdicción y algunos santanitenses concurren a estos establecimientos.



Imagen del Hospital Provincial Padre Becher (fuente propia)



Balneario Municipal (Fuente: Municipio de Santa Anita)

Hay un servicio de transporte de larga y media distancia diario que comunica la localidad con otras poblaciones de la provincia, pero la circulación se realiza en horarios opuestos a los viables para realizar trámites. Otra opción, pero no la más popular en términos de costos, es el servicio de remises y cadetería que realizan viajes y trámites en las localidades de Basavilbaso o Concepción del Uruguay.

Por gestión y administración municipal se construyó un recreo público con playa y camping. Es un predio de 8 hectáreas atravesado por un arroyo en el cual se hizo una playa artificial. También hay infraestructura para pasar el día (asadores, sanitarios, comedor y una proveeduría), una cancha de fútbol y “beach vóley”. En el mismo predio se encuentra el “Pesque y Pague”, proyecto de piscicultura con lagunas artificiales para la pesca deportiva y un sistema por medio del cual el visitante paga por aquello que consigue pescar. En ese mismo espacio se encuentra la huerta agroecológica del pueblo.

Existe un club social y deportivo el cual tiene canchas de futbol, bochas y piletas. Además, un salón de usos múltiples municipal, el cual generalmente es el lugar de encuentro de las celebraciones del pueblo. Entre las principales actividades deportivas y culturales se destaca: el Club El Porvenir de futbol masculino y femenino, la Escuela de Deportes municipal de Vóley, los talleres municipales (música, dibujo y pintura, cocina, costura telar y reciclado, coro), el Ballet municipal “Die Volga Hertzie” o “Corazoncitos de Volga” y la Biblioteca Popular “Páginas Mías”.

En la vida social del pueblo la organización de las fiestas populares tiene un lugar destacado. Los lugareños se ocupan de realizar al menos una por mes. Esta actividad permite el encuentro y esparcimiento de los adultos y los adultos mayores, y es un espacio importante de socialización. La comunidad tiene un fuerte entramado de organizaciones sociales, tanto de la sociedad civil cuanto educativas y gubernamentales. Generalmente estas fiestas están a cargo de alguna de las organizaciones sociales, y dentro de las finalidades de estos eventos también está la recaudación de fondos propios para la financiación de actividades, mejoras en infraestructura y equipamiento. En las dos fiestas centrales: La Fiesta de la Trilla y de las Comidas Típicas, todas estas organizaciones se juntan en una comisión única que organiza y gestiona el evento. No obstante, tres elementos suelen estar presentes en todas las celebraciones: la música, el baile y las comidas típicas.



Imágenes de la Fiesta de las Comidas Típicas 2015 (fuente propia)

Santa Anita cuenta con una comisaria, aunque no existen hechos delictivos de envergadura. Sin embargo, hay cámaras de seguridad instaladas en los cuatro ingresos y egresos de la planta urbana. A pesar de no tener un cuartel de bomberos, la previsión está cubierta por

una cisterna del municipio y un agente municipal que ha recibido entrenamiento para el tratamiento de incendios, a partir de un acuerdo con el municipio de Basavilbaso.

El nivel de infraestructura presente en Santa Anita, y considerando que la población de la planta urbana no supera los 1500 habitantes, pareciera estar sobredimensionado. Lo cierto es que este inventario realizado en estas páginas estaría en cierta forma reflejando aquella opinión de mi compañera: “Santa Anita tiene todo”. Sin embargo, esta alta provisión de servicios contrastó hasta hace muy poco tiempo (poco más de 5 años) con la dificultad para llegar y salir del pueblo mediante un camino de tierra difícil de transitar (como se dijo, actualmente la ruta se encuentra asfaltada). Entre las condiciones de vida que el pueblo ha buscado procurarse, la percepción de relativo aislamiento sostenida a lo largo de varias décadas y sus modos de construir sus sentidos de pertenencia pueden establecerse algunas correspondencias. Ellos se identifican a sí mismos como *gringos*, y vinculan la condición de “aislamiento” y, a consecuencia de esto, la necesidad de ser “autosuficientes” como propias de *los gringos*. Resulta relevante, por lo tanto, llamar la atención sobre cómo la alta provisión de servicios puede ser un indicio de algo más que de la lógica y razonable necesidad de garantizar la satisfacción de las condiciones de vida básicas para cualquier población. Retomaré este punto más adelante.

Primera aproximación a la cuestión de los límites del espacio: el mapa

En Santa Anita algo relativamente simple, como conseguir información sobre las condiciones productivas de una zona, tuvo un alto grado de dificultad. Una de los primeros datos que intente recabar de modo tal de tener una primera aproximación a la actividad agropecuaria fue la cantidad de hectáreas en producción con las que contaba el municipio. En búsquedas por medio de fuentes secundarias no fue posible obtener el dato por lo que comencé a preguntar a diversos actores en el campo. Inicialmente consulté a los productores o contratistas locales, quienes pensé iban a estar más familiarizados con este tipo de información. Sin embargo, en diferentes conversaciones solo recibí respuestas muy dispares. El número obtenido oscilaba entre siete mil a setenta mil hectáreas. No había acuerdo al respecto e incluso esta dispersión tan significativa entre las cifras ponía en cuestión el conocimiento que podía llegar a tener los propios productores locales sobre el territorio en el cual estaban trabajando.

Ante esta primera dificultad, consideré que quizás era más simple tratar de obtener información sobre los límites geográficos del distrito y, desde allí, poder inferir la cantidad de hectáreas en producción. Había también intentado conseguir un mapa por mis medios pero esa búsqueda también fue inútil. En este sentido sospeché que esta información sí iba a ser un tanto más simple de obtener incluso entre los propios pobladores, aquellos que no necesariamente integraban el grupo de los productores/contratistas. Nuevamente en un inicio no fue posible conseguir entre los pobladores aquello que buscaba. En este caso, al no contar con el mapa intentaban describir los límites de la localidad utilizando diferentes marcas en el territorio que yo desconocía, o a las cuales nunca había accedido dado que no había recorrido los caminos internos aún. Existían dos posibilidades ante esta dificultad: o los propios pobladores desconocían los límites del distrito o yo no conseguía interpretar sus indicaciones.

En mi último viaje a Santa Anita tuve la posibilidad durante el primer fin de semana de recorrer en auto el pueblo y las zonas cercanas al pueblo. Lo primero que transité fue el perímetro de la planta urbana. Y algo en este camino perimetral se destacaba: por fuera de la cuadrícula perfecta que ocupaba el pueblo –los mil doscientos metros de lado que originariamente estableciera el Padre Becher como la planta urbana- había casas y edificaciones. Si bien esto resultaba extraño, dada la simetría original que siempre estuvo presente en mi construcción del pueblo, recordé que el municipio dos años atrás había generado una ordenanza mediante la cual ampliaba el ejido urbano cien metros más sobre dos de los laterales del pueblo. Sin embargo, esas edificaciones eran solo parte del pueblo desde lo formal y lo normativo, es decir, solo para el municipio. Los santanitenses consideran a todo lo que está “más allá” de los límites originales del pueblo, como “el campo” y no lo consideran dentro del pueblo.

En esa primera salida recorrí un trayecto corto, casi llegué a transitar un kilómetro de las tres salidas alternativas del pueblo. Ninguno de estos caminos es asfaltado; pero están compuestos por un ripio en buenas condiciones, al menos en los primeros kilómetros de camino. En esta primera incursión por los alrededores noté que a un kilómetro del pueblo no había campos sembrados con soja ni otro cultivo agrícola implantado, aunque sí era muy marcada la presencia de actividad avícola. Los galpones de pollo estaban en casi todo el recorrido. Esa actividad por lo general está acompañada de ganadería a pequeña escala, la cual se extiende sobre parcelas pequeñas de pastizales y solo en algunos casos se

encuentra monte implantado. Luego, avanzado el trabajo de campo, comprendí que se trataba de una combinación entre avicultura y ganadería a pequeña escala pero de alta productividad debido al uso de los desechos de la avicultura como fertilizantes de los suelos (“cama de pollo”). Esas *granjas* pertenecían a 20 o 30 productores de Santa Anita y se encontraban en su mayoría cercanas al pueblo. La avicultura es casi el único vínculo directo que queda entre los santanitenses y el campo, más allá de los 6 o 7 productores y contratistas que se dedican a la actividad agrícola.

Al día siguiente amplí la recorrida. Esta vez nuevamente tomé los tres caminos de ingreso y egreso que tiene el pueblo, más allá de la entrada de *el arco*, pero recorrí una distancia mayor, alcanzando los cinco kilómetros. Lo cierto es que lo que pude observar, al menos en la salida hacia Villa Manteros y Villa Elisa, era que no había cultivos extensivos sobre el camino recorrido⁷⁹. Si observé a lo lejos campos sembrados con trigo (el cual considerando la época estaba por ser trillado y luego se transformaría en un campo sembrado con soja de segunda) pero ningún otro cultivo agrícola. Llegando a los cinco kilómetros se podía observar rastrojo de maíz, pero aún los campos no estaban sembrados. También había taipas preparadas para cultivo de arroz, pero estas se encontraban alejadas unos tres kilómetros del pueblo⁸⁰.

Hubo dos cuestiones que se destacaron de este primer recorrido. En primer lugar había escuchado hablar en diferentes relatos de la “Estancia de los Curas”. Este era el antiguo casco de la estancia del campo comprado por el Padre Becher y lugar donde inicialmente se fundó el pueblo y luego se transformó en sede religiosa de la organización católica “Verbo Divino”. Me habían indicado donde se localizaba marcando algunos puntos de referencia, pero no fue posible divisarla. Claramente esta edificación no se destacaba en el territorio, al menos desde mi mirada⁸¹. El segundo hecho destacado se presentó en el camino hacia Villa

⁷⁹ Luego, al realizar el camino de salida por la huerta, a los dos o tres kilómetros si pude observar la presencia de un cultivo de trigo al costado del camino. Esto lo observé en otras visitas a las zonas rurales, no en esta primera recorrida.

⁸⁰ Se denomina “taipas” los bordes de tierra con forma de pirámide truncada que sirven para contener el agua y mantenerla en nivel, cuando se inunda el arroz.

⁸¹ Esto fue algo recurrente durante todo mi trabajo de campo. Fue difícil localizar varios lugares que me señalaban en los relatos. Ya sea cuestiones más trascendentales, como la Estancia, hasta lugares más cotidianos como tiendas para comprar ropa. Siempre tuve la intuición fuerte de que incluso los locales o los mercados en Santa Anita estaban hechos para los santanitenses. No había marcas distintivas que hicieran que una persona *de afuera* pudiese acceder fácilmente a ellos. Esto también operaba como una barrera o como un límite de inclusión/exclusión.

Matero. A aproximadamente a tres kilómetros del pueblo, crucé una escuela rural. Se trataba de la Escuela Nro 58 "Zamba de Vargas". Esta escuela se encontraba en el límite del distrito y luego, cuando finalmente pude hacerme del mapa de Santa Anita, pude confirmar que pertenecía a otra jurisdicción. Allí en la escuela había un cartel del lado de afuera, atado en el alambrado, el cual se indicaba que para realizar cualquier fumigación había que dar aviso 48 horas antes y que estaba prohibido fumigar a 50 metros de la escuela, haciendo referencia a la Ley Provincial que regula la actividad.

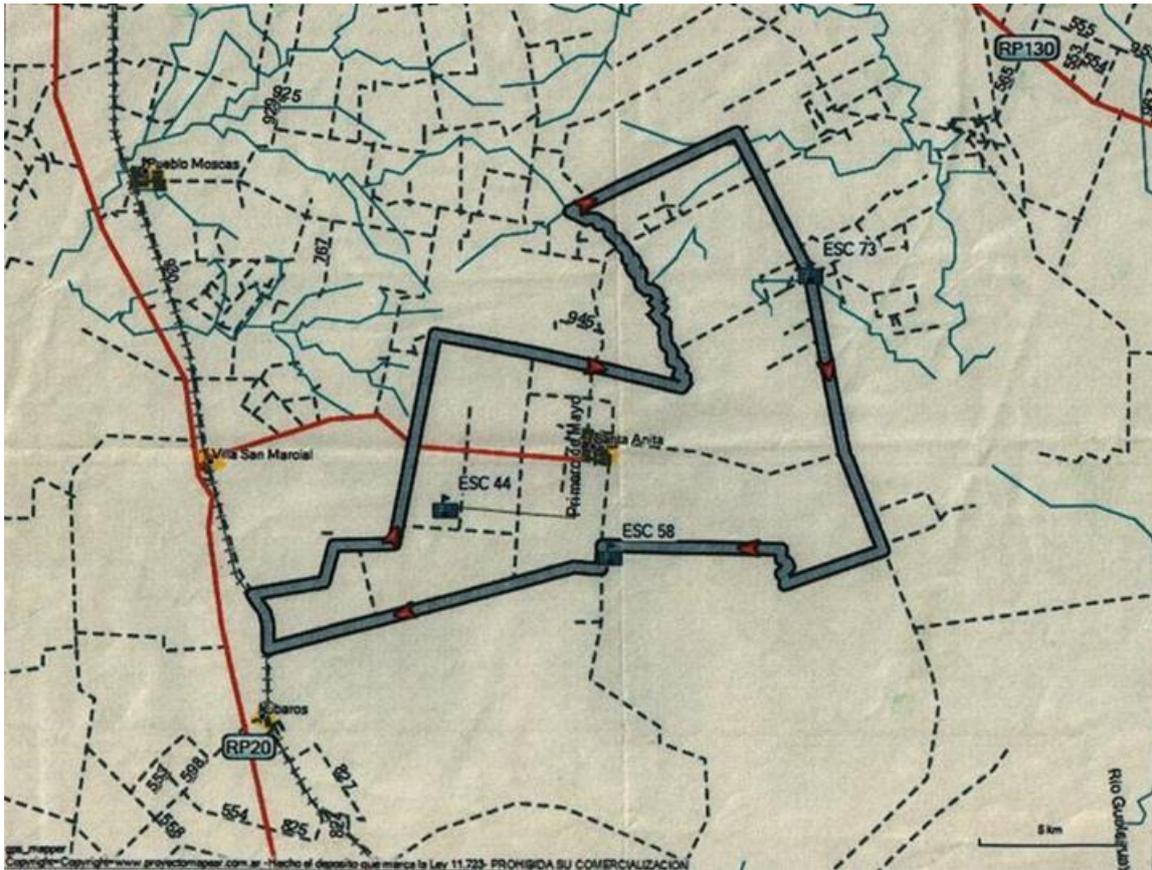


Imagen tomada en la Escuela Nro 58 "Zamba de Vargas"

Este fue un primer acercamiento a los campos cercanos al pueblo de Santa Anita. Sin embargo, aún no había podido conseguir el mapa del distrito, al cual pude acceder luego de una visita al municipio. En la entrevista pautada que tuve con el Secretario de Gobierno del Municipio, al ingresar a su despacho noté un plano de Santa Anita enmarcado y colocado en la pared. Correspondía a uno de los planos originales de la colonia y a una de las primeras subdivisiones y distribuciones de tierras. Nuevamente se destacaba la simetría incluso de la subdivisión original correspondiente a las parcelas agrícolas. En ese plano se podía ver claramente la planta urbana y alrededor de ella un fraccionamiento de parcelas de similar tamaño a esta planta. Casi todas estas parcelas tenían forma cuadrada. Este plano me brindó los primeros indicios para comprobar que la cantidad de hectáreas cedidas en ese

parcelamiento era similar a la cantidad de hectáreas que tenía la planta urbana; según ese mapa en esa subdivisión cada familia había obtenido entonces alrededor de cien hectáreas. Le comenté al Secretario que estaba precisando saber la cantidad de hectáreas productivas y tener un plano actual del distrito. Ante mi pregunta señaló hacia mis espaldas. Ahí, detrás de mí, estaba el plano actual según catastro, también enmarcado y colgado. Fue la primera vez que tuve contacto con el plano de todo el distrito. Era bastante diferente a lo que pensaba pero con una particularidad. En torno al casco urbano ya no se podía observar la misma distribución que presentaba el otro mapa enmarcado y más antiguo, sino que había una gran fragmentación de parcelas, los campos se habían atomizado e incluso se habían reducido a fracciones muy pequeñas. Por el contrario, se podía distinguir toda una franja superior, dividido por el arroyo Gená, con fracciones que abarcaban extensiones realmente grandes. Eran claramente dos territorios en principio físicamente muy diferenciados. Restaba tratar de comprender los motivos.

El mismo día que vi el plano de Santa Anita por primera vez, me entrevisté con uno de los empleados del municipio, Mario, quien estaba encargado de las *denuncias de fumigaciones* en las zonas de control cercanas al pueblo y las escuelas. Con él logré averiguar la cantidad de hectáreas que comprendía el distrito. Él me comentó que recorrió personalmente los límites de Santa Anita en bicicleta y obtuvo de esta manera los datos de geoposicionamiento -a través de un software específico- y trazó los límites. Así, a través del trabajo realizado por él, calculamos juntos la cantidad de hectáreas que comprende el distrito: aproximadamente 17.000; de este total juntos también estimamos que no existían zonas bajas o de escasa aptitud agrícola, ni tampoco montes naturales. Lo consulté sobre el fraccionamiento diferencial de tierras que había observado en el mapa de catastro y me comentó que el sector donde las parcelas eran más grandes correspondía a las viejas estancias pertenecientes a la familia de Urquiza. Eran claramente patrones diferentes de ocupación de la tierra. Me fui del municipio con una copia del plano hecho por Mario con el Software, el plano de catastro (me prestaron una de las tres copias que tenían), con algunas dudas salvadas pero otras nuevas por descubrir. El plano impreso por Mario me acompañó durante todo el resto de mi estadía en Santa Anita.



Mapa del municipio de Santa Anita: principales accesos, escuelas rurales y planta urbana

Volviendo al inicio de este apartado, lo que en cualquier lugar es simple – como, por ejemplo, saber la cantidad de hectáreas bajo producción y obtener un mapa delimitando un distrito- en Santa Anita fue realmente complejo, y no menos interesante. Restaba ahora indagar aún más sobre ese patrón diferencial de fraccionamiento de las parcelas.

Una vez que conseguí el mapa volví a buscar en los intercambios con los pobladores claves para comprender la disparidad en el fraccionamiento de las parcelas. El mapa que obtuve en el municipio y que a partir de ese momento mostré a mis entrevistados contenía los límites del municipio, la planta urbana, la ruta principal de acceso y los caminos de ripio, y las tres escuelas alcanzadas por la ordenanza municipal vinculada con las *denuncias de fumigaciones*. En ese plano, a diferencia del plano de catastro, no se aprecia la diferenciación del fraccionamiento de las parcelas.

El hecho más significativo fue que cuando lo mostré por primera vez, no solo no podían explicar los motivos por los cuales el fraccionamiento de tierras mostraba patrones dispares, sino que desconocían la extensión del distrito y sus límites. Lo primero que

exteriorizaban al tenerlo en sus manos era extrañeza. Lógicamente intentaban ubicar la planta urbana, el acceso principal, es decir *el arco*, y el resto de los caminos que conducían a Villa Elisa y Villa Manteros por ripio. Sí reconocían como propio aquel espacio en el cual se ubicaban las parcelas más pequeñas y fraccionadas. Lo que les resultaba ajeno era aquel territorio, del otro lado del arroyo Gená compuesto por grandes campos. Les resultaba extraño que las fracciones grandes más allá de este arroyo pertenecieran al distrito. Esto sucedió cada vez que mostré el plano, independientemente si se trataba de un productor, un comerciante local, un docente. En ocasiones en que saqué el mapa ante más de un interlocutor incluso generó un fuerte debate entre ellos.

Para poder analizar el mapa, lo que ellos observaban principalmente eran las tierras compradas por el Padre Becher, aquellas que dieron origen a Santa Anita. Recorrían el plano impreso en función a las tres estancias adquiridas por él y de esta forma iban reconstruyendo el territorio; sumando las tres compras realizadas por el Padre. Esas tres compras justificaban a las fracciones chicas alrededor del pueblo; incluso su extensión alcanzaba a la ciudad de Villa Mantero, teniendo como límite las vías del ferrocarril. Reconocían que esa fracción que llegaba a Villa Mantero, correspondiente a la segunda compra del Padre, fue lo que conformó la “Colonia Belga Americana”. Sumado las compras de las tres estancias el territorio de Santa Anita debía alcanzar las ocho mil hectáreas, lejos estaba de las diecisiete mil de mi plano.

Ahora bien, ¿qué es lo que estaba dejando entrever esta gran confusión con el mapa? El desconcierto daba lugar incluso a mayor interés entre los pobladores, en lugar de abandonar la búsqueda de respuestas a estos interrogantes. Algunos incluso me solicitaron ver el mapa de catastro que también había obtenido en el municipio, en el cual constaba el fraccionamiento diferencial. Si bien no dudaban de la veracidad del plano hecho con el software, seguramente un mapa catastral oficial les aportaba nuevos elementos para darle un sentido a su desconcierto. Para comprender la forma en la cual ellos reconstruían el territorio santanitense es preciso profundizar en dos cuestiones: el origen del pueblo y su fundador.

Los orígenes de Santa Anita y la figura de *El Fundador*

Los orígenes de Santa Anita y su fundación son ampliamente diferentes al de sus pueblos vecinos. Principalmente porque el pueblo fue fundado por un cura católico, el Padre Enrique Becher. Por este motivo resulta casi imposible describir el origen y la historia de Santa Anita sin detenerme en la figura de *el fundador* (tal como lo mencionan los santanitenses).

Enrique Becher nació en Alemania en 1857. A los 22 años de edad, en 1875, ingresó al Seminario Misional del Verbo Divino de Steyl en Holanda. En 1889 fue enviado a Argentina a misionar siendo, junto con el Padre Löcken, los primeros sacerdotes enviados por la Congregación del Verbo Divino a América del Sur. El objetivo era llegar a las colonias alemanas radicadas en Santa Fe. Inicialmente se instalaron en la ciudad de Esperanza, donde luego se construyó la primera casa de la Congregación del Verbo Divino en América Latina, incluyendo un centro educativo⁸². Una vez establecida esta obra, el Padre Becher se trasladó a Crespo, donde tenía conocimiento de la existencia de un gran número de población de descendencia ruso-alemana que demandaba un religioso de habla alemana. Ejerció como párroco en Crespo hasta 1900, momento de la fundación de Santa Anita (Honeker y Jacob, 2016).

El Padre Enrique Becher tenía una gran preocupación por la situación económica de los inmigrantes ruso-alemanes que no habían podido adquirir tierras para trabajar y tenían que valerse del arrendamiento: “esta gente de campo me pidió que les ayudara a fundar una colonia como en Crespo”, escribe el Padre en uno de sus intercambios de correspondencia con el Seminario Misional en Steyl (Honeker y Jacob, 2016:24). Esta era una población muy vulnerable, frecuentemente explotados y estafados. Honeker y Jacob (2016) destacan que “la miseria, las miradas vacías de esperanzas, las manos curtidas por tantos engaños, un pueblo en eterna peregrinación... una América que le había prometido suelo para trabajar y otro sol para sus hijos eran simples promesas...” (18)

En los relatos los santanitenses cuentan que su preocupación era tal que decidió emprender un viaje en tren hasta la ciudad de Basavilbaso junto con algunas familias para intentar adquirir tierras en su nombre. Según mencionan, el Padre Enrique nunca llegó a

⁸² Es hacia ese centro educativo donde se trasladaron muchos santanitenses para completar sus estudios secundarios antes de la fundación en el pueblo del colegio secundario San José.

destino. Detuvo su marcha en Estación Urquiza, actualmente Villa San Marcial. Coincidió en su viaje con los alemanes Brauss y Mahn, dueños de una importante exportadora de cereales de Buenos Aires. Ellos le comentaron que había unas tierras a unos kilómetros de la estación Urquiza, cuyo dueño estaba dispuesto a vender. Se trataba de la Estancia Santa Anita perteneciente al Ingles Van Deus, que luego da el nombre al pueblo.

Sumado a esto, en el mismo viaje consiguió que los dueños de la exportadora de cereales financien dicha compra a cambio de las cosechas futuras. Incluso logró que se escrituraran las tierras a su nombre antes de cancelar la deuda. Esa fue la primera compra, la cual ascendió a 6454 hectáreas. Luego realizó dos compras más: 934 hectáreas, también en 1900, que dieron origen a la Colonia Belga-Americana, y 1955 hectáreas más en el año 1901⁸³. Las extensiones comprendidas por estas tres compras son las que los santanitenses consideraban al momento de comprender mi plano y delimitar su espacio en el territorio. Para 1901 eran 60 las familias radicadas que provenían esencialmente de las Aldeas de la costa del Paraná.

El Padre fijó 100 hectáreas como una cantidad económicamente óptima para la explotación y fue esta extensión la que repartió entre las familias de alemanes del Volga dependiendo de su composición. El orden y la simetría en la subdivisión de las primeras tierras lo pude observar en el plano original que estaba en el municipio. La tierra se cedía a cuenta de futuros pagos, los cuales se cancelaban con la entrega de un porcentaje de la cosecha. Sin embargo, la tierra seguía siendo de propiedad del cura hasta que se consiguiera cancelar la deuda.

Si bien inicialmente el Padre Becher y las primeras familias se instalaron en el casco de la Estancia, la fundación del pueblo sería a casi un kilómetro de allí, donde reservó 100 hectáreas para la planta urbana. En el centro del trazado urbano se destinaron 2 hectáreas para construir un centro religioso que contemplaba la construcción de la Iglesia y el colegio religioso. La perfección en la traza de la planta urbana no se modificó y actualmente mantiene esa simetría, a excepción de las parcelas que sumó el municipio por medio de una ordenanza, pero que tampoco alteraron el orden original aunque si lo modificaron.

⁸³ Las decisiones del Padre vinculadas con la compra de estas tierras le traerían también diversas consecuencias dentro de su propia Congregación que no compartió su decisión.

Más allá de la gran cantidad de particularidades que tuvo este proceso de colonización, un punto quizás inadvertido se destaca: la localización del asentamiento. Por lo general los pueblos se asentaban cerca del ferrocarril o de alguna vía de acceso, como puede ser el río. Sin embargo, el pueblo de Santa Anita se fundó a 15 km de la estación Urquiza lo cual dificultaba en cierta forma el comercio, el intercambio y, por supuesto, la integración, colocándolos en una situación de relativo aislamiento. Esta condición se mantuvo, aunque en menor medida, por mucho tiempo. Si bien los medios de transporte evolucionaron, no hay que olvidar que el acceso principal al pueblo no fue pavimentado hasta el año 2012, acentuando o al menos prolongando su aislamiento.

El padre Becher murió en 1916, solo dieciséis años después de la fundación de Santa Anita. Sin embargo en esos años se concluyó la construcción de la Iglesia, la escuela, un club deportivo e incluso un hospital rural, aunque informal, en el cual relatan que “el padre hasta atendía partos”.

La construcción de la Iglesia se destaca por sobre el resto. Se trata de un monumental templo religioso con un estilo gótico romano único, obra llevada adelante por los propios pobladores en tan solo 4 años. Se inició en 1910 y se inauguró en la navidad de 1913. Posee dimensiones monumentales: 46 metros de largo, 24 metros de ancho y las tres naves llegan a 18 metros. La bóveda tiene una altura de 15 metros y la torre alcanza 40 metros. La cruz de hierro está colocada a casi 50 metros de altura y apoyada sobre una esfera que representa al universo. Consta de 27 vitrales traídos en su mayoría de Holanda y su belleza interior también es muy interesante. Y es allí donde están los restos del Padre Becher.

Los aportes materiales de los pobladores quedaron reflejados en los vitrales. En cierta forma era una obligación hacer contribuciones económicas para su compra y las familias con mayores recursos fueron quienes las hicieron. Cada vitraux que decora actualmente los laterales de la nave central fueron comprados con las donaciones de los pobladores y en ellos constan los apellidos de aquellas familias que las hicieron. En los relatos cuentan que las familias solían ocupar un lugar de la iglesia en función a la ubicación de los vitraux donados por la familia. Esta materialidad tenía claramente una función simbólica que ordenaba al pueblo incluso dentro de la iglesia. Algunos pobladores se animaron a mencionar que aun intentan respetar ese orden, si bien lo destacaban como un hábito, solían ocupar el lugar debajo del vitraux donado por su familia.

El Padre Becher realizó aquello que el Estado Argentino prometió pero no consiguió cumplir. Fundó Santa Anita, financió la compra de las tierras a los colonos, ordenó la vida tanto urbana como rural dentro de esta comunidad. Entre los pobladores la muerte de Becher es comparada con la muerte de un líder paternal, refieren el hecho repitiendo: "Santa Anita quedó huérfana".



Imágenes de la Iglesia (fuente propia)

El Padre Becher está omnipresente en Santa Anita, ya sea en la iglesia, en el colegio, en la plaza, en el hospital, en el museo. Pero también en los relatos y en el modo en que los lugareños se piensan a sí mismos y piensan su espacio. Santa Anita es aquello que el Padre planificó sistemáticamente, porque “nada fue dejado al azar”. Así, *el fundador* dejó dos marcas claras que son constitutivas de la comunidad: el “orden” y el “sacrificio”, este último entendido en términos de esfuerzo. El orden se objetiva en la cuadrícula, en la prolijidad, en la limpieza, en el aspecto cuidado de sus casas y parques. El sacrificio está materializado en la “cultura del trabajo” que el santanitense sostiene como valor fundamental.

La colonia fue prospera y ya a mediados del 1900 eran 3500 las familias que daban vida a la comunidad. Los grupos familiares tenían la impronta de ser muy numerosos, llegando en algunos casos a familias con más de 10 hijos. Con la ley de desalojo, en el año 1968, se produjo un gran éxodo del campo y mayoritariamente lo despobló, llegando casi al punto de provocar el vaciamiento de Santa Anita.

Una innumerable cantidad de familias día a día dejaban la localidad para radicarse especialmente en el oeste del área metropolitana bonaerense. El campo se despobló y muchas aldeas quedaron desmembradas. Fue el origen del paisaje de las “taperas”, esas primeras casas instaladas en los campos y habitadas en aquella época, de la que hoy quedan algunos vestigios, a los que los pobladores denominan “taperas” y a las que “visitan” con relativa frecuencia, una práctica sobre la que se profundizará más adelante. Nuevamente, como cuando habían salido de Europa, el pueblo se ponía en marcha. Retomaré las trayectorias migrantes de esta comunidad en el capítulo siguiente.

Las marcas de origen y la espacialidad

Volviendo ahora nuevamente la atención al plano y a la desconcierto de los santanitenses, e intentando comprender esa disparidad entre los límites políticos de la localidad y los límites imaginados por los ellos, aparece un primer elemento. Las fracciones más grandes de tierras que en el plano catastral aparecían divididas por el arroyo Gená habían sido incorporadas al territorio político de la comuna, y luego el municipio, mucho después de la fundación de Santa Anita. No pude constatar a ciencia cierta la fecha en la cual esas tierras, perteneciente a estancias de gran tamaño y no adquiridas por *el Fundador*, fueron

incorporadas al distrito formalmente. Tampoco creo que constituya un dato significativo. Lo que sí resulta trascendental es que para los santanitenses el espacio ocupado por el distrito era aquel original, aquel ordenado y planificado sistemáticamente por el Padre Becher y vinculado con la compra de las tres estancias. Esto se corresponde con esas tierras que ocuparon y trabajaron sus abuelos y que ellos actualmente no poseen. Santa Anita para ellos sigue estando delimitado por aquellas colonias en las cuales sus abuelos o bisabuelos se asentaron para vivir en comunidad; en donde el trigo fue el cultivo que les permitió subsistir, al igual que aseguró el progreso en Rusia⁸⁴; aquel campo trabajado principalmente con tracción a sangre, un campo en el cual la soja no existía. En su construcción de comunidad y, por tanto de sentido de pertenencia, esas fracciones de tierra más grandes más allá del arroyo Gená, no son parte de su comunidad, como tampoco para algunos de ellos la soja lo es.

Siguiendo a Pollak (2006), la memoria -tanto individual como colectiva- está compuesta en primer lugar por acontecimientos, ya sean vividos personalmente o “vividos indirectamente”. El segundo elemento que destaca son las personas o los personajes, incluso aquellos personajes que no pertenecieron al espacio-tiempo de la persona. Y por último los lugares, que generalmente están vinculados con algún recuerdo. Esta espacialidad que les da significado a su presente, genera límites que incluyen y excluyen y conforma su sentido de pertenencia, está vinculada con el acontecimiento que les da origen, la propia fundación de la Colonia Santa Anita. Ese acontecimiento de origen se liga a un personaje, *el fundador*, quien impuso orden a la comunidad y su propio “sacrificio”⁸⁵ para llevar adelante este propósito. Y finalmente un lugar, operando desde lo material y lo simbólico. Un espacio material que conformó a la colonia y está constituido por las hectáreas comprendidas por las tres estancias que compró el Padre. Y un espacio simbólico que está constituido por aquellas tierras a las cuales no hubiesen podido acceder sin la intervención de Becher, en el cual ellos pudieron nuevamente encontrar un lugar donde vivir, formar sus familias, ser agricultores y sembrar trigo.

⁸⁴ La relevancia del trigo en tanto cultivo principal en Rusia y luego en Entre Ríos se trabajará más adelante.

⁸⁵ La representación de Becher como alguien que se sacrificó por la comunidad son recurrentes en el relato de los santanitenses.

Todo lo que está por fuera de esa construcción colectiva signada por esta marca de origen no lo consideran su comunidad, queda por fuera de sus construcciones de pertenencia, “no es Santa Anita”. Esta construcción espacial no solo delimita sino también excluye. De la misma manera que todo lo que se localiza por fuera de la cuadrícula original de la planta urbana es entendido como “el campo” y no incorporado al “pueblo”. Así, la planta urbana sigue siendo la original, aquel orden planificado por el Padre Becher con total perfección: la que no se encuentra exactamente de norte a sur, porque *el fundador* pensó que una leve inclinación ayudaría a alivianar el embate de los vientos; la que se sitúa en un lugar estratégico para evitar que el pueblo se inunde. Ellos no reconocen la ampliación de la planta urbana, aunque exista una ordenanza municipal que lo disponga de esa forma. Simplemente todo lo que está “más allá” de lo que ordenó y planificó el Padre no es el pueblo, y, por lo tanto “no somos nosotros”. Ese orden que atraviesa a Santa Anita, desde lo material y simbólico, responde a un “origen” reconocido por ellos como tal, que le dio forma, contenido y sentido. E impuso límites.

Lo cierto es que el proceso de agriculturización y, posteriormente, de sojización comenzó en aquellas fracciones más grandes, más allá del Gená; en aquellas parcelas cuya propiedad nunca les pertenecieron. Lo *nuevo* y lo *de afuera* comenzó instalándose por fuera de las fronteras físicas y simbólicas de la comunidad.

Capítulo 6:

Un pueblo en marcha: los alemanes del Volga y los *gringos*

Los Alemanes del Volga: el proceso migratorio y el origen de las marchas

Después de numerosos intercambios con mis compañeros de INTA, un día conversando sobre el pueblo y mi trabajo e intentado describir a la comunidad, uno de ellos me dijo: “Santa Anita, para mí, es un pueblo olvidado por los alemanes y explotado por los rusos”. Si bien al principio me resultó demasiado limitada la definición, creo que resulta de utilidad para empezar a trabajar aquí el origen de sus antepasados. La comunidad tiene claramente un inicio diferente del resto de las poblaciones vecinas, no solo por el proceso de colonización de las tierras y el patrón de ocupación espacial que se trabajó en el capítulo anterior, sino también por su origen, su pasado y parte de su presente migrante. La trayectoria de la comunidad puede ser leída en términos de una historia de migraciones permanentes. Ellos mismos se identifican como *un pueblo en marcha*. Esas migraciones construyen su futuro desde su pasado y, aunque con sentidos diferentes, atraviesan su presente de manera constante. Pero en cada una de estas partidas, algunas cosas se olvidan y se pierden, otras se recuerdan y se trasladan al presente, y muchas otras cosas se resignifican.

Si bien Santa Anita se formó a partir de una corriente inmigratoria rusa-alemana de la zona del Volga y, a diferencia de las colonias o pueblos vecinos fue fundada por un cura católico, su marcha no se inicia ahí, sino mucho antes, a mediados del 1700. Allí fue cuando comenzaron sus primeros procesos migratorios desde Alemania hacia Rusia. Luego de varias décadas en guerra, el territorio alemán había quedado devastado e inmerso en la pobreza. Por medio de una iniciativa de la Emperatriz Catalina II, quien cuando tomó la posesión del trono imperial ruso emitió una proclama ofreciendo las tierras del país a inmigrantes principalmente alemanes, comenzó a generarse la migración de este pueblo hacia tierras rusas. En la proclama para incentivar la inmigración, la Zarina Catalina II les ofrecía inmejorables condiciones: conservar el idioma y la religión, tener sus propias escuelas, establecerse en colonias y administrarlas sin control del estado. Otro punto importante fue que los inmigrantes y sus descendientes quedaban exceptuados de realizar

el servicio militar. Estos inmigrantes tuvieron que recorrer tres mil kilómetros para llegar a destino, y estiman que más de la tercera parte no logro superar esta travesía (Honeker y Jacob, 2000).

Las tierras a las que arribaron no eran claramente suelos con una gran aptitud agrícola, ni mucho menos contaba con alguna infraestructura para desarrollar la actividad⁸⁶. La principal dificultad radicaba en que las tierras estaban ubicadas en las heladas estepas rusas, en la orilla del río Volga. La finalidad principal que tuvo este proceso migratorio promulgado por Rusia fue ocupar tierras en las fronteras, las cuales estaban con alto riesgo de invasión externa. Por este motivo, sumado al hecho de la baja aptitud agrícola de las tierras, no contaban con ninguna infraestructura para desarrollar su vida cotidiana. La única actividad que podían realizar era la agricultura y, más específicamente, la siembra de trigo. Por este motivo muy pocos pudieron desempeñar su profesión original. Honeker y Jacob (2000: 13) destacan “una vez llegados al Volga los alemanes, todos, debían dedicarse la agricultura aun quienes no conocía el oficios, puesto que se contaban entre los emigrantes personas de distintos estratos sociales, profesiones y rangos”. No fue fácil en un inicio adaptar sus variedades de trigo a las condiciones climáticas del Volga pero según relatan consiguieron incluso muy buenos rendimientos.

Permanecieron cien años en territorio ruso a la orilla del Volga. Se organizaron en *aldeas* pequeñas en las cuales tenían un administrador o alcalde perteneciente a la comunidad (y alemán), quien a su vez rendía cuentas ante un *Contor*, o administrador ruso. Cada una de estas aldeas contaba con los servicios y organizaciones para desarrollar su vida, desde entonces se concibieron como “autosuficientes”. Entre las instituciones alrededor de las que se organizaban estas aldeas se destacaban la escuela, en la cual se mantenía la educación bajo los parámetros alemanes, y la Iglesia, donde se aseguraban mantener la religión católica.

⁸⁶ En un inicio, y al no contar con materiales siquiera para realizar sus casas, vivieron en cuevas. Honeker y Jacob (2000: 9) afirman que: “Una vez llegados a destino la decepción fue grande al descubrir que no había con que construir una vivienda digna como las que habían prometido los emisarios rusos en su gira por Alemania. Ante semejante adversidad la solución del problema para superar la amenaza latente del frío era meterse dentro del vientre de la tierra; como faltaban las cuevas naturales resolvieron cavarlas. Estas viviendas subterráneas, llamadas por ellos “Zenlanks” o “Zimlingas”, fueron techadas con troncos y ramas cubiertas a su vez con tierra que resultaba de la excavación.”

En sus relatos sobre sus orígenes, es a partir de ese momento que comenzaron a vivir en “aislamiento”. Esta situación de “aislamiento” ellos la explican como producto de su organización “autosuficiente” y como resultado de la amenaza que representaban las tribus nómades rusas que solían atacar frecuentemente los poblados, generando grandes destrozos materiales y humanos. En el relato de su historia ellos encuentran en el “aislamiento”, que involucraba el control de los límites del espacio que ocupaban, una forma eficaz de protección contra las amenazas del exterior o de lo *de afuera*. Esta estrategia, en cierta forma, puede ser leída en términos de comunidad del miedo (Beck, 1996) dado que una amenaza externa, entendida como un riesgo, dio lugar a un proceso de solidaridad entre los miembros de la comunidad que en cierta forma reforzó sus lazos sociales y fue moldeando sus sentidos de pertenencia, es decir, la configuración misma de la comunidad. Parte de esa condición de “aislamiento” se reforzó mediante la conservación de su idioma casi inalterado. Solo incorporaron algunos vocablos rusos por lo que la única mutación que tuvo fue esa incorporación. Actualmente a esa lengua los propios santanitenses la entienden como un “dialecto único”, que si bien tiene mucho en común con el alemán actual, tiene esas características de inalterabilidad de su idioma traído de Alemania en el 1700 propias del aislamiento al que se vieron reducidos, y al mismo tiempo al que se aferraron como estrategia de supervivencia o, en otros términos, como forma de controlar un riesgo.

Así, de Alemania y luego de Rusia, trajeron su dialecto. Hay muchos santanitenses que aún lo sigue hablando en la vida cotidiana del pueblo y opera también como una barrera de inclusión y exclusión con lo *de afuera*. El uso de este idioma puede interpretarse también como constitutivo de una “tradición inventada”, ya que es una manera simbólica de generar cierta continuidad de su pasado en el presente e intentar que éste permanezca invariante en el tiempo (Hobsbawn, 1990). Esto mismo ocurre con el sentido que le dan a la música y las *comidas típicas*. Estos elementos, junto a otros, son parte de lo que ellos identifican como su *cultura* y lo que los hace *gringos*. A través de estos procesos de “comunalización” configuran sus sentidos de pertenencia (Brow, 1990)⁸⁷, permeados por un fuerte sesgo esencialista. Es su *cultura* así entendida, a la que también hacen referencia como *nuestra*

⁸⁷ La construcción de la categoría *gringo* se trabajará más adelante con mayor detalle. Con respecto a los diferentes procesos de “comunalización” y la idea de comunidad se retoman aquí las aproximaciones de Brow (1990), quien abreva a Weber para definir a una comunidad como “un sentido de pertenencia”. En este sentido, entiende como proceso de “comunalización” a cualquier pauta de conducta que promueva esos sentidos de pertenencia que delimitan a la comunidad.

esencia o la esencia de la comunidad, lo que ellos identifican como algo con materialidad, que les es propio y a la vez los trasciende. A esta particular construcción de lo “común” ellos la llaman Santa Anita. Y es todo eso lo que se empeñan en resguardar y conservar, lo que sienten que sigue de algún modo “amenazado” y lo que temen perder; es decir, lo que consideran que está en riesgo. Es una manifestación de un riesgo con características subjetivas que atraviesa a toda la comunidad y se establece como definición pública de riesgos, en términos de Beck (2000).

Los motivos por los que los alemanes dejaron el Volga fueron múltiples. En principio, ya se habían cumplido los cien años de estadía en tierra rusa y se estimaba que todos los derechos concedidos por la Zarina iban a expirar. Sumado a esto, la Emperatriz ya había fallecido por lo que la amenaza era aún mayor. Por otro lado, las extensiones de tierras cedidas en un inicio ya no eran suficientes para la reproducción económica y social de la comunidad. Las familias se habían multiplicado y había, por lo menos, tres generaciones nuevas desde su partida de Alemania. Otro factor destacado eran las amenazas que recibían de las tribus nómades, ya que los ataques habían afectado enormemente su vida cotidiana. Paralelamente en América comenzó a promoverse la inmigración europea.

Si bien desde los testimonios recuperados todos estos motivos están presentes, es difícil encontrar entre las conversaciones aquel más relevante y común para todos. Sin embargo, reiteradamente aparece en los relatos la escasa disponibilidad de tierras con las que contaban. Al estar establecidos ya por casi 100 años “la tierra no alcanzaba para toda la familia”. Las condiciones de reproducción de la familia estaban siendo limitadas por el tamaño de la unidad doméstica en función de la cantidad de tierras que disponía, en cierta forma fue también la falta de tierra lo que los expulsó de Rusia.

Ante la escasez de tierras disponibles volvieron a ponerse en marcha. Los destinos de estas poblaciones fueron múltiples. Cuentan que en su travesía intentaron volver a su país de origen, Alemania, pero les fue prohibido el ingreso, Alemania parecía expulsarlos y olvidarlos. El destino alternativo fue América. Gran parte de estos alemanes intentaron ingresar a los Estados Unidos, donde solo lo consiguieron aquellos que lograron superar los exhaustivos exámenes a los cuales eran sometidos. Aquellos que no lo alcanzaron siguieron rumbo a América Latina, donde los principales destinos fueron Brasil y Argentina.

En su intento por reconstruir este pasado, un recuerdo se destaca: el engaño y la explotación que vivieron en tierras rusas. Sin embargo, este recuerdo mantiene silenciado el hecho de que allí se desarrollaron sin perder su nacionalidad y, en cierta forma, como *outsiders* del Estado Ruso. El “aislamiento” que recuperan en sus recuerdos como impuesto por las circunstancias, ocluye cómo al mismo tiempo resultó útil como barrera para limitar el acceso de lo *de afuera* y permitirles continuar viviendo con sus costumbres y tradiciones casi inalteradas. A su vez, el olvido constitutivo de este recuerdo omite que su propia nación les prohibió el ingreso cuando escaparon de Rusia. Estas situaciones no tienen lugar en la reconstrucción de su pasado porque darle espacio implicaría negar o poner en cuestión la “virtud”, según su perspectiva, de *ser alemán*. Si toda narrativa del pasado implica un proceso de selección, los olvidos necesariamente se encuentran implícitos en esas narrativas (Jelin, 2002). Los olvidos implícitos en los relatos de los santanitenses descendientes de los alemanes del Volga sobre sus orígenes parecen ser parte de una especie de construcción de “memoria oficial” de la comunidad. Se trata de una memoria que busca reforzar los sentidos de pertenencia, resguardar la cohesión del colectivo y definir y preservar las fronteras simbólicas (Pollak, 2006).

A nuestro país llegó un primer grupo de pioneros alemanes del Volga en 1878, provenientes de Brasil, y fundó la primera colonia de esta corriente migratoria: Santa María de Hinojo, actualmente partido de Olavarría, Buenos Aires. Luego arribó un primer grupo desde Rusia, asentándose en Colonia Alvear, en el actual departamento de Diamante (Entre Ríos).

El segundo grupo dio origen a otras Aldeas en Entre Ríos, dentro de las cuales se encuentra Crespo, actualmente la principal colonia de Alemanes del Volga en Entre Ríos. Al contrario de lo acontecido con el primer grupo, que fue beneficiado con la entrega de tierras por parte del Estado, este grupo no consiguió esa ayuda. Incluso no recibieron herramientas, así como tampoco obtuvieron nada en concepto de manutención. En este caso algunas familias formaron consorcios por medio de los cuales lograron comprar tierras en conjunto. Cuando llegó el tercer grupo de inmigrantes a la Argentina, entre los que se encontraban quienes conformaron Santa Anita, el valor de la tierra había aumentado y no pudieron seguir la misma estrategia de compra que tuvieron sus antecesores. Solo les restó arrendar tierra en alguna estancia e intentar generar un ahorro para la compra. Sin embargo, en muy pocos casos lo consiguieron (Honeker y Jacob, 2000).

Aquellos que obtuvieron la posesión de la tierra se afincaron reproduciendo esa forma comunitaria de *aldea* que tenían en Rusia. Sin bien desde el Gobierno de Entre Ríos intentaron que los asentamientos sean en chacras individuales, ellos se organizaron alrededor de una iglesia, conservando su lenguaje y sus costumbres.

Según la representación estereotipada a la que apelan para referirse a sí mismos, los “Alemanes del Volga en Argentina”, serían portadores de ciertas características a las que consideran propias de la “alemanidad”. Entre ellas mencionan de manera recurrente el orden y la disciplina. Curiosamente, no suman a esta representación ninguna impronta adquirida durante su permanencia en territorio ruso. Y sin embargo, paradójicamente, a estos pueblos mayoritariamente integrados por descendientes de inmigrantes de “Alemanes del Volga”, más allá de sus fronteras se los suele conocer simplemente como *los rusos*.

Ese origen común que se les atribuye, aunque ellos no se identifiquen en esos términos y en cierto modo renieguen de su pasado ruso, de todos modos colabora reforzando aún más su sentido de pertenencia. Brow (1990:3) destaca como los procesos de “comunalización” se fortalecen “por la convicción de que lo que vincula a un grupo de gente no es solamente/exactamente un pasado compartido sino un origen común”. Este origen común se inicia en Alemania pero se profundiza en Rusia, aunque la noción de inalterabilidad (el idioma quedó inalterado según ellos) es la categoría que se destaca. Los difíciles años pasados en Rusia, tal cual los relatan los santanitenses, dan sentido al *sacrificio* permanente y a la *cultura de trabajo*, dos características muy presentes en el *gringo*.

A causa de este doble proceso migratorio, a los Alemanes del Volga se los suele conocer como “el pueblo que emigró dos veces”. Esta doble migración transcurrió en el lapso de doscientos años. Si bien en los relatos estos dos procesos migratorios aparecen claramente, incluso muy enfatizados por ellos, el éxodo y la partida atraviesa casi todas sus historias. En situación de entrevista una santanitse afirmó: “*somos un pueblo en marcha, como dice la canción del Padre Jorge*⁸⁸”. Se verá entonces de que se tratan estas otras partidas.

⁸⁸ El Padre Jorge fue el primer cura párroco luego de la partida de Santa Anita de la Congregación del Verbo Divino. La canción a la cual se hace referencia se vincula con unas letras escritas por él en homenaje al pueblo.

Las primeras partidas y *el desalojo*

Las partidas, como mencioné, atraviesan casi todos los relatos. Sin bien la marca más significativa la genera *el desalojo*, el cual analizaré en párrafos siguientes, estos éxodos comenzaron incluso antes. Un factor da inicio a estas migraciones tempranas y ciertamente marca el rumbo de las siguientes.

La composición de los núcleos familiares también tuvo una impronta particular. Se trataba específicamente de familias muy numerosas. En los relatos se remarcaba permanentemente el gran tamaño de sus familias, que en algunos casos llegaban a los 18 hijos⁸⁹. Para aquellos que habían podido acceder a la tierra esto implicó una fragmentación de la propiedad tal que dificultaba, incluso muy tempranamente, alcanzar la escala óptima para la reproducción social de la familia. En sus términos, fue *una sangría constante*.

“En 1920 fue una pequeña gran partida de gente que se fue a fundar una colonia cerca de Federal, ‘Colonia El Potrero’. Gente que se quedó sin tierra, vendieron acá y se fueron a buscar tierras de menor valor”

Este relato pertenece a un santanicense muy interesado por la historia de la comunidad. Esa estrategia, si bien no recurrente, fue una de las que encontró una parte de los primeros pobladores para asegurar su reproducción familiar. La venta de las pequeñas fracciones de tierras que poseían en Colonia Santa Anita les permitía triplicar o cuadruplicar la superficie en lugares aún sin explotar.

Sin embargo, no todos llevaron adelante esta estrategia. Otros relatos muestran partidas parciales, específicamente de mujeres, quienes quizás no siempre tenían derecho a la herencia de la tierra, siendo esta una de las estrategias para que la fragmentación no sea tan aguda.

“Sí, hay una sangría constante de gente. Porque eran familias numerosas y ya no quedaban tierras para ellos entonces tenían que ver que podían hacer. Tenían que vender (...) el Padre Hummel se encargó de todo ese proceso⁹⁰. Él cuenta en sus crónicas... “señoritas se van a trabajar en casas de gente pudiente en Buenos Aires”,

⁸⁹ En apartados siguientes se trabajará esta particular composición del núcleo familiar.

⁹⁰ El Padre Hummel fue el sucesor del Padre Becher, también perteneciente a la Congregación del Verbo Divino. Fue cura párroco de Santa Anita hasta el 1956, momento de su muerte.

dice. No hubo solamente un éxodo de familias sino ya un desmembramiento de la familia. Ya se iban pedazos de las familias a buscar en Buenos Aires... Todo esto fue en la década del 30. Hubo una sangría grande. Y después constantemente. La mayor fue en el año 1968, cuando vino la Ley de Onganía. Y vino la *Ley de desalojo*.”

El acontecimiento vinculado con la *ley de desalojo*, o simplemente *el desalojo* en sus términos, se destacó desde el inicio del trabajo de campo en 2015. Uno de los talleres que se realizaron en aquel momento comenzó con la consigna de armar una línea de vida de Santa Anita. La consigna proponía que la construcción sea grupal y dada la convocatoria que solíamos tener (bastante estable por cierto, pero reducida; sin superar los 17 participantes ni tampoco tener un número menor a 14) dividimos a los asistentes en dos grupos. El trabajo en grupo llevó al menos una hora y después se realizó una puesta en común de modo tal de construir una línea de vida única con los dos grupos, y hacerlo de forma conjunta y consensuada.

En aquella actividad varios fueron los acontecimientos que marcaron esa línea de vida del pueblo. Sin embargo, aquel que más ocupó la atención tanto de los grupos como de nosotros en nuestro rol de coordinadores del taller, fue *el desalojo*. Ese punto en la historia de Santa Anita es el que ellos recuerdan como el momento en el que se despobló el campo y “casi hizo desaparecer” a la localidad. El éxodo se dio en todos aquellos campos que estaban arrendados dado que por medio de la Ley de Alquileres, nombrada por ellos como la *Ley de desalojo*, los dueños expulsaron a sus arrendatarios sin que estos tuviesen derecho alguno sobre la propiedad y mucho menos sobre los años durante los cuales habían trabajado y permanecido en esa parcela de tierra. Dos testimonios lo ejemplifican:

“Esas familias habían arrendado y quizás estaban hace 40 años arrendando esos campos. Y llegó la Ley y tuvieron que salir.”

“En el 60 y pico, con la Ley de Onganía cuando los propietarios tienen acceso a despedir a todos de sus tierras... todos los que estaban alquilando, se fueron. Muchísimas familias de Santa Anita. Fue terrible”

Este acontecimiento estuvo presente incluso en aquellos habitantes que no llegaron a vivirlo de manera directa. La transmisión oral de este hecho y las construcciones en torno a él, vinculadas con el desmembramiento de la comunidad y la posibilidad de su desaparición

están muy presentes hasta la actualidad. Se refiere a la imagen de un gran éxodo de los colonos arrendatarios, que dejaban el pueblo arriba de camiones con solo algunas de sus pertenencias. Es la máxima expresión material de la pérdida potencial para la comunidad. En términos de Beck (2000), el riesgo se hizo presente en esta situación de éxodo en la medida en que la propia comunidad lo colocó en ese lugar; el autor en este sentido destaca justamente que el riesgo y la percepción pública del riesgo son una misma cosa. Como se verá más adelante, esta situación de éxodo amenazó con la destrucción de la comunidad. Sin embargo, esto no ocurrió gracias al *milagro de Santa Anita*, pero dejó marcas que configuran a la comunidad y también a su construcción de riesgo. Este riesgo vinculado con la pérdida sigue presente y atraviesa a todas las situaciones. *El desalojo* abre las posibilidades para pensarse a sí mismos en términos de potenciales trayectorias futuras que, de alguna u otra forma, quedaron amputadas por este acontecimiento. Los invita a pensarse en términos de todo aquello que no fueron, todo lo que Santa Anita podría haber sido pero no ocurrió. Opera como un punto de quiebre y de cambio de rumbo de la comunidad. Se piensa en término de futuros potenciales y divergentes al presente que ellos imaginan en la actualidad.

Un lugareño en situación de entrevista relató en detalle que su tío tuvo que dejar el campo e irse para Buenos Aires. Él era muy chico cuando esto ocurrió e incluso siempre vivió en el pueblo, por lo que aquello acontecido en el campo le era en parte ajeno. Sin embargo, recordaba que su tío les había dejado el caballo antes de irse y tenía claro recuerdo de aquel hombre llorando por esa situación. El éxodo siempre en el relato aparece claro: “eran filas y filas de camiones que sacaban a la gente de Santa Anita”. Según cuentan hubo casos de camioneros que llegaron a hacer más de 19 viajes trasladando familias.

De toda aquella gente que abandonó el campo, casi su totalidad también dejó el pueblo. Hubo un gran éxodo hacia la ciudad de San Miguel, provincia de Buenos Aires, así como también hacia la ciudad de Luján en la misma provincia. No se establecieron en el pueblo porque “¿que iban a hacer?”. Los oficios y actividades que se realizaban en el campo y en la ciudad eran realmente distintos. Y lo cierto era que en el pueblo, los colonos “no tenían mucho para hacer” y “quedaron en el pueblo solo los que estaban en el pueblo”.

La gente de campo, una vez que dejó de tener derecho sobre las tierras que arrendaban, fue expulsada, no tuvo más alternativa que migrar nuevamente buscando otros oficios en la ciudad. Tal como relata un santanitense:

“¿Y que iban a hacer acá en el pueblo? Ese era el problema. Se tuvieron que ir todos. Por eso hay tanta gente. Y cuando hay una fiesta en Santa Anita está lleno de gente. Hijos de Santa Anita... vos vas a San Miguel, a Don Torcuato y está lleno de hijos de Santa Anita. Mucha gente que se fue, que se fue en esa época en la que tuvieron que irse forzosamente, no porque quisieron”

Siguiendo este relato, aquellos que migraron porque “tuvieron” que hacerlo, siguen siendo hijos de Santa Anita y, por lo tanto, siguen siendo santanitenses⁹¹. Esta vez, a diferencia de las otras migraciones que vivieron, muchos de los que marcharon han vuelto. Ya sea para alguna celebración, o para visitar a los familiares que quedaron en el pueblo o incluso tienen una casa en el pueblo la cual utilizan como vivienda para vacacionar o pasar los fines de semana. Muchos vuelven luego de jubilarse en su actividad en Buenos Aires. Ellos esta vez en su mayoría regresaron.

Los primeros relatos sobre *el desalojo* siempre tuvieron varios cabos sueltos, tanto en aquel taller del 2015 como en mis primeras entrevistas durante el 2017. Si bien era bastante claro el modo de distribución de tierras que implementó el Padre Becher, era difícil comprender por qué tanta gente había migrado en aquel momento; es decir, porque era tan importante la presencia de arrendatarios y no tanto de los propietarios de tierras.

La primera respuesta que ensayé fue que quizás la mayoría de esos colonos a los cuales el Padre les había entregado las tierras a cuenta de su pago, no habían conseguido cancelar sus deudas y, por lo tanto, el acceso a la propiedad de la tierra no había sido posible. En esta posible respuesta, estos colonos que no habían saldado su deuda eran los que finalmente terminaron arrendando los campos que luego fueron protagonistas del desalojo. Indagando al respecto no fue posible afirmar esta cuestión. Si bien hubo casos que en los que no consiguieron cancelar la deuda, fueron la minoría. Incluso cuentan que muchos de

⁹¹ En los relatos vinculados con *el desalojo* fue una de las primeras veces que percibí que Santa Anita se utiliza como nombre propio, luego me daría cuenta que Santa Anita era un actor clave, y no un actor más, sino aquella espacialidad que da sentido a la comunidad.

ellos lograron acceder a la tierra antes del plazo estipulado. Esta hipótesis perdió vigencia entonces muy rápidamente.

La segunda respuesta ensayada, y que era muy frecuente que apareciera en los relatos, se relacionó con la fragmentación de la tierra. Mencioné en un inicio que las familias solían ser muy numerosas. Los efectos de la herencia diluían rápidamente la cantidad de hectáreas que cada uno de los integrantes de esa familia recibía. Era la reducida herencia la que expulsaba de la propiedad de la tierra a los integrantes de la familia y los obligaba a arrendar, de modo tal de poder alcanzar la escala necesaria para producir. Muchos entrevistados afirmaron que esto así fue. Este testimonio también lo deja claro:

“Acordate que no eran tantos los campos. Porque acordate que en las divisiones del Padre Becher eran 40, 50, 70 hectáreas... pero el fuerte de nuestra colonia se produce hasta el año 68... ponele desde la fundación al desalojo, que la gente fue arrendando campo todo casi todo a lo que nosotros llamamos “los campos San Pedro” que eran los descendientes del general Urquiza. Eran todos campos... y ahí fueron a vivir y tenían, ponele, 70 has de campo. Y las familias también se hicieron numerosas. En vez de buscar otros horizontes, vivían en esos campos. Y no producían para el patrón, hay que ser realistas. Y vino el 68, la ley del desalojo, la ley es nacional... entonces el patrón dijo: ¡señores hasta acá llegamos! Y ahí vino la gran emigración de Santa Anita que de 4 a 5 mil habitantes con las colonias y después llegamos a tener apenas 1000 habitantes”

Sumando a la confirmación de la presunción con la que contaba, el testimonio resulta interesante porque fue en uno de los únicos que apareció la posibilidad de que el dueño del campo tuviese razón para expulsarlos. Esta charla la mantuve con un poblador que siempre vivió en el pueblo y el contacto con el campo no era del todo fluido. Sin embargo, otro relato cuenta en parte el mismo proceso pero desde un lugar opuesto. Él vivía en el campo y su familia también.

“Acá fue fuerte (*sobre el impacto de la Ley de Alquileres*) porque eran una cantidad de gente que... justamente que por lo que te decía yo recién, al no haber tierra las únicas tierras que quedaban era para arrendar. Entonces grandes terratenientes te arrendaban (...) Es interesante pero también te da bronca la explotación al colono. Porque el colono de tierras totalmente vírgenes las hacía productivas y cuando ya

estaba todo listo los rajaban. Bueno en el año 1968... pero fue en todos lados (...) con la ley fue muy grande porque una gran cantidad de gente arrendaba. Las parcelas eran entre 50 y 100 hectáreas, más grande no eran. (...) entonces en el año 68 se produce un gran éxodo. ¡Fue impresionante! Fue un saqueo”

Hay un segundo elemento que agudizó el efecto de *el desalojo* en Santa Anita. Las compras de tierras que el Padre Becher realizó no fueron suficientes para todos los inmigrantes alemanes del Volga que se encontraban en la ciudad de Crespo. Muchos llegaron poco después de la fundación del pueblo y al no poder acceder a la tierra por medio de la compra debieron hacerlo por medio del arrendamiento o, en segunda instancia, empleándose en las grandes estancias. Esto los dejó en una condición de gran vulnerabilidad al momento de la puesta en vigencia de la Ley de Alquileres.

Los que se fueron lo hicieron porque “no tenían nada que hacer en el pueblo”. Sin embargo, los que se quedaron son recordados como “los valientes”. Aquellos que permanecieron en el pueblo comenzaron a dedicarse a la actividad avícola. La actividad se inicia con gallinas ponedoras y la venta de huevos, actividad que tenía larga trayectoria en la comunidad, y luego muy tempranamente iniciaron la cría de pollos parrilleros. Es recurrente en los testimonios escuchar hablar del *milagro de Santa Anita*. Luego de *el desalojo* ellos consideran como un milagro que el pueblo haya sobrevivido, volveré sobre esto más adelante. Solo quiero destacar que en la medida que una de las aristas del riesgo es entendida como una situación entre medio de la destrucción y la seguridad, una vez que el éxodo ocurrió, si bien esa situación deja de ser considerada como riesgosa, deja marcas en la construcción del pasado de la comunidad que se expresan como un temor compartido ante la posibilidad de que ese evento vuelva a suceder; así el futuro se presenta como “amenazante” (Beck, 2000).

Como mencioné al inicio, el relato queda siempre atravesado por la idea de qué hubiese sido de Santa Anita de no haber existido esa Ley. Más allá de sus conjeturas, es probable que el futuro no hubiese tomado un camino diferente. Unos años después, aquellos colonos que quedaron en el campo por ser propietarios terminaron vendiendo las tierras. Claro que en ese caso la *sangría* fue lenta y no marcada por un acontecimiento tan claro como *el desalojo*. Pasó entonces ahora a los otros éxodos.

La conformación de las familias, la herencia y la tenencia de la tierra

La Ley de Alquileres que provocó *el desalojo* de los campos arrendados en Santa Anita fue el inicio del éxodo que se vivió en las tierras de la localidad. El principal factor que generó este fuerte impacto estaba dado por la composición familiar, los efectos de la herencia y la necesidad de arrendar tierras para asegurar su reproducción económica y social. Sin embargo, esta característica iba a hacer que la expulsión sea continua a lo largo de los años. Se trataba de familias muy numerosas incluso ya algunos años después de la fundación del pueblo.

Constantemente en los relatos aparece familias conformadas con un patrón común: estar integradas por 10 o 12 hijos, habiendo casos de 18 y hasta 25 hijos. Esa particularidad siempre generó un efecto directo sobre la fragmentación de la tierra y la pérdida de su propiedad⁹². Así lo destaca uno de los entrevistados:

“Los que llegaron a ser propietarios, como nuestro abuelo, según cuenta papa... te daban una tierra básica, que fue cuando el cura fundó el pueblo... le dieron no sé cuántas hectáreas, le dio esa tierra básica, pero ellos a su vez cuando crecían los hijos tenían que repartir esa tierra entre sus hijos y después generacionalmente... el abuelo llegó a comprar – no sé si él pensó en eso o que- pero llegó a tener no sé si 500 hectáreas, algo importante. Pero tenía mi abuelo no sé si 10 o 12 hijos, que a su vez eso repartirlo y volverlo a repartir ¡en dos generaciones ya está! Creo que mi viejo ya heredó 25. Se les achicaban los terrenos. Aparte tenés que tener en cuenta que la subsistencia en aquella época era diferente. En aquel tiempo vos necesitabas 20, 30, 40 o 50 hectáreas para subsistir, porque vos vivías en el campo. En aquella época si no tenías campo no subsistías”

Me quiero detener aquí en la composición de las familias santanitenses. La composición familiar, generalmente muy numerosa, hacía que *los terrenos se achiquen* y la escasez de campo los expulsara. Sin embargo, esta composición tan particular del núcleo familiar no

⁹² No se pretende aquí hacer un análisis exhaustivo de las estrategias de subdivisión de tierras y transmisión de patrimonio. Simplemente dar cuenta que los efectos principales que tuvo este proceso se materializaron en la fragmentación y atomización de la unidad productiva, de modo tal de no alcanzar la escala necesaria para la reproducción social. Claramente no se pudieron observar prácticas de herencia tal como destacan en sus trabajos Archetti y Stölen (1977), Seyferth (1985), Voyce (1994), Bardomás (2000), entre otros.

era cuestionada por mis entrevistados. Simplemente al hablar del tema lo mencionan como una curiosidad. Pareciera entonces que algunas prácticas sociales son “naturalizadas” en el sentido que son percibidas por los santanitenses en términos ahistóricos; y es sobre alguno de estos fenómenos sociales (aunque “naturales” en sus términos) se construyen los sentidos de pertenencia en Santa Anita. Siguiendo esta argumentación, aquí las cuestiones vinculadas con la composición familiar estarían actuado como una marca de origen natural y ahistórica para ellos (Guimarães, 1996).

Intenté en este sentido indagar sobre los orígenes de esta cuestión. Dado que uno de los motivos por los cuales dejaron Rusia fue la escasez de tierra, inevitablemente pensé que esta composición de familias numerosas tenía su origen en los años transcurridos en aquel país o, incluso, era una práctica invariante desde sus orígenes en Alemania; es decir, nuevamente una marca de origen “naturalizada” (Guimarães, 1996). Y en este sentido, con la presencia de familias numerosas, estaban repitiendo la misma práctica que los estaba dejando sin tierras.

Sin embargo, en diversas conversaciones sobre el tema y según investigaciones realizadas por ellos vinculadas con otras temáticas, surgieron diversos datos que invalidaron esta suposición. Las familias en Rusia no tenían esas características.

“Me han mandado censos de los pueblos de donde vinieron mis bisabuelos. Entonces eso te da una idea de la cantidad de hijos que tenían, y tenían los hijos... cuando nosotros vinimos acá, cuando nos criamos de chicos y escuchábamos lo que decían nuestros padres era así: 10, 8, 12 y te parecía normal. Y yo ahora veo esos censos de Rusia y tenían 2, 4, 3, 1 ... eso no es una herencia. (...) eso era una cosa que acá. No es algo normal.”

La pregunta ineludible en este punto es porqué las familias eran tan numerosas si, justamente, no era una práctica que hayan traído de su experiencia en Rusia. Claramente era una práctica adoptada cuando migraron a Argentina. Aquí hay grandes discrepancias entre ellos sobre los motivos.

Algunos destacan que cuando llegaron a Argentina comenzaron a *ser libres*, porque en Rusia el sistema ejercía una gran presión sobre ellos. Esto en parte puede considerarse como una de las causas; sin embargo, su libertad terminaba en el momento en el cual la

religión y los curas presentes en el pueblo imponían sus mandatos. Nuevamente aquí hay que recordar la especificidad que tiene la fundación de Santa Anita en tanto iniciativa de un cura católico. Desde el momento en el cual los inmigrantes se asentaban en las tierras de la colonia contraían una deuda con la Iglesia, y es esta institución la que estructuraba y ordenaba la vida en Santa Anita. En este sentido es que suelen decir que “los curas manejaban a Santa Anita desde el púlpito”. Un testimonio de una santanitense da cuenta específicamente cómo se manifestó esta cuestión en su familia; su abuela tuvo 18 hijos:

“Sacamos la cuenta con mi hermano y estuvo toda la vida embarazada (...) mi abuela me contaba que después de tener un hijo no podían entrar a la iglesia hasta que el padre las purificara. Dos meses después iban con el cura y las purificaba y después de ahí podían ingresar”

En esa misma conversación, me comentó que incluso luego de que las mujeres pudieran ingresar a la iglesia, una vez purificadas, la confesión que les tomaba el cura era muy estricta y, en cierta forma, ejercía un control directo sobre la natalidad. En este sentido, la iglesia controlaba, planificaba y ordenaba también la propia composición de las familias. El objetivo principal era tener familias numerosas. Sin embargo, esto apareció solo en un relato. Por lo general, como mencione anteriormente, solo era para ellos una curiosidad que decían nunca haberse cuestionado; era una característica “natural”.

Contextualizando esta gran cantidad de nacimientos en un pueblo con poca infraestructura y en épocas en las cuales las condiciones sanitarias no eran las óptimas, eran muy frecuentes las muertes tanto de los bebés en el parto como de las madres. En los relatos aparece un caso en el cual la madre dio a luz a su séptimo hijo y, ante la complicación en el parto, el bebé murió y a la madre “la tuvieron que vaciar ¡los curas estaban furiosos!”. La furia respondía a la detención de esa posibilidad de continuar la procreación.

Ahora bien, ¿cuál era el interés de la propia Iglesia de contar con familias numerosas? Y aquí me detengo en dos puntos. En primera instancia había una necesidad de poblar esas tierras. Y en segundo lugar, y como punto de mayor relevancia y fuerza, el proyecto del Padre Becher en nombre del Verbo Divino era generar un “semillero de religiosos”. Esto era posible solo si la población se incrementaba.

Lo cierto es que esta estrategia llevada adelante por la Iglesia, más allá de sus motivos, derivó en una gran fragmentación de la tierra por efecto de la herencia. Las divisiones hicieron que la unidad doméstica no alcanzara la escala necesaria para la reproducción, y esto resultó en éxodos constantes de los pobladores del campo hacia el pueblo, pero mayoritariamente hacia otras ciudades. Así, *los hijos de Santa Anita* no fueron solo producto de *el desalojo*, sino de esta *sangría constante* que dejó en el campo solo las *taperas*. La estrategia de la Iglesia generó en sí misma una encrucijada: el campo se despobló y la población de Santa Anita disminuyó.

Si bien el éxodo fue constante y se extendió desde *el desalojo* hasta el 2000, quizás este proceso continuo no está tan presente en la memoria de los habitantes como sí lo está el acontecimiento del año 68 debido a las características propias de ese acontecimiento. Tuvo una manifestación explícita, que se objetiva en el cumplimiento de una ley, sumado a un plazo relativamente corto de ocurrencia y un gran alcance dentro de la comunidad.

En este sentido, y buscando marcas más explícitas de este proceso, pude identificar también otro segundo momento en el cual comenzó un nuevo éxodo más evidente. Hay muchos relatos que marcan una expulsión del campo durante el año 1989. Hacia fines de los '80, el sector agrícola presentó baja rentabilidad. Sumado a esto la actividad se enmarcaba en un contexto más general signado por una gran crisis económica, hiperinflación, quiebre económico e institucional del aparato estatal. Los que aun vivían en el campo para aquella época eran los que, en términos de los entrevistados, "resistían".

Un tercer momento de desprendimiento de sus tierras en la historia de los santanitenses se dio en la década del 90. La realidad es que para aquel entonces ya no habían muchos lugareños viviendo en el campo pero si la propiedad de la tierra aún era mayoritariamente local. Si bien hubo mucha resistencia en varios de los pobladores, la mayor parte de los propietarios terminó vendiendo o dando en arrendamiento sus campos a terceros. A medida que el cambio tecnológico en el sector agrícola fue incrementándose, también la escala productiva se fue modificando. Estos efectos combinados -fragmentación de la tierra, cambios tecnológicos e incremento en la escala productiva- generaron nuevamente un proceso de venta de tierras. La actividad comenzó a ser para *latifundistas*:

"Lo que pasa es que la actividad productiva es para latifundista. Mi mamá cuando vendió ya tenían 82 hectáreas. Y eso era para quedarse con... incluso mi vieja tuvo

su poca ganas de vender pero ellos eran 6 hermanos y que iba a hacer con eso ella. Hay actividades que se podrían hacer con 82 hectáreas hoy. Pero hace 15 o 20 años ¡era la soja y chau! Voltear alambrados y chau ¡haga soja! y así terminó todo”

Y así llegaron *los rosarinos*. Al último éxodo se le sumó una de las principales ventas de tierras que aún en su mayoría eran propiedad de pobladores de Santa Anita. Los santanitenses, descendientes de alemanes del Volga y agricultores, se quedaron sin tierras.

Procesos de “comunalización”: el aislamiento y la autosuficiencia

En apartados anteriores describí dónde se localiza la planta urbana de Santa Anita y los diferentes accesos para poder arribar a ella. En los talleres que realizamos en 2015 recuerdo claramente como uno de los problemas destacados era la escasez de medios de transporte público que conectara al pueblo con las ciudades próximas principales; específicamente se referían a la necesidad de poder acceder a Basavilbaso (como conexión para llegar a Buenos Aires posteriormente) y a Concepción del Uruguay que, al ser cabecera de departamento, era el centro al cual acudían para cualquier trámite administrativo.

En aquel momento contaban con un servicio de transporte público de media y larga distancia que conectaba a diario la localidad con otras poblaciones de la provincia, pero la circulación se realizaba en horarios opuestos a los viables para realizar trámites. El ómnibus partía todos los días de Santa Anita hacia Concepción del Uruguay a las diez de la noche e ingresaba al pueblo todas las mañanas alrededor de las once⁹³. A su vez, la frecuencia de este servicio tampoco estaba garantizada. Los relatos dejaban claro como en varias oportunidades, cuando no eran muchos los pasajeros que descendían en la localidad, el micro “no entraba al pueblo”. Sí contaban con servicios de remises –tanto formales como informales- y de cadetería que realizaban viajes y trámites en las localidades de Basavilbaso o Concepción del Uruguay. Estas últimas opciones eran más caras y, por lo tanto, no era masivas, ni utilizadas frecuentemente.

⁹³ Un elemento que hacía incluso más dificultoso el uso de este medio de transporte era que en aquel momento no se contaba con un local de ventas de pasajes en el pueblo. Los boletos se vendían en la ciudad de Basavilbaso, a 50 kilómetros del pueblo. El servicio no estaba planificado para que los pobladores de Santa Anita sean usuarios frecuentes.

Si bien el problema se manifestó incluso desde sus cuestiones más cotidianas, como hacer un trámite en algún organismo público, acceder a algún centro de salud de mayor complejidad que el existente en la localidad o incluso acceder a una entidad bancaria, la mayor preocupación se vinculaba con aquellos chicos –sus hijos- que se encontraba estudiando carreras terciarias y universitarias en ciudades próximas o incluso en Buenos Aires y debían regresar para visitar a sus padres. La comunidad en aquel momento demandaba que el sistema de transporte público fuese diario y que conectara la localidad por la mañana con la cabecera del departamento y que regresara luego del mediodía. También reclamaban la necesidad de un transporte de frecuencia semanal que los comunique con la capital del país.

En 2017, cuando hice mi nuevo ingreso al campo logré experimentar esa dificultad para poder llegar al pueblo; en cierta forma comprendí en primera persona esa condición de aislamiento. Si bien en aquella oportunidad llegué en auto, el regreso debía hacerlo con algún medio de transporte público así que comencé a indagar sobre las opciones para mi partida.

En un principio los propios vecinos no me pudieron confirmar si el micro “seguía entrando” al pueblo. Tampoco estaba claro el horario, ni el lugar por donde transitaba (claro está que no había una terminal o un lugar específicamente asignado para el ascenso y descenso de pasajeros). Una de las personas que me dio datos más certeros me dijo que por las noches no estaba “escuchando al micro”. Su casa estaba localizada aparentemente en un lugar próximo a su recorrido dentro del pueblo por lo que podía notar el ruido del motor en su ingreso y egreso. Fueron realmente muchas imprecisiones y solo algún dato teñido de incertidumbre⁹⁴. Esta cuestión hizo que termine contactando con uno de los tantos “servicios de remís”.

El remís fue siempre una opción cara, pero simplemente era mi única opción para llegar al pueblo. El más accesible de todos los medios de transporte de tipo privado correspondía a un habitante de Santa Anita que trabajaba diariamente en Concepción del Uruguay, por lo que “aprovechaba” el viaje y prestaba servicio de cadetería y traslado. Esta particularidad hacía que los horarios de traslado fueran fijos y de alguna forma debía amoldarme a ellos.

⁹⁴ Luego, en viajes siguientes, supe que por un problema gremial esa semana de mi visita se había discontinuado el servicio. También finalmente me pudieron indicar dónde se vendían los pasajes y de dónde partía el micro. Pero todos coincidían en decirme que no era seguro “que el micro entrara”.

Claramente tampoco la hacía una opción rápida y cómoda pero, nuevamente, era la única opción. Un viaje que normalmente no suele superar las cuatro horas, duraba más de doce.

Después con el tiempo noté que entre ellos había otros circuitos de movilidad. No tenían mucha información sobre el medio de transporte público porque casi nadie lo utilizaba. Por lo general aquel que contaba con vehículo propio y tenía planificado un viaje, se ponía en contacto con aquellos más allegados y en cierta forma ofrecía un servicio de traslado informal. Se generaba una circulación de la información diferente que hacía que ellos mismos se organizaran para entrar y salir del pueblo. Claro que siempre de una forma u otra tenían que amoldarse a las opciones que estaban a su alcance. En caso de tener que hacer algún trámite o asistir a algún centro de salud en Concepción del Uruguay, generalmente acordaban entre varios para compartir el viaje y el gasto.

Mis ingresos y egresos al pueblo durante el 2017 fueron muy frecuentes. Si bien fui adoptando diferentes estrategias, nunca fue ni fácil ni rápido. Es inevitable pensar que si aun en 2017, y a más de cien años de la fundación el pueblo, el acceso sigue siendo complejo, en sus inicios esta dificultad debe haber sido exponencialmente mayor. Y en cierta forma esa condición de aislamiento fue un factor determinante en la construcción de su sentido de comunidad. El aislamiento parece haber dejado huellas en los procesos de “comunalización” que dan significado a su presente y nuevamente los hace únicos y diferentes; les da marcas y sentido de pertenencia (Brow, 1990).

Aquí resulta necesario volver a la figura de *el fundador* y su rol en la configuración de la espacialidad de la comunidad en la actualidad. Los mismos santanitenses han cuestionado justamente el sitio en el cual se fundó el pueblo. En este sentido, dos cuestiones se destacan. En primer lugar no se estructuró en torno a la Estancia en la cual se estableció originariamente el Padre Becher, una de las únicas construcciones existentes en los campos comprados. Las extensiones de tierra adquiridas en primera instancia por el Padre Becher incluso le hubiesen permitido fundar el pueblo en algún lugar más cercano a Villa San Marcial (Estación Urquiza), donde justamente estaba la estación de ferrocarril. Esto podría haber asegurado una entrada y salida del pueblo más simple y, junto con esto, un contacto e intercambio más fluido con sus pueblos vecinos. Sin embargo esto no fue así. La decisión del Padre Becher de establecer el pueblo lejos de la estación, en el lugar que actualmente se encuentra, agudizó aún más la condición de aislamiento.

Los santanitenses coinciden en destacar que *nada fue casualidad* porque el Padre Becher nunca *no dejó nada al azar*:

“Con el tiempo vas sacando conclusiones de que todo no fue al azar, que fue todo pensado... fue todo casi sistemático, diría yo. Porque, por ejemplo, *el fundador* compró el casco de la estancia más las 6400 hectáreas, entonces cuando se estableció en la estancia que él compró la pregunta siempre surgió de por qué no hizo el pueblo ahí. Si lo podría haber hecho, ya que estaba la estancia... o sino, como paso en todos lados, que se fundaban con una estación de tren y el pueblo florecía por los costados. Y bueno este acá fue un caso raro y muchos se preguntaban por qué. Llegue a la conclusión de que se estableció acá porque, primero, topográficamente eligió el lugar. Porque acá estamos como en una hoya, estamos en un bajo en la geografía de Entre Ríos. Tan es así que no ha habido en ciento y pico de años tormentas que hayan derribado techos acá en Santa Anita. Los vientos muy comúnmente pasan por arriba. Pero aun así, aunque estemos dentro de una hoya, también tenemos dos cañadas que hacen que el pueblo nunca se pueda inundar... son dos cañadas, no arroyos. (...) entonces que pasa, el agua sale rápido del pueblo, se va a las cañadas, las cañadas se inundan un rato y en una hora escurren a los arroyos. (...) eso estaba planeado. Se buscó dentro de las 6000 hectáreas cuál era el mejor lugar para ubicar al pueblo. Porque lo podría haber hecho por lo menos en el límite para estar más cerca del tren. (...) También se dice que no lo hizo en la estancia porque él no quería ningún arroyo, ningún río, nada que interfiera con el tren, con la salida. Por eso de Santa Anita a Urquiza no vas a ver ningún puente ni nada. Que siempre tuviera una salida al tren, que era en ese momento la vía de escape, la vía de comunicación con el mundo... él quería que no interfiriera nada”

En este testimonio hay varias cuestiones que se destacan. En primera instancia se reitera la necesidad de la búsqueda de la verdad en datos materiales para justificar su ubicación en el territorio y asignarle un atributo positivo a ese aislamiento. En segundo lugar, su territorialidad esta nuevamente atravesada por un *personaje* de su pasado que con su decisión da sentido a su presente, lo justifica y lo refuerza. Ese aislamiento en este testimonio no fue tal, fue producto de la mejor decisión de localización según ciertas condiciones específicas del territorio identificadas por *el fundador*.

Sin embargo, también se suele afirmar que el Padre Becher eligió ese lugar siendo consciente del aislamiento y, en cierta forma, buscándolo. Una de las autoras del libro de la historia del Santa Anita comentó que al hacerle una entrevista le preguntaron si la elección del lugar del pueblo había sido por casualidad⁹⁵. Según ella “él quiso el medio de la nada”. Ella en aquella entrevista contestó: “yo le afirmo que el cura quería esto. Este lugar, que no tengan roce con la gente. Era muy inteligente para algunas cosas. Cómo no se va a dar cuenta que acá no tenían nada cerca”. También me contó que el plano de la planta urbana, que también lo planificó el Padre, lo hizo “bien simétrico, como era él, muy medido”. El Padre Enrique Becher fue un líder no solo espiritual, sino también civil y político de la comunidad.

Si bien se puede optar por una u otra de las explicaciones, o pensar que ambas tienen sentido incluso si operan en conjunto, lo cierto es que *el fundador* es central para ellos para comprenderse a sí mismos y, por tanto, en la configuración de la comunidad actual. En sus configuraciones de sentido fue él quien eligió que la comunidad esté aislada, ya sea por cuestiones que los beneficiaban geográficamente o por otras razones. Y en imprimir en esta condición de aislamiento material una impronta territorial que nuevamente les da sentido de pertenencia. Este aislamiento también los transformó en un pueblo *autosuficiente* en el pasado, impronta que también trasladan a su presente. Esta condición quedó en parte descrita en capítulos anteriores cuando se trabajó sobre la densidad de instituciones y organizaciones presentes en el territorio. Nuevamente la lectura sobre esta condición se puede realizar en términos de la fuerte presencia de lazos de solidaridad ante una situación percibida como riesgosa en el medio de la cual emerge la comunidad del miedo, en términos de Beck (1996).

Ahora bien, esta condición de aislamiento en el pasado también quizás reforzó la figura del Padre Becher. como organizador y garante de la reproducción de la comunidad. En los relatos se destaca que “él era quien abastecía a todo el pueblo”; “El fundador hizo todo”; “hasta atendía partos”⁹⁶. Y así se fue construyendo la representación de que los colonos le

⁹⁵ Me refiero al libro escrito por Honeker y Jacob (2000)

⁹⁶ Actualmente frente a la plaza aún se encuentra una construcción antigua en la cual funcionó la primera parroquia del pueblo. La construyeron en 1905. Los curas se habían establecido en los fondos de esa construcción y adelante cuentan que estaba la primera proveeduría del pueblo, que también le pertenecía a los religiosos: “y ahí traía todo lo que necesitaban los colonos: alpargatas, te, no se... azúcar, lo que necesitaran. Todo”

debían mucho, tanto material como simbólicamente. Esta narración se sostuvo a lo largo del tiempo, pasando a conformar una parte importante de la historia de Santa Anita, de su mito de origen, dando sentido a buena parte de las que identifican como sus características fundamentales (el aislamiento, la autosuficiencia, el trabajo duro, el orden). No hay que olvidar que en los primeros años los pobladores habían contraído una deuda con él por la adquisición de las tierras (han sido en algunos casos hasta 10 años el plazo de pago), generando una deuda material. A su vez, el Padre Becher había sido muy cuestionado por sus decisiones, estimándose incluso que fue expulsado o suspendido de la Congregación del Verbo Divino por unos años hasta que logró saldar la deuda de la compra de las tierras. Esto los colonos también lo sabían; así, la deuda era además simbólica. Según cuentan era una persona muy solidaria y bondadosa pero a su vez muy estricta porque *los tenía cortitos a los colonos*. El control y el orden, como se manifestó en apartados anteriores, incluso alcanzaban a la planificación de la familia y el control sobre la natalidad.

Cuando intentan reconstruir su historia, el Padre Becher aparece como ejemplo de trabajo, sacrificio y esfuerzo. Todas esas características fueron resignificadas en el presente y objetivadas en la categoría *gringo*, reforzando su sentido de pertenencia. Una vez desaparecido el Padre Becher, lo que garantizaba en parte su perdurabilidad en el tiempo en tanto comunidad, los valores que reconocieron como propios y le dan sentido a su existencia, son, entre otros: el trabajo, el sacrificio y el esfuerzo. Paralelamente, el aislamiento y la autosuficiencia, constituyen la condición de posibilidad y la consecuencia del ejercicio sostenido de estos valores, desde la perspectiva santanenses.

Sin embargo, la condición de aislamiento vinculado a vivir en “comunidades cerradas” también aparecía en los relatos haciendo referencia a sus años en el Volga. Parecía ser una práctica que no les resultara ajena:

“Nosotros nos mantuvimos así porque ya veníamos de Europa viviendo de ese modo, viviendo en colonia cerradas ¿Por qué nos mantuvimos en colonias? Por la autoprotección, sobre todo en Rusia. Por el miedo que los liquiden todos las tribus. Si la Emperatriz Catalina nos puso ahí como carne de cañón, para proteger las fronteras rusas. No es que todo lo que nos había prometido era cierto, que teníamos que cultivar. Esto se traslada también acá, a América; la autoprotección, el vivir en grupo. Casi nos echan de la provincia de Entre Ríos porque no aceptamos la

disposición del Gobierno de vivir en la colonia, de vivir en el campo. Porque el destino de los alemanes del Volga en Entre Ríos era que el gobierno nos daba por la costa del Paraná... les daba 40 hectáreas a uno, 50 hectáreas a otro (se refiere a la primera llegada de los Alemanes del Volga que lograron acceder a la tierra). Bueno, lo que ellos querían, tanto así que no querían mucho y el gobierno les quería dar más, pero con la condición de que vivan en el campo. Y se negaron de tal manera que hubo un enfrentamiento. Decí que primó la cordura y el Gobierno acepto que vivan en aldeas. Ellos presentaron argumentos de religión...”

El aislamiento aparece aquí con un vínculo fuerte ya no solo a su pasado sino también a su origen, de modo tal de dar sentido a su presente. Si bien ocuparon el campo, porque eran *agricultores*, trataban de mantener cierta proximidad entre ellos que a su vez los separaba de los otros. Ellos vivían en *comunidades cerradas* y aislados. Esta forma de ocupación territorial en aldeas fue la manera de autoprotegerse en Rusia de lo *de afuera*. Y siguió siendo una práctica fuerte en Argentina, según este testimonio, aunque claramente resignificada. En su paso por Rusia protegían sus vidas y las de sus familias. En este nuevo contexto pareciera ser que lo que protegen es ese sentido de pertenencia que los hace “alemanes del Volga”, que los hace *gringos*. Y el temor a la pérdida también es un elemento que está siempre presente; sobre este temor se enhebra la noción de riesgo en Santa Anita que terminará por expresarse de distintas formas como se verá.

Este aislamiento también aparece permanentemente en los relatos vinculados con *el desalojo*. En relación con “el milagro de la supervivencia de Santa Anita” después de ese evento, los lugareños argumentan que lo que hizo posible el *milagro*, fueron dos cuestiones: el *aislamiento* y *la cultura*. Y en ellas queda contenida una tercera, su condición de *autosuficiencia*.

El aislamiento también era, para ellos, consecuencia del idioma: “Si nosotros no hubiéramos vivido en aldeas no nos entendíamos con nadie. Si no hablábamos ni una palabra en castellano. Eso también nos aisló, nos aisló por muchos años”. La fundación de la escuela primaria en 1905 fue el inicio de la apertura al idioma local, aunque todos los docentes por mucho tiempo también hablaban alemán. Los primeros inmigrantes nunca aprendieron el español como lengua local. Y las generaciones siguientes continuaron hablando los dos idiomas casi de manera indistinta. Actualmente se sigue hablando el idioma, el cual es un

dialecto único. Es muy común que los saludos y que algunas palabras específicas sigan siendo habladas en el idioma original. Este aislamiento ya no es solo material, es también simbólico.

¿Gaül o Pferd? El dialecto como condición simbólica de aislamiento

En una de mis visitas a la biblioteca estaba sentada junto a Claudia, la encargada, cuando entró un señor de unos setenta años y saludó en alemán. Ella lo saludó en el mismo idioma y me dijo “acá todavía hablamos alemán”. Claudia se disculpó por un momento conmigo y lo atendió. Esta escena se repitió en varios contextos. En el saludo era lo más frecuente, también el uso de algunos sustantivos y además era posible, aunque no de manera tan frecuente, escuchar diálogos enteros en esta lengua entre los pobladores.

El *dialecto* tiene un papel central en la comunidad y puede pensarse como “tradición inventada”, entendida ésta como práctica que busca inculcar valores o normas de comportamiento por medio de su repetición, implicando continuidad con el pasado (Hobsbawn, 1990). Por medio de esta “tradición inventada” se busca reforzar nuevamente un sentido de pertenencia que da curso, en este sentido, a otro proceso de “comunalización”.

Es preciso aclarar que se trata de un *dialecto* porque en reiteradas oportunidades cometí el error de pensar que el idioma que aun hablaban una parte de los santanitenses era el alemán. Sin embargo, por más que la mayoría lo denomine de esa forma, algunos lo definieron como un *dialecto único* o como una *reliquia idiomática*. Se trata del idioma alemán antiguo que hablaban sus antepasados a fines del siglo XVIII, antes de migrar para Rusia. Este difiere en parte con la lengua hablada en la actualidad en Alemania. Y, si bien son invisibilizados por muchos, sumó elementos de la lengua rusa.

Son pocos los que actualmente lo escriben -aunque son muchos los que lo hablan- porque, según cuentan, es muy complejo: “se escribe de una forma y se dice de otra”. En Santa Anita hay dos *dialectos* que conviven y que a su vez, con el paso del tiempo, también se fusionaron dando una impronta particular.

Una de las entrevistas más interesantes al respecto fue con Martín. El nació en Santa Anita, pasó parte de su infancia en el campo y luego migró para continuar una carrera universitaria. Él tiene un interés muy particular por la historia de su pueblo, por su historia, e investigó mucho en relación al idioma. En su niñez notaba que a un mismo objeto algunos dentro del pueblo lo llamaban de una forma y otros de otra. Por ejemplo, al caballo. Algunos se referían a este animal como *Gaül* y para otros era *Pferd*. Esto hizo que él mismo indague sobre esta diferencia de dialectos, inclusive dentro de Santa Anita:

“Hay más de 40 dialectos... acá, en el pueblo hay dos o tres. Estaba el Alto Volga y el Bajo Volga. O sea el río Volga dividía a la montaña y el valle. Es como que estaba dividido en cuatro. La división principal era por el Volga: el valle y la montaña. Y a su vez, los de arriba eran los católicos y los más de abajo los protestantes (...) cuando ellos llegaron de Alemania se asentaron antes del río, no cruzaron para el lado de la montaña porque era menos complejo. Y el *Contor*, que era el ruso que controlaba el establecimiento de las aldeas y que recibía el cupo de inmigrantes, lo separó a los católicos de los protestantes. Es como que había una línea imaginaria que se formó entre las colonias católicas y protestantes. Pero cuando esto se llenó de *gringada* empezaron a pasar el río y se pusieron en la montaña. Y depende de la zona de Alemania que venía traía su dialecto. Esta aldea (*en relación a Santa Anita*) es toda católica porque el padre que la fundó era un cura católico”

La mayoría de los santanitenses creció escuchando a sus abuelos hablar este alemán particular y era inevitable también notar como sus padres conversaban con sus abuelos en esta lengua. Algunos de ellos aún lo siguen hablando habitualmente o entre adultos cuando no quieren que sus hijos se enteren lo que están hablando. Esta es una de las ocasiones en las que más se utiliza el *dialecto*, aunque nada garantiza que los chicos no hayan aprendido ya algo de lo que los adultos dicen. Otros utilizan algunas palabras pero no estructuran oraciones. Y algunos quizás solo lo comprenden pero ya no consiguen hablarlo. En una entrevista con el director del hospital comentó cómo aún muchas de las personas más ancianas solo hablan el *dialecto*⁹⁷.

⁹⁷ El actual director del hospital no es santanicense. En la entrevista que tuve manifestó esta cuestión como algo distintivo que generaba en parte cierta dificultad para trabajar con la gente más anciana.

Este dialecto se fue transformando incluso en territorio ruso. Por más que en cierta forma esta mutación sea invisibilizada desde lo discursivo por muchos de los santaninteses (ellos afirman que hablan alemán), quienes estudian este tema coinciden en que al menos 200 vocablos se incorporaron a su idioma. Se trata en su mayoría de palabras necesarias para el mínimo intercambio con la población rusa, aquellas palabras “necesarias para sobrevivir”. Esa condición o necesidad de supervivencia permitió que ingrese parte de vocablos rusos para garantizar la preservación de la comunidad. Los migrantes alemanes permanecieron cien años en Rusia y, en cierta forma, continuaron viviendo con sus normas; eran, en sus palabras, *un país dentro de otro país*. Los vocablos en ruso que se mezclaron con su dialecto respondían, en realidad, a la necesidad de comunicarse dentro de Rusia para comerciar, para intercambiar, para trasladarse. Esto hace que la invariabilidad destacada en sus representaciones no exista como tal. De todas formas, más allá de haber incorporado palabras del ruso, ellos destacan que hablan un dialecto del alemán.

El Padre Jorge, el primer cura párroco luego de que se retirara la Congregación del Verbo Divino, fue también el primero de habla no alemana. Ellos mismos afirman que: “acá si o si tenías que tener un cura de habla alemana, sino ¿cómo te entendías? Si bien los pecados parece que son iguales en castellano o en alemán pero bueno, hay que entenderlo”. Aunque la misa se celebraba en latín, cuentan que la prédica desde el púlpito se brindaba en alemán: “para retarlos bien y que entiendan todos”.

El temor a la pérdida en torno a este dialecto está permanentemente presente en los relatos⁹⁸ y esa pérdida configura un riesgo para la comunidad. En términos de Beck (2000), toda amenaza de destrucción de ese dialecto es leída como un riesgo. Para aquellos que aún habla ese dialecto, esa debe ser una práctica que debe mantenerse inalterada. Lo que desde mi mirada era algo distintivo —que aún en Argentina y luego de dos migraciones se continúe utilizando esa lengua— para ellos estaba atravesado por la pérdida y el riesgo de extinción. En este sentido se destaca una conversación que tuve con un lugareño⁹⁹:

I—Es increíble cómo el alemán lo siguen hablando

⁹⁸ El mismo sentido de pérdida luego se va a repetir en varios ámbitos, en especial cuando hablan de *la cultura*, en la tranquilidad que tiene el pueblo, en las tradiciones de campo, entre otros. El temor a esa pérdida es una amenaza al orden. El temor es a la pérdida de la comunidad imaginada en la que viven y no a alcanzar aquel futuro que desean. Estas cuestiones se retomarán más adelante.

⁹⁹ “I”: investigadora; “E”: entrevistado.

E —Si, ¡pero cada vez menos! Es la última generación. Se va a perder, eh ¡Se va a perder muy rápido! Vos sabes que mis chicos no hablan más alemán

I — ¿Pero lo entienden?

E —Puede entenderlo, si

I —Pero igual ustedes lo mantienen desde hace mucho. Son 100 años!

E —No, ¿cómo son 100 años? Son 300 años que hablamos la última vez el alemán en nuestra madre patria. En el año 1764 hablamos por última vez en Alemania. Son muchos años. Lamentablemente no está escrito en ningún lado, por eso se va a perder. Es que al ser dialecto no está escrito

Cohen (1982) afirma que el sentido de pertenencia de una comunidad puede ser evocado por cualquier medio, como por ejemplo la utilización del lenguaje. Se expresa en todas aquellas cuestiones que tienen sentido y significa algo para ellos que no significa para otros. La pérdida de este *dialecto único* significa la pérdida de un elemento donde se objetiva la diferencia, por lo tanto, desde su percepción, cualquier amenaza de destrucción de ese dialecto implica poner en riesgo a la propia comunidad (Beck, 2000).

El espacio en el cual se expresa más el uso del idioma es en la música. Es habitual escuchar en la radio local polcas en alemán, aunque en ese caso no se trata exclusivamente del dialecto. Sin embargo, en este ámbito es en el cual se encuentra más presente la lengua. La música también suele ser el eje de todas las celebraciones locales.

Localmente hay algunos grupos musicales que siguen representando canciones cuyas letras y música son aun las originales de sus antepasados alemanes. Juan, de 44 años de edad integrante de uno de estos grupos, tiene un gran conocimiento musical. El grupo que integra, casi totalmente familiar, ha sido invitado a muchas celebraciones de los Alemanes del Volga en distintos pueblos, e incluso han participado en eventos realizados en Buenos Aires. Ante mi pregunta sobre el contenido de las letras de las canciones, él trajo una carpeta que contenía un cancionero, y repasó junto a mí cada una de las canciones:

“Las letras son más bien... tienen un trasfondo triste. Cuentan mucho las historias de la gente y las cosas que pasaron allá. Algunas canciones son repetidas... es decir, en Rusia ya se repetían esas canciones alemanas llevadas a Rusia. O que eran, más

que nada... vos pensá que muchas de esas canciones eran de 1700... antes... llevadas por esta gente... o 1800... en 1774 migraron a Rusia, hasta que en 1878, que fue una de las primeras emigraciones a Argentina, ellos trajeron esa música. No todas las canciones, porque hay de todo dentro de esas canciones. Es lógico que se haya filtrado música nueva... pero ellos trajeron de Alemania esas canciones muy antiguas que hablan de historias de agricultores, tristeza de la pobreza que pasaban... ellos fueron a Rusia por pobreza, no fueron porque... fueron porque les prometieron que iban a ser dueños de sus tierras. Eran agricultores, gente pobre”

En su mayoría se trata de cantos que son atravesados permanentemente por la representación de la partida y el sufrimiento: “todos nuestros cantos son muy tristes, son de despedida. Porque nuestra vida se marcó por las emigraciones, por las guerras, por todo lo que nos pasó”. Por medio de la música interpretada en su *dialecto* intentan que ese pasado de partidas, sufrimiento y sacrificio forme parte de su presente y, en tanto elemento distintivo de la comunidad, no se pierda.

Nuestra entrevista se prolongó y esa noche pude escuchar tocar a parte del grupo: a su papá y a él. Luego de la misa, cuando regresó la mayor parte de la familia, cenamos juntos todos en su casa. Me cantaron canciones en alemán. Todas continuaban en ese tono melancólico y dolorido, según lo que me iban relatando, y muchas también hacían referencia al sacrificio del trabajo en el campo.

Un hecho fue realmente interesante. Juan quería tocar las canciones en alemán, ya que justamente había sido un tema que había ocupado un lugar central en nuestra entrevista. Sin embargo, su padre insistía en tocar algún folklore nacional. Repitió varias veces: “se aburre porque no entiende, pobre. Cantemos alguna conocida”. Fue una noche muy intensa. Si bien percibí por un instante una sensación de integración con la comunidad, también noté como el idioma que temen perder actúa como una barrera que los contiene y marca las diferencias entre el *adentro* y el *afuera* de la comunidad. Es justamente aquello que resalta Cohen (1982), lo que les da sentido a ellos y los diferencia de otros. Preservar ese idioma asegura la existencia de la diferencia y, por tanto, de esa contención, de ese límite. Y justamente, si la amenaza está en lo *de afuera*, una vez que el dialecto se deje de hablar se estaría derribando (o al menos desdibujando) una de las barreras simbólicas principales que contiene, incluye y excluye a los miembros a la comunidad. Tal como Beck

(2000) define al riesgo, al existir una amenaza directa sobre la potencial destrucción de este dialecto, también existe un riesgo sobre la comunidad. A su vez, en tanto “tradición inventada” consigue mantener invariante parte de su pasado y recrearlo regularmente en el presente. También proyecta un futuro en el cual al ser el riesgo un fenómeno contingente, este puede ser evitado (Luhmann, 2006).

“Acá cuando te ponés de novio tenés que tener cuidado”

A medida que avanzaba en el trabajo de campo comencé a notar que los apellidos de los habitantes se repetían. Indagando sobre esta cuestión los lugareños afirmaban que en realidad algunos apellidos se repetían pero pertenecían a familias con orígenes diferentes. Sin embargo, resultaba llamativo que los apellidos no solo se repetían, sino que no eran muchos; ni mucho y menos diversos. ¿Era posible que las alianzas entre familias fueran más próximas que lo habitual en otros contextos?

Para comenzar a trabajar sobre esta cuestión hice una visita al cementerio local. El cementerio, como casi todo en Santa Anita, también tiene una particularidad: no es un espacio municipal sino que pertenece a la parroquia. Ellos mismos se encargaron de decirme que esto no era algo habitual y que hasta consideraban que era uno de los pocos cementerios parroquiales existentes.

El cementerio se encuentra localizado por fuera del pueblo, contiguo a la calle del *tránsito pesado*, la cual marca para los santanitenses la división entre el pueblo y el campo. Por el frente del cementerio, cruza una de las salidas que tiene Santa Anita. Esa salida del pueblo suele ser muy transitada porque el camino conduce hacia aquellos campos más grandes de la localidad, a la Estancia San Pedro, y también, dependiendo del camino que se tome, se puede acceder a otros pueblos de importancia, como por ejemplo Villa Elisa.

El portal de ingreso al cementerio está justo en el medio exacto del predio. Luego del ingreso, hay un sendero que divide lo divide en dos partes iguales. Sobre la izquierda la capacidad está casi completa. No así sobre la derecha, donde solo un tercio del predio está ocupado. Las tumbas se disponen formando caminos perpendiculares a este sendero central. A los costados del camino, acompañando todo su recorrido hay esculturas representando el vía crucis. En el centro de ese sendero, el cual tiene aproximadamente

cien metros de recorrido, está la sepultura del Padre Hummel, el sucesor del Padre Becher. Al final del camino hay una pequeña capilla. Detrás de esa capilla, ya del otro lado del cementerio, hay campos dedicados a la ganadería.

Me detuve un largo rato sobre el lado izquierdo. La simetría también se dejaba entrever en aquel lugar. Varias cosas me resultaron llamativas. En primer lugar, la disposición de los difuntos. Podía fácilmente detectarse que los apellidos se dividían en función de las filas. Sumado a eso, habían muy pocos apellidos que no fueran alemanes, o al menos que lo parecieran. Y los apellidos alemanes tampoco eran muy numerosos y se repetían mucho. La mayoría de ellos los había escuchado nombrar y, en muchos casos, había entrevistado gente con esos apellidos.

En cierta forma mi visita al cementerio confirmó lo que ellos mismos destacaban, que la comunidad se mantuvo cerrada. Era raro encontrar allí un apellido que no fuese (o pareciese) alemán. Más aún, que no estuviese en la nómina inicial de inmigrantes que contrajeron la deuda con el Padre Becher para adquirir tierras. Si bien había algunos que se repetían mucho, también había algunos otros que quizás no eran tan numerosos, pero sí eran alemanes. Yendo incluso más en detalle, en mi visita noté que muchas tumbas estaban juntas, unidas. Se trataba en su mayoría de los matrimonios, aunque también en muchos casos se habían sumado otros cuerpos más de familiares en sea tumba. En esas uniones matrimoniales también era difícil encontrar apellidos que no fuesen alemanes y que fuesen diferentes a los pocos apellidos alemanes que se repetían. Esto hacía suponer que incluso los casamientos se realizaban entre miembros de la comunidad. Estos apellidos, aunque pocos, comenzaron a mezclarse entre sí.

Teniendo en cuenta lo recabado en esta visita volví a las entrevistas y noté que cuando a mis interlocutores les mencionaba por cualquier motivo el nombre de otra persona entrevistada la identificaban como un pariente. Es decir, era difícil encontrar ocasión en la que al mencionar a alguna persona del pueblo no tuviese alguna relación de parentesco, ya sea de sangre o política, con otra. Comentando esta situación con la bibliotecaria del pueblo ella expresó: “es que acá nos conocemos todos, porque somos todos parientes. Acá no sé si

hay alguien que no sea pariente con otro. Todos nos conocemos". Santa Anita parece ser así como una *gran familia*¹⁰⁰.

Buscando comprender mejor la recurrencia que comenzó a tener la expresión *-acá somos todos parientes-* comencé a preguntar específicamente sobre esta cuestión. Un entrevistado relató una anécdota sobre una de sus primeras visitas al pueblo junto con su novia. Él había migrado para realizar sus estudios secundarios a Esperanza y nunca había dejado de visitar a su familia. Recordó que en una de esas visitas fue al cementerio con su novia, quien también tenía lazos con la comunidad. Allí encontró a su abuelo cerca de la tumba de un familiar de ella. El abuelo los hizo confundir pensando que eran parientes y él se puso realmente nervioso. En relación con esa anécdota comentó:

E —Acá cuando te pones de novio tenés que tener cuidado. (...) nos conocíamos (con su novia), no de chicos porque yo soy 5 años más grande. Pero sabía quién era, hija de quien.

I—Pero ustedes... ¿es como que buscan gente de acá...?

E —Yo digo no, ¡pero sí! Ojo que también hay muchos casos de chicas y chicos que se casaron con *criollos*, descendientes de españoles, italianos. En mi familia tengo de todas las colectividades. Pero indirectamente sí, vos buscas, se ve.

Este caso se repite curiosamente. Hay muchas familias conformadas fuera de Santa Anita, con personas que migraron del pueblo, ya sea por estudio o trabajo, o incluso que nunca vivieron en el pueblo. Sin embargo, es sumamente frecuente que aun así terminen estableciendo pareja con un/a santanitense. Esta particularidad no es algo que ellos registren como problemático, ni mucho menos, por el contrario se encuentra naturalizado como parte de sus prácticas habituales.

A medida que avanzaba en el trato con los santanitenses pude comprobar que los casamientos entre primos segundos y/o primos hermanos, eran frecuentes. Lo cierto es que esto no era algo común en los primeros años del pueblo ya que, según testimonios, han

¹⁰⁰ Algunos testimonios incluso dan cuenta que era una práctica no aceptada que se produzcan casamientos con personas por fuera de la comunidad. Y se generaban muchas rivalidades con los pueblos vecinos, al punto tal que para ellos los habitantes de Villa San Marcial eran conocidos como *los negros*, a diferencia de ellos que eran *los gringos*.

encontrado escritos en las crónicas del Padre Hummel en las cuales se ha tenido que pedir autorización a instancias superiores para poder concretar un casamiento entre primos segundos. Sin embargo, en la actualidad es una práctica frecuente que no presenta mayores dificultades. Ellos mismos incluso lo entienden como una consecuencia inevitable de su devenir: “ahora es más común porque cada vez somos menos y no queda otra”.

Si bien, tal cual resaltaba el entrevistado, existen casos en los cuales *los gringos* forman familias con *los criollos*, estos últimos nunca dejan de perder la condición de *criollo*. Quizás ya no están totalmente por fuera de la comunidad, pero tampoco son considerados parte plena de la comunidad aunque se encuentren casados con un *gringo*. Solo a modo de muestra vale la pena tener en cuenta el siguiente detalle, a mis interlocutores les constaba mucho identificar al remisero con el cual viajé frecuentemente en mis idas y venidas de Santa Anita. Cada vez que les mencionaba que era “Jorge” el remisero, no conseguían darse cuenta de a qué persona me refería. Nunca lo llamaban por su nombre propio. Jorge nunca fue Jorge. Para mis interlocutores él, en realidad, era “el esposo de Silvia”, una santanitense descendiente de la comunidad originaria. Jorge es *criollo*, está por fuera de la comunidad; él es *de afuera*.

Capítulo 7

El *tapera tour*: recreando la vida en el campo

Un domingo en Santa Anita

Retomando el planteo del capítulo 5, una de las ventajas de tener un plano de Santa Anita que genere extrañeza entre los pobladores es que, en algunos casos, esa extrañeza se transforma en curiosidad; y esa curiosidad en esta oportunidad hizo que algunos de ellos quisieran transitar esos *nuevos* límites. Afortunadamente dentro de ese recorrido y nuevo reconocimiento yo también estaba en sus planes. Antes de las ocho de la mañana de un domingo me pasaron a buscar con su camioneta Cecilia y Laura.

Cecilia tiene 46 años, nació en Santa Anita y nunca se fue del pueblo. Ella pertenece a la primera generación de santanitenses que finalizaron sus estudios en el colegio secundario local. Y tiene un interés muy particular por la historia del pueblo y sus antepasados. Este es un interés que comparten varios integrantes de su familia. Luego de completar el secundario estudió magisterio en Basavilbaso, pero esta experiencia no significó tener que emigrar del pueblo. Cecilia es una persona muy serena, abierta y reflexiva. Gran parte de todo este trabajo se lo debo a ella y creo necesario explicar por qué.

En el primer taller que organizamos en 2015 para la formulación del proyecto de desarrollo con INTA recuerdo claramente la presencia de Cecilia. Incluso siempre se destacó por sobre el resto de los participantes. Y esto no fue precisamente por su participación activa o por dominar el proceso de tallerización, sino por una conversación que mantuvo con algunas de las otras mujeres que estaban participando y yo conseguí escuchar. Claro está que cuando comenzamos la actividad el interés de los participantes era al menos ambiguo. Si bien habíamos explicado lo que nos proponíamos, las expectativas que se habían generado en torno a nuestra presencia eran dispares y, en ese momento, desconocidas por nosotros. Ante esta primera convocatoria, muchos de los participantes llegaron antes de la hora pautada y comenzaron a charlar entre ellos. Todos los talleres se realizaron en el nuevo edificio de la biblioteca “Páginas Mías”, el cual se encontraba recién inaugurado. Al trabajar con una metodología de taller, habíamos dispuesto unas mesas en el centro de la biblioteca y varias sillas alrededor de éstas.

En el medio de los preparativos para comenzar el taller escuché a una de las mujeres charlando con otras y comentando, con cierto sentimiento de angustia y pena, que su hija se tenía que ir a estudiar *afuera*. En ese momento fue eso lo que creí escuchar y comprender. Sin embargo, más allá de este hecho lo que llamó mi atención fue la angustia vinculada con la partida que cargaba el comentario de esa madre. Esa madre era Cecilia. Luego de ese primer encuentro creo que Cecilia solo participó de una reunión más y después nunca dejé de verla. Esas partidas que acompañaban la trayectoria de este pueblo se habían resignificado y continuaban atravesando a la comunidad y, paradójicamente, reforzando su sentido de pertenencia también territorial.

A este hecho se le sumó otra cuestión que también generó varios disparadores en mi investigación. Al trabajar sobre aquello que *le falta a Santa Anita* surgió el tema de la necesidad de una maternidad. Si bien Santa Anita cuenta con el Hospital Provincial Padre Becher, dado el nivel de complejidad que tiene esta institución, no tienen permitido atender partos. En relación a esto se repitieron los relatos sobre las madres que al cumplir una determinada cantidad de semanas de gestación migraban hacia ciudades en las cuales podían ser atendidas en caso de entrar en labor de parto. Esto fue así hasta el 2012, cuando finalmente *llegó el asfalto* y la posibilidad de salir de Santa Anita ya no dependía de las condiciones meteorológicas. El asfalto logró, en parte, atenuar la condición de aislamiento territorial que tenía la comunidad. Desde distintas experiencias ellas cuentan que por lo general, aquellas futuras madres que tenían la posibilidad, se solían trasladar a la casa de algún amigo o familiar en la ciudad cabecera de distrito, Concepción del Uruguay. La mayoría de las mujeres que atravesaron esta experiencia lo recuerdan como un período intenso y, en algunos casos, doloroso. En aquel momento en el cual sus vidas estaban más vulnerables tenían que dejar toda la cotidianeidad que las rodeaba, sus afectos y, más aún, su pueblo. Y ya sus hijos no podían nacer allí. De todas formas seguían siendo *hijos de Santa Anita*.

Fue casi inevitable asociar el relato de estas experiencias de las futuras madres migrantes con la angustia expresada por Cecilia en aquel primer encuentro; ellas sienten que siempre, en algún momento, tienen que dejar Santa Anita, tienen que emprender nuevamente *la marcha*, sin saber si van a volver o no. El relato de esa historia de éxodos permanentes me generó muchos interrogantes y en cierta forma fue también uno de los disparadores

principales de este trabajo. Retomaré esta cuestión un poco más adelante. Luego de ese primer encuentro con Cecilia recién la volví a ver en mi regreso a Santa Anita en 2017.

La historia de Laura es diferente. Ella debe tener cerca de treinta años. Sus abuelos eran de Santa Anita y pertenecían a las primeras familias migrantes; incluso su abuelo fue el primer carpintero del pueblo. Luego tuvieron que emigrar por cuestiones económicas tanto su abuelo como sus hijos, incluido el papá de Laura. Ella pasó tanto su infancia como su adolescencia y juventud en la ciudad de Luján, Provincia de Buenos Aires. Incluso terminó su formación universitaria allí. Sin embargo, en uno de sus regresos al pueblo, en una *Trilla*¹⁰¹, conoció a su actual marido santanitense y hermano de Cecilia. No viven en Santa Anita, sino que están radicados en otra ciudad de Entre Ríos. Sin embargo, sus vidas transcurren allí casi todos los fines de semana. Este es un de los tantos casos en los cuales los santanitenses parecen “buscarse”, aún sin proponérselo abiertamente, para formar sus familias.

Introducidas mis compañeras y guías, vuelvo la atención a aquella mañana de domingo. Los intereses de las tres ciertamente eran distintos. Cecilia aprecia profundamente la historia de su pueblo y su trayectoria desde sus inicios en Alemania. A su vez, el campo es parte de su vida, porque allí pasó siete años de su infancia. Conoce casi a la perfección los caminos aunque en algunos casos hacía ya mucho tiempo que no los transitaba. Claramente no era necesario hacerlo porque allí ya no vive nadie y su relación cotidiana con esas tierras ya no existe. Lo que si queda es la marca del pasado objetivada en muchas historias detrás de esos campos que da sentido a su presente. Esa marca de su pasado debe ser entendida como un acontecimiento rememorado y en este caso se expresa en ciertos significados específicos que tienen lugares y objetos (Nora, 1984). Cecilia regresaba con este viaje al pasado y también a parte de su presente; y a su vez conseguía en parte resguardar su futuro amenazado por el riesgo de la pérdida. Entendiendo que el riesgo invierte la relación entre el pasado, el presente y el futuro, volver a sitios que forman parte de su pasado consiste en una estrategia para que el riesgo de la pérdida no se transforme en destrucción (Beck, 2000). Volveré más adelante a esta idea.

¹⁰¹ En el capítulo siguiente se trabajará sobre La Fiesta Nacional de la Trilla Tradicional o simplemente *La Trilla*, en términos nativos.

Laura en cambio trataba de recrear ese pasado que ciertamente no vivenciado en primera persona. Ella nunca vivió en Santa Anita pero seguramente el campo estuvo presente en los testimonios orales de sus abuelos. Yo, en cambio, tenía una motivación inicial más simple: ir más allá de los límites que ya había transitado y poder comprender la espacialidad transmitida en los distintos testimonios de mi trabajo de campo.

Salimos muy temprano porque Laura tenía que regresar a su casa, que estaba a más de 100 kilómetros de Santa Anita. Y el esfuerzo fue grande porque las tres estábamos muy cansadas. La noche anterior, sin que lo hubiese planificado, estuve con toda su familia cenando, charlando y escuchando música local interpretada por ellos mismos. No fue hasta pasadas las tres de la mañana que la velada concluyó. Si bien tanto Laura como Cecilia estaban realmente cansadas, sumado a la necesidad de Laura de regresar temprano para emprender el camino de vuelta a su hogar, decidieron buscarme y salir al campo.

La noche anterior, durante la cena charlaron entre hermanos, padres y parientes sobre *mi mapa*. Seguía causando curiosidad. Cecilia consultó a sus hermanos sobre el estado de los caminos y preguntó sobre algunas indicaciones para armar el recorrido sin perderse. Si bien eran caminos que ella transitaba, el paisaje seguramente ya no era el mismo. Todos se mostraron entusiasmados con la iniciativa de Cecilia y comenzaron a charlar entre ellos sobre el *taperas tour*.

Ahora bien, ¿a que llamaban *taperas tour*? Me comentaron que solían habitualmente recorrer los campos e ingresar a las construcciones ya abandonadas, a las *taperas*. Esas *taperas* solían ser viviendas de colonos que en diferentes circunstancias de la historia, tal cual fue relatado en capítulos anteriores, fueron abandonadas al dejar el campo. Recuerdo que una de las mujeres me dijo: “¡estos están locos! Frenan en cada una de las *taperas*, bajan, miran todo y empiezan a recolectar todo lo que ven. Se quedan mirando una tuerca y piensan a que máquina perteneció”. También solían entrar a las casas y pensar cómo había sido aquella construcción en la cual ya era casi imposible detectar indicios para develarlo. Estaba todo en ruinas. Entraban también a los galpones, buscaban indicios de las actividades que se realizaban allí adentro. Incluso en algunos casos lograban subirse a los viejos molinos para tomar fotografías.

En estas visitas ellos buscan recrean cómo fue esa vida en el campo, intentan reconstruirla y con esto recuperar “algo” que parece ser aún necesario en su presente, y más aún,

indispensable para proyectar su futuro. Pensar el *taperas tour* en clave de una actividad colectiva, recurrente, aunque no rutinaria, constituyente del proceso de “comunalización”, remite a la idea de ritual. La noción de ritual resulta particularmente útil para comprender cómo la manera de recrear su pasado se manifiesta así en la repetición de ciertas acciones que son significativas para ellos. Sin ahondar en el concepto de ritual, lo utilizo aquí para destacar la cualidad del *taperas tour* como práctica que permite rescatar de aquel pasado, aquello que refuerza sus sentidos de pertenencia. Si bien se suelen considerar como prácticas que están atravesadas por la repetición, los rituales pueden tener una dimensión creativa (Portelli, 2002). Esta puesta en escena de estas prácticas significativas entendidas en esta clave les permite también la reinterpretación de algunos hechos de su pasado. Es en este sentido que en él se silencia y olvida todo aquello que queda por fuera del marco que le da significado a su presente (Jelin, 2002). Este recorrido en cierta forma permitió comprender como esta comunidad recrea este pasado para dar sentido a su presente y reforzar su pertenencia. Sumado a esto, esta práctica es funcional para disipar y alejar el miedo a la pérdida de ese pasado. Por medio de esta repetición de prácticas no rutinaria ellos alejan el riesgo de la pérdida y refuerzan sus procesos de “comunalización” asegurando en cierta forma su continuidad en el tiempo. Este riesgo entendido como fenómeno de contingencia múltiple (Luhmann, 2006), constituye un hecho “evitable”; y *el taperas tour* se presenta como una estrategia simbólica eficaz que busca mitigar ese riesgo.

Un momento antes, en una entrevista que tuve con uno de los hermanos de Cecilia, y también como curiosidad surgida a partir del mapa, comenzamos a ver los campos con el Google Earth; en ese momento dijo: “cada *taperas* era un *gringo*... (...) ¡La soja ha hecho estragos! Mirá lo que es esto... igual no se de cuando es. Antes dejaban mucho más las *taperas* por la ganadería”. En aquella imagen mi interlocutor percibió que ya *las taperas* no estaban, o al menos la presencia era menor. La soja parece aquí también haber corrido a las *taperas*, que antiguamente se dejaban en pie por ser funcionales a la actividad ganadera y aportar sombra a los animales. Para la soja, siguiendo el relato de mi interlocutor, parecen ser simplemente obstáculos que limita su expansión. Aquella imagen parecía dejar al descubierto el hecho de que incluso la posibilidad de recrear en su presente la vida en el campo recorriendo esas *taperas* estaba en riesgo, amenazadas por su destrucción (Beck, 2000). Claro que en la mayoría de los casos ellos también vivieron parte de su niñez en campos similares y también mayoritariamente sus antiguos hogares ahora son *taperas* transformadas en recuerdos amenazados por la soja.

La primera parada

El recorrido comenzó por *la salida del cementerio*, transitando 500 metros por ese camino pude ver finalmente la *Estancia de los Curas*. Si bien había pasado por allí anteriormente, esta edificación claramente no se distinguía en el paisaje. Solo había un cartel cerca de su tranquera indicando el nombre de una estancia como cualquier otra, en este caso era la Estancia San Joaquín. Nada indicaba que ese lugar pudiese haber sido el primer sitio de asentamiento del Padre Becher en su llegada a Santa Anita. Parece ser un espacio “exclusivo” de la comunidad, y en tanto “lugar o sitio de memoria” debe ser entendido como un lugar material, funcional y simbólico (Nora, 1984). Sin embargo, se destaca su carácter simbólico por sobre el resto dada su centralidad en la objetivación y transmisión de recuerdos que “construyen” comunidad. No existe tampoco un cartel señalándolo como el sitio histórico en el cual Santa Anita había sido fundada. De todos modos, se constituye como una “marca territorial” aunque en aquel sitio no parecía haber una señal física que lo indique como un espacio vivido, transitado y significativo para una comunidad (Jelin y Langland, 2003). Parecía ser que los puntos de referencia en Santa Anita estaban ocultos para la *gente de afuera*, pero eran completamente legibles y relevantes para los santanitenses, en tanto “lugares de memoria”.

Según los relatos ya allí no quedaba nada, solo *los árboles y la tapera* porque tanto antes como después de la venta de los campos *sacaron todo*. Incluso me comentaron que se vendieron los ladrillos de parte de las construcciones que se derribaron y algunos lugareños los compraron para hacer sus casas. Ese lugar representaba en cierta forma el comienzo de la comunidad en Argentina. Si bien tienen un origen compartido vinculado con su trayectoria en Rusia, este espacio objetiva aquel nuevo inicio que incorpora otros elementos en sus procesos de “comunalización”¹⁰². En una de las conversaciones con un lugareño, quien mostraba mucho interés por la historia del pueblo, destacó algunas particularidades de aquel lugar en tanto espacio donde se da origen y sentido al pueblo y en donde, según su relato, lo primero que se hizo fue una capilla:

¹⁰² Si bien ellos son *Alemanes del Volga*, antes que nada son santanitenses que traen consigo ciertas trayectorias migrantes particulares de las cuales rescatan elementos de su permanencia en Argentina. El santantintese es *Alemán del Volga* pero por sobre todas las cosas es *Gringo*. Una categoría no excluye a la otra sino que la primera nutre a la segunda.

“Ese fue el primer asentamiento, tenía que tener un techo para vivir, y ese era el casco de la estancia. Y hasta una capilla había en una de las piezas. Que la descubrí yo también (...) estaba lijando una pared y abajo encuentro una pintura religiosa. Y digo: ¿qué tiene que ver una pintura religiosa en una habitación? Llegó (*en relación al Padre Becher*) y lo primero que hicieron es que una de las habitaciones del casco era una capilla”

Cuando se vendió la estancia, según sus relatos destacan que:

“Fue desgarrador; desgarrador porque se fueron un montón de cosas del pueblo. El casco mismo debería haber sido un museo. Pero bueno, son esas cosas que uno no tiene nada que ver”.

Según ellos con la venta de la estancia *muchas cosas se perdieron*. Lo paradójico es que aquel lugar rescatado en su memoria y ligado a su mito de origen, el cual en sus palabras *debería ser un museo*, es inadvertido por cualquier visitante externo.

La estancia fue ocupada por la Congregación del Verbo Divino hasta 1998, año en el que dejaron Santa Anita. Según sus testimonios la Congregación se retiró porque *no tuvo más interés el pueblo*; era un grupo misionero y como tal no podían estar tanto tiempo en una comunidad. Sin embargo, permanecieron casi cien años. Los campos que los religiosos poseían tenían una extensión de aproximadamente 1000 hectáreas. En relación con esto, muchos pobladores cuestionaban las decisiones tomadas por la orden del Verbo Divino. Esas hectáreas, según ellos, deberían haber quedado en la comunidad. Resaltaban que esas tierras podrían y deberían haber sido trabajadas por *hijos de Santa Anita*. Luego de esta salida de domingo, durante las semanas siguientes intentamos visitar la estancia, o lo que quedaba de ella, pero no fue posible porque nunca logramos encontrar a alguien que nos permitiera ingresar.

Volviendo al recorrido, el camino continuó en dirección recta hasta la *subestación*, se trata de un punto referencia insoslayable para orientarse en el lugar de acuerdo al ordenamiento espacial de los propios santanitenses. Si bien habían mencionado este sitio en varias oportunidades no lograba imaginar de qué se podía tratar, pero resultaba claro que constituía un punto en el espacio a partir del cual referencian distancias o direcciones de otros sitios de interés en el territorio. Cuando llegamos comprendí que se trataba de una

subestación generadora de energía eléctrica, en donde finalizaba el camino de *la salida del cementerio* y se abrían dos bifurcaciones. Este punto de referencia, contrariamente a lo que suponía, era un lugar relativamente nuevo y no hacía a los inicios de la fundación del pueblo. Hacia la derecha se encontraba la Estancia San Pedro, tierras que originariamente habían pertenecido a los descendientes de Urquiza. Era allí donde muchos de los últimos inmigrantes que llegaron a Santa Anita fueron empleados, aquellos que no lograron comprar tierras¹⁰³. Nos dirigimos en sentido opuesto a la Estancia San Pedro tratando de completar el trazado del mapa.

Ya transitando este nuevo camino, a mi izquierda se encontraban las parcelas que, según el plano de catastro, tenían una extensión realmente diferente a las parcelas más cercanas al casco urbano. Es decir, aquellas parcelas que estaban por fuera de territorio santanitense según la construcción de los lugareños. Por otra parte, los campos ubicados a la derecha del camino ya no pertenecían al distrito.

Nuevamente durante este trayecto no divisé campos con cultivo de soja pero sí lotes aun sin cultivo. Luego, en diferentes conversaciones con los productores locales me comentaron que la soja aún no había sido sembrada y que en esa zona la siembra se realizaba más tarde de lo que se hacía en Buenos Aires. Ese año en particular, debido a las condiciones de las precipitaciones, se había demorado la labor. Los campos de arroz eran escasos. Incluso, luego al seguir nuestro camino observé varios pozos de agua en desuso. En algunos campos se podía ver también algo de producción ganadera.

Detuvimos la marcha en dos oportunidades. La primera de ellas fue en lo que había sido la casa de los padres del marido de Cecilia, Sergio. Los padres de Sergio fueron unos de los que *aguantaron más en el campo*. Dejaron la casa en 1989, en esa segunda instancia de éxodo luego de *el desalojo*. Cecilia recordó haber visitado la casa por muchos años, ya sea durante su noviazgo como así también cuando sus hijos eran pequeños. Nos acercamos un poco a la *tapera* que aún se mantenía en pie.

¹⁰³ Ese territorio no pertenece a la jurisdicción municipal de Santa Anita.



Antigua casa del marido de Cecilia – *La tapera*

Ella recorrió con su mirada la construcción en ruinas y todo lo que se extendía a su alrededor. Aun cuando era difícil de comprender que aquello había sido un hogar, Cecilia podía claramente darle sentido a esas paredes y a los techos ya caídos; incluso a los árboles casi cubiertos por los pastos altos. Ella recordó como pasaban los domingos allí con su primer hijo, como esos techos caídos habían sido una galería decorada con plantas y como esos árboles que apenas se podían divisar eran unos frutales que solían disfrutar en sus visitas. Por un instante esa *tapera* volvió a ser un hogar muy familiar para ella, un lugar que daba sentido a su presente. Y recordarlo parecía eliminar la amenaza de su destrucción, conseguía transformar ese riesgo contingente en “evitable” (Luhmann, 2006).

Esto se podía repetir para cada espacio ocupado por esas *taperas*. Previamente a este viaje, en una de las charlas con un santanitense, y hablando sobre las poesías que él escribía, me detuve en una que tituló *Tapera*. En esa oportunidad le comenté que me resultaba raro pensar que ya en el campo no había quedado nada. Y él me contestó:

“¡No quedó nada! Bueno ese “*tapera*” (en referencia a su poema)... ahora gente que volvía de Buenos Aires ya grandes... 60 o 70 años, van y tratan de buscar de donde salieron... ¡y se pone a llorar la gente! Por eso, este acá, que no sabía esto... (párrafo de *tapera*) ‘acá vivieron nuestros colonos que vivieron en tu niñez’ y el tipo queda mirando todo eso. Sorprendido de lo que estaba viendo”.

Si bien es habitual para mi transitar por el campo y saber que en cada monte de árboles hay, o había, una casa, en esta recorrida esto fue distinto. Por más que mi interés estaba en comprender a Santa Anita desde un aspecto más productivo, era imposible dejar imaginar lo que había sido en un pasado ese espacio. En cada monte de árboles había una casa, y esa casa era una familia que luego migró en alguno de los éxodos que se trabajaron anteriormente. Según los relatos posteriores de Sergio, frente a su casa había un *potrero* en el que se llegaban a juntar los domingos más de cincuenta muchachos para jugar al fútbol. Había un almacén muy grande de ramos generales que abastecía a todos los colonos y Sergio completó sus estudios primarios en la escuela del campo, también en ruinas actualmente. La vida en aquel momento transcurría allí y la planta urbana de Santa Anita era un espacio secundario.

Cecilia misma vivió en el campo hasta que comenzó su educación primaria. Fue en ese momento que la madre de Cecilia decidió trasladar la vida de la familia del campo al pueblo. Ella era la primera de sus hermanos en ingresar a la escolarización y su madre no quiso que se encuentre separada de su familia. Allí fue cuando ellos vendieron el campo y compraron unos lotes *cerca del pueblo* (actualmente están adentro del pueblo) y armaron sus galpones de pollo, sus *granjas*. Eso ocurrió a finales de la década del setenta.

Los relatos sobre la vida en el campo son recurrentes. La mayoría de los santanitenses que entrevisté pasaron parte de su infancia allí, ya sea en forma directa –viviendo allí– o indirectamente visitando a sus abuelos o parientes. Incluso aquellos pobladores de mediana edad, que aún no alcanzan a los cincuenta años, en su mayoría vivieron su infancia en el campo. Para acceder a educación secundaria antes de la existencia del colegio local debían migrar, debían dejar sus hogares en la adolescencia. Lo cierto es que la mayoría, dependiendo de su condición social, tenía que comenzar su primer *éxodo*. Lo hacían mayoritariamente a la ciudad de Esperanza, Santa Fe, donde la Congregación del Verbo Divino tenía su colegio secundario y seminario, o en algunos casos se trasladaban hacia la ciudad de Luján (provincia de Buenos Aires) donde estaba *el colegio de los curas*. Luego, cuando abrió sus puertas el colegio secundario en Santa Anita aquellos que vivían en el campo debían radicarse en el pueblo. En la mayoría de los ocasiones se quedaban con algún familiar o en algún pensionado de modo tal de poder acceder a su educación. Si bien las distancias en algunos casos no eran muy extensas, hay que considerar el mal estado en el cual se encontraban los caminos en aquella época, sumando a que no solía ser habitual

contar con un vehículo para el traslado. Ya los niños a su corta edad de 12 años empezaban su *marcha*.

Al hablar sobre la vida en el campo lo primero que rescatan son los hechos cotidianos, el trabajo diario y la simplicidad con la que ellos consideraban que vivían. En una de las entrevistas Juliana, quien tiene cerca de 40 años, me contó que ella se crio en el campo:

“Yo andaba arriba de los caballos arreando a las vacas. Hacíamos de todo en el campo con mi abuelo, a mí me encantaba. Yo me crie con él porque mientras mis papas trabajaban yo estaba en el campo. Iba a la escuelita ahí y pasaba todo el tiempo ahí (...) vivía en el campo... bien adentro”.

Siempre recuerdan a esa vida como una vida *más tranquila* y los atributos que le asignan siempre son positivos. En términos de Halbwachs (2004), esta memoria común refuerza la cohesión social mediante la adhesión afectiva a la comunidad, en términos de darle sentido a su “comunidad afectiva”.

A su vez, la vida en el campo necesariamente los remite a su origen, donde ser agricultor o *labrador* era casi exclusivamente la única ocupación que podían tener. Esa ocupación les daba cierta seguridad, y desde su percepción *en el campo no había riesgo*. Recrear ese pasado en su memoria hace que el riesgo de perder los elementos que conforman a la comunidad, y por tanto a la propia comunidad, sea eludido (Luhmann, 2006).

En la mayoría de las entrevistas con santanitenses que pasaron parte de su vida en el campo se repiten los relatos sobre las actividades que se realizaban allí, remarcando que todo lo que precisaban para vivir salía de ese espacio. En este sentido destacan una cualidad central: la diversificación de la producción. En el mismo campo cuentan cómo se hacía trigo para la venta, pero también maíz para autoconsumo y forraje para los animales. En las casas había siempre un espacio destinado a la huerta y a la cría de animales. En algunos casos hasta estaba incluida la actividad de tambo. El campo les daba todo porque *todo se hacía en el campo*.

En el pasado el riesgo más manifiesto se objetivaba en no tener campo o no trabajar en el campo. En la selección y jerarquización de riesgos (Luhmann, 2006) en aquel momento, la propiedad de la tierra era central. De hecho fue eso lo que los hizo a muchos migrar y abandonar la comunidad. Ellos mismos desatacaban que no tener campo significaba no

poder vivir: “en aquella época si no tenías campo no subsistías”. El campo aseguraba continuar recreando su origen agricultor y era uno de los elementos que reforzaba sus sentidos de pertenencia y ponía a salvo a la comunidad. Actualmente el campo ya no está bajo su control. *La Trilla* va a ser una de las formas de mantener y perpetuar esa vida vinculada al campo en el presente, y de reafirmar y preservar sus sentidos de pertenencia. La Trilla se va a presentar dentro de la comunidad como una estrategia para evitar el riesgo en tanto fenómeno contingente (Luhmann, 2006).

La forma de trabajar y el tipo de trabajo que se realizaba en el campo era algo habitual, algo cotidiano para ellos y, sobre todo, necesario. Por lo tanto, no registraban ningún tipo de riesgo en el desarrollo de estas tareas y no formaban parte de aquella definición pública de riesgo en términos de Beck (2000). Aunque fuese un trabajo realmente arduo y de gran exigencia física que terminaba afectado su salud, esto no aparece con frecuencia en sus relatos. Este esfuerzo físico asociado al trabajo diario es parte también de sus “olvidos” en el sentido de Pollak (2006). Solo fue posible rescatarlo en dos situaciones. En primer lugar, en aquellos que no vivieron en el campo y que mayoritariamente vivieron en el pueblo. Si bien en ellos se destacaba el sacrificio y el esfuerzo, e incluso hay indicios de las marcas que dejaron en sus cuerpos, siempre se resaltaban como atributos positivos. Uno de los únicos testimonios en este sentido fue el de un santanitense que trabajaba en el pueblo a la hora de *sacar* la cosecha.

“Se trabajaba de sol a sol, de lunes a lunes (...) nosotros teníamos 14 o 15 años y acarreábamos las bolsas de 50 kg y quizás ¡movíamos 1000 bolsas por día! Y ahora estamos hechos pelota. Hoy en día es todo hidráulico, antes era todo a pulso”

Una segunda situación en la que se destacaba la gran exigencia física involucrada en el trabajo de campo era en algunos de aquellos que sí vivieron ese trabajo de gran esfuerzo pero veían esa dedicación como una virtud. El esfuerzo diario, y el trabajo en el campo fue una obligación en su momento, y representa hoy aquello que los vincula con su pasado, y con los valores que sostienen como comunidad. Sus padres así lo habían hecho y ellos debían seguir haciéndolo. El trabajo en el campo y el esfuerzo era algo que nunca estuvo en cuestión porque “la gente se quedaba meses enteros sin salir. Se quedaban también aislados por el barro. Salían a caballo a buscar pan y carne... y yerba, y le tiraban para adelante.” Los problemas para la salud y el bienestar de las personas que este tipo de

trabajo podía traer como consecuencia era en cierta forma vivido como un riesgo “necesario”, o formaba parte de aquellos riesgos a los cuales la comunidad estaba dispuesta a aceptar, en términos de Douglas, ya que permitían su proyección en el tiempo, ponían a salvo su imagen de comunidad deseada.

Actualmente, según relatan no solo productores locales sino vecinos que no están vinculados con la agricultura, es difícil encontrar gente joven dispuesta a realizar esa labor. Y para ellos no es algo sencillo de comprender. Hacen referencia a que ahora los jóvenes quieren “terminar de trabajar a las 5 o 6 de la tarde, bañarse, estar fresquitos y salir a sentarse en la plaza”. También en varias charlas me comentaron que los jóvenes no quieren trabajar todos los días las 24 horas, quieren un trabajo de oficina en el cual los problemas terminen los viernes y recién el lunes vuelvan a trabajar, es decir “tener el fin de semana libre”. Sin embargo, tampoco es un trabajo que quieren que hagan sus hijos, en sus palabras, “si quiero que progresen tienen que estudiar. Y el trabajo físico en el campo no es progreso”. El trabajo duro y no profesionalizado en el campo queda entonces mayoritariamente destinado para *el criollo*. Retomaré esta categoría más adelante.

Aunque no se encuentre dentro de sus configuraciones de riesgos, el esfuerzo físico marcó sus cuerpos. En los talleres que realizamos en 2015 en los inicios de la formulación del proyecto de INTA recuerdo que se mencionaba que en el hospital local faltaban algunas especialidades o demandaban mayor frecuencia en su atención. En aquel momento se mencionó que el servicio de traumatología debía ser más frecuente. En 2017 tuve la oportunidad de entrevistar al director actual del Hospital Padre Becher y retomé este tema. Si bien el problema mayor, o quizás más grave, vinculado con esta especialidad son los accidentes en el campo vinculados con el uso de maquinarias agrícolas, el director del hospital me comentó que la demanda de más médicos traumatólogos no respondía a eso. El resaltó que cuando estos accidentes ocurren suelen ser fatales o muy graves y esas consultas no eran atendidas en el hospital. Lo que destacó fue que el trabajo con mucha exigencia física en el campo hizo que muchos de los pobladores tuviesen la columna muy afectada, generando problemas de salud que ya eran comprendidos como crónicos. En los últimos años incorporaron una kinesióloga al plantel del hospital, que también trabaja en forma particular. La kinesióloga se radicó en Santa Anita hace pocos años. Es hija de santanitenses y pertenece a un grupo de jóvenes profesionales que han regresado al pueblo.

Hay dos cuestiones que no entran dentro de sus registros y por tanto en sus definiciones públicas de riesgo. Sin embargo, los afectaron e hicieron que estos problemas de salud se convirtieran en enfermedades crónicas. La primera de ellas es la avicultura. Si bien este tema se trabajará más adelante, solo en esta instancia quiero destacar que la actividad comenzó en Santa Anita muy tempranamente. El trabajo en *la granja* en sus inicios, cuando no existía ningún tipo de automatización, exigía un gran esfuerzo físico constante. Las jornadas laborales solían ser muy largas y el trabajo dentro del establecimiento lo hacían tanto hombres, como mujeres y niños.

Por otro lado, si bien no hay concordancia plena entre los testimonios, muchos comentaron que en el campo se siguió arando con tracción animal, es decir con caballos, por mucho tiempo. Lo cierto es que esto se encontraba ligado a la escala productiva y a la capacidad que cada uno de los productores tenía para la adquisición de bienes de capital. Cuando contaban con pocas hectáreas productivas, siendo este el caso que más se repetía en Santa Anita, generalmente la presencia del tractor en el campo no era lo más habitual. En una de mis entrevistas un santanitense me comentó que en el campo el padre araba a caballo; llegaron a tener un tractor pero después se vendió para hacer *la granja de pollo*. Otro factor importante que muestra que la modernización en términos de mecanización no fue tan masiva se vincula con las propias prácticas de los productores locales. En los testimonios se suele destacar que ellos trabajaban con prácticas más *tradicionales*: “mi abuelo era un alemán del Volga más que tradicional. El seguía arando con tracción a sangre”. Si bien no resulta del todo fácil asegurar esta afirmación, esto en parte explicaría por qué en la fiesta de *La Trilla* estas prácticas que parecen totalmente alejadas de las técnicas productivas actuales ellos las reconocen como si fueran las que resultan más comunes o cotidianas.

Tanto la avicultura como el retraso en el ingreso de máquinas más modernas a los campos de los santanitenses podrían haber agudizado las enfermedades crónicas, específicamente vinculadas con la columna. Ninguno de estos dos factores es destacado frecuente por los pobladores. Este riesgo pareciera ser aceptado e invisibilizado desde lo discursivo.

En esta invisibilización de las consecuencias nocivas de la actividad quedaron incluidas todas las prácticas involucradas con aquella vida de campo, que nunca formaron parte de su sistema de clasificación de riesgos en términos de Douglas (1996), y que por lo tanto no aparecen en la definición pública como tales (Beck, 2000). Hubo una entrevista que se

destacó en este sentido. Hablando sobre los principales cultivos que ocupaban las tierras en décadas anteriores y mis dudas sobre la producción de arroz me comentaron:

“En el campo que vivíamos nosotros en la estancia, mi papa ya en los 70 ya hacia rotación de suelos... era un adelantado, porque ya lo hacía. (...) tené en cuenta que no había agroquímicos. Me tocó fumigar en ese momento hasta a caballo... por ejemplo era prácticamente inocuo lo que se aplicaba... tanto para la persona que lo aplicaba como para la tierra. No se cómo hacían... también eran otras semillas, no eran transgénicas”

En el capítulo segundo se trabajó sobre las modificaciones de la toxicidad de los productos químicos usados en el agro a lo largo del tiempo. Si bien la masividad con la que se emplean en la actualidad los pone en un contexto diferente, es altamente probable que los químicos que empleaba en aquel momento tuviesen una mayor toxicidad que los actuales. Sin embargo eran *inocuos* para él; no eran seleccionados por él como riesgos dado que estaban incorporados a sus prácticas habituales y al *trabajo de campo*.

Ahora bien, al consultarles qué ocurrió con esos campos a todos aquellos que alguna vez vivieron allí en su niñez o incluso en su adolescencia siempre expresan lo mismo, casi con las mismas palabras: “se vendió”. Y ante mi pregunta sobre qué pasó con la casa, la respuesta también es recurrente: “y, quedó tapera nomas”.

I: ¿Y el campo de tu abuelo?

E: Cuando murió lo dividieron y lo vendieron. Queda solo la tapera

I: ¿Y nadie se dedicó al campo?

E: No solo mi papa que tiene pollos y unas vaquitas pero poco porque a él le gusta. Pero ya no queda nadie que viva del campo. Sí hay algunos contratistas, pero no son más de 10 familias. Que se dedican a la siembra.

Los campos se vendieron y las casas quedaron reducidas a *taperas*. Incluso el casco de la estancia en el cual se dio origen al pueblo tuvo el mismo destino. El éxodo del campo se fue dando en diferentes momentos de la historia y motivado por diferentes circunstancias. Como Alemanes del Volga, ellos se definen como *el pueblo que migró dos veces*. Aunque fueron muchas más veces de las que ellos consideran.

Como se trabajó en el capítulo anterior, la estructura fragmentaria de la propiedad de la tierra generó una gran vulnerabilidad ante los cambios acontecidos a partir de la década del 90 y profundizados en la década siguiente. La agricultura, la soja, los cambios en los procesos productivos y organizacionales fueron un gran obstáculo para los productores locales a la hora de alcanzar la escala de producción óptima. Si bien no resulta simple conseguir datos desagregados sobre el impacto de estos cambios productivos a nivel local, un informe realizado por el INTA (2012) destaca que durante las décadas del 90 y el 2000 se produjo un gran avance de la agricultura en el departamento de Uruguay. En la década del 90 esta actividad ocupaba aproximadamente entre el 7 y 8% de la superficie, mientras que a principios de esta década alcanzaba entre el 35 y el 40%. Con este crecimiento agrícola aparecieron nuevos actores, pooles locales y extralocales, productores de otras provincias y muchos productores de la zona que expandieron considerablemente su superficie de trabajo, muchos otros productores se transformaron en contratistas de grandes empresas o pooles de siembra.

Ante la imposibilidad de alcanzar la escala productiva requerida por el nuevo modelo, las estrategias en Santa Anita fueron múltiples. Parte de los santanitenses alquilaron sus campos a terceros, generalmente a actores que no pertenecían a Santa Anita. Otros, los que no lograron *aguantar* vendieron sus tierras mayoritariamente a compradores que tampoco pertenecían a la comunidad. A este grupo lo denominan *los rosarinos*. En estos dos casos, estas formas de compra o de arrendamiento solían estar bajo la figura organizativa del pool de siembra. Otro grupo más reducido de santanitenses optó por arrendar campos a sus vecinos de forma tal de alcanzar la escala necesaria impuesta por el nuevo modelo. Actualmente, hay entre 5 y 7 miembros de la comunidad que poseen tierra y la trabajan con agricultura mayoritariamente, y algunos combinan con ganadería. De estos solamente tres son exclusivamente productores. Los otros, a su vez, arriendan tierra para ampliar la escala y en algunos casos prestan servicios de maquinaria agrícola y transporte de granos.

La relación con el campo se modificó bruscamente. Desde un origen en el cual se agrupaban en aldeas en los campos propios que trabajaban, a solo unos pocos propietarios y muchos empleados. Los santanitenses hoy son empleados del campo, campos cuyas propiedades están en manos de personas que están *afuera* de la comunidad.

“Santa Anita era todo trigo”

La segunda parada que hicimos aquella mañana de domingo fue solo un poco más adelante. Nuevamente había una construcción que antiguamente debía haber sido una vivienda, solo que en este caso, si bien no estaba en excelente estado de conservación, no parecía abandonada por completo. Al costado de esta construcción había un galón grande (podía caber en su interior una cosechadora o cualquier otra maquinaria agrícola moderna) en el cual algunos desechos y sobrantes de insumos agropecuarios indicaban que había sido utilizado últimamente. Lo que llamó más la atención y que en cierta forma generó nuestro descenso de la camioneta fue el campo sembrado con trigo que envolvía estas construcciones. Este recorrido se realizó a mediados de noviembre y el trigo estaba próximo a ser cosechado. La imagen era realmente llamativa; el trigo dibujaba un mar dorado en el medio del campo; prácticamente cercaba las otras dos construcciones.

Antes, en los primeros kilómetros recorridos Laura comentó, en tono de lamento: “ya no se ve tanto trigo”. Este comentario fue muy frecuente en mis conversaciones durante la mayoría de mis estadías en Santa Anita y el sentido de esta frase estaba atravesado por un sentimiento de nostalgia. Que ya no se vea tanto trigo para ellos implica que, por el contrario, ahora es *todo soja*. Estos cultivos funcionan como binarios, como opuestos. Si bien esto agronómicamente no es necesariamente así, dado que en los mismos campos donde se cosecha trigo puede ser sembrado con soja en la misma campaña, para algunos de los santanitenses la soja en cierta forma había desplazado a *todo lo demás*, y dentro de eso estaba el trigo.

Pero entonces, ¿Qué significa el trigo para ellos? ¿Por qué el trigo, un cultivo agrícola como cualquier otro que no necesariamente fue desplazado por la soja no es seleccionado y jerarquizado como una práctica que implique un riesgo? ¿Qué hace al trigo diferente?

Actualmente las semillas de trigo no se obtienen por hibridación sino por selección, lo cual permite reutilizar el grano cosechado en un año como semilla para resembrar el año siguiente. Por el momento no está catalogado como un organismo genéticamente modificado, como si lo están la soja, el girasol y el maíz. Las plagas que atacan a este cultivo son mitigadas casi en su totalidad a través del control químico y no dispone de ningún tipo de resistencia a plagas, ya sea natural ni inducida. En la actualidad existen más de 130 productos registrados para el control químico de plagas en trigo y la mayoría con

toxicidades correspondientes a los grupos II y III (bandas amarilla y azul respectivamente). Según las zonas donde se realice el cultivo y los niveles de infestación, las dosis y los principios activos empleados varían significativamente¹⁰⁴. De esta forma, el actual manejo agronómico y el control químico de plagas que involucra la utilización de agroquímicos es muy similar para todos los cultivos agrícolas. Sin embargo, el trigo es distinto a la soja para algunos de los santanitenses.

Para comenzar a buscar indicios que puedan acercarme a alguna respuesta, voy a trasladarme a la primera migración de los Alemanes del Volga desde Alemania a Rusia. Durante este primer éxodo la única actividad que pudieron llevar adelante en las tierras a las orillas del Volga fue la agricultura. Muchos de ellos abandonaron los oficios que poseían antes de migrar para dedicarse a *labrar la tierra*. Lo que se repite en los relatos es que una vez instalados en Rusia, sus antepasados pusieron casi todos sus esfuerzos en esta actividad que incluso no conocían por completo:

“Había dos problemas en Rusia: ellos querían tener tierra y querían la excepción del servicio militar. Eso se lo daban si ellos se iban en esas condiciones. Era un larga travesía, complicado. Pero si llegaban y podían sobrevivir... que una parte si y otra no. Yo creo que una tercera parte sobrevivió, el resto se murió de hambre, frio... plantaron una variedad de trigo que no prosperó”

Lo que se destaca también en sus relatos es que después de esta primera experiencia fallida con el cultivo de trigo lograron generar cosechas muy prósperas y luego de cien años de estar asentados en tierras rusas comenzaron los cuestionamientos y los inicios de la nueva migración.

“Bueno porque empezó la amenaza de que a los 100 años se caducaba el edicto que hizo la emperatriz... *(En relación a los motivos por los cuales emigraron de Rusia)* Eh... dos cosas. Una es que se empezaron a dividir las tierras, como ya te dije, se pasaron del otro lado del río, también crecieron mucho. Los rusos los empezaron a

¹⁰⁴ Para el control de insectos (pulgonos, chinches, etc) se emplean los principios activos del grupo de los Carbamatos y Cipermetrinas (grado de toxicidad II, banda amarilla, Moderadamente peligroso). Las malezas son combatidas con herbicidas pertenecientes al grupo químico de los fenoxiacéticos (2,4-D) (grado de toxicidad II, banda amarilla, Moderadamente peligroso). Para el tratamiento de las enfermedades generadas por hongos (royas de hojas y fusariosis de espigas) se emplean fungicidas de los grupos de los Triazoles y Benzimidazoles (grado de toxicidad III ó IV, banda azul o verde, Moderadamente peligroso ó normalmente sin peligro).

apretar porque ellos prosperaron mucho, empezaron a hacer... era todo trigo, un trigo que ellos mismos desarrollaron. Buscaron variedades genéticas, cruzaron no sé qué porque no sé cómo se hacía en esa época... pero lograron sacar un trigo que resistía a los fríos. Y empezaron en nuestra aldea (*en relación a la aldea donde vivían sus antepasados*) a haber molino harineros terriblemente productivos. Y a los rusos les empezó a molestar... después estalló la Guerra, pero eso fue más adelante. En el 1941 se acabó del todo pero los nuestros vinieron en 1878, en la primera llamada del presidente Avellaneda de inmigración (...) algunos quizás se vinieron como aventureros, otros porque les habrán prometido que la Argentina era vaya una a saber que... (...) por ahí ellos cuando llegaron acá quizás tenían esa idea de que iban a hacer trigo, porque allá hacían trigo y eran *labradores* y bueno, acá hicieron eso”

El trigo les permitió sobrevivir en Rusia e incluso prosperar. Y *hacer trigo* era la actividad que también desarrollaron en Argentina, porque ellos eran *labradores*. El trigo también actúa como una marca de origen (Guimarães, 1996), al igual que el dialecto aunque de manera muy diferente. No es una barrera que incluye y excluye, sin embargo da sentido de pertenencia y hace a la comunidad. El trigo fue desde su llegada a Rusia, un cultivo que ellos mismos incorporaron porque *ellos mejoraron las variedades*, hicieron de ese cultivo algo productivo y rentable y su principal medio de reproducción económica. El trigo en Santa Anita les permitió, a la mayoría de ellos, cancelar las deudas contraídas y acceder finalmente a la propiedad de la tierra. Fueron ellos, en un principio, quienes decidieron cómo, cuándo y dónde sembrarlo. Claro que en aquel entonces, al menos hasta los años 40, la actividad agrícola argentina podría ser pensada en términos de monocultivo de trigo. El maíz estaba presente pero como un cultivo más doméstico, destinado al autoconsumo y al forraje para los animales. Pero el manejo del trigo siempre era local, las decisiones eran tomadas por los productores locales en el ámbito doméstico y la simplicidad de tecnología que involucraba el cultivo permitía la existencia de productores de pequeña y mediana escala.

Más allá de que toda evidencia haría pensar que aquella situación estaba dominada por el trigo como cultivo principal y único, permanentemente en los testimonios se destaca la diversificación productiva como contraposición al actual modelo de *monocultivo de soja*. Según relatan, era una economía de tipo intensiva y muy diversificada. Prácticamente todo lo que se destinaba a la alimentación provenía del campo. También se ocupaba una parte

más pequeña de la parcela para el cultivo de maíz, el cual se destinaba al consumo propio y para alimentar a los animales. Todo lo que se consumía en el hogar era producido por la familia. En todas las casas había cría de cerdos, vacas y gallinas y un espacio de huerta. En el pueblo se proveían mayormente de azúcar, vino y otras cuestiones menores que no podía producir ellos. Tenían una gran habilidad para construir herramientas y para trabajar la tierra. Acostumbrados a adaptarse a grandes cambios, lo cierto es que las facilidades que les dio la aptitud agrícola que presentaban los suelos argentinos lejos estaba de la hostilidad de los suelos rusos. En los primeros años los colonos debían entregar un 35% de su cosecha de trigo como forma de ir saldando la deuda y hacerse propietarios finalmente de sus tierras. Muchos lo consiguieron en 6 o 7 años, e incluso algunos saldaron la deuda anticipadamente y adquirieron más parcelas de tierra. Cuentan que “el mismo trigo que cosechaban convertido en harina lo sacaban como parte de pago” para la compra de todo aquello que no producían. El trigo incluso operaba como valor de cambio.

Considerando todas estos elementos que dan un significado singular al trigo para los santanitenses es realmente difícil que en la actualidad ese cultivo tenga una connotación negativa, más allá que agronómicamente no presente diferencias con la soja. El trigo se acerca a la noción de seguridad, mientras que la soja a la de destrucción. En el medio de ambas se encuentra el riesgo en términos de Beck (2000).

La fiesta más tradicional que tiene el pueblo no podía ser otra cosa más que la representación de la trilla del trigo, el momento en el cual se vendía el cereal, se saldaban las cuentas, se abastecían en lo posible de todo aquello que no podían producir y todo el ciclo empezaba nuevamente su curso. El momento en el cual la comunidad prolongaba su existencia y se resguardaba del riesgo. En las épocas de cosecha era el único momento en el cual el pueblo tomaba toda la centralidad de la vida cotidiana:

“Las cosechas se traían del campo al pueblo, comúnmente habían dos o tres cerealeras o acopios de cereales, y aunque no lo creas, dos o tres capitales judíos. O sea empresas judías que tenían su galpón de acopio acá en Santa Anita (...) vendían al mejor postor. Cuando la gente ya había pagado sus tierras y eran independientes, le vendían al mejor postor, al que más le pagaba o al que mejor le fiaba. Porque comúnmente te adelantaban la plata y vos después pagabas con cereal. Traían el cereal en carro y cuenta la gente mayor que entraban hileras e hileras de carros. Tal

es así, que del movimiento que provocaba... acá en la esquina había un herrero y contaba que tenía 8 carros para *enyantar*. O sea que el movimiento que provocaba... el efecto era multiplicador. Todos trabajaban, los que remendaban bolsas, todos. Traían el cereal y después en Urquiza lo cargaban al tren”

Sumada a una descripción de los campos de los colonos o de sus abuelos como “campos intensivos y diversificados” se encuentra el tema de la escala productiva. Se trataba en su mayoría, según relatan, de campos que rara vez superaban en promedio las 70 hectáreas y generalmente eran más pequeños. En esa extensión incluso podían llegar a incluir la actividad de tambo. Y toda la familia vivía allí, de esa economía diversificada que vendía el excedente de trigo y producía todo aquello que consumía.

Pareciera claro entonces el motivo por el cual la soja opera como opuesto del trigo; se podrían representar en términos del binomio seguridad-destrucción (Beck, 2000). La soja es un cultivo que vino *de afuera*, el trigo lo trajeron ellos incluso como práctica desde Rusia. Es algo que pertenece no solo a su pasado sino a su origen en tanto configuración como Alemanes del Volga. Y la frase recurrente *la soja desplazó todo* debe ser leída también en esta clave.

El segundo interrogante que me propongo abordar aquí es una cuestión que también me acompañó desde un inicio en mi trabajo de campo. Cuando intentaba indagar sobre las principales actividades productivas presentes en Santa Anita desde sus inicios para comprender cuales fueron aquellas más importantes antes de la expansión del cultivo de soja solía obtener dos respuestas opuestas. O me decían “Santa Anita era todo trigo” o contrariamente me remarcaban que “Santa Anita era arroz y ganadería”.

Estas respuestas daban cuenta nuevamente de territorialidades diferentes. Como desarrollé anteriormente, durante los primeros años de fundación de Santa Anita la actividad productiva central fue el trigo. Este cultivo se complementaba también, pero en menor proporción, con el lino. Sumaban maíz y avena para consumo doméstico y forrajes para los animales. Esta era la actividad principal de los colonos, es decir de aquellos inmigrantes que ocuparon inicialmente las tierras de las tres estancias adquiridas por el Padre Becher. Sin embargo, mostré también que el territorio de Santa Anita estaba comprendido por una extensión de tierra mayor. También incluía los campos en los cuales se localizaban estancias que no eran propiedad de santanitenses. Allí las extensiones de los campos eran

completamente diferentes y, más allá del trigo, la actividad ganadera también ocupaba un rol importante. Luego, en la década del 40, iban a reemplazar en parte el trigo por el arroz.

Dependiendo del territorio desde donde se respondía mi pregunta sobre la actividad productiva, había más o menos dominio de una actividad sobre la otra. Sin embargo, para el descendiente del colono, para el santanicense, Santa Anita *era todo trigo*.

“El colono en si siempre sembró trigo y lino y un poco de maíz para las gallinas y para el consumo personal, no a nivel comercial. Pero fue trigo y lino, nunca nadie pensó en el arroz. Pero el primer arroz que yo me recuerde... año 1959 se empezó a sembrar arroz en la costa del arroyo Santa Rosa, que era un arroyo de donde ellos bombeaban (...) pero eran 20 o 30 hectáreas de arroz, no más”

El arroz no es destacado por aquel santanicense que tuvo años atrás un vínculo directo con el campo. Esto se relacionaba con aquella extrañeza que provocaba mi plano del distrito en el cual dentro del territorio estaban incluidos esos campos de mayores extensiones que no reconocían como propios, justamente donde se concentraba el cultivo de arroz. El arroz estaba afuera de sus tierras, no era parte de una decisión de ellos. Las territorialidades operan nuevamente para fragmentar y alejar todo lo que está por fuera de Santa Anita en tanto configuración como comunidad de pertenencia.

Durante una entrevista, y justamente intentando comprender esta lógica productiva, consulté si Santa Anita había sido efectivamente “todo arroz y ganadería” y me respondieron:

“Nooo, ¡bajo ningún punto de vista! Porque el arroz siempre fue de los uno o dos... y quien más te digo... ¡Muy pocos! después apareció alguno más y ¡para de contar! Eran aventureros que empezaron a sembrar arroz, pero no eran más de 5... ponele 6 familias en el pueblo. No había ninguna posibilidad de sembrar arroz si nadie tenía ni siquiera un motor. Había que hacer el pozo... ¡Las taipas! (...) estos tipos como los pooles de siembra, llámalos como quieras, que vinieron de otros lados a sembrar un poco más de arroz”.

El arroz lo hacían los *de afuera*. El arroz, al igual que la ganadería, se extendía en otros campos, no en aquellos comprados por el Padre Becher. Eran estancias de grandes extensiones, mayoritariamente vinculados a la Estancia San Pedro y a otros propietarios,

quienes combinaban agricultura con ganadería, y dentro de las actividades agrícolas incluían el arroz. Es por este motivo que este cultivo no se encuentra incluido dentro de la construcción del pasado por parte de los santanitenses.

Ahora para aquel que incluía dentro de sus configuraciones territoriales los campos pertenecientes a las grandes estancias, generalmente algunos de los productores locales que aún tiene propiedad de la tierra o son contratistas, consideraban al arroz como el cultivo destacado:

“Pasa que antiguamente era únicamente arroz. Antes era exclusivamente arroz y ganadería. Antes agricultura no había acá. Antes el que hacía un poquito de trigo era el colono chico que vivía en el campo o un lote de maíz para mantener a los animales que tenía. El resto, en los campos grandes era todo arroz. Y se rotaba con praderas para ganadería. Sembraban la pradera con arroz... eso era la... como si hablas de trigo en Balcarce, así era el arroz acá.”

La pregunta que restó hacer para comprender esta cuestión fue ¿destacado en dónde? El trigo y el arroz se destacaban en territorios diferentes y los protagonistas de uno y otro cultivo también eran actores diferentes.

Los grandes arroceros que ocupaban los campos más allá de la colonia fueron quienes inicialmente se incorporaron al proceso de agriculturización, y luego fueron los protagonistas centrales del proceso de sojización. En cierto punto la soja desplazó también al cultivo de arroz. La soja en los campos de santanitenses ingresó unos años después, entre 1998 y el 2000.

Volviendo a mi recorrido, ese campo triguero convertido ya en un mar dorado fue nuestro segundo y último descenso. Tanto Cecilia como Laura sacaron fotos y yo misma me tomé una foto con el trigo de escenografía por detrás. Después de allí, seguimos marcha para completar el recorrido sobre los límites que trazaba mi mapa.



Campo de trigo que dio fin al *tapera tour* (fuente propia)

Capítulo 8

Rituales de “comunalización” y tradiciones inventadas: *La Trilla*

En Santa Anita al menos una vez cada dos meses, y sino todos los meses, hay alguna celebración. Estas suelen ser realmente variadas y las convocatorias tienen también alcances diferentes. Solo por mencionar algunas de ellas, antes de trabajar sobre las dos centrales, durante una de mis estadías estuve para la celebración de día de Santa Ana. En esa oportunidad el eje central estuvo en la parroquia, donde se celebró una misa en conmemoración a la patrona del pueblo y una caminata por las calles centrales. También se realizó una kermesse en la escuela primaria del pueblo donde asistieron muchos alumnos, padres y vecinos. Esta fecha coincidió con el receso escolar invernal en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, así que también había mucha gente que no era local. Sin embargo, en su mayoría se trataba de parientes y familias santanitenses.

Estos espacios de encuentro suelen tener varios propósitos. En principio conforman un ámbito de socialización dentro de la comunidad. Si bien tal cual destacué Santa Anita cuenta con un inventario de servicios e infraestructura muy variado -que en cierta forma le otorga esa condición de autosuficiencia- no abundan en el pueblo lugares de encuentro y esparcimiento principalmente nocturnos. Estas celebraciones aseguran que al menos una vez cada dos meses existan estos espacios de intercambio que refuerzan los lazos de la comunidad.

Una característica fundamental de estos eventos es que por lo general estas fiestas o celebraciones son llevadas adelante por alguna de las tantas organizaciones que integran la comunidad. Ya sea el hospital, la escuela primaria, la parroquia, el colegio secundario, el club “El Porvenir”, entre otros. Cada organización cuenta además con un día al año, su propio “día de”, en el que se celebra o conmemora algo relativo a la organización. Como estas celebraciones o fiestas están generalmente a cargo de una sola organización, la segunda función de estos eventos es simplemente recaudatoria. Por ejemplo, una de las tantas convocatorias que circularon durante el 2017 fue realizada mediante un comunicado en el que se anunciaba el “6to Festival Solidario ‘Todos por el Hospital’”, en el que se avisaba que iba a haber *un esmerado servicio de cantina*, acompañado por baile y música en

vivo. Con esta fiesta anual y otros bailes organizados por el hospital se logró recaudar dinero que permitió incluso realizar mejoras en sus condiciones edilicias. A su vez, el hospital cuenta con una cooperativa integrada por miembros de la comunidad. Ellos, además de organizar estas fiestas, durante todo el año juntan fondos para realizar obras o comprar equipos. Así, como ocurre con el hospital, en todas las organizaciones este tipo de eventos tiene esta función recaudatoria. Aunque también funcionan como ámbito de socialización, no solo para quienes asisten a los eventos, sino también para quienes conforman cada organización y se esmeran en los preparativos.

Otra característica de este tipo de eventos, y dependiendo del ámbito en el cual se desarrollen, es que siempre está presente la comida *típica*, la música y el baile. Si bien la música, ligada al dialecto, ya ocupó parte del análisis en capítulos anteriores, aquí simplemente quiero reforzar una idea central: en estos tres elementos se encuentra objetivadas prácticas del pasado que se resignifican dando sentido al presente e intentando mantener parte de ese pasado inalterado, aunque solo sea al imponerlos por repetición, tal cual resalta Hobsbawn (1990). Sumado a esto, estas prácticas tienen otra funcionalidad; si se entiende a la percepción de la pérdida de ciertas características que definen a la comunidad como un riesgo, por medio de la repetición de estas prácticas se intenta evitar que ese riesgo, entendido como fenómeno contingente, ocurra (Luhmann, 2006).

Santa Anita, al igual que la mayoría de los pueblos conformados por corrientes migratorias de Alemanes del Volga, posee un ballet. Este ballet local, llamado *Die Volga Hertzie* o *Corazoncitos del Volga*, agrupa a muchos chicos de la comunidad en su escuela de danza. La presencia de este grupo representando algún baile es un elemento siempre presente en todas las celebraciones. La mayoría de los hijos de mis entrevistados participan de la escuela de danza, principalmente las niñas. Lo que sí es curioso es que no hay participación de adultos dentro de ese ballet. Estos ámbitos sirven también para desplegar estos tres elementos (comida, música y bailes típicos) que resultan centrales en el proceso de construcción y recreación de las pertenencias de la comunidad.

Hay dos celebraciones centrales en las cuales todas las instituciones trabajan juntas para su organización. Se trata de La Fiesta de las Comidas Típicas y la Fiesta Nacional de la Trilla Tradicional. En estas cada organización tiene un rol específico y junto con ese rol el orden opera asignando a cada una de estas organizaciones una tarea y responsabilidad. En la

Fiesta de las Comidas Típicas cada organización está a cargo de la realización de algún plato de comida que se vende en el momento del almuerzo. Y la disputa se centra en que plato le toca elaborar a cada uno. Las pequeñas tensiones se suelen dar por la complejidad o simplicidad en la elaboración del plato y en la demanda o venta que cada una de estas comidas tiene.

La celebración dura solo un día y comienza temprano por la mañana. Convoca a distintos visitantes, principalmente a miembros de la comunidad que migraron o a hijos y nietos de pobladores de Santa Anita. También a miembros de la comunidad de alemanes de Volga radicados en pueblos vecinos e incluso de los primeros pueblos de Buenos Aires.

Por la mañana el foco central está en el baile, el cual se desarrolla sobre la calle frente a la Iglesia. Allí participan grupos de todos los pueblos vecinos, también conformados por corrientes migratorias de Alemanes del Volga. Luego la centralidad la ocupa las *comidas típicas*, y esa allí donde las diferentes comisiones venden lo que elaboraron. Durante el almuerzo nuevamente actúa el ballet local y los de las localidades vecinas.

Ahora bien, quiero detener mi atención en la Fiesta Nacional de la Trilla Tradicional o para los santanitenses simplemente *La Trilla*. Estas es la celebración principal de la comunidad y en cierta forma actúa como su presentación pública, la forma en la cual ellos se muestran ante el resto de las comunidades. En esta oportunidad las organizaciones nuevamente trabajan juntas, los roles se dividen y se ordenan, y todos se preparan para darse a conocer en público y recibir una cantidad de visitantes realmente inusual para el pueblo.

Lo cierto es que participé de *La Trilla* en el año 2016. Al ser una fiesta nacional, esta celebración debe prolongarse por al menos 3 días. La fiesta se realiza usualmente el segundo fin de semana del mes de diciembre, en coincidencia con el feriado nacional del 8 de diciembre en conmemoración del Día de la Inmaculada Concepción de María. Esta coincidencia le otorga un atractivo turístico adicional y fomenta en parte la mayor concurrencia de visitantes. La fecha está vinculada con el momento temporal en el cual se realizaba, y actualmente se realiza, la cosecha del trigo.

Mi experiencia con *la trilla* comenzó un mes antes de su celebración. Fue allí cuando hice los primeros intentos para conseguir alojamiento en el pueblo durante mi estadía. Sin embargo, esto no resultó posible. Las plazas estaban totalmente agotadas y tuve que optar

por alojarme en la Ciudad de Basavilbaso, en las que las plazas se encontraban prácticamente completas. Esta celebración convoca más de tres mil visitantes, quienes intentan alojarse en el pueblo. Si bien muchos de ellos son familiares de los lugareños también reciben visitantes que han tenido alguna relación con la comunidad –padres, tíos o abuelos santanitenses- y regresan para la celebración. Provocado en parte por la gran convocatoria de las dos celebraciones más importantes –las comidas típicas y *La Trilla*- se fueron instalando alojamientos en la planta urbana y uno en el ámbito rural. Actualmente la oferta, aunque informal, de alojamiento es de 200 camas. Sumado a esto hay otro hecho que se destaca: hay dentro de la planta urbana más de 100 casas de fines de semana, lo cual representa más del 10% del total de las viviendas del pueblo.

Si bien la fiesta dura tres días, la centralidad del evento lo ocupa el tercer día donde se realiza justamente la trilla de trigo. El día viernes comenzó la fiesta. La apertura formal se realizó en el pueblo de Santa Anita y contó con la participación de las autoridades municipales y algunas autoridades provinciales. Durante el día siguiente, el sábado, los festejos tuvieron como eje espacial la Plaza de Los Inmigrantes. El espacio central de la cuadrícula de la planta urbana contiene los edificios e instituciones principales del pueblo. A diferencia de la mayoría de los pueblos, en los cuales todo se estructura alrededor de la plaza, en el caso de Santa Anita todo está contenido en este espacio, incluso la plaza. Es ese lugar el que tiene el mayor protagonismo durante el segundo día de festejos. Es allí donde se concentran los actos de los distintos grupos de danza de los pueblos vecinos y el santanitense. Lo que convoca este segundo día es la danza típica de los alemanes del Volga, *la polca*. Fue en ese momento cuando pude ver actuar por segunda vez a los “Corazoncitos del Volga”.

Las delegaciones que acompañaron la fiesta en esa oportunidad eran en su totalidad de la provincia de Entre Ríos y la que se destacaba por sobre el resto era la de la Ciudad de Crespo, ciudad en la cual se concentra el mayor número de descendientes de inmigrantes de alemanes del Volga. El ballet de esta ciudad estaba compuesto por numerosos integrantes; y como la mayoría, excepto el ballet de Santa Anita, presentaron diferentes bailes con participantes de distintas edades. Lo que se destacaba en este ballet era la presencia de un grupo numeroso de adultos. Era un Ballet profesionalizado en cierto punto. En cambio el grupo local “Corazoncitos del Volga” estaba integrado en su mayoría por un

gran número de niñas y adolescentes, y algunos niños. Los adultos no participaban de este grupo.



Fiesta de *la Trilla*: muestra de danza en la Plaza de los Inmigrantes. Arriba Grupo de Danza “Corazoncitos del Volga”. Abajo público participante (fuente propia)

Llegué a la Plaza de los Inmigrantes ese día pasadas las cinco de la tarde y gran parte del lugar ya estaba ocupado. Al no existir infraestructura para sentarse, la mayoría de los visitantes había llevado sus propias sillas y estaban ubicados en torno al pequeño anfiteatro de la plaza. Había casi doscientas personas en ese momento. Lo cierto es que la conducta por parte de los visitantes sobre lo que estaba ocurriendo en el pequeño anfiteatro era divergente. Por un lado se destacaba la presencia de personas de edad avanzada, quienes mantenían su atención en el baile y la música. Acompañaban con su mirada cada paso y tarareaban cada una de las melodías que sonaba. Por otro lado había distintos grupos de jóvenes que, lejos de manifestar mucho interés en lo que ocurría en el anfiteatro, estaban sentados en ronda en el césped conversando y tomando mate.

El espacio que ocupó la danza del “Los Corazoncitos del Volga” fue más acotado que el del resto de los grupos. Bailaron solo una canción en la cual representaron todas las labores previas necesarias para la elaboración de una comida. Para esto, los pocos niños que participaron fueron los encargados de juntar la leña, cortarla y acercarle a las mujeres el maíz. Las niñas por su parte fueron quienes hicieron los preparativos para las cocciones, llevaron el maíz a la olla, acarrearon los utensilios de cocina y finalmente todos en torno al fuego se sentaron a comer. Los roles estaban bien diferenciados. Si bien fue un baile simple, muy diferente a la impronta más profesional de los otros grupos, también fue claro. Ellos representaron una escena cotidiana de la vida en épocas anteriores, en las cuales todo aquello que precisaban estaba en el campo. En concordancia con los relatos destacados en el capítulo anterior, esa escena vinculada con el campo representaba la seguridad y el aislamiento del riesgo.

Hasta aquí la fiesta no tenía ingredientes muy dispares a los que puede observar en la fiesta de las comidas típicas: la música Alemana de Volga como eje central y el baile en torno a ella como medio de expresión corporal necesario para recrear permanentemente sus orígenes. Al día siguiente, el domingo, era finalmente *La Trilla*.

El predio sobre el cual se hace la fiesta se encuentra unos kilómetros antes de llegar *al arco* de Santa Anita, por la ruta de acceso principal. Se trata de un predio privado. De hecho la propia fiesta nace como una iniciativa de los propios pobladores, pero retomaré este punto más adelante. El campo alberga durante todo el año una colección de maquinaria agrícola antiquísima que aún se encuentra en funcionamiento. Oficia como un museo privado o una

colección privada de máquinas entre las que se encuentra incluso una de las primeras cosechadoras automotrices que aun funciona y se utiliza durante el evento.

La primera *Trilla* se hizo en 1998 y para muchos fue el inicio de la política en Santa Anita. Un año atrás, en 1997, ya se habían establecido las comisiones para organizar el festejo del centenario del pueblo. Si bien faltaban 3 años –la conmemoración fue en julio de 2000– habían muchas expectativas en torno a ese momento. El objetivo principal era llegar a obtener el status de municipio. Hasta el momento Santa Anita era solo Junta de Gobierno. Esto implicaba que no podían elegir al Jefe Comunal, sino que era designado por el gobernador electo de la provincia; por lo tanto esa autoridad vecinal era *del color político de la provincia*. Sumado a esto, el presupuesto asignado al pueblo también se iba a incrementar significativamente. Según cuentan ellos, se estilaba que a los pueblos que cumplían 100 años se les *regalara el municipio*. Lo cierto es que luego del centenario y también del Censo Nacional de Población del 2000 –en donde dicen haber mentado *un poquito*– consiguieron el estatus de Municipio. Junto con este nuevo nivel alcanzado comenzaron las disputas. Y dentro de la comisión formada para la Fiesta de la Trilla y del Centenario comenzaron también las tensiones políticas¹⁰⁵.

En los relatos, el objetivo principal que tuvo esta primera *trilla* fue simplemente recaudar fondos para la celebración del centenario que iba a tener lugar casi dos años después. En casi todas las entrevistas en las que se mencionó *La Trilla*, aquel primer encuentro solía ser rescatado como un trabajo de toda la comunidad. Permanentemente destacaban que “todos trabajaron para la primera trilla”. Fue efectivamente un paso previo que debían dar para el centenario y el origen del municipio. Si bien hoy los santanitenses siguen participando, ellos afirman que nunca volvió a ser como ese primer evento. Actualmente siguen trabajando las comisiones, pero no todos los pobladores asisten. Suelen argumentar que “siempre es igual, hacen lo mismo. ¡Hace muchísimo calor! Quizás vamos después, para el baile” aunque para muchos sigue teniendo un significado muy especial.

¹⁰⁵ En este sentido rescato la conversación que tuve con un santanitense. Él destacó justamente que “La política nace con el centenario. Ahí se forma un grupo que organiza la fiesta de la trilla, que era el mismo grupo que estaba en la junta de gobierno. Y gracias a Dios, ellos tramitan lo del censo y el gobernador Montiel como regalo del centenario le otorga el carácter de municipio a Santa Anita.”. Los primeros tres años de Santa Anita como municipio estuvo al mando de los mismos integrantes de la anterior Junta de Gobierno. Luego en las elecciones municipales la fórmula perdió.

Es preciso destacar que el tipo de participación en el evento también pareciera haberse resignificado. En aquel primer encuentro todo el esfuerzo estaba concentrado en el trabajo en el predio de *La Trilla* y la cantidad de visitantes no tenía la magnitud que tiene en la actualidad. Conversando con uno de los organizadores de la celebración, y en relación a la participación de la gente de la comunidad, él destacó:

“No, pero viste, ¡nadie es profeta en su tierra! Un poco pasa por ahí... o están cansados también. A veces hay fiestas nacionales, a las que hemos ido, y la gente del lugar ya no va. O ya lo vio, o no le interesa. ¡Pero ojo! Yo ya estoy contento con que la gente de acá se ocupe de atender a la gente que viene. Ya hay que darlo por hecho. Yo sé que mucha gente no va al predio porque tienen hospedaje, están atendiendo a familiares o... entonces, viste, hay que estar conforme también con eso”

La forma de participación se modificó. Actualmente la fiesta convoca más de tres mil personas. La capacidad total de alojamiento del pueblo queda cubierta, los comercios, los restaurantes, los pocos bares, las tiendas, todo el paisaje santanicense se ve modificado por la gran cantidad de visitantes que recibe. Y aquellos que no asisten al perdió se encuentran de todos modos atravesados por este quiebre de la rutina pueblerina y se dedican a atender a los visitantes en el pueblo.

Ahora bien, varias preguntas se despliegan en este punto. Si bien en los relatos solo se destaca que *la trilla comenzó para recaudar fondos para el centenario*, lo cierto es que muchas otras cosas se podrían haber hecho. Claro que no se puede negar que algunos miembros de la comunidad tenían muchas máquinas antiguas que mantenían en funcionamiento y con *La Trilla* aprovechaban esa disponibilidad para la celebración. Sin embargo no pensaron simplemente en una muestra estática de máquinas, como suele ser habitual. O un inventario de objetos y máquinas agrícolas simplemente dispuestos en un predio para que la gente visite. En lugar de esto planearon recrear las prácticas agrícolas de sus *abuelos*, tal como lo indica el propio nombre de la celebración. Ahora bien, quedan aquí abiertas algunas preguntas: ¿Por qué una muestra en el campo y no simplemente una celebración con comida y baile como es habitual? ¿Por qué recrear prácticas agrícolas centenarias? ¿Por qué lo central de la celebración es justamente la cosecha y, por qué el trigo? Algunas respuestas a estas preguntas pueden intuirse a partir de lo trabajado hasta

aquí, sin embargo volveré sobre estos interrogantes al final de este capítulo. Ahora describiré de qué se trata *la trilla*.

La convocatoria para el último día era a las 9.30 de la mañana según el programa de la fiesta. Con el propósito de recorrer el predio aun sin gente y poder comprender un poco más la espacialidad sobre la cual se desplegaba este evento central de la celebración, intenté arribar antes de la hora de la convocatoria. Si bien llegué a las nueve de la mañana, ya en el acceso al predio había un gran número de autos esperando para ingresar. Había más de veinte autos estacionados en la banquina y una fila sobre la ruta esperando para el acceso al predio. Estaba la policía ordenando el tránsito y también gente de la organización del evento. Antes de ingresar, todavía sobre la calzada de la ruta, se acercó un muchacho joven de la organización quien vestía una remera naranja con una inscripción que decía “Santa Anita” y un prendedor con el logo de la fiesta y la leyenda “18va Fiesta Nacional de la Trilla Tradicional. Recordando a nuestros Abuelos”.

Una vez atravesado el portal de ingreso al predio con el auto, sobre mi izquierda me recibieron tres chicos jóvenes, pertenecientes a los últimos años del colegio secundario de la localidad, quienes estaban ubicados en línea a dos metros de distancia uno de otro. Eran quienes estaban encargados de cobrar la entrada a la fiesta. Nuevamente aparecía “el orden” como parámetro organizador de esta puesta en escena. El motivo por el cual habían tres personas escalonadas en línea tenía su lógica: facilitaba el ingreso permitiendo que varios autos a la vez pagaran la entrada y ellos cobraran de manera simultánea. Luego de pagar me dieron un cupón de entrada el cual tenía impreso el número 290. Si bien mi idea era arribar al predio antes del arribo del público general, claramente ya había llegado allí mucha gente antes. Intenté también en esa oportunidad abonar el estacionamiento pero me indicaron que eso debía pagárselo a los *chiquitos* que estaban en el lugar asignado a estacionar los vehículos ya que ese dinero era para *la recaudación de la escuela*. Ahí empecé a notar muy tempranamente como las comisiones iban articulándose y los roles dentro del evento se iban dividiendo. Seguí marcha unos metros más y me encontré con *los chicos de la escuela* que estaban encargados del estacionamiento. Todos mostraban hasta

el momento interés y sabían perfectamente lo que tenían que hacer y las indicaciones que dar, incluso cuando se trataba de niños de escuela primaria¹⁰⁶.

Bajé del auto y caminé en dirección hacia el lugar donde divisé un grupo de gente caminando. Había llevado en esa oportunidad todo lo necesario para pasar el día dado que el anuncio mismo de la fiesta señalaba: “se recomienda traer sillas y mesa”. Luego divisé unos tinglados, los mismos que se veían desde la ruta pero desde el lado opuesto, y caminé en esa dirección. Debajo de esos tinglados era el sector reservado para que ubiquen sus mesas y sillas aquellos que habían llevado¹⁰⁷. También en uno de ellos había sectores con caballetes y tabloncillos largos que eran utilizados como mesas para almorzar, que al momento de arribar estaban todos los lugares ya reservados aunque sin gente. En los sectores despejados ya había una gran cantidad de familias, la cuales habían traído consigo sillas y mesas de camping y ya estaban instalados alrededor de ellas. Todos parecían saber exactamente lo que había que llevar y el lugar que debían ocupar. La mayoría tenía su conservadora de alimentos, y todos los utensilios de cocina necesarios para almorzar. Claramente ninguno de los asistentes estaba desinformado. Parecía ser una práctica a la que estaban habituados.

En el espacio donde dispuse mis cosas ya había gente (aproximadamente una cuarta parte del lugar estaba ocupada), principalmente hacia el sector del frente, cerca de donde se disponía el escenario. En ese momento había poca gente por lo que dejé un lugar entre mi mesa y la que estaba más próxima de modo tal de generar un pasillo y no obstruir el paso. Y poco a poco los espacios que dejé para que la gente pueda circular entre mi mesa y la del lado se fueron ocupando hasta que todo se transformó en un continuo de mesas y sillas entre las cuales era casi imposible caminar.

¹⁰⁶ En este sentido una pequeña anécdota sirve para señalar en cierta forma el nivel de responsabilidad que tenía cada uno de los integrantes de la comunidad dentro de este esquema de reparto de roles y actividades. Una de las niñas a quien le pagué el estacionamiento, que no superaba los 11 años, observó que mi pareja estaba fumando. Lo miró fijo y le dijo: “con el cigarrillo por favor no vaya al campo señor, lo tiene que apagar”. En ese momento reflexioné sobre cómo para los santanitenses, y no solo para el Padre Becher, *nada está librado al azar*.

¹⁰⁷ Un año atrás en una de mis visitas a Santa Anita había visitado el predio junto con mis compañeros de trabajo. En ese momento fuimos a ver las máquinas disponibles y tinglados eran los encargados de cubrir máquinas antiguas o lo que para mí eran simplemente *fierros viejos*. Eran dos tinglados de cien metros de largo por 50 de ancho. Y todos esos *fierros viejos* participaron en la fiesta y la mayoría estaba en funcionamiento.

En una de las cabeceras de las naves estaba dispuesto el escenario y en el extremo opuesto estaban ubicados algunos puestos para comprar comida, así como también el camino que conducía a la exposición de las máquinas. En los laterales había sitios de venta de artesanías, dulces, plantas, cerveza artesanal; la mayoría pertenecían a vecinos del pueblo y otros a personas de localidades vecinas. Caminé hacia la cabecera donde estaban los puestos de comida y donde divisé a la mayor cantidad de gente transitando. De allí, al salir de los tinglados sobre la derecha había en exposición una hilera de motores de distinto tipo, antiquísimos, algunos de ellos en marcha. Ninguno estaba en perfecto estado de conservación pero si aún funcionaban. Un poco más alejados de los motores había más de cuarenta máquinas y equipos agrícolas de diferentes épocas dispuestos en el predio y contenidos en el frente por un sendero de tierra. Toda la gente que había reservado un lugar en el tinglado que tenía los caballetes con los tablonos estaba allí caminando alrededor de las máquinas. Del otro lado del sendero se disponía un gran campo sembrado con trigo dorado y listo para cosechar.

Entre las máquinas había más de veinte tractores pertenecientes a distintas épocas y en diferente estado de conservación. Algunos de ellos estaban en marcha y todos estaban con su dueño o con algún encargado a su lado. Los visitantes se mostraban realmente interesados. Cada vez que uno de estos tractores se ponía en marcha era inevitable que la máquina quedase rodeada de personas. El público en general estaba compuesto por familias. Los padres entusiasmados subían a sus hijos a los tractores, paseaban entre las máquinas, les mostraban los equipos. Los dueños o encargados mostraban un orgullo muy particular y charlaban con los visitantes con mucho interés. Si bien aún era temprano, ya a las 9.30 de la mañana la temperatura era muy elevada. Fue un día de sol pleno lo cual claramente agravaba la situación. La gente no parecía notar el calor y en ningún momento esa condición hizo que dejaran de circular entre las máquinas, sacar fotos, conversar.

Todos los equipos que estaban en exhibición tenían un cartel identificatorio muy simple en el cual se describía de que máquina se trataba, su modelo y el año de fabricación. Ese había sido un proyecto de trabajo entre el INTA y el colegio secundario de Santa Anita. En el último año del secundario los chicos cursan unas horas de prácticas o de taller. La docente a cargo va rotando la actividad según sus intereses. Han hecho desde un programa de radio, hasta encuestas en el pueblo. Ese año, siguiendo una propuesta de INTA, se trabajó sobre la señalética de las máquinas en la fiesta. Conversando con la docente a cargo de las prácticas

unos meses después de la fiesta de *la trilla* me comentó que le gustó mucho realizar el trabajo porque fue una forma de que los alumnos tomen contacto con la historia y con el trabajo de campo. Ella insistía en que los adolescentes no sabían nada del campo: “viven en el medio del campo y ni los yuyos conocen”. El trabajo costó mucho porque los chicos no lograban ni siquiera distinguir las máquinas. Según me comentó solo uno de ellos sabía un poco más porque el padre trabajaba en el campo pero solo conocía los equipos más nuevos, no podía identificar aquellos más antiguos:

“Había un solo *gurí* que conocía las máquinas. Y conocía las más nuevas. Veía una plataforma de un maicero de 20 años atrás y sabía que era. Pero ya las antiguas no”.

Para ella el trabajo realizado fue vital para que los chicos se lleven algo de *su lugar* y que al menos cuando volvieran en *10 años con su esposa*, supiera *dónde se crió*. Nuevamente en este relato está presente un riesgo que puede ser entendido como subjetivo: el temor a la pérdida. En ese caso se vincula con la pérdida de parte de su pasado, de su historia. Y en ese trabajo realizado la docente valoró esa posibilidad de rescatar esa historia para de alguna manera recordarla en el presente, y en cierta forma prolongarla hacia el futuro. Pareciera que La Trilla todos los años durante los últimos 19 es una forma de mantener presente casi de manera invariante aquel pasado que les aseguraba la subsistencia de la comunidad.

Ese mismo temor a la pérdida de su historia también me lo manifestó una de las personas que trabaja en la comisión de la fiesta cuando le pregunté sobre el interés de los jóvenes:

“Es muy difícil. Estamos haciendo campaña todos los años y lo vamos a lograr. Yo ahora empecé a trabajar... a llenarles la cabeza a los padres de los chiquitos. Ya los del medio, los adolescentes, ya no, ya perdimos. Pero por ejemplo tengo cinco o seis *guricitos* que van, que les gustas, que me dicen... todos los años esperan la fiesta de la trilla. Hay que hablar con los padres”



Imágenes de muestra estática de máquinas agrícolas y área de almuerzo (fuente propia)

En general, consideran que hay una generación que ya *la perdieron*. Ahora concentran sus esfuerzos en revivir el interés en aquellos más pequeños. El riesgo vinculado con la amenaza de la pérdida de la historia y las tradiciones es percibido por los miembros de la comunidad como algo contingente y evitable (Luhmann, 2006) mediante la recreación de la trilla del trigo. Con esta fiesta buscan tejer líneas de continuidad entre el pasado, el presente y el futuro, concentrando sus esfuerzos en la proyección del futuro por medio del involucramiento y la transmisión hacia los más jóvenes.

Luego de caminar un poco más volví al sector de las mesas y allí escuché un anuncio que no logré comprender. Sin embargo noté que la poca gente que estaba en el tinglado comenzó a dirigirse hacia el espacio donde estaban las máquinas. Los seguí y al salir los visitantes pasaron por donde estaba la muestra estática y siguieron marcha hacia unos lotes que estaban localizados a 200 metros de allí.

Caminé hasta llegar a una especie de pasarela de 80 metros de ancho por casi 700 metros de largo en la cual se podía ver que la tierra había sido trabajada. Era tierra sin cultivo ni maleza, trabajada previamente con un arado, removida. A los costados de esta pasarela había unos postes bajos con un alambre que impedía el ingreso. Me ubiqué cerca del alambre e inmediatamente comenzaron a desfilan máquinas de todo tipo. Si bien en un inicio pensé que respetaba algún orden (ya sea cronológico en función a las épocas en las cuales las máquinas se usaron o de labor agrícola propiamente dicho), no fue así. Por el lapso de una hora aproximadamente pasaron arados traccionados por caballo y detrás personas caminando simulando siembra al voleo, desfilaron diversos tractores (lo que estaban detenidos en la muestra estática de la mañana), máquinas sembradoras traccionadas a sangre o con un tractor. Cada una de las máquinas desfilaba por esa pasarela y al llegar a la cabecera, giraba 180 grados para volver y finalmente salir por el mismo lugar por el cual había ingresado.



Muestra de máquinas de labranza y siembra (fuente propia)

El calor no conseguía bajo ningún punto de vista desalentar a los visitantes, quienes estaban sin el reparo de ninguna sombra al borde del alambrado que delimitaba la pasarela y siguiendo con sus miradas cada una de las máquinas que pasaba. Si bien, tal como mencioné, el público en general estaba compuesto por familias, era posible distinguir muchas parejas con edades rondado entre los 40 y los 50 años, junto con sus hijos. Los padres claramente cargaban más admiración que sus hijos. Y el interés era compartido

tanto por mujeres como hombres. Mientras estaba presenciado ese desfile de maquinarias, justo a mi lado había una mujer, en la mitad de sus cuarenta, junto a su hijo de aproximadamente 9 años. Y mientras desfilaba una sembradora de cajones traccionada por caballos escuche que le dijo: “ves, así hacia yo con el abuelo; yo lo ayudaba a sembrar. Iba sentadita ahí arriba del cajón”.

Si bien por la edad de ella resultaba extraño que haya vivido esa práctica tan antigua, hay evidencias que hacen pensar que estas técnicas productivas más tradicionales perduraron por más tiempo en Santa Anita, o al menos convivieron con las técnicas más modernas. Sin embargo, más allá de esto, esa escena para ella representaba algo de su pasado que quería no solo recordar sino transmitirle a su hijo; es decir, asegurar su existencia en el futuro. Ese pasado la unía directamente con su familia y con el campo, ambas cuestiones ligadas a su infancia y relevantes para su vida.

Para cuando terminaron de desfilas las máquinas ya era casi el mediodía. Todos marcharon hacia los tinglados y se acomodaron en las mesas. Donde en un inicio había algún espacio libre, para ese momento ya había sido ocupado por una silla y una mesa. Todo estaba cubierto. En este evento la comida *típica* no tomaba un lugar central. Mayoritariamente se servía asado de costillar con cuero. La mayoría de los visitantes habían llevado sus propias bandejas en las cuales ponían el asado. Todos sabían perfectamente donde comprar la comida, la bebida; es decir, todos conocían el circuito interno de la fiesta. Claramente la mayoría ya había participado alguna vez o, de no ser así, había sido invitado por alguien que sí había asistido. Parecía ser yo la única principiante.

Como mencioné, la fiesta convoca tres mil personas aproximadamente todos los años. Para sus organizadores este número es más que suficiente dado que garantiza que se preserve su *espíritu familiar*:

“Es una fiesta que creció mucho... No queremos que crezca mucho más tampoco. O sea no debe crecer más de lo que uno pueda atender. Ojalá que no sea una fiesta de más de cinco mil personas. Se conserva muy familiar. Nunca tengo despelote... ojala que se mantenga así. He ido a muchas fiestas nacionales. Fui a la de Agricultura y de agricultura no tiene nada. Es un escenario, lo más importante son los artistas que contratan, la elección de la reina y se terminó. De agricultura, ¡el nombre nomas! ¡Acá no! Acá lo queremos mantener en esa esencia. Y mientras

estemos nosotros –el grupo que conformo- se va a mantener así... Así, campechana. Porque, por ejemplo, todos los años –ahora ya no porque lo rechacé varias veces- he tenido varias ofertas de varias empresas gastronómicas... vienen con carpas, aire acondicionado, todo... a vos te dan una plata... pero yo lo estaría sacando de la esencia (...) La gente va igual con el calor. Usando la sombra que hay (*casi nula si no fuera por los tinglados*). Los mismos galpones que albergan durante el año a las máquinas, ese día albergan a la gente. Todo es muy familiar, muy campechano, muy rústico. Y yo creo que ese volumen de gente que viene, viene porque es así. Yo estoy seguro que si la cambiaríamos, la haríamos más comercial, como un montón de fiestas nacionales, ahí sí, vendría de todo. Y ahí tendríamos problemas de inseguridad¹⁰⁸.”

Ahora bien, ¿qué es la *esencia* que él pretende rescatar y hacer que perdure? Y, en esta misma línea ¿qué es eso que la docente quería que sus alumnos se lleven de *su lugar*? Dejo enunciado estos otros interrogantes que retomaré más adelante.

Volviendo la atención a la fiesta, luego de almorzar regresé al sector de las máquinas en el que había estado temprano a la mañana. Nuevamente había mucha gente caminando en ese sector, mirando las máquinas. En esta oportunidad eran más que en la mañana debido a que ya la cantidad de gente había llegado a su punto máximo. El ruido de varios motores andando a la vez era muy potente y el calor cada vez más agobiante. Justo detrás de la línea de motores noté un pequeño tinglado, de aproximadamente 10 metros de ancho y 30 de largo en el cual entraba y salía gente. Claramente era un antiguo gallinero que habían transformado en una especie de museo. Ingresé y dentro de este tinglado había de todo tipo de artículos antiguos. La gran cantidad de objetos abarrotados en estantes hacía difícil comprender que era cada cosa. Desde utensilios de cocina, muebles viejos, vestimenta y hasta un sulky perteneciente al correo. Entre las herramientas y artículos vinculados a las prácticas agrícolas una cuestión se destacaba. Había dos tarimas de más de dos metros de largo y un metro de ancho cada una, sobre las cuales había antiguas mochilas de pulverización. Eran de diferentes tamaños y formas, todas de chapa. Estaban muy deterioradas e incluso no era simple comprender de que se trataban si nunca se había visto una con anterioridad. Estas herramientas no habían sido incluidas dentro de la primera

¹⁰⁸ Este tema se abordará en profundidad en el capítulo 9

muestra de la mañana en la pasarela por la cual desfilaron máquinas y herramientas. Si bien se mostraron diversos implementos para el laboreo del suelo y distintas sembradoras, este tipo de herramientas no había sido exhibido.

Poco después de terminar mi recorrido por el museo comenzó nuevamente el movimiento de gente y el anuncio del locutor que convocaba a acercarse al espacio central para presenciar la cosecha o la trilla de trigo. Toda la gente se dirigió hacia el lote sembrado con trigo que se encontraba justo frente a las máquinas expuestas. Allí la gente comenzó a distribuirse en el campo pero esta vez de forma mucho más anárquica. A diferencia de lo que había ocurrido por la mañana, donde el campo laboreado por donde pasaban las máquinas estaba delimitado por un alambre de ambos lados, en este caso no había indicación clara sobre el espacio que debía ocupar el público y el lugar por donde iban a pasar las cosechadoras. Se escuchaban muchos motores en marcha y en forma escalonada comenzaron las máquinas a trillar. Lo excepcional era que máquinas tan antiguas siguieran funcionando e incluso consiguieran cosechar el grano. Pasaron varios equipos; incluso una de las cosechadoras era de arrastre, es decir traccionada por un tractor.

El trigo, sumado a las cosechadoras, fue otro factor que se destacaba. Se trataba de un cultivo diferente al que habitualmente se ve en los campos. Según ellos mismos relataban, *es una especie tradicional*, no una de las variedades híbridas actuales. El cultivo estaba entremezclado con algo de malezas y sorgo. Se trataba de un trigo de resiembra, sin selección ni mejoramiento, que no se corresponde a los estándares actuales de calidad de semilla.

Los distintos equipos fueron transitando sobre el cultivo de modo tal que cuando terminaron todos de desfilarse el campo de trigo había quedado casi en su totalidad cosechado. La gente se amontonaba alrededor de las máquinas en movimiento llegando incluso a ser inseguro y en algunos casos los participantes seguían con sus pasos la marcha de la cosechadora. Las pasadas de las máquinas duraron también más de una hora. En este caso la cantidad de gente que se había agrupado en torno al trigo era mucho mayor que el público de la mañana, lo cual dificultaba en parte poder ver todo lo que ocurría.



Imágenes de la cosecha de trigo o *la trilla* (fuente propia)

Una vez finalizada la trilla de trigo comenzó el baile en torno al escenario principal armado en la cabecera de los tinglados donde se había almorzado. El calor era aún más agobiante, sin embargo los visitantes bailaban siguiendo la música típica de los Alemanes del Volga; incluso tarareaban las letras. Entre baile y baile llegó la elección de la Reina. Ese hecho no salió de lo común, solo que resultaba incomodo ver a las chicas bien vestidas, la mayoría con pantalones largos, intentando que el calor no arruine el maquillaje y el tocado.

Una vez elegida la Reina se reinició el baile. En ese momento noté que empezaron a llegar nuevos visitantes. Estaban ya promediando las cinco de la tarde. Esta era la práctica habitual del santanicense. Por lo general no participaba de toda la fiesta, pero sí asistían *a la hora del baile*. Así evitaban el calor fuerte del mediodía y utilizaban al evento como una fiesta más de las que se organizaban en la comunidad: como un lugar de esparcimiento y encuentro con la gente del pueblo. Para algunos claramente no tenía un significado especial. Sin embargo, para muchos otros sí.

Si bien ya habían pasado las cinco de la tarde, aún faltaba un evento central en *La Trilla*. En las promociones del evento se anunciaba: “no te pierdas el tradicional ritual del mate cocido”. Este evento tuvo lugar sobre el campo ya trillado. Sobre un carro con similares características a una cocina a leña, apoyaron una olla con agua caliente. Lentamente empezaron a mover el carro sobre sus ruedas para acercarlo al rastrojo de trigo. El público comenzó a seguir el movimiento de este carro, el cual se dirigía hacia un grupo de personas integrado por los maquinistas de las cosechadoras que previamente habían trabajado en ese lote. El ritual era simple. Una vez finalizada la cosecha o la trilla de trigo, las personas involucradas en la labor de campo se agrupaban y, junto con el pan recién horneado, tomaban un mate cocido dulce preparado por las mujeres de la casa. Lo tomaban ahí, en el campo, en el suelo, justo en el momento y en el lugar donde habían terminado la cosecha. Esa escena fue la que recrearon. Todos los que habían pasado con sus máquinas a trillar se juntaron en torno a esa especie de cocina a leña móvil en la cual se calentó la olla. El mate cocido se sirvió uno por uno en jarritos de chapa y primero se repartió entre aquellos hombres que habían trabajado en la cosecha. Para los visitantes se repartieron vasitos descartables con mate cocido y se convidó con pan casero.

Si bien ante mis ojos se destacaba la exotividad de este *ritual*, uno de los organizadores me comentó que esto no era algo único de la comunidad.

“Nosotros creíamos que era algo particular de acá. En realidad no de acá de Santa Anita pero si de los Alemanes del Volga. Y un día, en una trilla se me acerca un señor, ojos claros, medio rubión y yo le hablé en alemán; no sé qué le dije... y me dice: no perdóname, yo soy descendiente de italianos. Entonces empecé a hablar con el hombre y me dice: ‘si, lo mismo que hacían ustedes lo hacíamos nosotros’. Ahí se me prendió la lamparita y dije, ¡la pucha, pará! Nosotros estamos catalogando a la fiesta de la trilla... está muy encasillada como que era una fiesta típica de los alemanes del Volga. Y no, porque nuestro propio presidente es descendiente de franceses. Eh... este hombre, que era italiano, dijo que todo lo mismo que representamos nosotros lo hacían ellos... después me toco hablar con judíos, también, todo era igual. Y no, entonces ya hace 8 años la sacamos del mote de fiesta típica de Alemanes del Volga par ser de la provincia de Entre Ríos y después del país. Hoy gracias a Dios... Si siempre se hace la aclaración... se iza la bandera alemana en el predio por el hecho de que Santa Anita fue fundada por descendientes de alemanes. Que si vamos a la historia, tampoco es así, porque nuestros antepasados cuando salieron de Alemania ni siquiera era Alemania, era el Principado Germano, ni tenían bandera. Cien años después se formó como país Alemania. Pero claro, ahí tiene que haber una identificación, entonces hay que respetarla también. Entonces siempre en el predio, cuando hacemos la inauguración, siempre hago esa aclaración. En esta bandera alemana están representadas las banderas de todas las colectividades que representan el crisol de razas que es la provincia de Entre Ríos y el país. Entonces queda todo aclarado porque izamos esa bandera. Porque hasta ahí siempre se encasillaba. Y después de aquella experiencia que nos tocó vivir, fui uno de los que más lucho para sacarla del mote ese. Yo veía que habían judíos que estaban identificados con *la trilla*... italianos, franceses, suizos. ¡Gracias a Dios se logró!”

Sin embargo, *La Trilla* y todas las prácticas que la rodean hacen al pasado y al presente de los santanitenses. La celebración es una puesta en escena de eso que ellos consideran la *esencia* y que no se quieren perder incluso en la propia organización de la fiesta. Es esa identificación que destaca ciertas características que hacen a la comunidad, que dotan de sentido a la comunidad. Es ese pasado que quieren tener presente. *La trilla* también debe ser entendida como un ritual de “comunalización”.

Retomo ahora algunas de las preguntas que fui enunciado en párrafos anteriores. Quiero comenzar analizando el momento histórico en el cual surge la celebración. En sus relatos *la trilla* comenzó como un festejo previo a la celebración del Centenario del pueblo y con fines recaudatorios. Sin embargo, la primera fiesta se realizó en 1998, momento temporal que coincide con el ingreso de la soja a las tierras de Santa Anita y con la pérdida del control de la propiedad de la tierra ocasionado por las ventas masivas. Si bien el ingreso de este cultivo ocurrió previamente en aquellos campos ocupados por las grandes extensiones, es decir en las grandes estancias, ya en el 98 se extendía casi en todo el territorio. Es en este sentido que *La trilla* debe ser leída en términos de “tradición inventada”. Hobsbawn (1990: 8) define a las tradiciones inventadas como “un grupo de prácticas, normalmente gobernadas por reglas aceptas abierta o tácitamente y de naturaleza simbólica o ritual, que buscan inculcar determinados valores o normas de comportamiento por medio de su repetición, lo cual implica automáticamente continuidad con el pasado”. *La Trilla* en ese momento se transformó en su vínculo casi exclusivo, y ritual, con todas las cuestiones vinculadas con la vida en el campo.

Reforzando esto, y volviendo a Hobsbawn (1990), el autor resalta incluso que estas tradiciones “normalmente intentan conectarse con un pasado histórico que les sea adecuado”. En este sentido esta celebración no admite ser de otra forma más que *tradicional*, en el sentido de traer al presente las prácticas de sus *abuelos*. En el momento en el cual no solo perdieron el control de sus tierras y sino también se produce uno de los mayores cambios en el modelo productivo que los excluye, ellos rescatan sus prácticas tradicionales como antítesis de esa innovación. Esta celebración vino a reforzar ese pasado para, de manera ritual, recrearlo en su presente por ya casi 20 años. Actualmente, *la trilla* es uno de los únicos vínculos que la comunidad tiene con la vida del campo.

Si se aborda la noción de riesgo desde una de las aristas trabajadas por Luhmann (2006), éste se presenta como contingente y se ubica en el futuro; en este sentido, *la trilla* es una herramienta potente para evitar una “destrucción futura” de las referencias a “la vida en el campo”, con el conjunto de valores y representaciones virtuosas con la que fue cargada por los santanenses, y partir de las que sostienen sus sentidos de pertenencia. *La trilla* mantiene en el presente aquellas prácticas vinculadas con la vida en campo, y por lo tanto, resguarda a la comunidad en un espacio de “seguridad” ante la amenaza de la pérdida de las particularidades que, desde su percepción, la distinguen.

Siguiendo esta línea, y retomando los elementos trabajados en el capítulo anterior, el trigo toma toda la centralidad. Ese cultivo opera, incluso en la actualidad, como marca de origen que refuerza sus sentidos de pertenencia. Es la soja y no el trigo aquello que los desplazó del campo. Es en este sentido que en torno a la soja se produce la construcción pública de la noción de riesgo (Beck, 2000). Y más aún, fue el trigo lo que les permitió progresar en Rusia y acceder a la propiedad de la tierra en Argentina. Si bien la importancia del cultivo dentro de la celebración de *la trilla* se despliega en todos sus estadios agronómicos, es decir la roturación del suelo, la siembra y la cosecha, era este último momento en el cual los resultados se hacían visibles; se vendía el cereal, se saldaban las deudas y el ciclo volvía a comenzar. Este era el momento en el cual la reproducción de la comunidad estaba asegurada y por lo tanto también su proyección en el tiempo. *El ritual del mate cocido* en cierta forma le daba un marco familiar a la labor de campo. Durante ese mes de gran sacrificio las familias estaban siempre presentes por detrás. Implicaba compartir ese momento anual, casi inmortalizado, con aquellos que acompañaron la labor, seguramente los miembros masculinos de la familia, y las mujeres que se ocupaban de las labores domésticas.

En este sentido *la trilla* intenta que ese orden social y aquel sentido de comunidad del pasado, ahora en el presente, continúe invariante por medio de su ritualización. Reforzando lo ya mencionado, esta celebración surge como una respuesta a una situación que, perciben, ponía en riesgo a la propia comunidad.

Yendo a lo resaltado por la docente y su necesidad de que esos chicos, ella entiende, deben llevarse algo de *su lugar*. Y *su lugar* no es más que la propia comunidad, y parte central de ésta se vincula con la vida en el campo (espacio vinculado por ellos mismos en el pasado como “seguro”, tal cual se señaló en el capítulo anterior), que solo queda en parte presente en *la trilla*. En este sentido para el organizador el desinterés de los jóvenes es una amenaza, no solo porque él tiene un rol central en la fiesta, sino que de no continuar la celebración se estarían *perdiendo* justamente parte de lo que los hace “ellos” y no “otros”.

Ahora bien, ¿qué significa entonces esa *esencia* que temen perder? En este caso lo que está amenazado es la pérdida de aquellos elementos en que ellos se reconocen como únicos y particulares y que la masividad de una fiesta comercial los disolvería; es decir, haría de *la trilla* una celebración como tantas otras del resto de las provincias. Y dejaría de ser *su*

presentación pública, de la propia comunidad, en tanto ellos como diferente a otros. Lo que está en riesgo, entendido como un riesgo subjetivo, es justamente la comunidad. Durante toda la representación en la celebración de *la trilla* la comunidad está lejos de la amenaza.

Todos estos elementos presentes en esta celebración hacen de ella un ritual de “comunalización” en tanto refuerzan parte de sus sentidos de pertenencia, en este caso aquellos que los vinculan a la vida en el campo. Y no hay que olvidar que ellos desde sus orígenes fueron *agricultores*, y vinieron a Argentina a *labrar la tierra*. Era el campo los que los mantenía seguros y lejos de la destrucción, en su propia construcción de ese binomio seguridad-destrucción que determina al riesgo (Beck, 2000).

Capítulo 9

Los límites materiales y simbólicos de la comunidad

Muchas partidas y algunos regresos

Una gran parte de los santanitenses al menos una vez en su vida dejó Santa Anita por algún motivo. Ya sea por lapsos más cortos o más prolongados, la historia de las migraciones atraviesa sus trayectorias. Es casi habitual que todo el que ya no vive en Santa Anita o aquel que regresó relate esta experiencia desde dos perspectivas. En primer lugar, rescatan lo difícil que fue dejar el pueblo y, seguidamente, algunos destacan que su regreso tampoco fue simple. Cada vez que un poblador regresa de ese éxodo, Santa Anita seguramente se ha transformado. Si bien esta cuestión no suele ser visible, un testimonio fue clave para comenzar a analizar estas nuevas partidas y regresos. Mariela se fue y volvió, ella sintetiza así su experiencia: “uno extraña cosas que ya no existen”. Esta reflexión permite trazar un recorrido sobre algunas de las nuevas partidas y retornos al pueblo, tomando un poco de distancia de los relatos idílicos sobre los regresos y poniendo el foco específicamente en los motivos de estos éxodos¹⁰⁹.

Hasta 1983 en el pueblo no había colegio secundario. Esto implicaba que para alcanzar ese nivel educativo los adolescentes debían dejar el pueblo. El acceso no era una cuestión compleja ni costosa ya que mayoritariamente los chicos migraban hacia dos colegios religiosos con modalidad de internado pertenecientes a la Iglesia Católica y vinculados a la comunidad. Esos dos destinos eran en Esperanza, Santa Fe¹¹⁰ o en un colegio de los Hermanos Maristas localizado en la Ciudad de Luján, Provincia de Buenos Aires.

Muchos de los entrevistados describen cómo dejaron en la adolescencia a su familia para radicarse en esos dos destinos. Ese éxodo permanece muy presente en sus relatos. José

¹⁰⁹ No se pretende aquí hacer un inventario exhaustivo de esos recorridos sino solo remarcar aquellas experiencias de éxodos más frecuentes entre los santanitenses durante las últimas décadas.

¹¹⁰ Es aquí donde el Padre Becher fundó el primer colegio y seminario de la Congregación del Verbo Divino antes de llegar a la ciudad de Crespo y posteriormente fundar Santa Anita. No hay que dejar de lado una cuestión central; uno de los motivos por los cuales el Padre Becher fundó Santa Anita fue para generar un “semillero religioso”. Estos motivos del origen se mantuvieron por mucho tiempo. Son frecuentes las historias en las cuales los curas insistieron a los padres de niños para que migren principalmente hacia la ciudad de Esperanza.

dejó Santa Anita a los 14 años y fue a estudiar a Esperanza, y posteriormente estuvo radicado unos años en Buenos Aires donde accedió a educación superior:

“El día que me fui sobre el cajón de un camión juré que iba a volver. Me tuve que quedar 14 años en Buenos Aires por la situación; acá no había trabajo”.

Si bien José, se alejó de Santa Anita siempre pensó en volver. Incluso ya antes de trasladarse nuevamente al pueblo junto a su familia había comenzado a tener algunos comercios locales y siempre planeó su regreso. Muchos de los que parten siempre entre sus proyectos se encuentran el retorno a la comunidad en algún momento de su vida.

Otros, como Jorge, se fueron, regresaron después de estudiar y nunca dejaron el pueblo. Incluso decidieron no seguir estudiando y comenzar a trabajar en Santa Anita:

“Yo soy nacido y estuve hasta los 12 años acá. Después me fui a estudiar. Hice el secundario y después me volví. Mi padre me dijo si quería estudiar... él tenía un chasis, un camioncito y yo le dije: si me das el camión, trabajo en el camión. Yo tenía 18 años y andaba en el camión”

Otros, por supuesto, luego de finalizar los estudios secundarios migraron hacia otras ciudades para completar sus formación terciaria y universitaria o simplemente para comenzar su vida laboral. Muchos de ellos, sino su mayoría, no regresó al pueblo al menos en su juventud o edad media.

Si bien todo haría pensar que con la fundación del colegio secundario local el éxodo finalizaría, estas partidas continuaron aunque modificadas. El Instituto San José se creó en 1983 y nuevamente se trató de una institución religiosa¹¹¹. El colegio secundario es una institución “pública de gestión privada” y por privada se entiende que es gestionada por la Iglesia Católica¹¹². Si bien es pública, solo se abona una pequeña cuota la cual es

¹¹¹ Hubo mucha resistencia desde la propia Iglesia para la fundación del colegio en el pueblo. En cierta forma la apertura del Instituto San José limitaba esos éxodos de adolescentes hacia los colegios que estaban bajo su control y posibilitaban que el “semillero religioso” no se vea amenazado. Finalmente, después de muchas disputas y el trabajo de la comunidad, consiguieron acceder a educación secundaria dentro de Santa Anita.

¹¹² Todas las decisiones que se toman dentro del colegio tienen que ser aprobadas por la diócesis local, a pesar de tratarse de una institución pública. En este sentido se destaca un testimonio de una entrevistada que mencionó: “hasta para cambiar un picaporte hay que pedir permiso a Gualeguaychú”

verdaderamente poco significativa. Esto facilita el acceso de toda la comunidad y garantiza la educación secundaria, claro que no se trata de una educación laica¹¹³.

¿De qué se trata entonces este nuevo éxodo? Ahora aquellos que vivían aun en el campo debían trasladarse hasta el pueblo para asistir al colegio. Y lo más usual era que sus hijos se alojen allí, ya sea en la casa de algún familiar o en alguna pensión. A una temprana edad los niños debían abandonar sus hogares quedando desarticulado el núcleo familiar. Cuando Valeria, una de mis entrevistadas, empezó la secundaria tuvo que ir a una pensión en Santa Anita. Siguiendo su relato me comentó que había una señora que hospedaba a las chicas que iban a la escuela y que los padres vivían en el campo. En ocasiones también a ella la cuidaba su tía. Por lo general, lo que ellos señalaban como “el campo”, entendido como un lugar muy lejano, en realidad se trataba de recorridos que no superaban los 5 kilómetros o incluso menos. Generalmente los viajes nunca eran superiores a los 15 kilómetros. Pero en los relatos el desarraigo está presente, por más que la lejanía no se expresara en esa distancia espacial. A su vez, el estado de los caminos agudizaba esa pequeña distancia a la par que la dedicación e intensidad que tenía el trabajo de sus padres en el campo realmente les dificultaba trasladar sus vidas al pueblo. El trabajo en aquel momento aún estaba en el campo. Si bien *el desalojo* había expulsado ya a muchas familias, aquellos que eran propietarios aún continuaban viviendo y trabajando allí.

A medida que los jóvenes en Santa Anita comenzaron a finalizar su educación secundaria en el Instituto San José, el próximo destino que les esperaba era migrar para completar sus estudios terciarios y universitarios. Si bien es difícil afrontar los gastos que involucran las estadías prolongadas en otras ciudades, los padres se esfuerzan para que sus hijos logren continuar sus estudios. En los últimos años se ha incrementado la cantidad de jóvenes que migran para estudiar. Los principales destinos suelen ser Concepción del Uruguay, Paraná y Santa Fe, dependiendo de la carrera universitaria o terciaria elegida. Aquellos que

¹¹³ Siempre me llamo la atención las charlas que mantuve con una lugareña, quien me comentaba que ellos intentaron que hubiese adentro del pueblo una escuela totalmente pública (incluyendo su gestión). Sin embargo, según su relato, “los curas nunca lo permitieron”. En este punto es que nuevamente apareció en el discurso “Santa Anita” como un actor más. La misma entrevistada afirmó en una oportunidad: “Santa Anita debería haber sido más rebelde”, refiriéndose a presentar alguna oposición a ese poder casi absoluto que tenía la iglesia dentro del pueblo. Sin embargo, resultaba muy difícil que esto sucediera si se considera que la fundación del propio pueblo y el acceso a las tierras generó una gran deuda con la iglesia, no solo material sino también simbólica. El poder que estos tuvieron fue casi unilateral hasta la creación del municipio. Desde allí la organización de la vida en la comunidad ya comenzó a estar en manos del poder político, por más que aún disputen ciertos espacios y que la misa de los sábados y domingos sea uno de los mayores ámbitos de socialización de la comunidad.

consiguen finalizar sus estudios rara vez vuelven durante la etapa económicamente activa de su vida porque “no hay trabajo para profesionales”. En este sentido rescato el testimonio de una madre cuyos hijos estaban estudiando en Buenos Aires y en relación a esto me comentó: “me encantaría que vuelvan pero, ¿para hacer qué?”. El campo ya no los ocupa, o más específicamente, no genera empleos bien remunerados y “para profesionales”.

En los últimos años se está generando un movimiento migratorio incipiente opuesto. Varios jóvenes ligados a la comunidad que se han formado profesionalmente han vuelto al pueblo¹¹⁴. Se trata en su mayoría tanto de personas que vivieron en Santa Anita su infancia, como de aquellos que no necesariamente nacieron allí pero son hijos o nietos de santanitenses. La ocupación de estas personas se da en segmentos muy específicos en los cuales hay una demanda concreta aún no cubierta. También varios de ellos con estudios terciarios y universitarios volvieron a ocupar cargos en las instituciones educativas locales.

Sin embargo, desde los relatos de aquellos jóvenes que vuelven, tampoco resulta simple ese regreso. Retomando justamente el inicio de este apartado algunos vuelven pensando encontrar aquello que dejaron en su partida. Sin embargo, el pueblo también cambió. Los testimonios muestran como les resulta difícil volver a la vida cotidiana del pueblo: “las personas son complicadas acá” fue el modo en que uno de ellos expresó esta dificultad. No obstante, al regresar vuelven a ser parte de la comunidad. Claro que por un tiempo van a ser *nuevos*, pero difícilmente van a ser considerados *de afuera*.

Muchos de los que no emigran motivados por continuar sus estudios, lo hacen en búsqueda de empleo. Otros tantos también se quedan en Santa Anita trabajando aunque la oferta de empleo disponible es muy escasa y reducida; se vincula principalmente con trabajos de baja calificación y, en su mayoría, trabajos “de campo”.

Siguiendo con los diferentes éxodos, retomo la migración temporaria de las mujeres embarazadas durante las últimas semanas de gestación, ya mencionada. Si bien desde el

¹¹⁴ En los últimos cinco años varios profesionales se han radicado nuevamente en Santa Anita. Se trata en su mayoría de actividades que permiten el cuentapropismo y no necesariamente deben estar bajo relación de dependencia. Se trata de una óptica, un mecánico dental, una kinesióloga y una bioquímica. También volvió una pareja de médicos cuyos abuelos habían nacido en Santa Anita. Esto se repite en el ámbito de las instituciones educativas. Sin embargo, estas situaciones relatadas no constituyen una constante en la vida cotidiana del pueblo pero sí debe ser consideradas para comprender los regresos.

2012 cuando se asfaltó el camino de ingreso a Santa Anita desde Villa San Marcial y la ruta que conecta este último pueblo con Basavilbaso ya no es una cuestión tan frecuente, es una situación que marcó la vida de una gran cantidad de madres santanitenses. El hecho de dejar su hogar en uno de los momentos de la vida de una mujer en la cual siente una gran vulnerabilidad es una cuestión que aparece en los relatos de manera recurrente. Los hijos de Santa Anita ya no lo son desde lo territorial pero si desde lo simbólico. Ellos lamentan *no poder tener más partos en Santa Anita*.

Acompañando estas situaciones de partidas, Santa Anita tiene algo que se destaca. Más del 10% de las viviendas que se encuentran en la planta urbana no están habitadas de forma permanente sino que son casas de fines de semana. En las recorridas por el pueblo noté un gran número de casas que se encontraban cerradas por completo. Parecían deshabitadas, pero sus jardines se veían perfectamente mantenidos y cuidados, como así también la vivienda, tal como ocurre con el resto de las casas en Santa Anita. Indagando sobre este punto confirmé que se trataba de gente que había hecho su casa en el pueblo y que la utilizaba para vacacionar o pasar los fines de semana. Mayoritariamente eran personas que habían nacido en Santa Anita y tuvieron que migrar por algunas de las cuestiones mencionadas anteriormente. Sin embargo, dentro de sus planes está el regreso al pueblo. Generalmente vuelven de manera permanente una vez alcanzada su edad jubilatoria, pasando la etapa de su vejez en el pueblo. Esto es un hecho que llama la atención. No por la práctica en sí sino por el gran número de personas que han decidido llevarla adelante.

Otra cuestión que también se destaca es que desde el 2010 hay en el pueblo un geriátrico privado pero con un fuerte subsidio del municipio. Nuevamente allí hay muchos ancianos que vivieron toda su vida en Santa Anita pero también hay muchos otros que habiendo migrado en algún momento de sus vidas son trasladados a este establecimiento para pasar los últimos años de su vida allí. Incluso lo más usual es que sus hijos no tengan residencia en el pueblo.

Sumando a esto hay una gran cantidad de lotes desocupados o baldíos dentro de la planta urbana. Son propiedad en su totalidad de gente que vive en Santa Anita y herencia de algunos descendientes que ya no viven allí. En el pueblo hay una gran demanda de vivienda, de hecho el propio municipio tuvo que extender el ejido urbano para poder atender el déficit habitacional. Sin embargo, estos lotes no se negocian; sus dueños no están

dispuestos a venderlos. Si bien muchos santanitenses dejan el pueblo, otros tantos tienen pensado regresar en algún momento de su vida y esos lotes se conservan como la condición material para poder hacerlo.

Una señal significativa que me dio indicios sobre que comenzaba a ser aceptada en la comunidad fue justamente que en varias oportunidades, en tono de broma, me ofrecieron sus lotes para que los compre. Me solían decir que me vaya a vivir allá, que yo ya era *una más*. Un nivel de inclusión tal iba en contra de su propia definición de “comunidad cerrada”, así se lo hice notar a un entrevistado y, contradiciéndolo, mencioné justamente que en función de ese nivel de aceptación que percibía haber tenido dentro de la comunidad no consideraba que fueran una comunidad cerrada. La respuesta de mi interlocutor fue: “vos porque sos rubia, medio *gringa*. Si fueses morochita, ¡olvídate!”. Quizás había algunas características físicas que amortiguaba mi extranjería objetiva, no obstante el fenotipo parece sumarse a las cuestiones que tienen en cuenta para determinar si alguien es *de afuera* o no. De todos modos, es importante no perder de vista que esta inclusión que se me ofrecía descansaba sobre la certeza que ellos tenían sobre la finitud de mi estadía dentro de la comunidad.

La amenaza de la gente *de afuera*: “últimamente hay muchas caras raras en el pueblo”

Como ya mencioné anteriormente, la planta urbana de Santa Anita es un cuadrado perfecto. En tres de los cuatro vértices hay un ingreso al pueblo. También hay dos entradas en las caras laterales. Algunos de estos ingresos solo vinculan caminos internos o se vinculan entre sí. Se puede decir que, en cierta forma, controlar quien entra y sale del pueblo es una tarea sencilla, más considerando el bajo número de pobladores. Sin embargo, cada uno de estos ingresos/egresos del pueblo están controlados por una cámara de seguridad que registra todos los movimientos.

Esto fue algo realmente curioso, e incluso desde mi percepción lo notaba como algo absurdo. Santa Anita es un pueblo chico y tranquilo en el cual todos se conocen o tienen alguna relación, ¿qué motivaría la colocación de cámaras de control? Según los primeros comentarios de los vecinos la puesta en funcionamiento de estas cámaras respondía a la

presencia en el pueblo de “muchas caras nuevas”. Sin embargo, según pude indagar, esas caras nuevas no habían provocado hasta ese momento ningún hecho delictivo¹¹⁵.

En la primera visita a la biblioteca, durante el 2017 también noté que habían instalado cámaras de seguridad. Al consultar sobre los motivos los argumentos fueron que al tratarse de un edificio mayoritariamente vidriado era fácil ver el equipamiento que había en su interior. En la biblioteca, a la presencia de cámaras se les sumaba una luz con un sensor de movimiento que se encendía en caso de que alguna persona se acercara a la puerta. Cuando indagué en mis entrevistas sobre los posibles problemas de inseguridad que podían ocurrir en el pueblo la respuesta fue:

“Y no, no hay problemas, pero a veces se ven caras raras. Los fines de semana hay más movimiento, gente nueva. La mayoría son personas que tienen parientes o que algún pariente vivió en el pueblo pero se ven caras raras”

Estos dichos eran un tanto contradictorio porque en esa misma ocasión habían afirmado que el pueblo era un lugar tranquilo y que por ese motivo dejan las puertas de las casas abiertas casi todo el tiempo, porque en Santa Anita “no pasa nada”.

Los comentarios sobre *caras nuevas* y *caras raras* eran recurrentes y sistemáticos, y desde sus relatos aparecían mayoritariamente, aunque no exclusivamente, asociada a la gente *de afuera*. El comentario se repetía tanto para describir a la gente que asistía a las misas, a los nuevos chicos del colegio, como también a los visitantes que recibía Santa Anita los fines de semana.

Era posible distinguir entre aquellos que tenían un vínculo con la comunidad y aquellos que no. Es decir, dentro del primer grupo estaban contenidos todas aquellas personas que tenían un vínculo, aunque indirecto con Santa Anita: o sus abuelos habían vivido allí, o sus propios padres o ellos mismos en algún momento de su vida había migrado y luego regresado, ya sea de visita o para residir permanentemente. Rara vez se referían a algún

¹¹⁵ En relación con esto, solo dos cuestiones pueden ser entendidas como posibles hechos de inseguridad. En primer lugar, se dieron algunos episodios de robo de ganado en los que rápidamente fueron detectados los culpables. También, comentaron un hecho puntual en el que un grupo de jóvenes habría dañado levemente algunas de las instalaciones del balneario municipal, el cual permanece toda la noche abierto y no tiene sereno ni vigilancia. Estos dos hechos pueden considerarse menores.

miembro de este grupo como gente *de afuera*. En este caso ese grupo estaba integrado por lo que ellos denominaban *los nuevos*.

Por otro lado, las personas que visitaban Santa Anita o se habían trasladado allí pero no tenían ningún vínculo de origen con la comunidad eran agrupadas por mis interlocutores como la gente *de afuera*. Los primeros, *los nuevos*, con el correr del tiempo podían dejar esta categoría para ingresar dentro de los límites de la comunidad y ser contenidos por ella. Y habitualmente esto ocurría. Sin embargo, los segundos estaban siempre dentro de la categoría de los *de afuera*. Lo nuevo, en un principio, y lo *de afuera* se configuran dentro de la construcción pública de riesgo de los santanitenses (Beck, 2000), dado que son percibidos como una amenaza. Lo *nuevo* puede dejar de serlo, mientras que todo aquello que está por afuera, rara vez lo consiga.

La gente *de afuera* opera como sinónimo de la categoría de *criollo*. Esta es construida justamente en oposición a la de *gringo*.

“¡Es el gringo! El *gringo* vive para el trabajo y el *criollo* no. El *criollo* vive de la viveza criolla mal empleada. El *gringo* siempre... vos fijate acá en el pueblo... los parques, la casa... vas a ver dónde hay un *gringo* y donde no hay un *gringo*. Fijate el orden... ¡fijate todo! Por más que sea una casa vieja esta ordenada, está pintada... el patio está limpio, está en línea. Y vos anda a uno que sea *criollo*.”

El *criollo* es todo lo que ellos no son: vago, desordenado, desinteresado; es decir, todas aquellas características que ellos desprecian y consideran que ponen bajo amenaza la continuidad de la comunidad se encuentran dentro de la categoría *criollo*. Esto es compartido por todos aquellos que conforman a la comunidad. Es decir, este elemento que desde sus percepciones pone bajo amenaza de destrucción a la comunidad los ha unido, generando diversos lazos de solidaridad internos, conformándolos y fortaleciéndolos, en términos de Beck (2000) como “comunidad del miedo”. La caracterización como “*criollo*” no está vinculada a una nacionalidad, sino que incluye a todos los que no son descendientes de Alemanes del Volga.

Todo aquel que no pertenece ni nunca perteneció a la comunidad, es decir está por fuera de sus límites, pareciera ponerla bajo amenaza de destrucción. Este riesgo, en tanto contingente y evitable (Luhmann, 2006), intenta ser materialmente controlado por las

cámaras dispuestas en los accesos. Pero simbólicamente hay otro tipo de control; el propio control que ejerce la comunidad, incluyendo y excluyendo a esas amenazas.

Con el tiempo pude relacionar una experiencia de uno de mis primeros viajes con esta constante clasificación que hace la comunidad de aquellas *caras raras*. En una de mis caminatas hacia la huerta agroecológica, una señora que crucé ya casi llegando a destino me preguntó: “¿va para el campo?”; yo le respondí que en realidad iba a la huerta. Inmediatamente después me preguntó si era de Santa Anita. Claramente ella sabía a la perfección que yo no era de allí; todo el mundo sabía que no era del pueblo, pero era inevitable que siempre me hicieran la misma pregunta. Sin embargo, ante mi respuesta negativa se mostró un poco sorprendida y me preguntó cómo era que había llegado allí. Le intenté explicar sobre mi trabajo en INTA pero no dejó que termine mi oración cuando me dijo en tono de pregunta pero esperando una afirmación: “¿pero usted es de familia alemana?”, a lo que le contesté que no y me dijo que por el pelo y la “carita” pensó que venía de familia alemana. Esta secuencia sobre mi origen y la creencia de varios santanitenses sobre mi posible relación con sus raíces se repitió varias veces. Si bien durante mi estadía solo llamaron mi atención las referencias sobre mi color de piel y cabello y su asociación directa sobre la posibilidad cierta de pertenecer a la comunidad, tomando distancia del trabajo de campo comprendí que ellos me estaban clasificando. Estaban intentando buscar para mí una categoría en la cual encuadrarme: ¿yo era nueva o de afuera? ¿gringa o criolla?

Ahora bien, ¿dónde ellos objetivan esa amenaza de lo *de afuera* y que implicancias tienen en términos de construcción de riesgo? Para comenzar a dar respuesta a esta pregunta retomo una cuestión que surgió en los talleres del 2015. Cuando comenzamos con esa actividad uno de los temas propuestos para la cuestión del desarrollo local en Santa Anita fue el turismo rural. La institución contaba con una gran experiencia en la temática, ya que había puesto en marcha muchos proyectos de ese tipo. El pueblo se presentaba como un campo fértil sobre el cual desarrollar la actividad ya que contaba con una buena oferta de servicios que podían resultar muy atractivos para el turista¹¹⁶. Sumado a esto, el pueblo contaba con experiencia ya que, tal como señalé en capítulos anteriores, mensualmente se

¹¹⁶ Tal como mencioné anteriormente, Santa Anita cuenta con un emprendimiento que incluye un balneario, un espacio de parrilleras y sombras y un Pesque y Pague, este último es el único en la provincia. A su vez, dispone de plazas de alojamiento, algunos emprendimientos gastronómicos y otras atracciones que hacen del lugar un espacio propicio para el desarrollo de propuestas de turismo rural.

solían hacer celebraciones que en muchos casos atraían visitantes externos. El caso clave de esto era justamente la celebración de la fiesta de *la trilla*. Incluso dado que uno de los problemas detectados era la falta de empleo para la mujer, pensábamos desde INTA que esta actividad podía llegar a ser interesante ya sea por la posibilidad de hacer artesanías, por la generación de nuevos comercios, teniendo así un gran potencial para solucionar este problema. Cuando comenzamos a trabajar el tema fue muy claro notar la resistencia de varios de los participantes. Durante los primeros dos años que duró el proyecto se iniciaron algunas actividades vinculadas con turismo, pero no hubo una gran participación de la comunidad.

En la segunda etapa del trabajo de campo volví sobre el tema. Indagando un poco más sobre los motivos por los cuales la actividad turística dentro del pueblo les generaba rechazo, las resistencias se debían al temor a que los turistas alteraran algunas pautas de conducta de la comunidad, como la limpieza, la tranquilidad, la buena educación. Desde su sistema de clasificaciones –en términos de Douglas (1996)- el turismo amenaza el orden, principio constitutivo de la comunidad, que promueve los sentidos de pertenencia y que por lo tanto la delimita. Las respuestas relativas al rechazo al turismo delataban cómo desde sus perspectivas la visita de los extraños podían poner en riesgo ciertas características de la comunidad que ellos protegen celosamente.

Retomando la fiesta de *la trilla*, desde el inicio de esta actividad los santanitenses se apropiaron de la celebración e hicieron de este evento la presentación pública de ellos mismos. Fue un evento que se gestó en un momento en particular, cuando había un objetivo en común: festejar el centenario de Santa Anita. Sumado a esto, y tal como se trabajó en el capítulo anterior, *La Trilla* es la expresión ritual de su vínculo con el campo. Si bien el nivel de participación directa de la comunidad no es tan masivo en la actualidad, los santanitenses participan desde distintos ámbitos. Y esto es así porque el pueblo se transforma. Y ¿en qué sentido se transforma? En primer lugar la capacidad de hospedaje queda totalmente completa e incluso muchos visitantes se hospedan en localidades cercanas como Basavilbaso o Villa Elisa. A su vez, las calles del pueblo son muy transitadas, los restaurantes completan sus mesas con turistas. La plaza de los Inmigrantes queda colmada de visitantes las tardes en las que hay exhibición de danzas típicas y el balneario recibe un gran contingente, también por las noches en las cuales hay conciertos y baile. La cotidianeidad del pueblo cambia por tres días y ese cambio fue aceptado. Pero en cierta

forma tampoco aceptaría un cambio aún mayor porque no quieren que *se pierda la esencia* y quieren que siga siendo una celebración “familiar”. Cuidan puntillosamente cada detalle para que esta *esencia* se mantenga. En un testimonio presentado en el capítulo anterior claramente su organizador se manifestó en relación a esto: “acá lo queremos mantener en esa esencia. Y mientras estemos nosotros –el grupo que conformo- se va a mantener así”. Para ellos, los visitantes son en su mayoría *hijos de Santa Anita*, conforman ese grupo de *gente nueva* o incluso ya son considerados miembros de la comunidad. Los visitantes son “familias” y esto hace que no se pierda *la esencia* de la celebración. *La trilla* en cierta forma está a salvo, siempre y cuando se mantenga tal cual está en la actualidad.

Ahora bien, ¿cuál es el riesgo que puede generar un tipo de turismo más masivo? Principalmente como mencioné puede quebrar el orden y la tranquilidad del pueblo. Este es el elemento central que justifica el rechazo a esta actividad. Y en este mismo sentido se entienden como amenazas al orden el ingreso a la comunidad de la *gente de afuera*. En una oportunidad, consulté si debido a esta gran cantidad de *gente de afuera* que ellos percibían en Santa Anita se había modificado el pueblo:

“No, más o menos, yo creo que es gente dentro de todo bien educada. Creo que los principios del pueblo no se han modificado. Que sea un pueblo tranquilo y un pueblo honesto, dentro de todo. Viste acá la gente... no sé qué va a pasar dentro de unos años porque todo cambia. Pero yo creo que es un pueblo ordenado. Un pueblo limpio.”

Reforzando lo expuesto anteriormente, según mi interlocutor, debajo del orden se ubican la educación, la tranquilidad, la honestidad, la limpieza. Mientras que el orden en tanto principio esté asegurado, el resto también lo estará.

Para que ese orden no se vea amenazado, tanto los *nuevos* como los *de afuera* se tienen que *adaptar*. Era muy usual en las diversas entrevistas escuchar comentarios que hacen especial énfasis al ingreso de gente de afuera y las condiciones para instalarse en el pueblo. Este nuevo migrante debe seguir sus normas y principios:

“Yo siempre digo el que viene a Santa Anita y quiera trabajar, bienvenido. Nunca nos acostumbramos nosotros al que viene de afuera e impone sus cosas ¡No! el que viene de afuera tiene que ... yo sé que es un concepto duro pero creo que es así

para mantener, de pronto, lo que hoy disfrutamos. El que viene tiene que acostumbrarse a como somos nosotros. (...) Nosotros tenemos que imponer lo nuestro para seguir manteniéndolo. Y con eso no estas presionando a nadie...”

Esta adhesión a los principios del pueblo, expresados principalmente en el orden, deben ser aceptados. Si no consiguen adaptarse a las distintas conductas que hacen a los procesos de “comunalización”, suelen ser excluidos de la comunidad. Nunca consiguen traspasar sus límites.

Ahora bien, todo aquel que se había instalado en el pueblo unos años atrás, tanto el que tenía algún vínculo con la comunidad como aquel que no, tenía claro esta cuestión. Los relatos vinculados con los primeros años en Santa Anita de gente migrante hacen evidentes las dificultades para incorporarse incluso en cuestiones de la vida cotidiana. Los círculos de socialización suelen darse en entornos familiares, ya que como mencioné los vínculos parentales son fuertes. Los lazos de amistad quizás no son tan intensos y frecuentes, y por ese motivo suele ser muy difícil incorporarse e interactuar.

En una de mis visitas a Santa Anita hubo un hecho que tenía a la comunidad específicamente muy convulsionada. El problema era *el chino* y el pueblo, en sus propios términos, estaba “revolucionado”. Hacía ya unos meses, justamente gente *de afuera* había comprado una casa dentro del pueblo. Si bien no se tenía mucha información, luego de un tiempo una familia china se instaló y comenzó a refaccionar el lugar. Esta familia tenía planeado instalar un nuevo supermercado, *un chino*. Si bien no se trataba de una familia oriunda de Buenos Aires –era gente que tenía ya supermercado en Basavilbaso- la comunidad rechazó esa idea. Según relataron pidieron diferentes audiencias con el intendente y con el consejo deliberante para evitar la apertura del local. Varios intereses se mezclaban en el reclamo pero lo que se manifestaba como más visible en tanto amenaza al orden del pueblo era que “el chino era sucio”¹¹⁷.

“Ahora yo te digo, yo estoy... no a favor del chino, porque no lo conozco. Pero vos no podes prohibir la entrada, es anticonstitucional. (...) al chino se le puso más exigencias que a uno común, y si el chino después compró y pone todo lo que le

¹¹⁷ Otra preocupación central era por un tema de competencia en los precios. Esto amenazaba a los comerciantes desde el punto de vista económico. Sin embargo, ante el rechazo debería suponerse que ningún santanicense compraría allí. Esto no se va a poder averiguar hasta que el supermercado se ponga en funcionamiento.

exigió bromatología... lo que tienen que hacer acá es bajar un poco los precios los otros comercios. Competí con calidad, competí con precios... (...) ¿Por qué sos chino? Pobre chino... entonces, si vos sos italiano, ¡ah no! ¡Porque vos sos italiano! Y si a vos no te gusta el chino... ¡ahhh pero el chino es sucio! Y, no compres... déjalo que el chino se guarde sus cosas. ¡Una revolución por el pobre chino! Decían: “ahora vamos a tener que hablar chino también”. Como si la gente de Santa Anita está obligada a hablar en chino... ¡problema del chino!”

Este tipo de afirmaciones no era lo que abundaba en el pueblo, pero creo que resume en cierta forma todo lo que involucraba la instalación de alguien *de afuera* que venía a quebrar el orden y en cierta forma ponía en riesgo a la comunidad. Esto me lleva directamente a la categoría de *rosarino* que utilizan para contener a todos aquellos que adquirieron sus tierras, quienes hicieron que ya no haya tierras de *hijos de Santa Anita*. Son dos categorías que marcan los límites de la comunidad y los riesgos que provocan cuando cualquier elemento externo intenta traspasar esos límites. Proteger celosamente esos límites y agudizar la escisión entre aquello que está por dentro de la comunidad y lo *de afuera* (entendido como amenaza de destrucción) parece ser la estrategia principal para hacer que este riesgo contingente sea evitable (Luhmann, 2006).

Los Rosarinos

La desvinculación casi total de la comunidad de Santa Anita con el campo y con la actividad agrícola se produjo a partir de 1998. Si bien la incorporación de la soja RR dentro de los cultivos en nuestro país comenzó en el año 1995, este cultivo se adoptó masivamente entre 1998 y el 2000 en aquellas tierras que aún eran propiedad de los santanitenses.

La soja inicialmente comenzó a producirse en los grandes campos pertenecientes a las estancias y que mayoritariamente se habían especializado en el cultivo de arroz (aunque también se expandió en campos ganaderos). Luego, más tardíamente comenzó a ingresar en las parcelas que confirmaban el territorio que dio origen de Santa Anita. Los santanitenses adoptaron estrategias divergentes ante la expansión de este cultivo, aunque con mayor predominio de algunas sobre otras.

Durante ese período, y debido a la intensificación en el uso de capital dentro de la actividad y la necesidad de un saber más experto, se generaron ventas masivas de los campos de la colonia. A su vez, la escala productiva requerida claramente no respondía a la gran atomización de tierras y a las pequeñas parcelas que cada uno de los pobladores poseía. La venta fue la principal estrategia que adoptaron.

Esas ventas, si bien fueron a privados de diferentes zonas, ellos lo denominan como *el boom de los rosarinos*, asociado directamente a la expansión del cultivo de soja como monocultivo:

“El pequeño productor tenía una gran diversidad (al interior de su campo) y después, el avance de la tecnología fue tan grande que hasta ese pequeño vecino, que tal vez te alquilaba el campo, no podía acceder y ¿qué paso? Llego *el boom de los rosarinos*. Fue la oportunidad de vender el campo y cambiar. Se vendió y ahora es producción de soja”

La amenaza y la última expulsión de las familias del campo o de la propia actividad agrícola fue por parte de inversionistas que no pertenecía a la comunidad. Eran *los rosarinos* mayoritariamente, pero también para algunos de ellos fue “gente de Buenos Aires”. Pero las tierras no quedaron bajo el control de *hijos de Santa Anita*.

En la mayoría de mis entrevistas intenté indagar sobre la propiedad de la tierra; específicamente me interesaba saber si aún había tierras en propiedad de santanitenses. Las respuestas siempre eran similares, haciendo énfasis en que se vendieron casi en su totalidad:

“No, no hay hijos de Santa Anita que tengan tierra. Eso siempre lo hablamos. Es una lástima que tantas tierras de Santa Anita fueron a parar a *rosarinos*, a gente de afuera”.

La gente *de afuera*, centrada ahora en la categoría de *el rosarino*, se quedó con las tierras y comenzó a realizar un cultivo que hasta el momento no se había desarrollado en ese espacio. Comenzó a sembrarse soja transgénica, y junto con ésta se produjo la incorporación de otros eventos biotecnológicos desarrollados para el resto de los cultivos. Este cambio implicó inevitablemente el uso más intensivo y masivo de insumos agropecuarios como, por ejemplo, los agroquímicos.

En algunos casos las ventas fueron escalonadas. Como muchos de los santanitenses, a su vez, tenían parte de sus fincas dedicadas a la producción avícola, en un inicio se realizó la venta solo del campo, manteniendo la casa, *las granjas* y algunas parcelas para ganadería. Valeria, santanitense de casi 40 años de edad, contó que su abuelo fue vendiendo los lotes y que solo quedaron los galpones de pollo y algo de campo para el ganado. Luego, unos años después, también vendieron eso y trasladaron *la granja* a la entrada de la ruta. Fueron vendiendo todo a “gente de Buenos Aires” que también les compro a sus vecinos y así, de a poco, fueron ocupando todo el espacio.

La estrategia de aquellos que no accedieron a la venta fue arrendar sus tierras y vincularse solo a la actividad por medio de la obtención de una renta. Estos campos solían ser alquilados por pooles de siembra o incluso en cierta medida por algunos propietarios de Santa Anita que no habían vendido. Surge así la tercera estrategia que llevaron adelante aquellos que aun conservaban la propiedad de la tierra pero que no dejaron la actividad. Como forma de alcanzar la escala productiva que les permitiera generar ganancia, a sus tierras le sumaron algunas más en alquiler. Esto los hacía propietarios y a su vez arrendatarios.

La opción para aquellos que no querían proyectar sus vidas en el pueblo y querían permanecer en el campo fue la avicultura. Tal como refleja la historia de Valeria, muchos mantuvieron *la granja* e intensificaron la producción. Sin embargo, también fueron muchos los que trasladaron la actividad a campos más cercanos al pueblo, pero de todas formas siguen “viviendo en el campo”, según ellos. En los relatos sobre las recorridas que mencioné en capítulos anteriores, se refleja como la avicultura envuelve al éjido urbano, siempre en combinación con una ganadería de muy pequeña escala. Hay entre 20 y 30 productores avícolas en Santa Anita, todos santanitenses nacidos allí. Este es el vínculo fuerte que aún se mantiene con el campo, claro que lejos está del productor cerealero que vivía de su producción de trigo y hacía del momento de la trilla de ese cereal el principal evento del año.

Actualmente la actividad agrícola, considerando a los propietarios de tierras y aquellos que a su vez suman tierras a las de su propiedad para expandir la escala, no es trabajada por más de siete productores de Santa Anita. El resto de las tierras son explotadas por arrendatarios o propietarios que no pertenecen a la comunidad. Las trayectorias de los

santanitense parecen aquí dividirse por primera vez, dando origen a lo que ellos denominan los *dos bandos*. Si bien a estos siete productores locales se les suman mucha gente que trabaja diariamente en el campo o indirectamente como proveedor de servicios de la actividad, hay también una gran cantidad de gente cuyo vínculo con la agricultura terminó a fines de los 90, cuando la soja no era para ellos una opción de cultivo dentro de sus tierras y el uso de agroquímicos no era una práctica masiva.

Estas trayectorias divergentes recientes son las que pusieron en tensión a la propia comunidad. Para algunos, *los rosarinos* se quedaron con sus tierras porque lamentablemente no son más propiedad de “hijos de Santa Anita”. Para los otros, también *los rosarinos* son un problema porque las prácticas productivas que llevan adelante no son las adecuadas y, a su vez, compiten con ellos por el uso de un mismo espacio. Para ambos *bandos*, *los rosarinos* son una amenaza porque son *de afuera*. A pesar de esas diferencias que parecen dividirlos, los *bandos* aquí generan ciertos lazos de solidaridad que los reconfigura nuevamente como lo que Beck (2000) denomina la “comunidad del miedo”. Sin embargo, tanto *los rosarinos* como los productores santanitenses “viven de la soja” y junto con la soja viene *la fumigada*. Más allá de estas divergencias en la percepción de un riesgo dentro de la comunidad es una cuestión que tensiona pero no fractura. Hay algo que los une más allá de esta diferencia.

“Está en la sangre. La sangre primero...”

Para poder explicar que elementos hacen que el conflicto no alcance los límites de la comunidad, es necesario remitirse a lo que ellos mencionan como *la cultura*. En principio parece ser una fuerza superior que los amalgama pero que a la vez los trasciende, y agrupan muchos elementos debajo de esta categoría

La referencia a *la cultura* apareció en los relatos por primera vez haciendo mención al “milagro de Santa Anita”. Cuando la colonia sufrió su mayor éxodo con *el desalojo* del 68, cuentan que la mayoría pensaba que el pueblo iba a desaparecer. Sin embargo no fue así, “sobrevivió”. Y, ¿Por qué? Esta fue una de las respuestas a esta pregunta:

“Justamente yo creo que pasa todo por... yo siempre... llegás a la conclusión que por *la cultura*. Todo lo cultural... terminas siempre en el mismo lugar. ¡El entorno!

Mucha gente a veces pregunta: ¿por qué ustedes tienen un pueblo limpio? ¡Es cultural! Siempre llegas a lo mismo. Con nuestras riñas, con nuestras diferencias pero la cultura siempre aparece. Y así paso un poco... yo creo que subsistió por la parte cultural. ¡y que no! Porque lo hizo el Padre Becher, y que hay que seguir. Hay gente que se quedó peleado, consiguiendo lo poco que se podía conseguir”

Todas las respuesta en torno al “milagro de Santa Anita” en su mayoría se repiten pero esta manifiesta con claridad algunos elementos que ellos objetivan en *la cultura*. En primer lugar quiero rescatar nuevamente la figura de *el fundador* como personaje que refuerza la noción de su origen común, ya no solo en Rusia, sino también en Argentina (Pollak, 2006). Y en su figura se encierra varias pautas de conducta que ponen límites a la comunidad en tanto incluyen y excluyen a quienes la integran. Estas principalmente están marcadas por el orden, el sacrificio y la cultura del trabajo. El orden remite directamente a la limpieza que menciona el entrevistado.

El tema de la limpieza y la prolijidad es una cuestión recurrente también para definir a *la cultura*. Desde mi primera visita es aquello que más se destaca del pueblo como conducta “exteriorizada” de sí mismos, sumado claro a su simetría. Tal cual mencioné en los primeros capítulos, en Santa Anita nunca hay nada fuera de su lugar, las casas más allá que sean en su mayoría antiguas siempre están arregladas y pintadas y todas tienen el parque extremadamente prolijo. Justamente en una oportunidad conversando del tema de *la cultura* con un entrevistado definió esta categoría de esta forma: “¿y que es la cultura? La cultura de los parquecitos y todo”. La manifestación pública y más visible y tangible del sentido de pertenencia de esta comunidad queda objetivada en el aspecto extremadamente cuidado de sus parques y sus casas. Y es una marca para distinguir quien es *criollo* y quien es *gringo*. Retomando un testimonio citado más arriba, se afirma: “vos fijate acá en el pueblo... los parques, la casa... vas a ver dónde hay un *gringo* y donde no hay un *gringo*”. Sirve por tanto para delimitar lo que es propio de ellos y aquello que no. El orden desde lo grupal se expresa en la simetría del pueblo, la limpieza de sus calles. Sin embargo, desde lo individual se manifiesta en sus parques y sus casas.

Ahora bien, la prolijidad de sus parques deja entrever otro componente de *la cultura*, que está vinculado a la *cultura del trabajo*. Este testimonio da cuenta de esto:

“Acá hay una sana envidia. Un día hablé con la Jueza de Paz de Urquiza y me dijo: ¡ustedes son locos! Nosotros acá sobre todo en verano, si mi vecina se levanta a la 7 a regar las plantas... y bueno, ¿porque voy a regarlas 7.30 si las puedo regar siete menos cuarto? Después tenemos algo que está mal. Si haces el parque adelante hermoso, ¡sentate adelante!”

Siguiendo con ese relato le pregunté justamente por qué no se sentaban. Y me contestó:

“Y pero si el vecino todavía se está moviendo como loco, ¡como yo me voy a sentar! Pero claro, si el otro todavía está trabajando. Incluso te sentís incómodo ¡y te levantas e inventas algún trabajo! No te sentás si el vecino todavía se mueve”

En este sentido es que ellos destacan que “el *gringo* vive para el trabajo”. Y sus casas y parques son su manifestación. En los talleres del 2015 recuerdo que mencioné este tema en un encuentro y una de las participantes me dijo: “ah sí, los parques siempre tienen que estar perfectos. Si hay despelote adentro de la casa no importa”. La manifestación pública de sí mismos en tanto comunidad queda reflejada en sus parques, independientemente si ese orden se traslada o no al ámbito privado o íntimo.

La cultura también es el dialecto. Esa lengua única, definida por ellos mismos como una *reliquia idiomática*, recrea su origen y opera también como barrera de inclusión y exclusión. Se manifiesta en la danza, la música, en el rescate de sus comidas y en muchos otros elementos trabajados en capítulos anteriores.

Claro está que las diferencias existen y son reconocidas por ellos. En este punto es interesante retomar las tensiones generadas en torno al uso de productos químicos en el agro. La posibilidad de diálogo se encuentra por completo obturada, cuestión que es reconocida por ambas partes. En una entrevista, y profundizando sobre el tema de la posibilidad de diálogo, una respuesta se destaca:

“Lo veo difícil. Porque está el que no depende en nada de la agricultura y de pronto no quiere envenenarse. Y de pronto está el otro que dice: “¡No! ¿Cómo quieren que vivamos?” Pero hubo un pequeño adelanto con esto de los controles. El municipio puso el tema de los vientos, que no se puede fumigar. Falta mucho por hacer todavía; pero si, yo veo esa diferencia. Y yo creo que es irreconciliable. Creo que están mal las dos partes. Los dos están mal. Porque por un lado no puedes prescindir

de la agricultura, pero también hay un cierto abuso (...) Yo no digo que no puede pararse la agricultura. Pero si hay... es un tema, hay que tomarlo muy con pinzas incluso sobre lo que vas a decir y ante quien lo vas a decir. Porque podés ofender amigos, familiares y autoridades. Todos están inmersos.”

Hasta aquí están presentes varios de los elementos trabajados en los capítulos anteriores: los *dos bandos*, las dificultades para hablar del tema y los silencios, los lazos que los unen y dificultan aún más la situación. Sin embargo, la vida sigue adelante en Santa Anita. Como mencioné anteriormente esta división tensiona pero no fractura. Pero entonces, ¿qué los une? Siguiendo con la misma entrevista aparece nuevamente el reconocimiento de *la cultura*.

“Yo creo que... mira si será fuerte la cultura que no podes salir de Alemania en 1770, y hoy estamos en el 2017 y sigamos hablando el dialecto. Mirá si una cultura no es fuerte. Con todas... te estoy hablando el dialecto como uno de los aspectos. Como vos decís, con tantas diferencias en un montón de cosas, siempre hay algo que termina en lo mismo, y terminas siempre en la parte cultural. En lo que se trajo, en lo que se mantuvo. (...) siempre hay un punto de encuentro y es la cultura. A pesar de las diferencias”

Pareciera que existe una fuerza mayor que supera las individualidades, elimina las diferencias y los une en el desafío de proteger a la comunidad. Así sus diferencias individuales nunca van a poner en riesgo a la comunidad y por lo tanto a Santa Anita como expresión territorial de esa comunidad. En este sentido, en una charla entre santanitenses y reflexionando en relación a esto dijeron que eso que ellos llaman *cultura* “está en la sangre” y que siempre “La sangre (*está*) primero”. Y es el conflicto lo que lo pone en riesgo a *su sangre*, y es por esto que no admiten el conflicto, excluyéndolo como elemento constitutivo de su sentido de comunidad.

Capítulo 10

La avicultura: riesgo subjetivo y riesgo objetivo

“En Santa Anita había industria”: la historia de ALBAVIT y la avicultura

En una de las recorridas por el *tapera tour*, junto a Cecilia nos acercamos a la casa donde ella pasó su infancia. Su familia había vivido allí hasta finales de los años 70, cuando migraron al pueblo. En ese momento vendieron el campo y trasladaron al pueblo los galpones dedicados a la actividad avícola. Aquella casa donde Cecilia pasó la primera parte de su infancia se localizaba a unos kilómetros del pueblo, el acceso era por camino de ripio y, a diferencia de la casa de su marido, aún había movimiento allí. La casa y parte del campo eran ahora propiedad de su primo quien tenía *granja*, él se dedicaba a la actividad avícola. Como se dijo, los productores avícolas son actualmente los casi únicos que aún tiene sus viviendas en el campo. Más aún, la avicultura es casi exclusivamente el único vínculo directo que mantienen los santanitenses con la vida y la actividad en el campo. Claramente esta actividad dista mucho de su vínculo inicial donde la actividad agrícola, y el trigo como cultivo principal, era central.

En los talleres que realizamos en 2015, y en el intento de trabajar conjuntamente en el desarrollo de alguna actividad que genere valor agregado local, los participantes comentaban frecuentemente que “Santa Anita tuvo industrias”. Se referían sobre todo a una fábrica de alimento balanceado para aves. El caso de esta industria era considerado como modelo del desarrollo que había alcanzado la comunidad, entendiendo a la industria como clave de ese avance.

Aquella antigua fábrica se localizaba justo frente a la casa del campo donde Cecilia pasó la primera parte de su infancia. Considerando el mal estado de los caminos que transitamos para llegar al lugar donde se emplazó la fábrica resulta difícil pensar que una industria pueda radicarse en ese sitio en la actualidad. Según sus relatos, la fábrica de alimento balanceado de ave comenzó “con el auge de las ponedoras”. La historia de esta industria tiene algunos elementos que aportan a la discusión trabajada en el capítulo. Su dueño era una persona *de afuera* pero que había logrado traspasar parte de los límites de la comunidad:

“Jaimovich, que era el dueño de esta fábrica, era un visionario. Lamentablemente murió muy joven. Murió en el 69, 70. Eran nuestros médicos que empezaron el hospital y era el dueño de la fábrica. En un año los hijos hicieron un vaciamiento y ALBAVIT se cerró”.

La fábrica Alimentos Balanceados Vitamínicos, o ALBAVIT, comenzó su actividad a fines de la década del cincuenta y según relatan llegó a tener casi veinte empleados. Trabajaba con insumos locales y luego, a medida que diversificó sus productos, comenzó a incorporar algunos insumos que no podían ser adquiridos localmente. La fábrica llegó a abastecer a Santa Anita de alimento balanceado dedicado al segmento de gallinas ponedoras, e incluso parte de su producción se comercializaba, o en términos de mis interlocutores “se exportaba”, hacia ciudades vecinas como lo son Crespo, Concepción del Uruguay y Gualeguaychú.

El Dr. Jacobo Jaimovich fue el primer director del Hospital Provincial Padre Becher. Junto con su mujer, también médica, se instalaron en Santa Anita en 1950. Según describen, fue un personaje muy resistido dentro de la comunidad, o al menos para una parte de ella, porque “los curas nunca aceptaron que sea judío”. Esto llevó a la fundación de una clínica privada administrada por los religiosos locales que funcionaba paralelamente al hospital provincial.

El testimonio de Enrique Mohr recogido en el libro realizado por Honeker y Jacob (2000: 177) toca este tema. Mohr fue el primer administrador del Hospital Provincial y se mantuvo en ese puesto por 38 años. Sobre los primeros años de la institución comenta:

“Los comienzos del hospital fueron bastante difíciles, una porque los doctores eran judíos y otra porque a mí me tenían por forastero, soy nacido y criado en Federal”

Hay dos elementos centrales en este cuestionamiento tanto al Director de Hospital como a quien prestó el testimonio: el rechazo es al judío, en tanto opuesto al católico, y al forastero en oposición a aquel nacido y criado en Santa Anita y, principalmente, descendiente de alemanes del Volga: el *gringo*. Ambos eran *de afuera*.

La clínica privada impulsada por *los curas* de la Congregación del Verbo Divino, o en sus palabras *el sanatorio*, estuvo abierta desde el año 1956 hasta 1975. Si bien es una temática sobre la cual suelen conversar, no es un tema que surja espontáneamente. Desde mi

experiencia, casi por casualidad tomé conocimiento que había funcionado una clínica privada en forma paralela con el hospital provincial. Y fue así porque *el sanatorio* se encontraba en la edificación donde funcionaba la oficina de INTA en el pueblo, lugar donde yo solía estar habitualmente. En algunas de mis entrevistas o encuentros en esta oficina, varios de mis interlocutores me comentaron esto como una curiosidad. Este fue un punto de tensión dentro la comunidad donde un personaje *de afuera* era considerado por algunos de sus miembros como una amenaza. Esta amenaza puede ser leída en términos de riesgo (Beck, 2000). Aquello *de afuera* amenaza con la destrucción de la comunidad y en tanto no se materialice como destrucción constituirá un riesgo para la comunidad.

El sanatorio es recordado como aquel lugar en el que “hasta se hacían cirugías y se atendían partos”, en contraste a la imposibilidad actual de tener partos en Santa Anita. A su vez, varios ante mi pregunta sobre la existencia de esta “clínica privada de los curas” me contaron anécdotas vinculadas con parientes, conocidos o amigos que habían sido sometidos a diferentes cirugías allí. Esta clínica privada cerró y solamente quedó en funcionamiento el hospital provincial.

Aunque hay diferentes hipótesis sobre lo que motivó su cierre, lo que suelen destacar es que después de *el desalojo* no tenía sentido tener dos centros de salud en un pueblo que había perdido gran parte de su población. Si bien esta puede ser una suposición acertada, también no hay que perder de vista que la clínica no cerró sus puertas hasta después de la desaparición física del Director “judío” del hospital. Es decir, hasta el momento en el cual aquello *de afuera* dejó de ser percibido como un riesgo entendido como una amenaza (Beck, 2000) y desapareció la tensión que provocaba ese personaje. Y lo que ponía en cuestión este personaje era justamente la religión como eje constitutivo de la comunidad. Para muchos santanitenses la religión no fue el eje central de su comunidad, sí lo fue *el fundador*.

Los inicios de la actividad avícola

Ahora bien, ¿qué justificaba una fábrica de alimento balanceado para pollos de tal magnitud en aquel momento de la historia de Santa Anita? Si bien la creación de ALBAVIT

puede deberse en parte a una propuesta “de un visionario”, la actividad avícola a nivel nacional tienen sus inicios en la provincia de Entre Ríos.

Las etapas de desarrollo de esta actividad a lo largo de la historia se pueden diferenciar en tres segmentos. En primer lugar, una etapa doméstica de cría a campo en la cual la producción no se encontraba sistematizada. Esta etapa se prolongó hasta la década del 50. Una segunda etapa de transición, entre la producción doméstica y la integrada, caracterizada por la introducción de las primeras líneas híbridas para producción de carne (hasta la década del 70), que dio lugar a un último período en el cual se consolidó la producción industrial. Esta etapa industrial se caracteriza por la introducción de diversos paquetes tecnológicos y por una reconfiguración en el núcleo de poder y coordinación de la producción (Palacios, 2003).

Considerando la primera etapa mencionada, la producción comenzó muy tempranamente en el país y tuvo su origen justamente en la provincia de Entre Ríos. Los primeros indicios de la actividad se dieron a mediados de siglo XIX y tuvo como protagonistas a los inmigrantes colonos, quienes introdujeron la actividad de granja como forma de diversificación de sus ingresos (García, 2012). Más específicamente, Palacios (2003) señala que la avicultura se desarrolló a partir de la creación de la Colonia San José, fundada por Urquiza, en Entre Ríos en 1857. Y fue este personaje quien estableció en su colonia, formada por familias de descendencia franco-suizas, la actividad al importar de Francia ejemplares para la reproducción y mejoramiento de plantales (Álvarez y Gobbi, 1961 en Palacios, 2003). Este inicio marca el fuerte arraigo que tiene la actividad en la Costa Uruguay de la provincia de Entre Ríos (departamentos Uruguay, Colón, Gualaguaychú), dado que su historia se remonta a los tiempos de la colonia (García y Craviotti, 2015).

En sus comienzos, la producción estaba organizada a través de acopios y consignaciones. La mayor parte de los productos se trasladaba al Mercado Concentrador de Aves y Huevos de la Capital Federal (MECON, 2016).

Esta primera etapa doméstica se caracterizó por la explotación extensiva y semi extensiva con una producción de carne y huevos marcadamente estacional e independiente, y concentrada geográficamente en la provincia de Buenos Aires y en Entre Ríos (Palacios, 2003). Con un leve crecimiento y una mayor organización, esta actividad mantendría su carácter doméstico y artesanal hasta fines de la década del cincuenta (García, 2012).

Siguiendo esta línea, la avicultura vinculada con las gallinas de postura y el comercio de huevos siguió los pasos provinciales y fue muy relevante en Santa Anita, incluso desde los inicios del pueblo:

“La avicultura apareció en los años 50-60... pero la avicultura existió siempre, desde el principio. En las casas, por ejemplo... ¡Era impresionante! Todo el mundo tenía gallinas... y que pasaba... Ya en el año 25... 22, 23... ya habían grandes acopiadores, en este caso todos santanitenses, que acopiaban huevos y llevaban a Buenos Aires. Hay familias que me han dicho que con la producción de huevos familiar pagaban cuentas en el almacén. Y ya en el año 22, 23 existían los primeros camioncitos... cuando la gente ya recorría... porque vos vas a salir por Santa Anita y vas a ver lleno de *taperas*. Algunas ya ni están. Pero hace 20 años atrás estaban y en cada *tapera* había una casa. Entonces en todas esas *taperas* había avicultura”

En una de mis charlas con Cecilia, resaltó justamente la importancia que tenía esta actividad. Ella tenía presente en sus recuerdos cuando iba en carro al pueblo con su papá a vender los huevos. La producción de huevos alcanzaba incluso para cambiar por un tambor de combustible. Y si había un sobrante en ese cambio, ella recordaba como él le compraba unas galletitas para comer mientras regresaban en el carro al campo.

La actividad avícola, que actualmente se encuentra masificada en toda la provincia de Entre Ríos, tuvo un origen temprano en la comunidad. Si bien se trataba de aves de postura y no aun de aves destinadas a carne, la actividad incluso parece haber tenido un papel importante en la economía familiar. Inicialmente, en la etapa de la producción doméstica tal cual fue definida, era una actividad no sistemática, pero aun así es considerada como “característica” la comunidad. Esto destaca este testimonio:

“En mi opinión la avicultura ya está desde los principios del pueblo, porque la gente... avicultura yo lo tomo como cuando se hace una producción intensiva y vivís de eso. Si ese es el concepto entonces la avicultura ya estaba desde los inicios porque la gente vivía de las ponedoras, de los huevos. No sistematizado, sino cualquier gallina... colorada, blanca. No estaba en un gallinero, pero estaba en todos lados. Era impresionante la cantidad de producción de huevos”

En este sentido, si bien el trigo era el cultivo principal y el que mayor ingreso generaba, ellos tenían poca decisión sobre los precios de este cereal; es decir, la capacidad de negociación de la producción que entregaban era nula. Sí tenían mayor autonomía con la producción avícola, específicamente con la producción de huevos. Según relatan, “ni siquiera les interesaba cuanto estaba el trigo porque generalmente los precios los manejaba las cerealeras, pero sí de los huevos. Era prender la radio al mediodía y escuchar el precio”. Esta situación, con los cambios organizacionales al interior del complejo avícola, se revirtió; el productor en cierta forma perdió independencia y la actividad se transformó en un espacio de resguardo para asegurar un ingreso familiar fijo. Se retomarán estas cuestiones en apartados siguientes.

La avicultura industrial: tensiones resueltas en torno al ingreso de una actividad *de afuera*

La avicultura vinculada a las aves para carne, lo que actualmente se conoce como “pollos parrilleros”, empezó mucho después en Santa Anita, pero con cierto camino abierto por esta otra actividad. Más allá de tratarse de producciones diferentes, la experiencia transitada por ellos previamente facilitó su desarrollo y su aceptación, aunque muchos otros factores también aportaron para que esto así sea. Hacia fines de los años 50 tuvo lugar una etapa de transición en la cual comenzaron a ingresar al país las primeras innovaciones vinculadas con la genética de los pollos y la incorporación de las líneas híbridas, específicamente para aquellos dedicados a carne o “pollos parrilleros”¹¹⁸. Si bien la incorporación de esta nueva genética tuvo un impacto múltiple en la producción, es importante señalar el quiebre a la estacionalidad de la actividad. Este período de transición culmina con la implementación de este sistema de organización de integración vertical casi en la totalidad de la producción nacional, dando lugar a la avicultura industrial (Teubal y Pastore, 1995, en García, 2012).

Ya en 1962 hay evidencias de *granjas* de “pollos parrilleros” en Santa Anita. Lo curioso es que el primer avicultor en dedicarse a una producción sistemática de parrilleros era *de afuera*, pero se logró *adaptar* bien:

¹¹⁸ El llamado “pollo parrillero” es aquel que desde su nacimiento es criado para la obtención de carne. Deriva su nombre del vocablo inglés “broiler” que significa “parrilla” o “pollo para asar”. Son líneas híbridas resultado de cruces orientadas a lograr rápido crecimiento, buen desarrollo de muslos y pechugas y plumaje blanco o claro (García, 2013).

“El primer avicultor, el primero que fue... El papa de Andrés Wett. Él fue el primero que criaba gallinas para vender. Y tenía 5 o 6 clases de razas de gallinas. Yo diría que él fue el primer avicultor. Vino en el cuarenta y pico a Santa Anita. Él no era alemán del Volga pero prendieron muy bien con lo que era la idiosincrasia. Era en aquel momento, la difícil idiosincrasia de acá. Y... después bueno, ya empezaron los integrados: es decir, te daban el pollo, lo criabas y te pagaban.”

A este emprendimiento que vino *de afuera*, pero que fue aceptado, se le sumaron otros tantos santanitenses que comenzaron la actividad. En el año 68, coincidente con *el desalojo*, comenzó muy tempranamente la crianza de pollos parrilleros con un sistema ya similar al que existe en la actualidad. Era un sistema de integración en el cual una empresa integradora, “Complejo Avícola de Santa Anita”, entregaba los pollitos y el alimento, y luego retiraba los pollos para faenar. En palabras de los protagonistas esta experiencia resultó negativa porque “nadie cobró”.

“¡Por primera vez se dio una integración! Trajeron el pollito bebe, te daban el alimento balanceado y ya se empezaba a trabajar con la conversión¹¹⁹ (...) no sé cuánto funciono pero... ¡no cobro nadie! Esto fue en el 68. Después había criaderos... uno por acá, otro por allá... volvió prácticamente a foja cero, pero quedaron los gallineros”

La fecha señalada por el entrevistado coincide con un período de reestructuración en la organización interna de la actividad y con un momento en el cual dada la escasa integración vertical del complejo se produjo una crisis por sobreproducción en los mercados¹²⁰. A partir de la década del 70 la avicultura se estructuró en torno a una forma específica de coordinación entre la etapa primaria y las etapas de producción de insumos, faena y comercialización que estuvo. Esta relación estuvo marcada –y sigue estando hasta la actualidad- por la modalidad de integración contractual.

¹¹⁹ Se denomina índice de conversión a la relación entre la cantidad de ración suministrada y el peso logrado por el ave. El mejor índice es el menor tiempo posible, constituye la meta de la explotación racional (Palacios, 2003). Muy simplificada, las empresas hacen el pago por el engorde de los pollos al productor (o servicio de engorde). Se calcula en función del alimento que reciben los animales, el índice de mortandad, el tiempo de engorde, el peso ganado por los pollos, entre otros.

¹²⁰ Pietroboni *et al.* (2012) destacan que el crecimiento aleatorio de la actividad avícola generó una sobreoferta, hecho que provocó en 1966 una brusca caída en los precios. Esta situación generó una salida de la actividad de muchos productores medianos y pequeños.

Una vez que fracasó este primer intento en Santa Anita, las granjas de pollo y su infraestructura continuaron en pie. La mayor cantidad de *granjas* estaba dentro del pueblo. Cuando la actividad retomó su fuerza y se hizo masiva, ya se contaba con la experiencia previa y la infraestructura para realizarlo. Coincidentemente un año después en el que comienzan estos intentos de integración se produce *el desalojo*. Y es en este sentido que la actividad avícola fue la alternativa para aquellos que no querían dejar el pueblo y en cierta forma deseaban seguir vinculados con una actividad *de campo*.

El surgimiento de esta actividad puede ser leído como una forma de resistencia de la comunidad para evitar su desmembramiento y posible disolución. Se propagó, en cierta medida, para evitar el riesgo que podía llegar a implicar la desaparición de la propia comunidad dado el proceso de *desalojo* por el cual estaba transitando. Y si el riesgo es entendido en términos contingentes, éste es justamente evitable (Luhmann, 2006). La avicultura resultó una estrategia eficaz que hizo de este riesgo un fenómeno contingente y evitable.

Si bien en testimonios durante mi trabajo de campo no encontré evidencias sobre la existencia de tensión en torno a la instalación de esta actividad *de afuera* dentro de la comunidad, sí quiero rescatar lo relatado por Honeker y Jacob (2000:224):

“Los primeros granjeros tuvieron que soportar las críticas de la gente, especialmente de los ancianos quienes acostumbrados a tener gallinas sueltas en el patio no concebían la idea de criar aves encerradas en un galpón. El propulsor de la avicultura fue el Padre Agustín Naab que siendo párroco visita a las familias para concientizarlas y convencerlas de que valía la pena intentar esta actividad. ¡Vaya que valió la pena! Después de 30 años a pesar de las crisis y las distintas firmas integradoras que pasaron por nuestra localidad podemos afirmar que es la principal fuente de trabajo local”.

Este fragmento da cuenta de varias cuestiones de relevancia. En primer lugar de la oposición de una parte de la comunidad al ingreso de esta nueva actividad. Si bien dentro de sus labores la cría de pollos (aunque se trataba de producción de huevos) estaba presente, ésta no era ni sistematizada ni mucho menos intensiva, era una actividad con características artesanales. La avicultura se transformaba en una actividad industrial que distaba mucho de lo que acostumbraban hacer los más ancianos. En segundo lugar, es

interesante la presencia de la Iglesia intentando *convencerlos* para quebrar esa oposición. Y por último la percepción de que la inclusión de la producción de tipo industrial *valió la pena*. Esta actividad es parte también del *milagro de Santa Anita*. Fue la que facilitó que algunos de los satanitenses que tuvieron que dejar los campos pudiesen generar una alternativa en el pueblo que evitaba el desmembramiento territorial de la comunidad. Es en este sentido que puede ser considerado como un acto de resistencia y defensa que operó para evitar un riesgo mayor, un riesgo total: la desintegración de la propia comunidad anclada en un territorio.

Siguiendo la trayectoria de la comunidad, ya en el año 89 la avicultura también fue la opción para aquellos que, en sus propias palabras, “no se querían ir del campo”. Ante la atomización de las tierras producto de la herencia esta actividad se presentaba como una alternativa para escalas más pequeñas. Incluso se destacó en algunos relatos ya mencionados cómo al comenzar la venta masiva de tierras en Santa Anita en primer lugar se vendía el campo pero se mantenía la casa, *la granja* y un espacio para ganadería. Muchos terminaron vendiendo también ese espacio y trasladaron los galpones en campos más cercanos al pueblo. Es en este sentido que, en un principio, representó una estrategia para permanecer en el campo familiar.

Entre la década del 70 y el 90 se agudizó el proceso de integración vertical en la actividad. Durante este período la integración vertical, ya sea por contrato o por propiedad, se convirtió en la forma predominante de organización de la producción avícola, modificando la articulación entre el eslabón primario y el secundario (Palacios, 2003).

En la actualidad, el complejo de producción de carne aviar se encuentra totalmente integrado de manera vertical. Esto implica que el poder mayor lo detentan las empresas núcleo (o núcleo del complejo) que integran actividades aguas abajo y aguas arriba a fin de obtener mejores costos y ventajas competitivas (Pietroboni *et al.*, 2014). En este caso, el núcleo de poder se encuentra, justamente, en las empresas integradoras que cuentan con plantas procesadoras (frigoríficos) y pasan a ser el centro de decisión¹²¹.

¹²¹ Este proceso de integración vertical posibilitó un gran incremento de la productividad, asociado también a una aceleración de los ciclos productivos. En este sentido Palacios (2003), considerando datos de CAPIA (2002), señala que en el año 1968 con la introducción de innovaciones en la genética, las aves producían 2,200 Kg. de peso en 80 días con 2,800 Kg. de alimento balanceado por Kg. de carne viva. En el 2000, las líneas de producción generaban 2,700 Kg. de peso en 52 días, con 2,100 Kg. de alimento

En este esquema, los productores se encargan del “engorde” y tienen una contraprestación por este servicio. Ellos aportan la mano de obra y la infraestructura necesaria para la producción, mientras que la empresa integradora aporta el resto de los elementos (pollitos, alimento, vacunas, transporte de las aves, entre otro)¹²² (Palacios, 2003; Domínguez, 2007; Ruhl *et al.*, 2012; García, 2013) y llegan a realizar entre 5 y 6 engordes al año (García, 2012). En la provincia de Entre Ríos, este segmento del complejo está integrado casi en su mayoría por productores familiares y en algunos casos empresariales (García y Craviotti, 2015), y específicamente en el caso de Santa Anita predominan los productores familiares. En este marco, si bien dentro de este sistema organizacional el avicultor parece perder autonomía, algunos autores destacan que representa una estrategia para asegurar un ingreso fijo (Posada, 1998; García, 2012). Pareciera entonces haber una doble estrategia: minimizar riesgo y asegurar ingreso económico fijo, resignando en cierta forma su independencia en la toma de decisiones dentro de la producción. La avicultura en la actualidad pareciera resultar equivalente a lo que era el trigo para sus antepasados: asegura la reproducción económica de la comunidad y también simbólica, en la medida que garantiza el vínculo con la vida de campo.

Las granjas como estrategia de supervivencia de la comunidad

Actualmente la producción agropecuaria más difundida entre pequeños y medianos productores en Santa Anita es la avicultura. Esta situación no escapa a la realidad de Entre Ríos. En esta provincia la actividad se localiza principalmente en la Zona Río Uruguay (departamentos Uruguay, Colón, Guleguay, Guleguaychú y Tala), y en segundo término en la Zona Río Paraná (departamentos de Paraná, Nogoyá y Diamante) (Palacios, 2003). Las granjas dedicadas al engorde para la producción de carne o pollos parrilleros a nivel nacional se concentran principalmente en esta provincia, alcanzando el 52% del total de las unidades. Entre Ríos es seguida por Buenos Aires en orden de importancia, donde se concentra el 31% de las granjas. Nuevamente, en lo que respecta a exportaciones de carne

balanceado por Kg. de animal vivo. Por lo tanto en casi 30 años se obtenían ya en el 2000 550 gramos más de peso, en 28 días menos de edad y con 385 gramos. menos de alimento.

¹²² El granjero se integra por medio de un contrato de producción a una empresa faenadora y procesadora como pago de su servicio (servicio del granjero) recibe un monto de dinero por ave engordada (Domínguez, 2007).

aviar, estas se concentran fundamentalmente en Entre Ríos, que centraliza el 67% de las ventas externas, y Buenos Aires que comercializa un 26% del total de las exportaciones. Ambas provincias son productoras cercanas a los principales centros de consumo, urbanos y portuarios (MECON, 2016).

En Santa Anita, los establecimientos son integraciones de diversas empresas que trabajan con mano de obra familiar local o contratan un empleado para tareas generales. En este sentido es que deben entenderse como productores familiares¹²³. En la mayoría de los casos la actividad se complementa con la cría de ganado bovino a pequeña escala. En la localidad actualmente hay entre 20 y 30 familias vinculadas directamente a la avicultura; todos son santanitenses. La avicultura es la actividad que genera el principal vínculo directo entre la propiedad de la tierra, el trabajo y la vida en el campo.

Ellos convivieron y siguen conviviendo con *la granja*. En su momento algo *de afuera* fue incorporado dentro de los límites de la comunidad para protegerla. Luego, en el mismo sentido, fue la manera de mantener el vínculo con la vida en el campo. Fue la que les permitió quedarse y no migrar a algunos.

Generalmente *las granjas* son trabajadas por sus dueños y, a lo sumo contratan uno o dos peones para algunas tareas especiales. El ciclo productivo ya no es estacional por lo que una vez que se entregan los pollos criados en el tiempo estipulado por la empresa integradora, el ciclo vuelve a empezar y no se detiene. Como mencioné anteriormente, pueden realizar hasta seis engordes al año. Resulta casi imposible frenar esa producción por las propias exigencias de la empresa integradora para la cual trabajan. Esto hace que los productores difícilmente tengan descanso.

Las condiciones de temperatura a las cuales las aves deben estar expuestas durante el ciclo de engorde también son muy estrictas ya que no aceptan variaciones, aunque éstas sean mínimas. Entre los productores santanitenses conviven niveles tecnológicos heterogéneos. En este sentido sigue la lógica provincial, en la cual coexisten galpones convencionales (con implementos manuales y ventilación natural), galpones semi-automatizados (sistemas de

¹²³ Las granjas de Santa Anita pueden encuadrarse en lo que Pietroboni *et al* (2012) definen como granjas familiares capitalizadas. Esto implica que son productores agropecuarios diversificados que incorporan la avicultura dentro de sus actividades, tienen instalaciones y equipos buenos, emplean mano de obra familiar no remunerada y eventualmente para algunas actividades contratan mano de obra asalariada. Este es el tipo de avicultor que predomina.

comederos, calefacción y riego automáticos) y galpones “túnel” (automatizados y con ventilación forzada) (García, 2012)¹²⁴. Generalmente en Santa Anita la automatización completa en los galpones para que estas variables estén controladas no es una tecnología muy difundida. El control deben realizarlo los propios productores por lo que su atención debe focalizarse también en cambios de las condiciones climáticas. Algo similar ocurre con las tecnologías vinculadas a la automatización completa en bebederos y comederos. El esfuerzo físico al cual están expuestos es muy alto, sumado a un ritmo impuesto por los ciclos de engorde que no parece detenerse.

En capítulos anteriores se trabajó sobre las marcas en el cuerpo que dejó esta actividad. Considerando que la avicultura ingresó a la comunidad muy tempranamente, los procesos de automatización eran inexistentes. Esto hacía que el esfuerzo físico al cual toda la familia estaba sometida fuese aún mayor. Como mencioné en el párrafo anterior, incluso en la actualidad no todos los galpones están automatizados. El reflejo de esta exigencia se podría ver en parte en las afecciones físicas crónicas que se manifiestan en la columna, aunque la actividad agrícola contribuyó también en este sentido.

A su vez, las aves son altamente susceptibles a ciertas plagas, especialmente moscas, escarabajos y cucarachas. Varias formulaciones de insecticidas a base de carbamatos y fosforados (sumamente tóxicos) están registradas para su uso contra el *Alphitobius diaperinus* (escarabajos), incluyendo polvos mojables, líquidos y cebos. Actualmente varios piretroides (poco tóxicos en forma aguada) también están registrados y han sido utilizados como tratamientos para su control. Muchos de los productos que se empelaban en un inicio en la actividad están actualmente prohibidos para el uso agrícola. Sumado a la alta concentración de amoníaco que genera la producción, hace que aumenten las posibilidades de contraer enfermedades respiratorias.

Las granjas estuvieron dentro del ejido urbano hasta no hace muchos años, conviviendo con la población urbana. Paulatinamente se fueron trasladando y actualmente solo queda una granja dentro de la zona de extensión urbana.

¹²⁴ La tendencia avanza hacia una creciente incorporación de tecnología de manejo del ambiente que permita alojar más aves por metro cuadrado, pero éstos no se encuentran difundidos entre los productores familiares (García, 2012).



Imágenes de *las granjas* de pollo (fuente propia)

Catalina trabajó 43 años ininterrumpidamente en la cría de pollos, primero con ponedoras y después con parrilleros. Sin vacaciones, sin descansos, sin fines de semana. En sus relatos cuenta que cuando conversaban con las empresas integradoras para intentar detener un mes la actividad no se los permitía. En uno de nuestros tantos intercambios, y casi sin conexión directa con el tema, ella dijo:

“Yo siempre les digo a ellos (*haciendo referencia a sus hijos*) si me muero de cáncer no le echen la culpa a *la fumigada*. Yo viví echando productos con la mano en *la granja*. Sentíamos que nos picaba toda la garganta después. Los tirábamos con la mano, sin guantes”.

El riesgo es percibido, sin embargo es aceptado o, en términos de Luhmann (2006), no es seleccionado. Tal como destaca Douglas (1996), la percepción de un riesgo no está basada en razones prácticas o en juicios empíricos. Son nociones construidas socialmente que enfatizan algunos aspectos del peligro e ignoran otros. La avicultura les permitió a muchos seguir vinculados al campo, no migrar. A su vez se transformó en una de las principales fuentes de trabajo local. Esa actividad permite la reproducción no solo material –ya que la vinculación contractual con las empresas integradoras asegura un ingreso fijo- sino también simbólica y territorial de la comunidad. La reproducción simbólica se materializa en la continuidad de la relación de sus integrantes con el campo. Y la reproducción territorial resulta central dado que la comunidad existe en tanto se encuentra localizada en un territorio específico que le da sentido; la comunidad es el pueblo, es Santa Anita.

Incluso aquellos que no están involucrados en la avicultura, que están ajenos a ella, no destacan los elementos trabajados anteriormente como riesgosos; es decir, no entienden a la actividad como un riesgo, a diferencia de *la fumigada*. Parecieran haberse extendido entre los santanitenses aquellos lazos de solidaridad presentes en la comunidad del miedo definida por Beck (1998). Estos lazos, según el autor, surgen de aquellas situaciones consideradas como riesgosas. El riesgo aquí se encuentra en la imposibilidad de reproducción de la propia comunidad. Pareciera ser que es un riesgo “objetivo” aceptado para evitar un riesgo “subjetivo” mayor: poner en riesgo a la supervivencia la comunidad en sus propios términos.

Su preocupación central es la perdurabilidad de la comunidad, tal como la conciben, en el tiempo y en el territorio. De ahí, por ejemplo, la forma en que cuidan celosamente muchas

pautas de conducta que hacen a los procesos de “comunalización”. Y la avicultura protege también su sentido de territorialidad. Es por esto que el riesgo “subjetivo” de desaparecer en tanto comunidad localizada en un espacio geográfico específico puede ser mitigado por la aceptación y, aunque resulte contradictorio, la negación de un riesgo “objetivo” que ellos conocen.

A modo de conclusión

¿Cómo se tramita el conflicto en Santa Anita?

Habiendo llegado a este punto, y luego de haber transitado estas páginas, aquel visitante imaginario citado en la introducción estaría aún más confundido. El orden que se destaca en Santa Anita en cualquier visita no es simplemente algo que los distingue, es algo que los trasciende. El orden, en sus distintas manifestaciones, representa la expresión de algunos de sus sentidos de pertenencia; es decir, de aquello que los hace “comunidad”. Ese orden expresado en prolijidad en forma individual y pública en sus casas y jardines, y colectivamente en todo el pueblo, nos es más que la forma más “exteriorizada” de parte de sus sentidos de pertenencia. Desde la perspectiva de los santanitenses, si estas características se mantiene ellos *están a salvo*. Claro que solo es posible conservarlo con *sacrificio y trabajo*. Y es ese orden una de las categorías que permanentemente es “amenazada” y tensionada por todo aquello que es en ocasiones *nuevo*, pero siempre es *de afuera*. Ahora bien, es el orden junto a otras prácticas lo que dan cuerpo a los distintos procesos de “comunalización” que configuran sus sentidos de pertenencia. Todas esas prácticas en alguna medida son las que sienten que están “amenazadas” por la pérdida, y representan un riesgo.

En primer lugar, es importante destacar que el orden es reconocido por los santanitenses como pauta de conducta propia y distintiva. Recordemos que, según sus relatos, el primero que marcó este principio dentro del pueblo fue el Padre Becher, *el fundador*. Desde su perspectiva, Santa Anita es así porque *él quiso que sea así*. El orden opera entonces como una marca de origen. Así, no es solo el pasado lo que los une sino un origen compartido (en el cual el orden ocupa un lugar muy relevante) que refuerza a la comunidad en el presente, o en términos de Brow (1990:4): “la comunalización se fortalece más ampliamente, por la convicción de que lo que vincula a un grupo de gente no es solamente/exactamente un pasado compartido sino un origen común”. En esta misma línea, *el fundador* también compone esta marca de origen, y atraviesa a la comunidad tanto en los relatos como en el modo en que los santanitenses se piensan a sí mismos. Este personaje tiene una fuerza simbólica particular, refuerza su origen y habilita su permanencia; no solo es recordado

como el que les dio nuevamente la posibilidad de *labrar la tierra*, sino también como la figura que dota de sentido a su existencia hasta la actualidad.

El orden, a través de *el fundador*, quedó objetivado en la materialidad territorial de la comunidad -en su espacialidad- ya sea en la distribución de los campos como en la simetría del pueblo. La forma como ellos piensan su espacio y los límites físicos de inclusión/exclusión de esta comunidad están dados por esa territorialidad inicial impuesta por el Padre Becher. Ellos son *ellos* y no *otros* en tanto desplegaron esos sentidos de pertenencia en un territorio que tiene para los santanitenses ciertos límites espaciales y simbólicos.

Esta espacialidad/territorialidad también imprime otra característica: el aislamiento. Ese aislamiento es interpretado por ellos como una forma de autoprotección y es funcional para acentuar la distancia con todo aquello *de afuera* que puede amenazar la supervivencia de la comunidad.

Cargando con una historia de éxodos reiterados, que constituyen una parte importante del modo en que ellos se narran a sí mismo, el ejido de Santa Anita, en tanto territorio entendido como construcción social, adquiere una relevancia particular. El riesgo se percibe con respecto a la supervivencia de la comunidad (como configuración social) y se proyecta sobre el espacio, manifestándose como una preocupación por la preservación del espacio territorial sobre el cual se despliegan esas relaciones. De esta manera, esa territorialidad resulta altamente gravitante en la construcción de su pertenencia.

Estas marcas en el espacio cobran sentido y vigencia a partir de una serie de prácticas que, de alguna manera, las “activan”, es decir, las ponen en acto. Lo que los santanitenses identifican como “La vida en el campo” son un conjunto de prácticas que atraviesan actualmente su vida en el pueblo. Algunas de ellas, consideradas centrales, son resignificadas de dos maneras: mediante *el tapera tour* como la expresión ritual íntima de sí mismos y de “la vida en el campo”, por un lado; y, por otro lado, a través de la fiesta de *la trilla*, como ritual de “comunalización” público. Nuevamente el temor a la pérdida, reflejado tanto en el desinterés de los jóvenes por continuar la “tradicción” de *la trilla*, como en la percepción de la desaparición paulatina de las taperas en manos de la soja (porque la soja *ha hecho estragos en el campo*), ponen en riesgo prácticas simbólicamente muy cargadas para esta comunidad. En ambos casos estas recreaciones, que pueden ser leídas en clave

ritual precisamente por su fuerte contenido simbólico orientado a reforzar la cohesión social, parecieran ocupar un papel central para prolongar el vínculo casi exclusivo que tienen los santanitenses con aquel pasado *agricultor*. El temor permanente a la pérdida de distintos elementos que hacen a la especificidad de la comunidad se manifiesta por diferentes canales. Tanto *la trilla* como *el tapera tour* son estrategias públicas y privadas que despliegan los santanitenses para conjurar sus temores y “evitar” la pérdida del pasado recreándolo en el presente. Si, como observa Luhmann (2006) el riesgo es un fenómeno contingente que debe ser leído como “evitable”, entonces estas estrategias parecen emergentes del modo en que se construye la noción de riesgo en Santa Anita.

La trilla tiene una particularidad adicional. El momento de su surgimiento comparte la temporalidad con la pérdida masiva de los santanitenses de la propiedad de la tierra; es coincidente con el ingreso de *los rosarinos*. Si bien aporta elementos para dar lugar al trabajo de la memoria (Jelin, 2002), trayendo ese pasado a su presente, también este ritual de “comunalización” puede ser entendido como una forma de resistencia ante esa pérdida material objetiva. O simplemente como una forma de evitar un riesgo.

El campo y las implicancias de las prácticas vinculadas a ese espacio prolongan su existencia, aunque ahora desde lo simbólico, en la fiesta de *la trilla*. Y la centralidad en esa práctica la tiene la agricultura objetivada en el trigo, aquel cultivo por medio del cual “progresaron” en Rusia y se desarrollaron en Argentina como *agricultores*. En términos de Luhmann (2006), el trigo no es parte de la jerarquización y selección de riesgos dentro de la comunidad. Aún más, el trigo los acerca a la noción de seguridad, en contraposición a la soja que es asociada a la destrucción (Beck, 2000).

Todas estas prácticas son las que ellos identifican como *cultura*, es lo que los hace *gringos*, en tanto opuestos al *criollo*. Y es aquello que, aunque siempre esté “amenazado por la pérdida”, suponen que si logran preservarlo garantizará su continuidad tanto en el tiempo como en el lugar. Ellos evocan a *la cultura*, entendida también en términos de *la esencia de la comunidad*, para dotar de sentidos a su unidad, para explicar(se) los motivos por los cuales a pesar de las diferencias internas ningún conflicto llega a fracturarlos. El “riesgo” que está por encima de todo es esta percepción sobre el riesgo permanente a *la pérdida*, porque dicha pérdida implica la disolución de la comunidad y, por lo tanto, la extinción de ellos mismos. Este riesgo los une aún más, los dota de sentido y refuerza su pertenencia; los

constituye en una comunidad de miedosos, en términos de Beck (1998), dentro de la cual refuerzan sus lazos de solidaridad interna.

Otra práctica que refuerza sus sentidos de pertenencia es el uso del dialecto, en tanto constituye una manera simbólica de generar continuidad de su pasado en el presente e intentar que éste permanezca invariante en el tiempo, a la par funciona como barrera de inclusión y exclusión con lo de afuera. Junto al dialecto, la música, las danzas y la comida típica se constituyen como marcas que refuerzan esa pertenencia. Sobre estas marcas visibles, sobre el orden expresado en el espacio, sobre los valores que dan sentido a esas marcas es que se proyecta la sombra de la “pérdida” como amenaza. Dejar de hablar este dialecto único significaría *la pérdida* de otro de los elementos donde se objetiva la diferencia; por lo tanto, desde la forma que ellos tienen de pensarse a sí mismos, implica poner en riesgo a la propia comunidad. Lo mismo ocurre con la danza, la música y las comidas. Son todos elementos que los hacen a ellos diferentes de otros.

Una de las maneras principales en que manifiestan lo que perciben como amenazante de la comunidad es lo que identifican como *de afuera*. Desde sus percepciones, lo *de afuera* trae consigo “suciedad”, “inseguridad”, “mala educación”, “la vagancia”. Es decir, la pérdida de ese orden al que consideran constitutivo de sí mismos. La objetivación más estereotipada de lo *de afuera* en un personaje está representada por *el criollo*. A este personaje lo presentan como “vago”, “desinteresado”, “sucio”; ellos distinguen al *criollo* por tener el césped alto y su parque desprolijo. O peor aún, entienden que *el chino* puede convertirse en la amenaza mayor al orden dentro del pueblo, porque *el chino es sucio* (y, además, es chino).

Todo aquel que ingresa a la comunidad siendo *de afuera* en términos de los santanitenses, rara vez consiga traspasar sus límites y ser parte de ella. Claro que no ocurre lo mismo con aquellos que mantienen algún vínculo, aunque lejano, con la comunidad (bisnietos, nietos o hijos de un santanitense nativo). Si bien al ingresar son *nuevos*, serán “reincorporados” al seno de la comunidad con el tiempo. Manifiestan que todo “extranjero” que quiera ingresar a la comunidad debe adaptarse a ellos y así, nuevamente buscan asegurar la “supervivencia de la comunidad”. Es cuestión de tiempo para comprender que es lo que va a ocurrir con *el chino*. Quizás corra el mismo destino que del Dr. Jaimovich, en donde ante la manifestación de una tensión y la “amenaza” de sus sentidos de pertenencia –Jaimovich era judío y *de*

afuera- presentan alguna alternativa para excluirlo de la comunidad (en aquel momento abrir *el sanatorio*). Intentan también que ante las tensiones donde no hay acuerdo el conflicto se disuelva solo; simplemente que el paso del tiempo haga que se desvanezca, o en algunos casos presentan alternativas para atenuar la amenaza. Volveré un poco más adelante a este punto que resulta central.

Hasta aquí hay dos categorías en juego: lo *nuevo* y lo *de afuera*. ¿Cómo se articulan para dar respuesta a la pregunta central de la tesis?

El riesgo central dentro de esta comunidad es la pérdida de lo que consideran su “esencia” o su “cultura”, porque dicha pérdida significa una amenaza a su “supervivencia”, a la proyección de la comunidad tanto temporal como territorialmente. La pérdida pone en riesgo a sus representaciones de comunidad deseada. Las amenazas están latentes en lo *nuevo* y siempre presentes en lo *de afuera*.

Dada la impronta de la conformación de las familias, el proceso de fragmentación de la tierra se aceleró en Santa Anita, y rápidamente, en sus propios términos, *los campos se achicaron*. Los diferentes éxodos y ventas de la tierra se aceleraron con el cambio en el modelo productivo, específicamente por su intensificación en el uso del capital y el incremento de la escala productiva. Solo unos pocos santanitenses lograron sostener la propiedad de la tierra. Sin embargo, en Santa Anita ellos distinguen que *todo pasa por el campo*. Ahora en lugar de tener el control de esas tierras y ser parte constitutiva de la comunidad, los lugareños son empleados. Desde ese momento, en el cual las ventas masivas alejan casi en su totalidad a los santanitense del control de sus tierras, hay un elemento externo que no han conseguido mantener fuera de los límites espaciales de su comunidad. Se trata de *el rosarino*. Y al ser un elemento *de afuera*, siempre va a ser una amenaza. Sin embargo, si *el rosarino* parece ser considerado una amenaza por toda la comunidad, con el uso de productos químicos en la actividad agrícola no ocurre lo mismo.

En torno a esta lógica, donde parte de la comunidad selecciona como riesgosa la práctica que involucra el uso de agroquímicos y otra parte la desecha, se estructuran tensiones que se vinculan con la “amenaza” que implica el ingreso de algo *de afuera* en tanto *pérdida* de su “cultura” o “esencia” (en sus propios términos). Es aquí donde el sistema de clasificaciones de esta comunidad difiere, ya que no todos consideran el uso de agroquímicos en términos de “riesgo”. Pareciera estar en conflicto su imagen de comunidad

deseada, entendida como proyección de la comunidad en el espacio y el tiempo. La referencia de los *dos bandos* aparece relacionada con esta cuestión, aunque operando tácitamente.

La selección y jerarquización de este riesgo, destacado por unos e ignorado por otros, es un elemento que los divide y fragmenta, tal cual argumenté desde un inicio. Sin embargo, se presenta como un síntoma de las tensiones constitutivas que tienen de sí mismos y, principalmente, de las formas que tienen de proyectar su futuro en tanto comunidad en el tiempo y el espacio. La cuestión central de esta investigación es justamente comprender como esas tensiones en torno a la construcción del riesgo construyen “comunidad”. Ahora bien, ¿Qué elementos hacen que esta afirmación tenga sentido? Es preciso inicialmente sistematizar brevemente el contenido de estos *dos bandos*.

Para aquellos que incluyen estas prácticas como riesgosas dentro de sus configuraciones, la manifestación más evidente o explícita del riesgo vinculado con *la fumigada* se encuentra específicamente en el deterioro del ambiente y las consecuencias en la salud que provoca el uso de agroquímicos. El mural de la Escuela Nro. 44 lo refleja claramente: en la vida no hay lugar para las prácticas agrícolas predominantes. Sin embargo, esta exteriorización de este riesgo que los fragmenta como comunidad debe ser leído como un síntoma que oculta un riesgo “subjetivo” mayor; este no es más que la amenaza de la proyección de la comunidad a futuro, es decir la supervivencia de la propia comunidad. Fue principalmente un elemento *de afuera* –los *rosarinos*– el que los desplazó de sus tierras y les quitó una de las características que ellos consideran que los hace *gringos*: “la vida en el campo”. Y lo que es peor, junto con el uso masivo de agroquímicos *los rosarinos* ingresaron un cultivo también *de afuera*: la soja. Consideran que este cultivo eliminó la diversidad constitutiva de los modos tradicionales de producción de la comunidad (el campo les daba todo lo que necesitaban para vivir). Junto con el monocultivo de soja, el uso de agroquímicos y específicamente el glifosato, se produce la construcción pública de la noción de riesgo en términos de Beck (2000), entendido como con un riesgo “objetivo” sobre la salud y el ambiente de la comunidad. El riesgo no se objetiva en el trigo como tampoco hace foco en la agricultura (o en el molino y la avicultura), aunque sí en la soja y el glifosato. Tanto el cultivo de la soja como el tratamiento que requiere y el sujeto que la produce (*el rosarino*) se constituyen como “cosas” concretas y objetivas donde lo *de afuera* adquiere materialidad y capacidad de lesionarlos. Desde su perspectiva, se trata de heridas

provocadas sobre la comunidad en un sentido amplio: avanzan sobre la propiedad de la tierra, las prácticas tradicionales, los modos de producción diversificados, las pertenencias.

Para el otro *bando* resulta difícil comprender estos reclamos. Ellos tomaron como propio el uso de productos químicos en el agro como práctica central para el control de plagas y cultivo de soja como principal, siendo esta la única alternativa para mantenerse en el campo. En este caso opera como medio para la reproducción económica centralmente, pero también como forma de reproducción simbólica y no se encuentra dentro de su clasificación o su selección de riesgos. El contacto permanente con los agroquímicos y el uso cotidiano de estos productos en las prácticas agrícolas estaría haciendo operar el principio de inmunidad subjetiva establecido por Douglas (1996). Para este bando, si bien existe un riesgo potencial, el “uso adecuado” de estos productos evita cualquier situación de peligro. Más allá de esto, intentan desplegar diversas prácticas como forma de atenuar el conflicto e procurando *no perjudicar a Santa Anita*, aunque no consigan comprender la “naturaleza” del reclamo del otro *bando*.

Lo peculiar de la existencia de estos *dos bandos* es que ambos son parte constitutiva de la comunidad y conviven en tensión pero sin la presencia de conflictos más agudos que puedan generar fracturas, o enfrentamientos irreconciliables. Es en este sentido que estas tensiones manifestadas a través de *la fumigada* expresan más que un registro por parte de los santanitenses de posibles efectos nocivos sobre el ambiente y la salud. Se refiere a algo más profundo y relacionado con la propia concepción sobre sí mismos. Es un conflicto que los tensiona y los interpela, pareciera ser una situación híbrida en donde se mezcla lo *de afuera* con algunos miembros de la comunidad. Sin embargo, la respuesta a esa tensión es el silencio. El tema de las pulverizaciones es *un tema callado*. Los *bandos* conviven porque de su convivencia depende la preservación de la comunidad.

La trayectoria de la comunidad refleja que no es la primera vez en la cual se presenta una situación híbrida. Algo similar ocurrió con *las granjas*. La investigación muestra como en un inicio esta actividad, relacionada ya con la producción avícola industrial integrada, fue apropiada por parte de la comunidad mientras otra parte resistía a su ingreso. Sin embargo, con el tiempo ocupa un lugar central en la comunidad ¿Qué ocurrió entonces con *las granjas* para que dejen de ser consideradas como un riesgo percibidas como algo *nuevo y de afuera* y formen parte de las prácticas que consideran propias?

En primer lugar, con *el desalojo*, la avicultura fue la alternativa para quienes no querían dejar Santa Anita pero habían sido expulsados de los campos que arrendaban. Esta actividad contribuyó a generar el *milagro de Santa Anita*¹²⁵. Así, *las granjas* se emplazaron inicialmente en la planta urbana, conformando una de las principales alternativas para no dejar Santa Anita. En los éxodos siguientes, y en las ventas de los campos producto de la fragmentación de la tierra, la avicultura fue la actividad que, dada la escala de producción necesaria, les permitió seguir viviendo en el campo y reforzar sus sentidos de pertenencia aunque ya no como agricultores. Más allá de las dos prácticas rituales que se encargan de recrear la vida en el campo, lo cierto es que la avicultura es lo que aún queda en tanto vínculo material con el campo. *Las granjas* por tanto, protegen su sentido de territorialidad. Esta actividad aparece como respuesta a la preocupación de la proyección futura de la comunidad no solo en el tiempo sino también en un espacio específico y, por lo tanto, constituye una estrategia central para evitar su disolución.

Si bien la actividad avícola encierra en sí misma diversos riesgos “objetivos” tanto para la salud como para el ambiente, y así son percibidos por los mismos santanitenses, estos no generan conflictos o diferencias al interior de la comunidad (como si lo hace el cultivo de la soja ante la que se configuran los *dos bandos*). Estos riesgos se vinculan con el uso de productos químicos similares a los que se emplean en la actividad agrícola, el esfuerzo físico involucrado, la intensidad del proceso productivo, entre otros. Sin embargo, estos son considerados por ellos como “riesgos necesarios” y aceptados como medio para mitigar ese riesgo subjetivo mayor, o, quizás, lo que consideran como “riesgo verdadero”. El molino por su parte constituye otro de esos riesgos “objetivos” aceptados, en tanto forma parte constitutiva de la comunidad y contribuyó a reforzar sus sentidos de pertenencia, incluso desde sus inicios en Rusia.

Es en este punto donde resulta pertinente retomar el abordaje de Mary Douglas. Siguiendo su análisis, el riesgo no debe ser entendido como una construcción individual sino una construcción colectiva. No se basa en hechos fácticos ni empíricos, sino que los riesgos surgen de acuerdo con el tipo de comunidad de la que emanan, de sus creencias y visiones. Qué riesgo es aceptable y qué riesgo no lo es solo puede ser abordado desarmando la

¹²⁵ Recordemos que ellos denominan de este modo a las acciones e iniciativas alternativas que evitaron que Santa Anita se convirtiera en un “pueblo fantasma”, situación que efectivamente ocurrió en los años '90 con una cantidad importante de pueblos cuyas estructuras productivas dejaron de ser efectivas y/o perdieron conectividad con el cierre de ferrocarriles.

propia noción de comunidad y reconstruyendo la idea de cómo se proyecta en el futuro, es decir, reconstruyendo su “comunidad deseada”, en términos de Douglas. Si se corre el foco del análisis y no se considera el sistema de clasificaciones como elemento constitutivo de los riesgos la discusión quedaría atrapada, en términos de Beck, en la “trampa del riesgo”. Y abonaría la teoría de la obturación del dialogo que tienen los santanitenses. No es necesario buscar una “solución”, porque parece no haberla. Es por esto que resulta indispensable desarmar la forma como estos riesgos son construidos. En este caso lo central es que la tensión manifestada a través de estos riesgos –y en todos aquellos percibidos por los santanitenses- construye “comunidad”. En este juego entre los riesgos objetivos que implica *la fumigada* –específicamente ligado con la salud y el ambiente- y el riesgo subjetivo vinculado con la preservación de la comunidad, los primeros se presentan como síntomas o emergentes del segundo. El riesgo mayor que estructura a esta comunidad es la pérdida de todas aquellas marcas, prácticas, relatos y representaciones que los hacen ellos, como diferentes a otros; es decir, aquellos elementos que la constituyen como tal. Este es el mayor riesgo desde su perspectiva, y el que, al parecer, termina neutralizando una confrontación más abierta entre *los bandos*, en la medida que se trata de una noción de riesgo compartida por el conjunto de los santanitenses.

Dicho de otro modo, el conflicto en torno al uso de agroquímicos esta siempre latente y tensionando a los santanitenses -incluso al punto de generar *dos bandos* que operan tácitamente- pero el conflicto nunca consigue fracturarlos. El conflicto en esta comunidad parece no tener lugar, porque es justamente aquello que la expone a un riesgo subjetivo mayor: la imposibilidad de su proyección en el tiempo. Incluso llegan a concebir el conflicto (cualquier situación conflictiva) como algo que los remite a lo “global”, no lo asumen como una cuestión propia, no se trataría de un elemento que los distingue, y por tanto no los hace únicos.

El silencio (o lo no-dicho) se presenta como una estrategia para salvaguardar a la comunidad y, junto con esto, fortalecer sus sentidos de pertenencia y reafirmar sus fronteras sociales y sus límites (Pollak, 2006). Y es justamente en ese silencio, central para evitar la agudización del conflicto, donde es posible observar cómo los lazos de solidaridad entre los miembros de la comunidad se refuerzan incluso en sus disidencias. Pareciera haber algo que los trasciende, aquello que ellos llaman “Santa Anita”, y que protegen y reguardan celosamente. Por ese motivo ellos mismos destacan que, a veces, *se hace más*

daño hablando que callando, y ese silencio da forma a esa particular comunidad de miedosos, en términos de Beck (1998). Se evita el desmembramiento y la desarticulación de la comunidad, la cual pareciera seguir su camino *como si nada hubiese pasado*.

Si bien en los relatos sobre el silencio en torno a este conflicto se mencionan los intereses creados en torno a la actividad agrícola y la gran cantidad de vínculos económicos directos e indirectos con el campo de gran parte de la población, el punto que obtura la discusión no pareciera ser ese. El eje central aquí –o el vértice que une *el abanico* tal como definió a Santa Anita uno de los entrevistados- es la densidad (en términos inclusive de relaciones de parentesco) que presenta el entramado social. Si uno es perjudicado es muy probable que muchos otros, sino todos, también lo sea.

Entonces, si el conflicto no es un elemento constitutivo de esta sociedad ¿cómo se tramitan las tensiones en Santa Anita? En este punto, y tal como mencioné en párrafos anteriores, el silencio parece ser una cuestión a tener a cuenta. Ellos entienden que la comunidad *callada* está a salvo. Retomo aquí mi ingreso a campo en 2015. En aquel momento en el cual, desde sus relatos, la tensión era manifiesta y presionaba de tal forma para que todo desencadene en un conflicto mayor, llegó el INTA. La actividad puesta en marcha en aquel momento se transformó en una excelente “excusa” para el silencio, quedando el conflicto en tensión latente, sin estar resuelto. Pero asegurándose también que la tensión no sea tal como para desarticularlos en tanto comunidad. El silencio, aunque provocado por un factor externo, aseguraba su supervivencia y los protegía. Y el INTA, desde lo discursivo, era en parte funcional a ese silencio.

La estrategia en el caso del Dr. Jaimovich fue otra. Su ingreso a Santa Anita desató tensiones internas. Sin embargo, en aquel momento también la comunidad estaba dividida. El judaísmo del Dr. se constituyó como una amenaza para algunos, que recaía sobre los principios religiosos que mantenía el pueblo. La expulsión de este personaje no era posible dado que muchos dentro de la comunidad lo habían aceptado e incluso lo recuerdan como *un visionario*. Allí entonces presentaron una alternativa para disipar su fuerza: la Iglesia abrió *el sanatorio*. Si bien los santanitenses desde lo discursivo sostienen que el sanatorio creado para contrarrestar o mitigar el contacto del pueblo con el Dr. cerró sus puertas porque *después del desalojo no quedó nadie*, lo cierto es que esto no ocurrió hasta que

Jaimovich murió (es decir, que *el sanatorio* fue cerrado luego de que “la amenaza” desapareció objetivamente).

Algo similar ocurrió con *El Rancho*, un bar que reunía público no solo santanicense sino de las localidades vecinas. Era un espacio de encuentro en el cual había música en vivo y, según cuenta, se presentaron muchos artistas del folklore nacional. Ese espacio nuevamente entró en conflicto con la Iglesia, al punto tal que la misa central de los días sábados solía prolongarse para que los lugareños no asistieran a ese lugar. La iglesia y *el rancho* convivieron hasta que este último, con el correr del tiempo, desapareció y con su desaparición también terminó el conflicto.

En esta misma dirección se ubica la pregunta que recibí de una de mis entrevistadas en cuanto a la finitud de los recursos vinculados a la agricultura. Ella encontraba en el agotamiento de los suelos la única manera de resolver el conflicto que los tensionaba. Y ese agotamiento, en sus términos, solo era cuestión de tiempo.

Así, los santanenses parecen convivir con las tensiones esperando que éstas se extingan *per se* (la muerte de Jaimovich, el cierre del *el rancho*, el agotamiento del suelo). También hay situaciones que tensionan pero que finalmente son apropiadas por la comunidad, pero esto pareciera sólo ocurre cuando el riesgo al cual está expuesta la propia comunidad es mayor que aquel aportado por lo *nuevo* y *de afuera*, como en el caso de la avicultura. Lo que atraviesa a todas estas situaciones es justamente que el conflicto no es un elemento constitutivo de esta comunidad, el mismo intenta ser evitado dado que ellos entienden que cualquier agudización de una situación de conflicto expone a la comunidad a un riesgo “total”, el de su propia desaparición.

Este complejo entramado social, a su vez, tiene ciertas características que lo hacen singular: los fuertes vínculos parentales (*acá todos somos parientes*). El conflicto que, desde su perspectiva, no deja ganadores ni perdedores, consideran que siempre la que pierde es la comunidad en su conjunto, es *Santa Anita*. Estos modos de comprender el conflicto, en el que no encuentran ninguna capacidad superadora de las situaciones que los atraviesan, parece conducirlos a adoptar el silencio como una de sus herramientas de protección.

La comunidad los trasciende, dado que sus vínculos *están* (y se reproducen) *en la sangre y la sangre (está) primero*. ¿Es posible que consideren que podría estar en riesgo la pérdida

de un “linaje” que los hermana con alemanes del Volga de los que ellos sería su última y única expresión prístina? Esta, sin embargo, es una cuestión que excede ampliamente a este trabajo, queda solo mencionada como una de las tantas cuestiones que el trabajo en Santa Anita abre, y conduciría, a nuevas preguntas e hipótesis.

Lo que este recorrido por Santa Anita deja planteado es lo particular y dilemático que puede resultar el vínculo entre el riesgo objetivo sobre la salud y el ambiente, y la construcción social del riesgo. En este punto el juicio realizado -donde los penados por la ley tocan a miembros de la comunidad, la denuncia surge de alguien *de afuera*, y la sentencia y seguimiento del juicio es silenciado por la comunidad al mismo tiempo que muchos miembros de la misma siguen con interés el Facebook que denuncia las situaciones de contaminación y sus efectos- resulta como emergente de estos dilemas.

El juicio fue la manifestación con mayor repercusión pública del conflicto, inclusive con alcances por fuera de la propia comunidad. Luego de la sentencia, el incidente de la Escuela Nro. 44 fue publicado en los principales medios gráficos nacionales e incluso adquirió relevancia en medios televisivos.

Fue el punto en el cual el *bando* movilizado por la preocupación vinculada con este riesgo objetivo sobre la salud y el ambiente que generan los agroquímicos, podría haber utilizado la sentencia como herramienta de presión para generar algún cambio dentro de la comunidad. Es decir, para aquellos que seleccionaban estas prácticas dentro de sus configuraciones de riesgo, el juicio podría haber sido una herramienta para intentar erradicar estas prácticas o al menos modificarlas radicalmente. Sin embargo, esto no ocurrió. No hubo presión de un *bando* sobre otro, ni victoria de uno sobre otro. Y fue el momento en el cual el silencio en torno a estas tensiones se agudizó. Santa Anita siguió adelante como si nada hubiese ocurrido.

Las tensiones dentro de Santa Anita no llegan a producir fracturas expuestas, porque el conflicto no es un elemento asumido como constitutivo por esta comunidad, sino todo lo contrario, lo perciben como aquellos que la expone a un riesgo mayor. El riesgo mayor que estructura a esta comunidad es su temor a la pérdida de sus sentidos de pertenencia en tanto descendientes de los alemanes del Volga, en su versión Padre Becher, y por tanto de la extinción de *Santa Anita*, tal como ellos la (se) conciben.

La deconstrucción de Santa Anita -entendida como comunidad- permite abordar una problemática social, cultural, económica de mayor alcance, que responde a los cambios ocurridos en el modelo productivo del sector agrícola en el país. Si el abordaje analítico de estas tensiones se limitara en la discusión global agroquímico/agrotóxico, dejando de lado como esto se tramita en cada caso se perdería de vista los matices que permiten que riesgos equivalentes o iguales sean o no percibidos como tales por las diferentes comunidades, y/o en distintos momentos.

Si solo se atiende a la discusión en clave global, lo sucedido dentro de Santa Anita en relación con el juicio sería simplemente anecdótico. Quizás este recorrido por el caso pueda colaborar reposicionando la pregunta sobre qué otras cuestiones (expectativas, deseos colectivos, pertenencias) se ponen en juego en las comunidades locales cuando se debate sobre los efectos de la toxicidad de los productos sobre el ambiente y la salud de las personas. Santa Anita parece mostrar que el riesgo “objetivo” proyectado sobre los agroquímicos no es más que un síntoma de un riesgo mayor o “total”: la perdurabilidad en tiempo y en el espacio/territorio de la propia comunidad, tal cual ellos la (se) perciben.

Bibliografía

AAPRESID (2017). Asociación Argentina de Productores en Siembra Directa. En línea: www.aapresid.org.ar

Acuña, J.C. (2013). “Agroquímicos, ordenanzas municipales bonaerenses y la ley provincial 10699/88”, en *II Congreso Nacional de Derecho Agrario Provincial*. Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. Universidad Nacional de La Plata. 4 y 5 de Octubre.

Abia, M. C. (2008). *La agricultura y el control de plagas de insectos. Una perspectiva alejada del antropocentrismo*. Centro de Investigación y Tecnología Agroalimentaria de Aragón (CITA) Unidad de Sanidad Vegetal.

Álvarez, E.; Gobbi, E. (1961). “Situación Actual de la Industria Avícola Argentina. Importancia y Perspectiva”, en *Temas de Divulgación*, N° 18 CAFADE. Presidencia de la Nación.

Amador, A.; Barceló, I. (2011). “Riesgos y prevención de patologías laborales en las plantas de acopio de granos”, en *Revista de la Maestría en Salud Pública*, Año 9 - N° 17.

Andreson, B. [1983] (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México D.F: Fondo de Cultura Económica.

Arach, O. (2008). “Perdido en el campo. Dilemas de un antropólogo en una institución de desarrollo rural”, en Bartolomé, L. y Schiavoni, G. (Comps.) *Desarrollo y estudios rurales en Misiones*. Buenos Aires: CICCUS.77-94

Arancibia, F. (2013). “Controversias científico-reguladoras y activismo: el caso de los agroquímicos para cultivos transgénicos en Argentina”, en Tula Molina y Vara (comp), *Riesgos, políticas y alternativas tecnológicas. Entre la regulación y la discusión pública*. Buenos Aires: Prometeo Libros. 309-358.

Aranda, D. (2009a). *Mancha venenosa*, Diario Página/12, 13 de abril.

Aranda, D. (2009b). *Lo que sucede en Argentina es casi un experimento masivo*, Diario Página/12, mayo.

Arceo, N. (2011). “La consolidación de la expansión agrícola en la posconvertibilidad”, en *Revista Realidad Económica*, N° 257

- Archetti, E. y Stölen, K. (1977).** "La herencia entre los colonos del norte de Santa Fe", en Bartolomé y Herminte (Comp.) *Procesos de articulación social*, Buenos Aires: Amarrortu, 171-195.
- Azcuy Ameghino, E. y León, C. (2005).** "La sojización: contradicciones, intereses y debates", en *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*, 23, 5-34.
- Bardomás, S. (2000).** "La transmisión de la propiedad como factor relevante en la continuidad de la agricultura familiar en la región pampeana. Un estudio de caso: colonos de origen francés en Pigüé", en *Revista Ciclos*, No. 20.
- Barrientos, J.A. (1997).** "¿De perseguidos a protegidos? Claroscuros de la vida de los artrópodos sobre la faz de la Tierra", en *Bol. S.E.A.* 20: 65-68.
- Baumeister, E. (1980).** "Estructura agraria, ocupacional y cambio tecnológico en la región cerealera maicera. La figura del contratista de máquina", *Documento de Trabajo Nº 10*. Buenos Aires: CEIL
- Beck, U. [1986] (1998).** *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Beck, U. (2000).** "Retorno a la teoría de la sociedad del riesgo", en *Boletín de la AGE*, 30, 9-20.
- Berros, M. (2011).** "Riesgo y derecho. Perspectivas sobre el uso de agroquímicos en Argentina", en *Revista Derecho y Ciencias Sociales*. Instituto de Cultura Jurídica y Maestría en Sociología Jurídica. Nro 4, 190-203.
- Bertolasi, R. (2004).** *Argentina, Estrategia rural. Formas de organización de la producción*. Buenos Aires: mimeo. En línea: http://siteresources.worldbank.org/INTARGENTINAINSPANISH/Resources/Contract_farming_NOV04.pdf
- Brow, J. (1990).** "Notes on Community, Hegemony and Uses of the Past", en *Anthropological Quarterly*, 63: 1. 1-7.
- Campbell, C. (1980).** "Chemical carcinogens and human risk assent", en *Federation Proceedings*, 39, 2467-2484.
- CASAFE (2018).** Cámara Argentina de Sanidad Agropecuaria y Fertilizantes, [en línea] www.casafe.org.ar

- CAPIA (2002).** Cámara Argentina de Productores Avícolas. 1996 a 2001. Guía Avícola. Bs. As.
- CNA, (2002).** Censo Nacional Agropecuario. Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, Ministerio de Economía.
- CNP (2010).** Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda. Instituto Nacional de Estadísticas y Censos.
- Cohen, A. (1982).** “Belonging: the experience of culture”, en Cohen, A. *Belonging: identity and social organisation in British rural cultures*, Manchester University Press.
- Cohen, A. (1986).** “Of symbols and boundaries, or does Ertie’s greatcoat hold the keys?”, en Cohen (edt), *Symbolising boundaries: identity and diversity in British culture*. Manchester University Press
- Crop Life (2013).** *Annual Report 2013*. En línea: www.croplife.org
- Delgado, G. (2004).** *Finanzas rurales. Decisiones financieras aplicadas al sector agropecuario*. Buenos Aires: Ediciones INTA
- Domínguez, N. (2007).** “El Complejo Avícola Entrerriano y las Relaciones en su Interior”, en *Revista Brasileira de Gestão de Negócios*, vol. 9, núm. 25, setembro-dezembro, 2007, pp. 13-25.
- Douglas, M. [1985] (1996).** *La aceptabilidad social del riesgo según las ciencias sociales*. Barcelona: Paidós.
- Douglas, M. [1966] (2007).** *Pureza y Peligro: un análisis de los conceptos polución y tabú*. Buenos Aires: Nueva Visión
- Elliot, D. (1983).** “Risk and culture: an essay on the selection of technical and environmental dangers”, en *Faculty Scholarship Series*. Paper 2192
- El Diario, (2017).** “Histórica sentencia por uso de agrotóxicos” (3 de octubre). Ciudad de Paraná, Entre Ríos.
- Diario El Miércoles Digital (2017a).** “Confirmaron el juicio oral y público a los imputados en la fumigación de la escuela 44 de Santa Anita” Recuperado de: <http://www.elmiercolesdigital.com.ar/confirmaron-el-juicio-oral-y-publico-a-los-imputados-en-la-fumigacion-de-la-escuela-44-de-santa-anita/>

Diario El Miércoles Digital (2017b). “Este lunes comienza el juicio por la escuela fumigada en Colonia Santa Anita” (17 de septiembre). Recuperado de <http://www.elmiercolesdigital.com.ar/este-lunes-comienza-el-juicio-por-la-escuela-fumigada-en-colonia-santa-anita/>

Falivene, G.; Artusi, A.; Arrejoria, G. y Curró, C. (2016). “Prospectiva y Desarrollo Local: el caso del municipio de Santa Anita, Departamento Uruguay, Provincia de Entre Ríos, Argentina”, en *III Jornadas de Planificación del Desarrollo*. Santiago de Chile, 18 al 20 de mayo.

FAO. (1996). Programa especial sobre seguridad alimentaria. En línea: <http://www.fao.org/FOCUS/S/SpeclPr/spro12-s.htm>

Faya De Falcon, L.Y Papa, J. (2001). *El modo de acción de los herbicidas y su relación con los síntomas de daño*. Buenos Aires: Ediciones INTA.

Fernández García, J.; Aguado Rodríguez, P.; Alluga Téllez, F. (2000). *Las explosiones de polvo en los silos agrícolas*. Fundación MAPFRE-Universidad de León. España.

Flint, M.L.; Van Der Bosch, R. (1981). “Introduction to Integrated Pest Management”, en *Plenum Press*, New York, pp: 237.

Foa Torres, J. G. (2016). “Entre lo riesgoso y lo político: hacia una teoría posmarxista del riesgo”, en *Revista de Filosofía y Teoría Política*, 47, e004.

Galindo, J. (2015). “El concepto de riesgo en las teorías de Ulrich Beck y Niklas Luhmann”, en *Acta Sociológica*, 67, 141-164.

Gamboa Fuentes, N. (2014). “DDT, una revisión histórica”, en *Revista de Química PUCP*, vol. 28, nº 1-2

García, A. L. (2012). “La producción familiar en el complejo avícola entrerriano: trayectorias, estrategias y transformaciones”, en *VII Jornadas de Sociología de la UNLP*, 5 al 7 de diciembre, La Plata. Argentina.

García, A. L. (2013). “Productores familiares y agricultura de contrato. Vínculos y estrategias en el caso de la avicultura entrerriana”, en *Revista Pampa (Santa Fe)*, (9), pp. 207-233

García, A. L; Craviotti, C. (2015). “Saberes prácticos y expertos en el complejo avícola entrerriano”, en *Avá. Revista de Antropología*, núm. 26, junio, 2015, pp. 155-174.

- García Acosta, V. (2005).** “El riesgo como construcción social y la construcción social de riesgos”, en *Desacatos*, 19, 11-24.
- Gárgano C. y Souza, P. (2013).** “Investigación pública orientada al agro en la Argentina: apropiación, trayectorias y disputas”, en *Voces en el Fénix*, N°24, 126-133
- Garza Almanza, V. (2012).** “Tierra torturada”, en *Rev. Salud Ambient*, 12(2), 153-154
- Giddens, A. [1990] (1993).** *Consecuencias de la modernidad*. Ed. Alianza. Madrid.
- Giles, D.K. (1988).** “Energy conversion and distribution in pressure atomizers”, en *Transactions of the ASAE* 31(6): 1668-1673.
- Gras, C. y Hernández, V. (2013).** (Coord.) *El agro como negocio. Producción, sociedad y territorios en la globalización*. Buenos Aires: Biblos.
- Gras, C.; Hernández, V. (2016).** “Modelos de desarrollo e innovación tecnológica: una revolución conservadora”, en *Mundo Agrario*, 17(36), e028.
- Guimarães, A. (1996).** “El mito del anti-racismo en Brasil”, en *Revista Nueva Sociedad*, Num 144. Julio-Agosto, pp 32-45.
- Guber, R. (2001).** *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Norma Editorial.
- Halbwachs, M. [1950] (2004).** *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Hernández, L.; Guerrero, E.; Cubillos, F.; Salazar, F. (1986)** “Niveles sanguíneos de insecticidas organoclorados en varios grupos de población colombiana”, en *Revista Colombiana de Ciencias Químicas y Farmacológicas*, 45(1), 49e58.
- Hobsbawn, E. [1983] (1990).** “Introducción: La invención de la tradición”, en Hobsbawn y Ranger (eds), *La invención de la tradición*. Barcelona: Editorial Crítica. 7-21.
- Honeker, O. y Jacob, M. (2000).** *Santa Anita. Nuestras raíces, una historia apasionante...* Nogoyá: Editorial Del Cle.
- Honeker, O. y Jacob, M. (2016).** *El misionero. Vida y obra del Rvdo Padre Enrique Becher S.V.D.* Nogoyá: Editorial Del Cle.

INTA (2012). *Cambios productivos y organizacionales en el sector agropecuario e implicancias territoriales La experiencia de la Provincia de Entre Ríos (Argentina)*. Documento interno de trabajo. Centro Regional INTA Entre Ríos

INTA (2011). “Siembra directa”, Actualización Técnica Nº 58

IPCS. (2005). *Programa Internacional de Seguridad en las sustancias químicas. Guía sobre seguridad y salud en el uso de productos agroquímicos*. En Línea: http://training.itcilo.it/actrav_cdrom2/es/osh/kemi/pest/pesti1.htm

ISHRW (2018). International Survey of Herbicide Resistant Weeds. En línea: <http://www.weedscience.org/>

Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid-Buenos Aires: Siglo XXI [ed. ac. 2011]

Jelin, E. (2017). *La lucha por el pasado como construcción de la memoria social*. Argentina: Siglo XXI.

Jelin, E. y Langland, V. (comps.) (2003). *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*, Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI.

Lantieri, M.; Meyer Paz, M.; Butinof, R.A.; Fernández, M.; Stimolo, M.; Díaz, M. (2009). “Exposición a plaguicidas en agroaplicadores terrestres de la provincia de Córdoba, Argentina: factores condicionantes”, en *Agrocientia*, Vol XXVI (2): 43-54.

Lazzaro, P. (2010). *Medición del nivel de polvo respirable a los que se ven expuestos los operarios de plantas de acopio durante el proceso de carga camión*. Escuela para Graduados Alberto Soriano Facultad de Agronomía Universidad de Buenos Aires, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

La Calle (2017). “Hubo una radio abierta por fumigación en escuela rural”. (12 de abril). Recuperado de: <http://lacalle.com.ar/hubo-una-radio-abierta-por-fumigacion-en-escuela-rural/>

La Voz del Interior (2014). “Quejas en Arroyo Cabral por polvo de las cerealeras” (25 de junio). Recuperado de <http://www.lavoz.com.ar/regionales/quejas-en-arroyo-cabral-por-polvo-de-las-cerealeras>

La Voz del Interior (2010). “Nueva ley regula el acopio de granos en todo el interior” (8 de noviembre). Recuperado de: <http://www.lavoz.com.ar/nueva-ley-regula-el-acopio-de-granos-en-todo-el-interior>

Lerda, D.; Bardaji, M.; Re, V.; Demarchi, V.; Villa, O. (2001). "Contaminación del aire por silos, su incidencia sobre la salud, una problemática regional", en Asociación Argentina de Alergia e Inmunología Clínica, vol. 32, núm. 2: 52-56.

Lódola, A. y Fossati, R. (2003). "Servicios agropecuarios y contratistas en la Provincia de Buenos Aires: régimen de Tenencia de la Tierra, Productividad y Demanda de Servicios Agropecuarios", en *38a. Reunión Anual de la Asociación Argentina de Economía Política*, Mendoza, Asociación Argentina de Economía Política.

Luhmann, N. (1996). "El concepto de riesgo", en Josexto Beriain (comp.), *Las consecuencias perversas de la modernidad. Modernidad, contingencia y riesgo*, Barcelona: Anthropos, 123-154.

Luhmann, N. [1991] (2006). *Sociología del riesgo*. México, DF: Universidad iberoamericana.

Manzanal, M. (2017). "Territorio, Poder y Sojización en el Cono Sur latinoamericano. El caso argentino", en *Mundo Agrario* vol. 18, nº 37, e048. Abril.

Martínez Dougnac, G. (2013). "De los márgenes al boom. Apuntes para una historia de la sojización", en Martínez Dougnac, G., (comp) *De especie exótica a monocultivo. Estudios sobre la expansión de la soja en Argentina*, 1-37. Buenos Aires: Imago Mundi.

Masiá, G. (2008). *Efecto sobre la exoderiva de un aditivo (poliacrilamida) aplicado con boquillas de abanico plano con inducción de aire*. Tesis presentada para optar al título de Magíster en Control de Plagas y su Impacto Ambiental. Universidad Nacional de San Martín

MECOM (2016). *Informes sobre cadena de valor cárnica aviar*. Año 1, N° 5, Julio. Ministerio de Hacienda y Finanzas Públicas. Argentina

MINAGRI (2013). *Pautas sobre aplicaciones de productos fitosanitarios en áreas periurbanas*. Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca. Documento de trabajo En línea: https://www.agroindustria.gob.ar/sitio/areas/fitosanitarios/pautas/archivos//000000_Pautas%20sobre%20aplicaciones%20de%20productos%20fitosanitarios%20en%20%C3%A1reas%20periurbanas.pdf

Molinari, A.M. (2005). *Control biológico. Especies entomófagas en cultivos agrícolas*. Santa Fe: Editorial Editar. - 1° ed. INTA - Centro Regional Santa Fe - EEA Oliveros

Moltoni, L.; Masiá, G.; Moltoni, A. (2008). "Cost and income analysis of agricultural labors: the role of agricultural machinery services providers in Argentina", en *International*

Conference of Agricultural Engineering - XXXVII Congresso Brasileiro de Engenharia Agrícola, CONBEA. 31 de agosto al 4 de septiembre. Venue, Brasil.

Moltoni, L. (2009). *Distritos industriales en economías periféricas: el caso del Distrito Industrial de Maquinaria Agrícola del Oeste*, Tesis (Maestría en Estudios Sociales Agrarios), Facultad Latinoamericana de Estudios Sociales Agrarios, FLACSO. En línea: <http://www.flacsoandes.org/dspace/handle/10469/1829>.

Monsanto (2007). *Biography of Dr. John Franz Monsanto.* En línea: <http://monsanto.mediaroom.com/index.php?s=43&item=543>

Motta, R. y Alasino, N. (2013). “Medios y política en la Argentina: las disputas interpretativas sobre la soja transgénica y el glifosato”, en *Question*, 1.

Municipalidad de Santa Anita (2017) <http://www.santaanita.gob.ar/> Recuperado el 18 de noviembre de 2017

Mucio, L (2017) “Agroquímicos en cuestión, prácticas en tensión. El uso de insumos agropecuarios y el cuidado del medio ambiente en productores familiares del Partido de Lobería (Buenos Aires)”, en *Trabajo y sociedad*. Num 29, 157-176.

Muzlera, J. (2014). “Estrategias y motivaciones de capitalización entre contratistas de maquinaria agrícola pampeana”, en *Papeles de Trabajo*, 8(13), pp. 250-270.

Nora, P. [1984] (2009). “Entre historia y memoria. La problemática de los lugares”, en Pierre Nora, *Les lieux de mémoire*, Montevideo: Trilce

Ríos, D. y Natenzon, C. (2015). “Una revisión sobre catástrofes, riesgo y ciencias sociales”, en Natenzon, C. y Ríos, D. (eds.). *Riesgos, catástrofes y vulnerabilidades. Aportes desde la geografía y otras ciencias sociales para casos argentinos*. Buenos Aires: Imago Mundi. 1-27

Obschatko, E. (2003). El aporte del sector agroalimentario al crecimiento económico argentino. 1965-2000. Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura, Buenos Aires: Ediciones IICA

Obschatko, E., Ganduglia, F., Román, F (2006). *El sector Agroalimentario Argentino: 2000-2005.* - Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura, Buenos Aires: Ediciones IICA

Owens, P. (1950). “Los insecticidas: historia y desarrollo”, Trabajo presentado en el *Segundo Congreso Sanitario Nacional de El Salvador*. 1 al 3 de diciembre., 1950

- Ozkan, H.E.; Derksen, R.C. (1998). "Effectiveness of Turbo drop® and Turbo Teejet® nozzles in drift reduction", en *Ohio State University Extension*. AEX-052498. 7 pp.
- Piñeiro, M y Villareal, F. (2005). "Consecuencias de los crecientes cambios agrícolas", en *Revista Ciencia Hoy*, Vol. 14, nº 87
- Palacios, E. (2003). "El complejo agroindustrial avícola argentino. Reconversión y perspectiva de inserción en el mercado regional e internacional", en *Revista Aportes Para La Integración Latinoamericana*, Núm. 13 (11): Serie Tesis de Integración Latinoamérica.
- Pietroboni, R.; Lepratte, L.; Blanc, R.; Hegglin, D.; Cettour, W.; Ruhl, L. (2012). "Producción avícola primaria en Entre Ríos, Argentina", en *Revista Realidad Económica* (272), pp 86-104.
- Pietroboni, R.; Blanc, R.; Hegglin, D.; Lepratte, L.; Cettour, W.; Ruhl, L. (2014). "Análisis del sistema productor de carne aviar como sistema complejo. Producción avícola primaria", en *Revista Rumbos Tecnológicos*. Publicación de la Secretaría de Ciencia, Tecnología y Posgrado. Universidad Tecnológica Nacional – UTN. pp 53-56
- Pollak, M. [1989] (2006). *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*, La Plata: Ediciones Al Margen.
- Portelli, A. (2002). "Las fronteras de la memoria. La masacre de las Fosas Ardeatinas. Historia, mitos, rituales y símbolos", en *Sociohistórica* (11-12), 2002. Disponible en: http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3065/pr.3065.pdf
- Posada, M. (1998). "Agricultura, industria y contratos: una interpretación para el caso argentino", en *Revista Agroalimentaria*, N° 7, diciembre, pp. 83-94.
- Posada, M. y Martinez De Ibarreta, M. (1998) "Capital Financiero y Producción Agrícola: los "pools" de siembra en la Región Pampeana", en *Revista Realidad Económica* N° 153.
- Pucciarelli, Al. (1997); "Estructura Agraria de la Pampa Bonaerense: los tipos de explotaciones dominantes en la provincia de Buenos Aires", en Barsky y Pucciarelli (ed), *Agro pampeano, el fin de un período*, FLACSO, Universidad de Buenos Aires, 207-290
- Rindos, D. (1987). *The Origins of Agriculture: An Evolutionary Perspective*. Academic Press
- Ruhl, L.; Hegglin, D.; Pietroboni, R.; Cettour, W.; Lepratte, L.; Blanc, R. (2012). "Estrategias competitivas desarrolladas por la industria avícola de la Costa del Río Uruguay (CRU), Entre Ríos, Argentina", en *VI Jornadas Nacionales de Investigadores En Economías Regionales*, 26 de octubre. Facultad de Ciencias Sociales – Universidad de Buenos Aires

Rulli, J. (Comp.) (2009). *Pueblos fumigados: los efectos de los plaguicidas en las regiones sojeras*, Buenos Aires: Bolsillo.

Santarelli, S.; Sereno, C.; Trobbiani, C. (2005). “Empresas de transporte de granos y agroindustrias en la producción del espacio urbano en la ciudad de Bahía Blanca, Argentina: conflictos e incumbencias”, en *Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*. Barcelona: Universidad de Barcelona, vol: 9, núm. 194: 17.

Scott, A. (2000). “Risk Society or Angst Society? Two Views of Risk, Consciousness and Community, en Adam, B., Beck, U., & Van Loon, J. (Eds.). *The risk society and beyond: critical issues for social theory*. Sage. Pp. 33-46

Selfa, J.; Anento, J.L. (1997). “Plagas agrícolas y forestales”, en *Bol. S.E.A.* 20:75- 91. Aragón, España.

Seyferth, G. (1985). “Herencia e estrutura familiar camponesa”, en *Boletim do Museu Nacional*, 1-27

SIIA, (2013). *Sistema Integrado de Información Agropecuaria*. Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca de la Nación Argentina. 2012. En línea: <http://www.sia.gov.ar/>

Skill, K. (2010). “Investigar problemas ambientales en antropología social. Pertinencia social y científica: una aproximación al campo”, en *AVÁ, Revista de Antropología*, N°18. 77-92.

Skill, K. Y Grinberg, E. (2013). “Controversias socio- técnicas en torno a las fumigaciones con glifosato en Argentina. Una mirada desde la construcción social del riesgo”, en Merlinsky, G. (Comp): *Cartografías del Conflicto Ambiental en la Argentina*. Buenos Aires: Ciccus/CLACSO. 91-117.

Souza Casadinho, J. (2009). “La problemática del uso de plaguicidas en Argentina. Modelos productivos e impacto en el ambiente”, en *XXXV Congreso Latinoamericano de Sociología Rural*, Buenos Aires, Argentina

Souza Casadinho, J.; Moya, M., Gorosito, N. (2010). “Expansión de los monocultivos, uso creciente de plaguicidas. La disputa por usufructo, uso y goce de un ambiente sano”, en *VII jornadas de investigación y debate: conflictos rurales en la Argentina del Bicentenario*. Universidad de Quilmes.

Spivak L'Hoste, A. (2004). "¿Calificación socialmente producida o cuantificación de hechos probables? En concepto de riesgo articulando una disputa científica tecnológica", en *Temáticas*, Año 12, Nro 23/24, Universidad Estadal de Campinas. 9-24

SRT. (2004a). *Manual de prevención de riesgos rurales. Manejo de productos agroquímicos.* Superintendencia de Riesgos de Trabajo. En línea: <http://www.srt.gov.ar/publicaciones/SuperCampo/MANEJO.htm>

STR. (2004b). *Resolución 54/98.* Superintendencia de Riesgos del Trabajo. Riesgos del trabajo.

Teubal, M. y Pastore, R. (1995). "El agro y los complejos agroindustriales: el caso argentino" en Teubal, M.; Giarraca, N. y Pastore, R. (comp.), *Globalización y expansión agroindustrial: ¿superación de la pobreza en América Latina?*, Buenos Aires: Corregidor, pp.107-136.

Teubal, M. (2006). "Agricultura sin agricultores: expansión del modelo sojero", en *Cash-Suplemento Económico* de Página 12, 30 de Julio.

Teubal, M.; Domínguez, D. y Sabatino, P. (2005). "Transformaciones agrarias en Argentina. Agricultura industrial y sistema agroalimentario", en Giarracca N. y Teubal M. (Coord.). *El campo argentino en la encrucijada: estrategias y resistencias sociales, ecos en la ciudad.* 37-78. Buenos Aires: Alianza Editorial.

Teubal, M., y Rodríguez, J. (2002). *Agro y alimentos en la globalización. Una perspectiva crítica.* Buenos Aires: Ed. La Colmena

Thyes, J. (1987). "La société vulnérable", en Fabiani y Thyes, *La Société vulnérable. Évaluer et maîtriser les risques*, École Normale Supérieure, París, pp.3-35.

Torres-Sánchez, L.; López-Carrillo, L. (2007). "Efectos a la salud y exposición a p,p'-DDT y p,p'-DDE. El caso de México", en *Ciência & Saúde Coletiva*, 12(1):51-60

Tort, M. I. (1983). "Los contratistas de maquinaria agrícola: una modalidad de organización económica del trabajo agrícola en la pampa húmeda". *Documento de trabajo nro. 11*, Buenos Aires: CEIL.

Vara, A.M. (2004). "Transgénicos en Argentina: más allá del boom de la soja", en *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad*, 3, vol. 1, 101-129

Varsavsky, O. (1969). *Ciencia, política y cientificismo.* Buenos Aires: Centro Editor de América Latina

Velásquez Peñuela, E. (2011). *Alternativas de mitigación de emisiones de material particulado generado por la planta de triturados Yopal (CASANARE)*. Tesis presentada para optar al título de Especialización en Gerencia Ambiental. Universidad libre Facultad de Ingeniería, Instituto de Posgrados. Bogotá D. Colombia.

Vessuri, H. (1993). “Perspectivas latinoamericanas en el estudio social de la ciencia”, en *Estudios sociales de la ciencia y la tecnología en America Latina*, 105. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina

Voyce, M. (1994). “Testamentary freedom, patriarchy and the inheritance of the family farming in Australia”, en *Sociologia Ruralis*, Vol. 34, No. 1, 71-83

White, G. (1952). *Human adjustments to floods: a geographical approach to de flood problem in the US*, Trabajo de Investigación Número 29, Departamento de Geografía, Universidad de Chicago